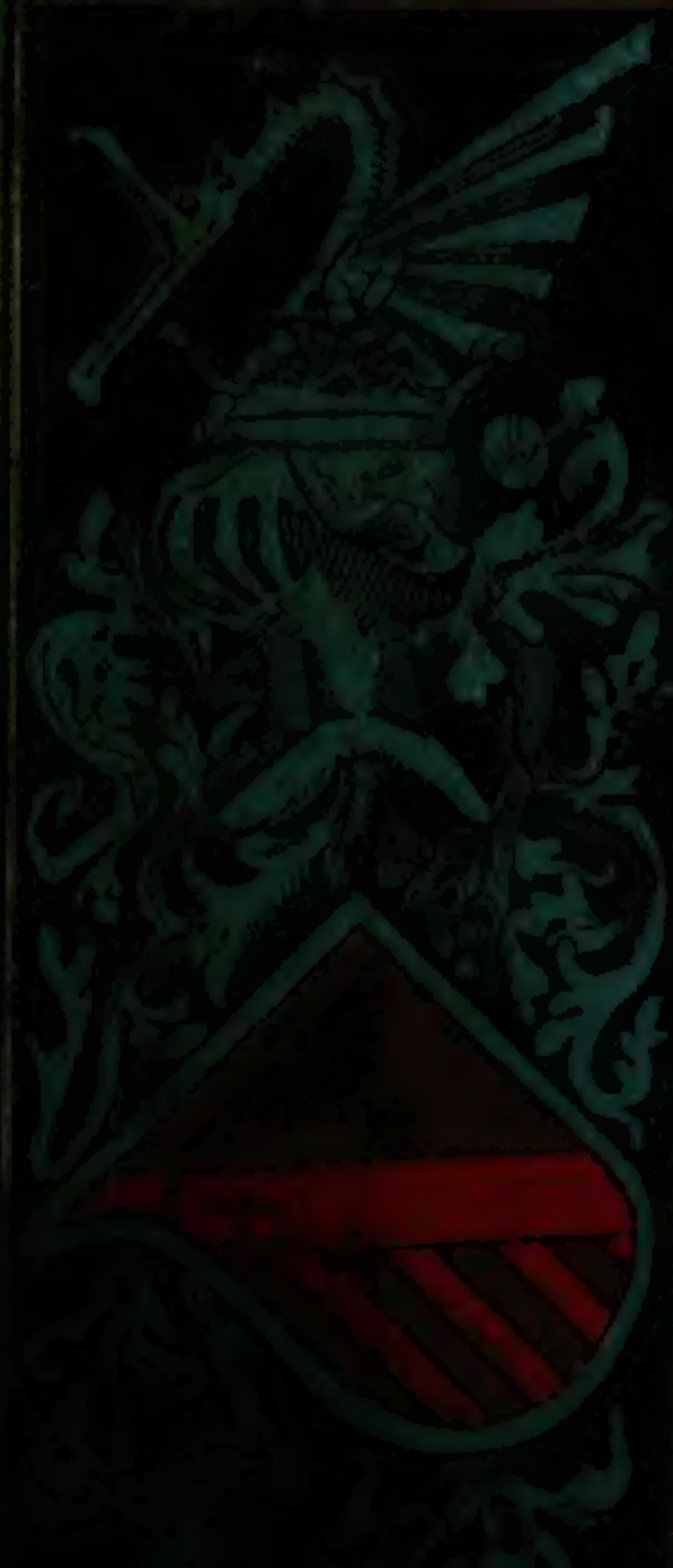


NORZ

By J. M. S. A

BRACKEN









M^{re} Luisa Fernandez Olmeda

403

LARIO

N O R A



ES PROPIEDAD

NORA

NOVELA ORIGINAL DE LA
BARONESA DE BRACKEL

Traducida directamente del alemán por

D. JAVIER MAÑÉ

Con un prólogo de

D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

ILUSTRACION DE MARIANO FOIX

Grabados de GÓMEZ POLO



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^ª, AUSIAS-MARCH, 95

1884

APOC



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.^ª

PRÓLOGO

LA autora de este libro, célebre novelista de Alemania, nació el 24 de Noviembre de 1835 en el castillo de Welda, cerca de Warburgo, en Westfalia. Fernanda Maria Teresa de Brackel es hija única del barón Francisco Fernando de Brackel y de la baronesa Carlota de Asbeck. Su padre descendía de una antigua casa noble del principado de Paderborn, siendo su abuela materna la marquesa Ghuistelles de Saint Floris, francesa de nacimiento que, emigrada en Alemania durante la revolución francesa, casó con el barón de Asbeck. Esta circunstancia fortuita ha influido indudablemente en las cualidades de la escritora, puesto que la vivacidad de la sangre francesa se ha hecho sentir en todos los individuos de la familia de su madre.

La particularidad de ser hija única, y el tener una naturaleza endeble, determinaron á los padres de Fernanda á no separarse de ella y procurarle á su lado una educación esmerada, cual convenia á su rango social. El cura del pueblo, persona instruída y de excepcionales dotes para la enseñanza, se encargó de su instrucción bajo la dirección de su madre, señora ilustrada y de exquisito tacto. Las lecciones las recibía en común con su hermana y un sobrino del cura. No aprendió las lenguas clásicas porque su padre se opuso á ello enérgicamente, temiendo que estos estudios alteraran su salud, ó quizás para evitar que su hija cayera en el pedantismo que suelen imprimir en las mujeres esta clase de estudios.

Cuando sus condiscípulos pasaron al Instituto de 2.^a enseñanza para seguir allí sus estudios, ella continuó, hasta la edad de 18 años, recibiendo lecciones de aquel sacerdote, hombre de vastísimos conocimientos. La instrucción que recibía del cura la completaban reputadas institutrices, enseñándole varias lenguas vivas, y la pintura y la música.

Desde su más tierna infancia, la baronesa de Brackel mostró decidida y prematura afición á la vida intelectual, pues para ella era un castigo el privarla de leer. Á la edad de ocho años, compuso ya algunas poesías, pero este género de trabajo lo abandonó hasta después de completados sus estudios. Terminados éstos, se dedicó con afán á las composiciones poéticas, y con predilección á las patrióticas.

Creviendo la joven Brackel en su natural y plausible modestia, que los aplausos que obtenían sus ensayos poéticos eran debidos, más que á su mérito literario, á la sensible fibra del patriotismo que agitaba con fuerza, antes de acceder á coleccionarlas, como se le pedía, quiso sujetarlas al juicio de un censor imparcial y competente. La colección se publicó en Paderborn, y fué bien acogida del público; no obstante, es necesario hacer notar que, si bien en todas las composiciones brillan ciertas cualidades literarias, como la claridad, la corrección, la pureza y elevación de sentimiento, y cierto juvenil entusiasmo, falta en ellas el verdadero estro poético. El censor encargado de su revisión observó que la cualidad que más brillaba en la autora era el talento narrativo, y de aquí dedujo que, ya que no podía aspirar á ser poeta de primer orden, podría con el tiempo figurar como una de las primeras escritoras de prosa, dedicándose á las obras de imaginación.

No se mostraba la autora muy inclinada á seguir este consejo, pues le parecía más fácil seguir escribiendo composiciones de corto alcance y que por su forma hacen más disimulables los defectos de corrección y hasta de meditación. Un viaje al Tirol decidió su vocación, ó mejor dicho, su género literario. Era la primera vez que se alejaba á larga distancia de su país y que recibía la impresión de una naturaleza grandiosa, distinta de la que habitualmente la rodeaba. Esta impresión le inspiró la leyenda titulada *Enrique de Findelkind*, sacada de la historia del Tirol. Aplaudióle calurosamente el censor que la había aconsejado esta clase de trabajos, y se publicó por

folletín en la *Hoja popular* de Westfalia y en el *Eco de la actualidad*.

La buena acogida que el público dispuso a este primer ensayo la animó a escribir, desarrollando el plan de una novela que concibió en su juventud y que, con el título de *Nora*, es la que, vertida al español, se publica en este libro. La primera vez que vio la luz pública salió en folletín en el *Diario popular*, de Colonia; y más tarde, en 1875, tomó forma de libro, y se publicó en la misma ciudad.

El éxito que obtuvo *Nora* que, como veremos, refleja los sentimientos y las impresiones de la juventud de la autora, la animó a seguir en este camino, y en el mismo año 1875 publicó otras dos novelitas, tituladas, la primera *Distinto de los demás*, y la segunda *De países lejanos*. En 1871, publicó otra de mayor aliento, titulada *Daniela*, pues así como las dos primeras formaban un solo volumen, esta última ocupaba dos ella sola. Siguiendo el sistema de publicación adoptado desde un principio, estas novelas, antes de publicarse separadamente, vieron la luz en los folletines del *Diario popular*, de Colonia.

De todas estas novelas se han hecho varias ediciones, pero la que mayor circulación ha alcanzado es *Nora*, de la que se hizo una segunda edición en 1876, la tercera en 1878 y la cuarta en 1881. Esta novela es la que popularizó su nombre y fijó su reputación de novelista. Tomando en cuenta las noticias que hemos dado sobre su niñez y su juventud, ¿no nos podremos preguntar si *Nora* es el reflejo de su propia personalidad, la condesa Curt el retrato retocado de su madre y el curi de la familia Curt su mismo preceptor? Con esta interpretación, que dista mucho de ser temeraria, se explica el éxito extraordinario de *Nora*, por el amor con que fue escrita y el cuidado exquisito que puso la autora, no solamente en la pintura de los personajes, sino también de los sitios y de las escenas familiares.

Ida Hanh-Hahn ha querido seguirla en este género, que en el fondo tiene algo de pastoril; pero su creación traspasa los límites de lo verosímil y no trata los asuntos con la energía que emplea habitualmente nuestra autora.

Aunque indudablemente que *Nora* es para la baronesa de Brackel un personaje excepcionalmente simpático, su hijo

espiritual predilecto, no adolece la obra del defecto que se nota en las de su clase, que se reducen a una especie de aria coreada, donde todos los personajes no sirven sino, por su pequenez, para hacer resaltar la estatura de la protagonista. Aquí la orgullosa, pero justa, condesa; su hijo bueno, excelente, aunque débil y voluble, y el caballeroso Dahn en, todos están a la altura de Nora. Todos los personajes, incluso los secundarios, están bien delineados, aunque a todos, no hemos de ocultarlo, les falta relieve. Nora, buena, simpática, noble, profundamente religiosa, amante cual ninguna vacila muchas veces entre dos deberes, pero nunca sucumbe, siempre triunfa en ella el deber que exige mayor sacrificio. No obstante, estas luchas algunas veces se prolongan demasiado, admiten como factores elementos poco importantes, y diluyendo los grandes sentimientos en escenas sobrio prolongadas, debíatase la energía, y la heroína toca alguna vez en los límites de lo vulgar.

Hay críticos que califican a *Daniela* de obra maestra de la literatura. Brackel, atribuyéndole un mérito superior al de *Nora*. En dicha novela, Rother personifica la antigua fidelidad cristiana, Hermann la caridad evangélica, al paso que la juda Daniela es la personificación del dolor que puede producir en una alma no cristiana un amor terrenal contrariado. La idea fundamental de la novela es la lucha del bien y del mal en la sociedad y en cada individuo, lucha de la cual la fe sólo triunfa, y la incredulidad castigada por el dolor y el desengaño.

Esta novela interesa en más alto grado que ninguna otra, y tal vez por esta circunstancia algunos le dan la preferencia porque la fábula se mezcla con la realidad, puesto que sus personajes toman parte en las dramáticas escenas de la *Comune de París*.

Es cierto, como algunos suponen, que Daniela es un tipo demasiado semejante a la Judith Miranes, de Hahn Hahn, que vive siempre en las nebulosidades de lo sublime a impulsos de su fantasía oriental. No; Daniela es un carácter más profundo y menos materialista. La soberbia ha penetrado en su alma y ha grabado en ella estas palabras de la serpiente *eritis sicut Deus*, y al ver cómo se subleva contra los decretos del Criador, acude a la memoria naturalmente aquel dicho de

Ozanan, según el cual en el fondo de nuestras almas hay oculto y dormido un germen de paganismo. Su naturaleza de acero se revela a cada momento, ora cuando aprueba la opinión de los egipcios que consideraban un crimen el arrepentimiento, ora cuando en la embriaguez de la soberbia exclama *puedo lo que quiero*.

Hay momentos en que esperamos su conversión, guiada por los consejos de Rother, pero luego sus dudas nos revelan que el amor puramente humano dominaba en ella todos los demás sentimientos. Cuando Rother, convencido de que sus complacencias se dirigían al amante y no al moralista, le dice entre indignado y atlgido: «ha jugado usted con lo más noble y elevado; yo he sido un necio al creer que buscaba usted el verdadero fin del hombre,» él a le contesta con altanería: «no he procurado sino derribar el muro que nos separaba sacrificando a usted mi orgullo y mi libertad de conciencia, pero usted me ha rechazado.»

Rother, imitando a san Cristóbal, quiere servir tan solo al Señor más poderoso del Universo, no lleva a Jesucristo en hombros, pero lo lleva en el corazón, y por esta preciosa carga desprecia todos los halagos y grandezas de la tierra.

En una de sus últimas novelas, titulada *Heidstock*, nos presenta a dos hermanas con caracteres distintos y casi opuestos. La una es ligera, superficial, decidida y alegre, pero los reveses y adversidades dan a su carácter el aplomo y formalidad de que carecía en sus primeros años. La otra es formal siempre, y su vida es una vida de sacrificio.

El estilo de la baronesa de Brackel, según los críticos alemanes que se han ocupado en el examen de sus obras, es elegante y animados sus diálogos, sobresaliendo estas cualidades en *Nora y Heidstock*.

En Alemania se califican de románticas las obras de la baronesa de Brackel, pero es necesario advertir que, así como entre nosotros ese calificativo es hoy sinónimo de género pasado de moda y ridículo, allí significa aun, como aquí en otros tiempos, género literario que impresiona por la fuerza de la verdad y la belleza de la forma. En la patria de los Schlegel no se ha admitido nunca como romántico lo que es producto de una imaginación enfermiza y extraviada, ni mucho menos ese cumulo de horrores extravagantes, reñidos con la verdad

y en pugna con el sentido común, engendrados de una inteligencia pobre y sin cultura, que finge o plagia sin discernimiento. Por esto allí no se admitirá—podemos esperarlo—que ese monstruo literario llamado *realismo* sea hijo natural y legítimo del verdadero romanticismo—del romanticismo de Shakespeare, de Calderón, de Schiller, de Madame de Staël, de Walter-Scott, de Manzoni y de Victor Hugo—y solo si aborto del romanticismo bastardado. Si no fuera así, como había de prohibir el Gobierno alemán la publicación de las novelas de Zola, vertidas a la lengua nacional, de la misma manera que se prohíbe por medida de salud pública la introducción y propagación de miasmas deletéreos?

Digase lo que se quiera, y hagase lo que se quiera, el *realismo* no dejará nunca a ser un género literario, como no lo fue el culteranismo en otros tiempos, ni el falso romanticismo más modernamente—no será sino un extravío de la inteligencia, más o menos tolerable, según el talento de los que lo cultiven. No es siquiera una novedad en la práctica. Lo que sí es nuevo es la pretensión de elevarlo a la categoría de una escuela, de un género legítimo, de conquistar los derechos de ciudadanía en la república de las letras. Lo que es nuevo y propio de nuestros tiempos es pretender que el ideal del arte sea la reproducción o realización de lo feo, así como hasta ahora se había creído—sin distinción de épocas y de escuelas—que el arte tenía por objeto la reproducción o realización de lo bello.

¿Quién ha creído nunca que el arte necesite buscar sus elementos en la naturaleza, tomando esta palabra en su sentido más vulgar? La diferencia entre la estética espiritualista y la naturalista está en que la primera supone que el arte es una imitación embellecida de la naturaleza, al paso que la segunda pretende que debe limitarse a copiarla servilmente, y de aquí su título de naturalista. Según estos estéticos, la fotografía debe ser superior a la pintura, Rafael inferior a Coupin.

El naturalismo ha empezado por el hecho, al que ha seguido la teoría para justificarlo. Un hombre de talento y de estilo, impaciente por crearse una reputación literaria, y quizás también una posición social, acude al medio fácil de reproducir lo que tiene a la vista, buscando modelos de mucho relieve y de color muy sabido para impresionar más vivamente los sentidos. Al elegir asuntos en lo más abyecto de la sociedad

parisiense, Zola alcanzaba el doble objeto que se había propuesto, que era llamar la atención con la explotación de un género que Balzac y Dumas, hijo, habían cultivado ya, aunque con cierto miramiento en la forma, y por otro lado atraerse numerosa clientela—la clientela de la curiosidad incontinente y del apetito culpable de la fruta vedada—entre las clases que no pueden frecuentar ese mundo de costumbres libres y hasta abyectas, que el autor pinta con una minuciosidad y una crudeza soportable solo al paladar estragado de una generación caduca.

Como todos los aventureros que logran abrirse camino, como todos los *parvenus*, después de adquirir renombre y provecho, Zola quiso justificar su procedimiento, y hasta ostentar noble abolengo. Entonces vieron la luz todas esas teorías, a cual más sofisticada, de que el arte moderno debe ser sobre todo humano, y se cito en su apoyo el ejemplo de todas las literaturas y de los autores más conspicuos. Hasta a nuestro pobre Cervantes, tan desgraciado en vida y tan calumniado en muerte, se le han removido los huesos para atribuirle el crimen de ser uno de los progenitores del moderno realismo.

¿Y en qué se funda esta imputación? En que Cervantes escribió el *Quijote* para desacreditar los libros de caballerías, creaciones fantásticas renidas con el mundo real, y también en que algunas de las escenas de su inmortal novela son de un realismo que rechaza el buen gusto y hasta la decencia. Al decir esto, se prescinde de que no por condenar las monstruosidades de los libros de caballerías se ha de entender que aprobaba las aberraciones de las obras realistas, y tanto es así que los libros que alaba Cervantes por boca del Cara que hizo el espurgo de la biblioteca de don Quijote, en nada se parecen a los productos del moderno naturalismo. En cuanto a las escenas realistas a que hemos hecho referencia, hay que observar que no son sino accidentes de la obra, y que en ellas el ingenio y la buena fe del autor hacen olvidar el fondo por la gracia y donaire de la forma. ¿Y porque un pintor de nota usa las sombras para los contrastes se ha de deducir que no ha de haber sino tintas negras en los buenos cuadros?

No tienen más fuerza los argumentos que se sacan de las primeras producciones literarias de las naciones modernas. Los pueblos, como los individuos, pasan por los períodos de

infancia, pubertad y senectud, y los pueblos-niños, como los hombres-niños, son dados a la copia, porque carecen de la fuerza y aliento necesarios para la creación. El arte rudimentario no puede ser el arte modelo, a no ser que se convenga en que los pueblos, como los individuos, tienen también su segunda infancia, y que a una sociedad caduca correponde un arte infantil. Pero no, que hay diferencia entre la imitación tímida, inculta y hasta poco decente algunas veces, pero siempre espontánea, de las primeras épocas literarias, y esa literatura desecada, tramente cínica, calculadamente anormal que se nos presenta como un gran progreso literario. Entre el naturalismo de la una y el de la otra, hay la misma diferencia que entre el crimen premeditado, que comete el criminal de profesión, y el delito por imprudencia temeraria que comete un joven irreflexivo.

La boga que ha obtenido el realismo se debe a la facilidad del género, al avilamiento que le prestan los apóstoles del materialismo, y al estado social que hemos alcanzado. La naturaleza, es decir, el mundo creado, no tiene por objeto la realización de lo bello: contiene la belleza, pero no es la belleza. La misión del genio — artista o poeta, ser predestinado — es buscar y hallar los elementos de la belleza esparcidos en la creación, reanarlos y hacer la belleza sensible a los sentidos del común de los mortales. Sin esta preparación, sin esta creación del genio, los no predestinados, es decir, la generalidad, no podría gozar de la belleza, porque carece de ese dón de segunda vista, de esa visión que permite deslindar las grandes líneas de lo bello en el estado caótico de la materia, donde se confunden todas las líneas, todas las formas, todos los colores y todos los sonidos.

Copiar, es decir, presentar mezclado y confuso lo que la naturaleza nos presenta confuso y mezclado, no es crear, no es hacer oficio de genio, no es cumplir la misión del poeta o del artista — sacerdotes del templo del arte — intermediarios entre la belleza, que es la Divinidad de ese templo, y sus adoradores; es convertirse en vulgo, reproducir con habilidad mecánica lo único que alcanzan a ver los miopes ojos del vulgo, en vez de hacer participar al vulgo de la visión del poeta o del artista — La pintura de paisaje es la más realista, la que más se acerca al ideal — si me es permitido expresarme

así— de la estética realista, no obstante, es un hecho cien veces comprobado que el paisanista de talento halla asuntos, y asuntos que sorprenden y admiran, donde el vulgo pasa indiferente uno y otro día, sin presumir que tiene ante su vista lo que después le hace admirar el pintor. Hay más, sucede con frecuencia que el mismo pintor, sólo en un momento de inspiración, adivina lo que su vista material no supo ver antes, a pesar de haberse fijado en los mismos objetos que le sugieren su nueva obra, y en esta obra todos reconocen el sitio que se quiso representar, y admiran en la copia lo que les parecía indiferente en el original porque el pintor, hasta el más realista, no se limita a copiar, según su teoría, sino que compone la naturaleza: la alina, la acomoda al ideal que su mente creadora le ha inspirado.

La cuestión que se debate no es sólo artística sino humana: es la lucha eterna entre el espiritismo y el materialismo, que abraza todas las manifestaciones del ser humano y su misma existencia.

Por esto todos los materialistas están a favor de la escuela realista, pues la consideran como en poder de auxiliar para la consecución de sus fines, que son borrar del entendimiento y del corazón del hombre toda idea de lo sobrenatural, todo sentimiento de un Ser Superior merecido, tipo único de la belleza absoluta.

El realismo se dirige a nuestros sentidos y aspira al dominio de nuestras pasiones; es la materia que obra sobre el hombre fisiológico, no la inteligencia que mueve al hombre psicológico. Para el realismo, el deber del hombre se limita a la satisfacción de sus pasiones en esta vida, que considera única; para el espiritismo, el deber del hombre es su purificación, es decir, el sacrificio de sus pasiones a una aspiración que no se satisface sino en una vida mejor que la presente. El fin estético del realismo, como el fin moral del materialismo, es apartar al hombre de Dios para acercarle al bruto; el fin del arte espiritualista, es elevar y purificar el espíritu del hombre para acercarle a Dios, tipo y modelo de toda perfección.

La generalidad de los escritores realistas, y los más notables, no niegan su origen ni ocultan sus fines. Algunos escasos en número por cierto— pretenden ser a un mismo tiempo

espiritualistas y realistas, amar a Dios en las iglesias y a la materia en el dominio del arte. La pretensión es exorbitante, insostenible, y todas las razones que para ello alegan no son mas que declamaciones que apenas llegan a sofismas.

Mr. Barbey d'Aurevilly, saliendo a la defensa de su obra *Diaboliques*, denunciada como inmoral por el Gobierno poco escrupuloso de la vecina república, dice: «Estas novelas fueron escritas por un moralista cristiano, que se precia de ser un verdadero observador, aun que algo atrevido, y cree—esta es su arte poético—que los pintores de grande aliento pueden pintar lo todo, y que su pincelada resulta bastante moral siempre que sea *tragica* y que inspire *horror a las cosas que reproduce.*»

La teoría de Mr. Barbey es falsa, como todas las teorías de los realistas si fueren verdadero moralista cristiano, no olvidaría que el fin no justifica los medios.

Dios ha dotado al hombre de fuerza, de inteligencia, de memoria, de imaginación, de ingenio y de razón para que los emplee en su perfeccionamiento y en el perfeccionamiento de sus semejantes y cuando no obra así, falta a los fines para que fue creado, infringe las leyes de la moral cristiana. Cuando el arte no eleva nuestra inteligencia ni purifica nuestro corazón, cuando, después de leer una producción literaria, o contemplar una obra de arte, lejos de sentirnos mejores, notamos que se han revelado en nuestra alma los hechos de las malas pasiones y de los carnales apetitos, podemos concluir—pese a todas las artes poéticas de circunstancias—que el arte es falso y que el artista no cumple con la misión que recibió de lo alto.

Esto nos suceda leyendo la obra de la baronesa de Brackel, que se propuso pintar la realidad de sus fealdades, usando con parsimonia de las sombras, sin que por esto sus personajes y los hechos en que toman parte sean menos verosímiles, menos reales y estén menos conformes con las leyes de los sentimientos morales que los personajes y los hechos de la escuela realista. La verdad no excluye ni el pudor, ni la conciencia, ni el respeto a la moral. Para que los personajes sean reales no hay necesidad de presentarnos desnudos a los ojos del público, ni para que se comprendan los sufrimientos humanos se necesita convertir la sociedad en una sala de clínica

o en una *Corte de los milagros*. Los grandes poetas y los grandes artistas no necesitan recurrir a estos medios groseros para producir obras que son inmortales porque son verdaderas, porque son humanas.

Esta es nuestra humilde opinion sobre la escuela realista, que en su segunda generacion ha descendido ya a la pornografia.

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.





I

En un sofa de una de las habitaciones mas elegantes del Hotel Imperial de Ginebra, hallabase recostada una señora joven, tocada con blondas negras y apoyada la cabeza en una almohada encarnada, sobre la cual se deslizaban sus rubias trenzas, que casi llegaban al suelo. Era gracioso su aspecto, pero todo en su persona presentaba un caracter delicado que recordaba aquellas plantas tenues, de vida efímera.

Se veía que la inmovilidad que guardaba era debida solo a la falta de fuerzas, puesto que su mirada, que vagaba errante por toda la habitacion al menor ruido, se fijaba ansiosa en la puerta para dirigirse luego impaciente hacia un reloj pequeño, colocado en una me

sita al lado del sofá. A medida que la hora fue avanzando, mostrose mas intranquila, hasta que, no pudiendo dominar su inquietud, se medio incorporo, y llamó a una anciana que estaba arreglando una habitación inmediata, y cuyo busto corpulento se veia asomar con frecuencia á la puerta.

— Ana — dijo, con voz que resultó a pesar de su agitación muy apagada, y luego anadio

— ¿No ha vuelto aun miss Nora?

— La niña esta con el amo — contesto la anciana en aleman chapurrado.

Su color oscuro y los rasgos de su fisonomia daban claramente a entender que no era de origen europeo.

— Este usted tranquila, señora, pues la niña se halla en compañía de su papa, y por lo tanto muy vigilada y atendida — anadió para tranquilizarla. — Cuando sea hora, ya vendrán — el señor Director no regresa nunca antes de las once.

— De seguro que se la ha llevado otra vez alla — murmuró la joven — No sabe lo que hace, es preciso que hable con el. — Oh, pobre hija mia!

Sea a causa de la fatiga producida por lo que acababa de decir o por el estado de excitación en que esto la puso, un golpe de tos seca y violenta cortó sus palabras y la obligo a dejar caer de nuevo su cabeza en la almohada.

— ¿Por que la señora se excita asi sin motivo? — gruño la anciana. — Usted se pone enferma y el señor se enfada. Antes, la señora se mostraba siempre sufrida y dulce, pero ahora cualquier cosa la irrita

— Entonces no tenia que caudar de nadie, por el contrario, mama y tu me cuidabais, y ademas gozaba de buena salud — añadio suspirando.

— Tambien ahora podria usted estar buena si quisiera — continuó la anciana — pero esta vida intranquila gasta sus fuerzas.



—No, no es la manera de vivir, pues estoy rodeada de cuidados. Aquí está el mal—dijo apretándose el pecho con las manos.—Y además, la intranquilidad del espíritu. Pero escucha, Ana, ya está aquí—añadió en tono más animado.

Oyeronse unos pasos rápidos y ligeros, y al momento abrióse la puerta violentamente y entro corriendo una niña que se arrojó en brazos de la enferma.

—¡Mama, mama!—grito saltándole el aliento—puedo hacerlo muy bien. He montado a caballo sosteniéndome de pie como Elisa, y he saltado a través de los aros.

—¡Que ardorosa estás, Nora!—observó su madre separándole sus negros cabellos de la frente.—Alfredo, ¡ya la has llevado otra vez contigo!—dijo en son de queja, dirigiéndose a un caballero alto que había entrado detrás de la niña.

—¿Cómo estás, corazón mío?—preguntó inclinándose con suavidad y sin contestar a su observación.

—¡Oh, Alfredo!—repitió fijando en él una triste mirada.

Alfredo se encogió de hombros y se apartó con cierta impaciencia.

La niña entretanto cogió con ambas manos la cabeza de su madre, y volviéndola hacia ella le dijo

—¡Oyeme, mama, me he sostenido en pie a caballo y he pasado a través del aro mucho mejor que el niño Wimbledon, que acababa de caerse.

—Tienes que cambiar de vestido, Nora—interrumpió su padre,—anda con Ana y deja que te ayude.

—En seguida, papa, pero antes déjame que cuente algo a mama. Cuando llegamos al Carco, papa me montó en el nuevo poney...

—Elena, ¿por qué detienes a la niña?—exclamó el padre algo excitado.—Nora, te he dicho ya otra vez que te fueras.

— Ve, querida — añadió la madre — ya me lo contarás despues.

La niña, sorprendida por la severidad no acostumbrada de su padre, salió de la habitación.

La joven volvió a recostarse, sin añadir una palabra, y el marido permaneció silencioso en la ventana.

— Alfredo — dijo la enferma con humildad, despues de una pausa.

Y al volverse le tendió la mano. Ella la cogió y la llevó a sus labios.

— ¿Vamos a hacer las paces? — dijo con una sonrisa algo burlona.

— Ven, ven — hace tanto tiempo que no te he tenido a mi lado — contestó ella con ternura y reteniéndole.

El marido tomó entonces una silla, y acercándola al sofá se sentó de modo que la cabeza de la joven se apoyase en su hombro.

— De seguro que vas a echarme un sermón — dijo el marido sonriendo — y ahora no puedo escaparte. Lee en tus ojos que vas a decirme: ¿Por qué has llevado a Nora contigo?

— Has leído perfectamente mi pensamiento — ¿Por qué lo has hecho despues de haberte suplicado con tanto encarecimiento que no lo hicieras?

— ¿Por qué? Vosotras las mujeres no abandonáis nunca el porqué. Sencillamente porque no se resistir al deseo de instruíla en la equitación, siendo como es la niña tan inteligente, tan graciosa y teniendo tan natural disposición para aprender el arte que profeso. Será una artista de primer rango — añadió con entusiasmo.

— ¡Mi hija una artista de circo! — exclamó llena dolorosamente.

— ¿No te casaste tú con un artista ecuestre?

— ¡Oh! esto es muy diferente — el hombre puede ennoblecer todos los oficios. Circunstancias especiales te

han obligado a seguir este camino, y tu has sabido convertir este juego en un arte, en una verdadera ciencia — dijo dirigiendo a su esposo una mirada de orgullo.

— Es verdad que el hado adverso me obligo a emprender este camino, pero no se si otra profesion me hubiera gustado tanto a la larga como esta vida libre é independiente.

— Antes pensabas de otro modo.

— ¿Antes? ¿Te refieres a cuando te hacia la corte? Entonces aun no tenia asegurado mi porvenir, las heridas de lo pasado aun manaban sangre y lo presente me recordaba con crueldad el valor de lo que habia perdido. Entonces odiaba yo mi situacion—y diciendo esto se cubrio los ojos con la mano, como si quisiera borrar el recuerdo de aquel sombrío cuadro.—Pero ahora —añadió al cabo de un instante— todo esto esta completamente olvidado.

— ¿Que fue lo que te obligo a seguir este camino, con tu instruccion y tu educacion distinguida?

— Quizá fue debido a mi naturaleza. En verdad que no tienes tu el principal defecto de las hijas de Eva, la curiosidad, pues nunca has mostrado empeno en enterarte de mi pasado. ¿Has dejado de hacerlo por miedo?

— No—contestó Elena con tranquilidad — No se quiere si se duda. Lo pasado te pertenecia, siendo mio lo presente y lo porvenir.

— Dulce esposa mia—exclamó con tierno acento—en rigor no tenias necesidad de enterarte de mi existencia pasada, porque si bien en ella tuve horas muy amargas, no hay sin embargo mancha alguna en mi vida que debas perdonarme. Como tu sabes, el nombre que llevo no es el que me corresponde, mi padre descendia de una familia de la antigua nobleza francesa, y como era un espiritu inquieto, fue de aquellos pocos nobles

que se achicaron a la revolución. Durante las guerras de la república francesa, se casó en Alemania y habiendo perecido después en una batalla, dejó a mi madre con tres hijos y casi sin recursos. Los recuerdos que tengo de mi infancia no son muy lisonjeros, pues reinaba gran estrechez en la casa materna. Los parientes de mi madre que pertenecían a las altas clases de la milicia y de la burocracia, viendo posteriormente que yo tenía afinidad a las cosas de la milicia, facilitaron mi entrada en un colegio militar, en donde fui elacademista gratis por disposición del rey. Mi madre me encontraba demasiado revoltoso; lo que le había entristecido en el padre le asustaba en sus hijos, así es que su naturaleza pacífica no me comprendía. En cambio, en el colegio, mi nombre, el ser extranjero y la viveza de mi carácter, me crearon numerosos amigos, brillando en medio de mis tranquilos y pesados camaradas. Mi rápida comprensión, mi habilidad y mi petulantia me convirtieron en el favorito de los profesores. Desgraciadamente, calificaban mis locuras de rasgos de ingenio, por lo que estaba yo muy satisfecho de las cualidades que había heredado del carácter francés. Si se hubiese presentado un período agitado, quizás hubiera llegado a ser un hombre celebre, pero reinaba una paz octaviana y el pedantesco servicio de una reducida guarnición, acompañado de la estrechez en que debía vivir un teniente sin bienes de fortuna, no se acomodaban a mis ensueños heroicos.

Hoy día reconozco mejor las ventajas de la disciplina, pero entonces me era insoportable, sublevandome contra su yugo. Y sin embargo no tenía más remedio que someterme, pues mi carrera era lo único con que podía atender a mi subsistencia. Mi superior inmediato era un hombre reglamentario, que no dejaba pasar ocasión alguna de hacerme sentir su superioridad.

Una vez, en asuntos del servicio, me impuso un

castigo que yo creí inmerecido, y esto fue motivo para que estallara mi ira largo tiempo comprimida. Creyendome insultado, exigí una satisfacción a mi superior, quien se negó a darme la, fundandose en la desigualdad de categoria, y mi paso solo dio por resultado el que se aumentara mi castigo. Completamente fuera de mí, aproveche la primera ocasion para demostrarle en publico mi desprecio, por lo que entonces se vio el obligado a pedirme una explicacion. Fuyo lugar un duelo a pistola, y mi proyectil le hirió con tan mala suerte, que fallecio aquel mismo dia. Dada la severidad de las leyes que regian entonces contra el duelo, no podia pensar en permanecer en el pais, y ayudado por mis amigos escape a America. En el primer momento, solo senti la alegria de haber recobrado la libertad, pues era joven, tenia una imaginacion exaltada y se ofrecia un mundo nuevo a mis ojos, pero pronto me saco de mis ensuenos la amarga realidad, puesto que me hallaba sin recursos ni amigos y contando solo con el esfuerzo de mis brazos. Mi educacion y mi modo de ser podian conducirme a algo de provecho en mi profesion, pero fuera de ella no sabia que camino emprender. Era demasiado bueno para muchos oficios, y en cambio no servia para otros, viendome obligado a buscar mi sustento ocupando posiciones inferiores, hasta que trabé conocimiento con unos cazadores dedicados a la persecucion de fieras y de caballos salvajes. Aquella vida me convenia perfectamente, y mi habilidad en montar a caballo y lo certero de mis tiros me hicieron ocupar pronto un lugar distinguido entre ellos. Mucho aprendí de mis compañeros, que hacia largo tiempo se dedicaban a aquel negocio, y mas aun de los indios, con quienes me ponian en contacto nuestras continuas correrias por las praderas. Muchos de los ejercicios que el publico admira en la actualidad los he copiado de los pieles rojas. Así pase algunos años, hasta que por la

enemistad de varias tribus de salvajes nos vimos obligados a suspender nuestras excursiones, y algunos de mis compañeros yankees puros, concibieron la idea



de aprovechar la habilidad de nuestros caballos para dar espectáculos públicos. Todos convinimos en ello, pues por el momento nada más podíamos hacer y nuestra primera exhibición en una villa de corto ve-

cindario dió resultados tan superiores a nuestras esperanzas, que determinamos continuar en el camino emprendido. Aunque el arte de nuestras representaciones era muy primitivo y solo nos guiaba en ellas el recuerdo que yo tenia de tales espectaculos en mi patria, en aquel pais eran completamente nuevos, y el publico nos aclamaba con entusiasmo. Mientras nos limitamos a presentarnos en pueblos pequeños, no comprendi bastante lo especial de mi situacion, pues la vida de los bosques me habia endurecido, pero cuando nos acercamos a los grandes centros, cuando me ví ante espectadores pertenecientes a la clase social de que yo procedia, entonces se apodero de mi un sentimiento de humillacion y de verguenza que no podia dominar. Sentilo mas especialmente ante las damas, cuyo trato habia dejado de cultivar desde mi llegada a America, y sobre todo cuando vi tu distinguida figura entre el circulo de señoras que frecuentaban nuestras representaciones. En aquel momento vi con entera claridad lo que habia perdido al abandonar el nombre y la posicion que en todas partes me franqueaban la entrada en el circulo de mis iguales. No se conoce el valor de una cosa hasta que se ha perdido. Sentime muy desgraciado. Afortunadamente, era costumbre entonces en aquel pais, como lo es hoy aqui, que los elegantes visitasen nuestro circo por la mañana, y así tuve ocasion de conocer a tu hermano, cuya semejanza contigo me llamo la atencion. Entramos en relaciones con ocasion de la compra de un caballo, y reconociendo en mi un hombre de su clase me ofreció su amistad. Para mi fue un gran consuelo el poder alternar con personas ilustradas, y como en America es muy frecuente el cambio de posicion, introducido por tu hermano fui muy bien recibido en todas partes. Los grandes beneficios que nos daba nuestra empresa me permitian asistir con

decoro a las reuniones y allí tuve ocasión de conocerte y apreciar tu mérito.

Desde este punto—añadió Alfredo—sabes tan bien como yo lo que paso, a tu energía debo el haber conseguido la realización de mis deseos, puesto que tus padres solo veían en mí al aventurero de incierto porvenir. A fin de hacerme en algo digno de ti, tomé la resolución de ponerme al frente del negocio y realzarlo, y como mis compañeros hacia largo tiempo que estaban convencidos de que yo era el alma de todo, se dejaron convencer fácilmente. Director de una compañía, me hallaba en terreno más firme y sabía lo que podía esperar. Desde aquella época, todo me ha ido viento en popa, logrando el placer de colocarte en la posición que tu merecias, y poderte rodear de toda clase de cuidados... ¿No hemos sido felices?

Y diciendo esto, la miró con ternura.

— ¡Oh! quizás demasiado felices—murmuró ella.

Aunque la suerte se nos ha mostrado propicia, no hay motivo para decir que hemos sido demasiado felices. No te inquiete el porvenir, esposa mía: el que ha puesto el buque a flote, sabrá dirigirlo sin riesgo.

Y al decir esto, hablaba con el orgullo y confianza del hombre que se lo debe todo a sí mismo.

— ¡Y Nora!—dijo su esposa en voz baja, después de una ligera pausa apartando de él la vista como avergonzada.

— Vosotras las mujeres sois muy tenaces. Os gusta volver siempre al mismo tema. ¿Por qué te inquietas por la niña?

— Alfredo—tu estimulas en ella su atención a los caballos.....

— Espera a lo menos diez años antes de preocuparte por las tendencias de tu hija—contestó con forzada sonrisa—deja que aprecie al noble animal a quien su padre debe gloria y dinero! Ya te lo he dicho re-

petidas veces, que esto es hereditario y no puedes exigir de mí que piense de otro modo en este asunto. Deja que la eduque y que despues la haga salir a mi lado, de seguro que sera mas aplaudida que otra alguna. Aunque sea este un arte algo particular, segun tu modo de ver, no puedes negar que no impide el ser feliz.

—, Alfredo, es imposible que pienses así! —exclamó Elena incorporandose violentamente —, Es imposible que destines a nuestra hija a artista de circo! ¿Para esto me has contado tu historia? La vida del hombre no es igual a la de la mujer. Ya te he dicho mas de una vez, que la mujer no puede salir de la esfera en que se mueve. ¿Y cual es la suerte de la mujer que se presenta a los ojos del publico novelero? Su juguete hoy y objeto de su desprecio mañana... nunca, nunca. ¡Estoy enferma y me siento debil, pero sabre librar a mi hija de esta desgracia!

Y se veia tal resolucion en el fondo de sus ojos azules, que Carsten echo un paso atras medio asustado.

—Elena —le dijo — tu sueñas. ¿De que peligro quieres salvar a tu hija? Esta bajo tu proteccion, educala bien y no te asuste el porvenir.

—¿Bajo mi proteccion? ¿Que la eduque a mi imagen, Alfredo? No no, si verdaderamente la destinas al circo, arrebatamela desde ahora, criala entre los que hacen lo mismo que ella hara manana, a fin de que se acostumbre a no sentir nada, y se ocupe solo en los aplausos de la multitud!... ¿que ignore el bello ideal de la mujer!

—Eres muy injusta, Elena. ¿De donde te viene esta excitación?

—El amor de madre, el temor de una madre que debe abandonar pronto a su hija. Alfredo —añadió con tono mas dulce — escucha cual seria mi gusto. Has ganado suficiente gloria y dinero en este negocio, de-

jalo ahora que esta en su apogeo, y por lo tanto puedes sacar de el enormes sumas. Regresemos a mi país . . . Allí puedes hacerte propietario y asegurar así tu porvenir y el de tus hijos, recuperando un lugar digno en la sociedad.

Alfredo la contemplo con asombro, viendose claramente que no esperaba aquella proposicion

—Piensas mas en la felicidad de tu hija, que en la de tu esposo — le dijo con cierta amargura

— ¡Oh! no, tambien pienso en tu felicidad, pues si continuas, mil vicisitudes pueden arrebatarte lo que has adquirido. Por mi parte, encuentro a faltar mi país, donde quizas me pondria buena

Pero al decir esto, volvio los ojos como temiendo que se leyera en ellos la falsedad de sus palabras, y luego permanecio silenciosa como si esperara el fallo

Alfredo se paseo lentamente por la habitacion, abstraído en sus reflexiones, hasta que por fin se paro delante de ella y le dijo con cierto despecho

— Lo que acabas de decir, prueba que piensas solo en tu hija, pues tu nunca has tenido interes en volver a tu país, y por otra parte ¿no comprendes que lo que en otro tiempo me fue muy difícil, ahora es para mi un motivo de orgull, una verdadera necesidad? Hoy dia no puedo convertirme en un agricultor, no sirvo sino para mi profesion, y tampoco sabria estar sin hacer nada. Tranquilizate, sin embargo — añadió al ver que una palidez mortal se extendia por su semblante — pues todo puede arregarse. Sacrificio por sacrificio — dejame tu mi manera de vivir, y yo te abandono a nuestra hija! Es un verdadero sacrificio para mi, pues me desconocera completamente. Si puedes, hazla tan suave y dulce como tu, aunque dudo logres doménar su caracter independiente, por mi parte, te prometo no contrariar mas tus planes. ¿Estas contenta ahora, alma mia? — dijo con dulzura, incli-

nandose hacia Elena, que se habia vuelto a recostar como si estuviese muy fatigada



Elena guardó silencio. Sus ojos estaban cerrados, sus labios temblaban y tenía las manos fuertemente cerradas.

—¿Estas contenta?— preguntó otra vez.— Cuando llegue a mujer, su padre con su profesión original, habrá reunido dinero suficiente para que pueda casarse bien —añadió.— Ya ves que he pensado en todo... Pero ahora dame un tiempo a tus ojos azules que saben alcanzar tales cosas.

Quizás le pareciera que no había alcanzado mucho, pues esperaba obtener mucho más, pero su voz le había dominado desde el primer día que la oyó, y tampoco en aquella ocasión supo resistirse.

Abrió los ojos en los que Carsten pudo leer aun un resto de inquietud, y por un tanto trató de tranquilizarla con todas aquellas razones que un día razón de mujer recibe siempre con gusto. Pero no por ello se dejó convencer, pues demasiado veía los defectos de aquellos planes, pero indudablemente había alcanzado algo.

Como sucede generalmente cuando el cuerpo es débil a la vez que el corazón pasado, siguió una gran fatiga. Carsten se apretó el pecho, y después de arreglar convenientemente las almohadas, se dispuso a partir, pues tenía mucho que hacer.

Le pondré que Nora coma conmigo a fin de que no se marche, pero toda la tarde estará a tu lado.

Parecía que la enferma no se iba ya, por lo que el director se retiró sin hacer ruido, advirtiéndole de paso a la enfermera para que estuviera vigilante.

Pero quedó sola, y si bien estaba medio satisfecha, no dormía, puesto que estaba reflexionando sobre lo que había pasado. Desde el momento en que Alfredo se hubo retirado, se renovaron sus inquietudes.

—¡Madre! ¡madre mía!— exclamó de repente— retiré las palabras de que aún día me arrepentiría. He sido tan feliz! ¿sigo temiendo por mi hija?

Y apretó contra sus labios una cruzecita, como si quisiera hallar la tranquilidad por aquel medio.

Elena Wild era hija de padres irlandeses, quienes, siendo ella aun muy niña, abandonaron su patria para establecerse en América, donde adquirieron una fortuna regular.

Probablemente la ligereza y el apasionamiento característicos de su raza fueron la causa de que una muchacha educada con severidad uniera su suerte a la del hermoso aventurero, a pesar de la oposición de su familia, que solo después de largas luchas dio su consentimiento, con la condición de que permanecería alejada de los asuntos del circo.

El esposo había observado fielmente aquella condición, pues la noble hija de Irlanda era querida con pasión y constancia al mismo tiempo, cosa que hacía verdadero contraste con su carácter móvil e inquieto. Su esposo le recordaba su antigua existencia y le hacía disfrutar de ciertos gozos morales e intelectuales que su posición actual le hubiera impedido obtener de otro modo.

Poco después de su casamiento, regresaron a Europa en donde Carsten alcanzó grandes triunfos ocupando el primer rango entre los artistas de su especialidad. En épocas determinadas se trasladaban de unas capitales a otras, y en todas partes era recibido con entusiasmo. Su exterior agradable y su educación distinguida le hacían simpático a todo el mundo, y el dinero que ganaba le permitía rodear de cuidados a su esposa.

La primera nube que se presentó en aquel matrimonio feliz fue el estado enfermizo de Elena, a consecuencia de haber dado a luz un niño que falleció al poco tiempo de haber nacido.

Alfredo quizás no veía los progresos que la enfermedad había hecho en los últimos tiempos, quizás no los quería ver, tratando de engañarse a si mismo, por que la realidad le asustaba. Pero Elena estaba plena

mente convencida de su estado, y esto era lo que aumentaba su inquietud por el porvenir de su hija.

Ambos quedaron poco satisfechos de su última conversación, pues ambos habían hecho un sacrificio, y sin embargo comprendían que no era bastante.





II

Poco tiempo después de haber dejado a su esposa, presentóse el director Carsten, llevando a su hija de la mano, en el comedor del Hotel. Era aquella estación la de los viajes, y la anchurosa sala estaba llena de huéspedes de todas clases y categorías, y todos los ojos se volvieron a contemplar la imponente estatura de aquel hombre y la interesante figura de niña que lo acompañaba. Nora estaba muy desarrollada, atendida su edad de siete años, y se parecía mucho a su padre, aunque tenía los ojos azules y el color blanco de su madre. Siguiendo la costumbre inglesa,

iba vestida de blanco con los brazos y el cuello al aire, realizando su hermosura una espesa cabellera que llevaba suelta y se alcanzaba hasta el borde del vestido. llamando la atención su color enteramente negro, tan raro en los niños.

Su padre se había hecho reservar sitio al lado de unos caballeros conocidos suyos, y Nora aceptaba con la indiferencia de persona acostumbrada a ello, y con la benevolencia de una princesita, las atenciones y cuidados de los que la rodeaban. La conversación se circunscribió pronto a la especialidad del director, cuya larga práctica ofrecía detalles interesantes, y Nora que, a pesar de su afición por el animal favorito de su padre, no podía seguir la conversación, pues esta traspasaba los límites de su inteligencia, sintiéndose olvidada y aburrida al mismo tiempo, dirigió una mirada de inspección a los que la rodeaban. De repente, se animó su semblante, pues habían entrado nuevos viajeros entre los que había algunos niños a corta diferencia de su edad.

Con gran satisfacción de Nora, los recién llegados se sentaron cerca de ella. Eran estos una señora de aspecto noble que llevaba consigo una niña, algunos años mas joven que Nora, vestida de luto riguroso, y dos muchachos de nueve y trece años acompañados de un joven que indudablemente era su preceptor, y cuyo traje demostraba que además era sacerdote. La señora y la niña se sentaron enfrente de Nora, el preceptor y los muchachos se colocaron a un lado, siendo el niño mas crecido el que se sentó inmediato a ella.

Al principio, ocupado enteramente en la comida, no hacía atención en su vecinita, pero en cambio la señora miró repetidas veces a aquella niña cuyos ojos expresivos daban adivinar que tenía ganas de entrar en conversación con sus vecinos, a fin de acortar el tiempo que debía permanecer en la mesa. Al

cabo de algun rato, no pudien lo dominar ya sus deseos, y con la franqueza que reina habitualmente entre los niños preguntó a su vecino como se llamaba.

Este la miró con cierta sorpresa, pero contestó a su pregunta y pronto sostuvieron una conversacion tirada. La dama y el sacerdote se mezclaron varias veces en ella incitados por la vivacidad de la niña, la que hablo sin transicion de la enfermedad de su madre y de los numerosos viajes que habia hecho y de varios otros asuntos.

Mientras Nora se hablaba en lo mas animado de su narracion levanto se el director e hizo señal a su hija de que le siguiera. Distrado en la conversacion que tenia con sus amigos, apenas reparó el director en los recién llegados, quienes sorprendidos por la bella presencia de Alfredo, le miraban con curiosidad. Mientras la niña se despedia de ellos con cierta sequedad y desparpajo.

—¿Quien es ese caballero que tiene esta niña tan mona? — preguntó la dama al criado que tenia a su lado, quien se habia inclinado respetuosamente ante el director, cosa que suelen hacer los criados respecto a personas de alta categoria o que den muy buenas propinas.

— Es el señor Director Carsten — dijo a media voz el camarero, — el celebre director de circo — anadio en contestación a la mirada interrogadora de la dama.

—¿El director del Circo Carsten? — dijo la dama en **tono dubitativo y de sorpresa**.

— Si, señora condesa. Su compania es de las mas celebres, y la niña que le acompaña es su hija. Hace ya algunos dias que se encuentran aqui y su esposa se halla un poco enferma. Pronto deben empezar las representaciones.

—¡El señor Carsten, el señor Carsten, mama! — exclamaron los niños, — es preciso que vayamos, pues

debe tener caballos muy bonitos. Nos dejaras ir, no es verdad?

Su madre hizo una señal afirmativa, pero parecía que aún no daba completo crédito a la noticia.

—¿Que porte tan distinguido!—dijo como para sí.—
Y la pobre niña tan hermosa.....

—¿Quiénes eran los nuevos conocidos, habladorcilla?—preguntó por su parte el director a su hija mientras subían la escalera.

—No sé aún su apellido, papa. El niño mayor, que era el que estaba a mi lado, se llama Curt, y el pequeño Nikkel. Figurate que nombre más raro. La niña se llama Lili, pero no es hermana suya, pues llamaba tía a aquella señora que iba con ellos.

—¿Que nombre daba a la señora el joven sacerdote?—preguntó el director.

—La llamaba señora condesa, y se que vienen de Austria, en donde habitan en el campo, en una posesión magnífica. La niña está con ellos, pues es huérfana. Los primos tampoco tienen padre—añadió la niña.

Bueno, a lo menos sabemos algo—dijo el director riendo.—Pero ahora ve con Ana, y estate quieta sin meter ruido si mamá duerme. Si quieres jugar, salte al corredor y así no la molestaras.

Al decir esto abrió la puerta del cuarto para que entrara la niña, por su parte estaba indeciso entre si entrar o no—pues la conversación de la mañana le había disgustado, y temía aumentar su disgusto si volvía a hablar del mismo asunto.

—De seguro que duerme—dijo escuchando el silencio que reinaba en la habitación.

Y se volvió para marcharse.

En la habitación de Llena reinaba un profundo silencio. La enferma apenas había tomado alimento alguno desde la mañana, y permanecía inmóvil en el

sofa. La escena de la mañana parece a haber agotado sus fuerzas, pues no había pronunciado palabra alguna desde entonces, viéndose interrumpido su mutismo solo por accesos de tos seca.



La enfermera, creyendo que dormía, impidió a la niña que realizara su deseo de ver a su madre. Nora pronto se encontró ahogada entre las paredes de aquel cuarto, y aprovechando el permiso de su padre, fue a esparcirse por el corredor, esperando que quizás en-

contraria iba a sus compañeros de mesa. Asomada a la balaustrada de la escalera contemplaba las numerosas personas que se agitaban en el vestíbulo, cuando vio subir al sacerdote con sus educandos.

— ¡Tan quieto y tan sola? — dijo leste cariñosamente al notar allí su presencia.

— ¡Aprieta, mamá daerme y Ana regaña — dijo Nora resumiendo la situación en breves palabras.

— Realmente son tres malas circunstancias para ti, — replicó el capellán riendo. — ¿Entonces te fastidiaras?

— ¡Esperaba que subieras! — dijo la niña con tranquilidad. — Y por esto me he quedado aquí. ¡Por cierto que he oído que Lilly lloraba.

— ¡Sí, Lilly está con mamá — dijo el mayor de los muchachos. — Venite con nosotros — añadió arrodillándose ante ella para ponerse a su altura. — Ven con nosotros — repitió — mientras ella apoyaba su mano en su hombro.

— No puedo — dijo la niña. — Mamá no me permite que vaya con personas desconocidas. Pero en cambio puedo jugar aquí — añadió.

— Entonces jugaremos aquí contigo — dijo el muchacho. — No es verdad que usted no se opone, señor capellán?

El sacerdote bajó la cabeza afirmativamente, pues él por su parte también encontraba placer en estar cerca de Nora.

— ¿Aquí jugaremos — preguntó Curt. — ¿Sabes saltar a la cuerda — añadió, señalando la que ella había sacado de la habitación — hay aquí espacio suficiente.

— ¿Sí, sí, saltar? — dijo ella con cierto desden — puedo hacer mucho más, y sino sostenedme la cuerda.

Los muchachos empezaron a voltear la cuerda. La niña se puso de puntillas, levantó los brazos y empezó a bailar como un elfa, siguiendo con habilidad y soltura los rápidos movimientos de la cuerda.

De repente se paro, y dijo a los muchachos que la aplaudían con entusiasmo.

— Esto lo he aprendido de Mlle. Limic, pero no debía haberlo hecho, porque mama no quiere que lo haga delante de personas extrañas.

— ¿Por que no lo quiere tu mama? — preguntó el capellán, a quien habían llamado la atención estas palabras.

— Mama dice que es feo el darse así en espectáculo. No quiere consentir de ningún modo que monte a caballo.

— ¿Tu mama no monta a caballo? — preguntó el capellán.

— ¡Mama montar a caballo! — dijo la niña echando atrás la cabeza con cierto desden. — Esto lo hacen por dinero las artistas de papa.

— ¿Y tu sabes montar a caballo? — exclamaron con sorpresa los muchachos.

— Se montar y también guiar — dijo ella encogiéndose de hombros. — Tengo cuatro poney's propios que me pertenecen exclusivamente. Podéis verlos si vais al circo, pues he permitido al pequeño Wimbleton que corra la posta con ellos, aunque yo se hacerlo mejor que él.

Los ojos de los muchachos se dilataron de asombro.

— ¿Tu puedes guiar cuatro caballos?

— Y seis también. A principios de año, guie seis caballos en san Petersburgo, delante del emperador, quien no había creído a papa cuando le dijo que podía hacerlo. — Después de muchos ruegos, mama consintió en que lo hiciera. — Y aún me acuerdo de lo que dijo el emperador — añadió, manifestando en el tono de su voz que deseaba se lo preguntaran.

— ¿Que es lo que dijo? — exclamaron sus oyentes.

— Primeramente me tomó en brazos, me besó y me

dió esto — dijo señalando un corazón incrustado en perlas que llevaba al cuello. — y despues..... pero no quiero que te rias — exclamo dirigiendose a Curt, que en realidad hac a esfuerzos para contenerse

—¿Que, que es lo que dijo el emperador?—preguntó Curt recobrando su seriedad.

—Dijo, dijo.. — esta niña con el tiempo hara hablar mucho de ella, y se eclipsara, querido Carsten Bueno, re d ahora — anadio algo m h na al ver que n el capellan podia contener una sonrisa

Curt, por su parte, se habia puesto colorado al oir sus palabras, y dijo con mucha seriedad

—Por mi parte, no me rio. Creo que tu mama tiene raz n, y que no esta bien que una niña como tu se dé en espectáculo. Si oia hablar de ti como de una artista de circo, lo sentiria mucho, pues seria muy triste para ti.

Curt habia hablado con cierta asperidad, y la niña se habia aturdida ante aquel inesperado sermon. El se apercibio y compadeciendola, se arrodiló de nuevo delante de ella y apartandole el cabello de la frente le dijo:

—No te entades conmigo, pues de seguro no seras artista de circo. ¿Sabes otras cosas ademas de montar a caballo y guiar?

—¡Oh! si — dijo Nora — cada dia tomo leccion con mama y muchas veces con maestros. Se hablar y escribir tres idiomas y conozco el catecismo — anadio dirigiendo una mirada al capellan, como si aquella noticia la diera especialmente para él.

—¿Quién te lo enseña?

—Mama me da lecciones todos los dias y ya voy a confesar. Tu eres un sacerdote, no es verdad? lo he conocido en seguida.

—¿De veras lo has conocido en seguida?—dijo el capellan.

—Conozco muchos sacerdotes, pues cuando permanecemos mucho tiempo en una ciudad, mama hace que me examinen. Mama es muy devota, y antes iba cada día a la iglesia, pero ahora no puede porque esta enferma. ¿Y tu eres también devoto? — añadió dirigiéndose a Curt.

—He aquí lo que te ha valido tu sermón, Curt — dijo el capellán riendo. — Pero vámonos ya, muchachos, que vuestra madre os estará esperando.

—Tú a lo menos quedate aun un rato — dijo Nora sujetando a Curt — Deja que se marche tu hermano. Y al decir esto le miraba con ojos suplicantes.

El muchacho se dejó convencer, y permaneció en la posición en que estaba — pero en aquel momento salió su madre de una de las habitaciones que daban al corredor, y Curt se levantó apresuradamente exclamando:

—Aquí esta mama.

—¿Que estais haciendo ahí? — pregunto la condesa acercandose al grupo.

El capellán iba a responder, cuando se abrió violentamente la puerta de una habitación y una mujer anciana salió gritando y llorando, y se precipitó hacia la condesa, quien retrocedió creyendo que se trataba de una loca.

—¡Socorro, socorro! — exclamó la anciana, en mal alemán. — Mi señora se muere y no hay allí nadie para asistirle!

—¿Que es lo que dice? — exclamó la condesa sorprendida.

Nora entretanto se habia echado en brazos de la anciana exclamando:

—Esta es mi Ana. ¿Ana, que es lo que tienes?

—¡Oh! señorita, mama esta muy enferma y el amo no está aquí.

—¿Mama esta enferma? — repitió la niña compren-

diendo de repente.—¡Oh mama, mama!—exclamó
llorando y precipitándose en la habitación



—Parece que hay necesidad de auxilio, señor capellán—observó la condesa—procure usted inquirir quiénes es el esposo de la enferma y donde se halla, mientras yo veo qué es lo que se puede hacer

Y sin vacilar, entro en la habitación de la enferma, en donde se oía llorar a la niña.

Elena estaba recostada aun en el sofa, pero tenía la cabeza mucho mas baja y en sus labios y en su vestido se veían numerosas manchas de sangre que indicaban en seguida la causa del accidente.

La niña estaba abrazada a su madre, y la llamaba con todos los nombres cariñosos que acudían a su imaginación, pero esta al parecer no la oía. Curt, que había penetrado en la habitación siguiendo a la niña, trataba en vano de separarla del lado de su madre.

La condesa comprendió en un momento la situación.

— Procura sacar a la niña de aquí, a fin de que no asuste a su madre, y vé a buscar a un medico — dijo en voz baja á su hijo.

Al propio tiempo arregló las almohadas para que la cabeza de la enferma estuviera mejor colocada, bañó sus sienes con agua y con ella mojó suavemente los secos y ardorosos labios de la paciente.

— ¡Madre! — exclamó la enferma abriendo sus ojos y mirando con vaguedad.

Pero al fijar su mirada en aquella fisonomía desconocida, marcóse en su rostro la desilusión y la sorpresa.

— ¡Tranquílese usted — le dijo la condesa cariñosamente, — la casualidad me ha conducido a su lado, permítame usted que la cuide hasta que venga su esposo, a quien he mandado llamar.

Una mirada agradecida de la enferma fué su recompensa.

Al poco rato volvió esta a cerrar los ojos; el pecho se levantaba fatigosamente, oyendose un ligero estertor que fue aumentando paulatinamente. La condesa la observó con atención y vió el sombrío círculo que se formaba al rededor de sus ojos, y la expresión fatal

de la boca, por lo que tomó en seguida una resolución.

—¿Desea usted hablar con alguien antes de que venga su esposo?—pregunto en voz baja, pero clara.

La enferma abrió lentamente los ojos viéndose, en la expresión de su mirada, que comprendía perfectamente. Sus labios se agitaron, pero no produjeron sonido alguno, en cambio, la mano hizo en la frente y en el pecho un signo que la condesa comprendió perfectamente. Como contestación, hizo asimismo la señal de la cruz y dijo:

—El capellan de mi casa y preceptor de mis hijos esta aqui. ¿Desea usted verle mientras llamamos al cura de esta población?

Las manos de Elena se unieron en actitud de suplica.

—En seguida, en seguida—murmuró—, tengo tanto que decir!

La condesa salio inmediatamente, y en el entretanto Curt logro convencer a la niña que pasara a la habitacion inmediata, donde se hallaba la anciana Ana sin saber qué hacer.

El capellan entró en la habitacion de la enferma. Era muy joven, y como recién ordenado entró de preceptor en casa de la condesa, era esta la primera vez que desempeñaba su sagrado ministerio al lado de un moribundo. Elena le examinó un momento con atencion y vió en su semblante la pureza de la juventud y la santidad de su estado, acompañados de una dignidad superior a sus años. Creyo, pues, que podia confiar plenamente en el, que podia hacerle depositario de sus recelos e interprete de sus últimas voluntades cerca de su esposo. Providencialmente, la habladuria de la niña le habia puesto en el caso de comprender en seguida de lo que se trataba, y de adivinar a media palabra los deseos de la enferma. Su modo

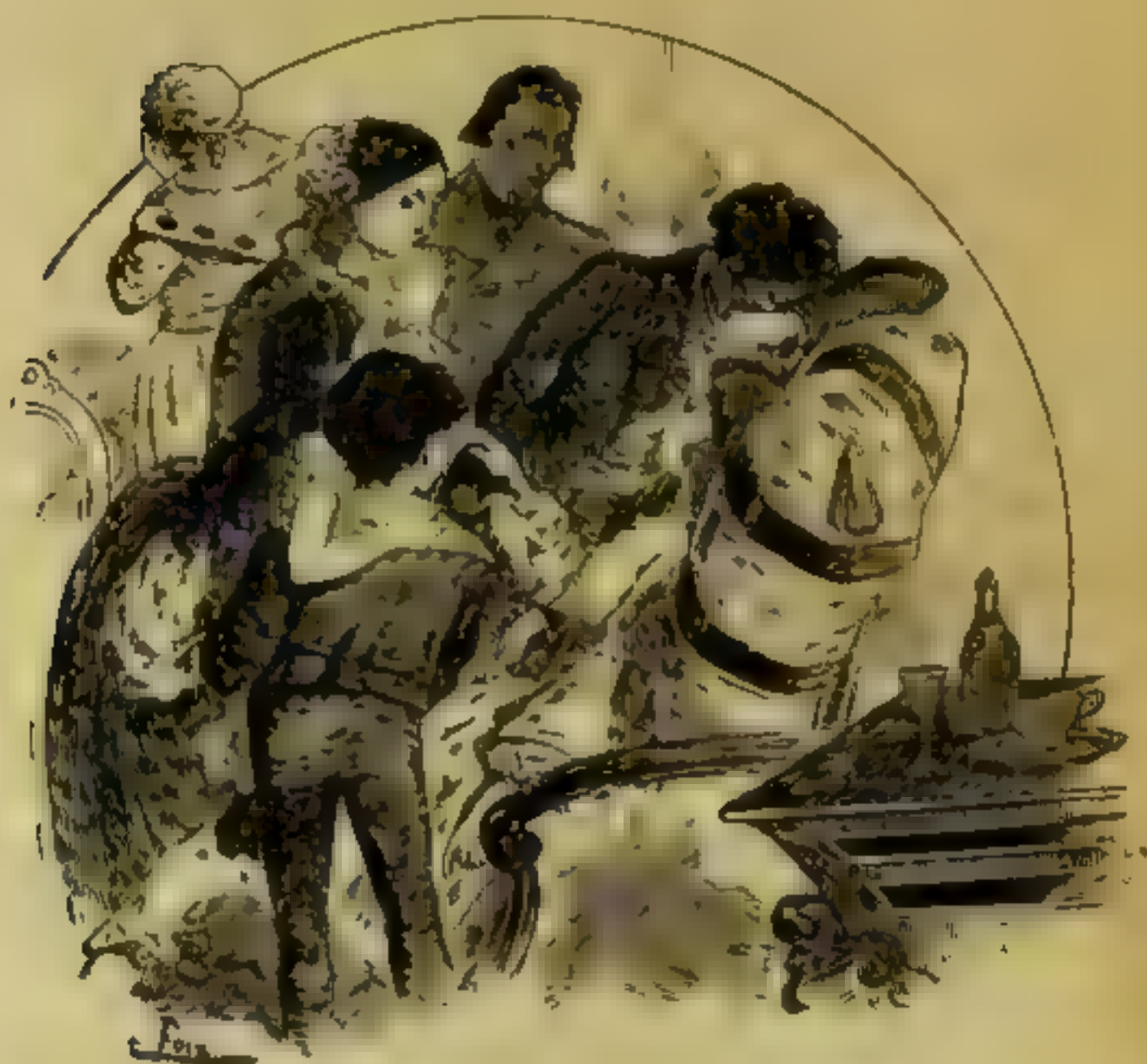
de pensar y sus consejos estaban de acuerdo con las aspiraciones de Elena, quien se encontró muy descansada después de haberle confiado todas sus inquietudes respecto de la niña.

Hacia largo tiempo que estaba en paz con el Señor, pues poseía un corazón angelical que había permanecido siempre extraño a las luchas y borrascas del mundo, y desde el principio de su enfermedad se había preparado para aquel trance, pues sabía mejor que todos los que la rodeaban, que su fin estaba próximo, aunque la escena de la mañana hubiese precipitado el fatal desenlace.

Apenas la confesión hubo terminado, llegó su esposo, quien recibió la noticia de lo que pasaba al entrar en el Hotel, pues el mensajero que se mandó en su busca no lo había hallado. Asustado y no habiendo podido prepararse para aquel golpe, dió rienda suelta á su naturaleza apasionada. El palido semblante de Elena se coloreó de nuevo al oírle y un rayo de amor brilló en sus ojos; pero la tranquilidad adquirida desvaneciöse, pues la separación es mas penosa cuando dos brazos queridos nos retienen, y la felicidad mundana se nos presenta á la imaginación. Alfredo estaba abismado en su dolor, y no reparó por lo tanto que hubiese personas extrañas en su habitación.

Elena, que además del amor á su esposo, tenía otro amor santo en el corazón, sintió que podía disponer de poco tiempo y quiso ver á su hija. Su esposo apenas la oyó; pero la condesa, que era madre también, comprendió su deseo e hizo una señal á Curt que tenía aún en sus brazos á la niña, pues esta, asustada y temerosa, no había querido soltarle. Llévola, pues, así al lado de su madre. Pero sease que Elena sintiese que fuera un extranjero el que le entregara á su hija ó bien que quisiese llamar la atención de su esposo hacia Nora, rechazó con cierta violencia al muchacho

y apoyó la mano de Carsten sobre la cabeza de la niña. Había algo en la manera de verificar esta acción que ofendió a Curt, quien echó un paso atrás coloreándose su frente.



Con la penetrante mirada propia de los moribundos, hizose cargo Elena de lo que pasaba, y cogiendo al muchacho, acercólo lentamente para contemplarlo bien. Su semblante hermoso y franco interesaba en seguida, y sus ojos que estaban llenos de lagrimas, demostraban la parte que tomaba en aquella aflicción. Elena lo miró con cierta atención, y, levantando con pena la mano, la puso sobre la cabeza del niño como

queriendo bendecirle, y sus labios formularon la palabra «gracias» que se vió interrumpida por una tos violenta. El pañuelo que aplicó a sus labios manchóse otra vez de sangre, lo que produjo grande espanto en los presentes pero, por fortuna, en aquel momento entró el medico, quien con su autoridad restableció un poco el orden, a pesar de que en seguida pudo convencerse de que su arte era completamente inútil para salvar á la paciente.

Mandó que retiraran a la niña, el sacerdote se encargó del esposo, y la condesa permaneció al lado de la enferma prestandole todos sus cuidados.

Durante toda la noche, la juventud de la enferma estuvo luchando con la muerte, y solo a la madrugada terminó el combate. Alrededor del sofa en donde Elena habia dado el ultimo suspiro, hallabanse arrodilladas todas aquellas personas que la casualidad habia reunido cerca de su lecho de muerte: el sacerdote que le habia dado los últimos consuelos espirituales se hallaba animando al esposo, completamente abatido. Á su lado se estaba el muchacho mirando a la pobre niña huérfana, que se habia dormido en sus brazos fatigada por el llanto; por su parte, la condesa sostenia la cabeza inerte de la esposa del director de circo, cuya posicion social le habia arrancado ademán despreciativo poco antes.

Habían transcurrido ocho dias, y hacia tres noches que los despojos mortales de Elena descansaban en la tumba. El dolor del esposo habia cedido de su primera violencia, y la vida hacia sentir de nuevo sus exigencias. Verdaderamente es una gran ventaja el que éstas sólo callen pocos dias, pues así nos obligan a dar tregua al dolor. En las grandes calamidades hay algo de nivelador que derriba por el momento las barreras de la vida social: así la condesa se habia introducido en aquella familia, prestandole un apoyo

práctico, y Norita estaba completamente bajo su protección, a fin de que la niña sintiera menos la pérdida de su madre.

Sin embargo, había llegado ya la hora de que se restableciera el curso normal de las cosas; Carsten quería abandonar el sitio en donde había sufrido tanto, y se presentó en las habitaciones de la condesa para llevarse a su hija y darle las gracias por todas sus atenciones.

En aquella ocasión, cuando su papel en aquel triste suceso cesaba en absoluto, fué cuando la noble dama paro su atención por primera vez en la diferencia de sus respectivas posiciones, y le causó penosa impresión el recibir como a un igual al hombre que a tal clase pertenecía.

La condesa Degenthal, tanto por su nacimiento como por su matrimonio, pertenecía a la alta nobleza, a aquella nobleza que procura separarse de las demás clases. Esta separación, esta limitación en sus relaciones, se ha echado en cara a la nobleza como un gran vicio, y sin embargo todas las clases sociales la practican en mayor ó menor grado, y depende de la entidad de cada clase, debida a la igualdad de sus elementos. Un modo de vivir idéntico, igualdad de intereses y de aspiraciones son los que establecen las barreras y las vuelven a establecer cuando se cree haberlas destruido. Dentro de dichos límites es donde existen los derechos y los deberes de cada clase. Solo los soñadores de un ideal malsano pueden creer en una igualdad completa, que es anti natural, como lo demuestra por sí solo el que no haya existido nunca.

En los países cristianos, esta separación entre las clases no puede convertirse nunca en un espíritu de casta opresor, pues contra él lucha con suavidad la ley del amor cristiano, que se extiende igualmente a todos y con vigor la ley de la moral cristiana, que

atribuye igual valor a todas las almas y las lleva ante el mismo tribunal.

En dichos países, el espíritu de clase se nota principalmente en la vida social, y en la resistencia a admitir el modo de ser y de moverse de las demas clases. La nobleza, siendo como es la clase mas estable, se opone con mas energia que las demas a toda intrusión, pero, excepción hecha de algunos pocos, nunca su espíritu exclusivista la ha llevado a perjudicar a los demas. Lucha en el campo de batalla al lado de los hijos del pueblo, y procura conquistar las mismas palmas en el terreno del arte y de la ciencia, y al servicio de la religion lo mismo acepta las plazas mas elevadas que las mas humildes. No se puede negar que aquellas barreras han producido conflictos y volveran a producirlos, y algunos se han estrellado dolorosamente contra los mismos, pero estos conflictos sirven para sacar á la vida de la indolencia, y los casos excepcionales no hacen mas que confirmar la regla.

La condesa era una aristócrata de principios severos, y que sólo buscaba el trato de sus iguales. Pero, como ya hemos visto, no retrocedía cuando creía que su presencia podia ser útil al prójimo. Por naturaleza apenas poseía ternura y calor, pero, en cambio, tenía un caracter activo, regulando todos sus actos por un sentimiento austero del deber, que ciertamente es muy grato a los ojos del Señor, pero que no satisface siempre el corazón de los hombres.

Ciertamente el deber de la caridad cristiana fué el que la impulsó a acercarse a aquellos extranjeros, y es indudable que no hubiera retrocedido ante los servicios mas inferiores; pero desde el momento en que vió que sus cuidados no eran ya necesarios, deseó terminar allí sus relaciones. Mujer de mundo ante todo, cuidó de no hacer notar sus deseos de un modo desagradable, contentandose con demostrar una ligera

frialdad. Alfredo Carsten, que había pertenecido en otra época al mismo círculo que la condesa, y sus recuerdos de aquellos tiempos no estaban aun bastante borrados para que no adivinara los sentimientos de la aristocrática dama, supo guardar la distancia que le exigía su actual situación, y la seguridad y la nobleza de sus movimientos y de sus expresiones impresionaron a la condesa.

Cambiaron primero aquellos lugares comunes, que son como una preparación cuando se han de tocar puntos dolorosos, que se teme abordar cuando se trata de un suceso reciente.

— ¿Y la niña ira con usted? — preguntó la condesa, después que él le hubo dado las gracias por sus atenciones y puesto en su conocimiento que se marchaba.

La fisonomía de Alfredo tomó la expresión del dolor, y después de tapar un momento sus ojos con la mano, como si quisiera pensar su contestación, dijo con voz temblorosa :

— No, todo lo pierdo de un golpe. El capellan me ha transmitido los deseos de mi esposa respecto de Nora, y para mí son sagrados. Yo ya conozco su modo de pensar, y creo que quizás tenga razón de que una vida como la mia no es muy a propósito para la educación de una hija. El capellan ha tenido la bondad de darme los datos necesarios, y mi primer viaje será para llevar a mi hija a uno de los conventos que me indica.

— ¿A un convento? — dijo con cierto asombro la condesa.

— También usted halla extraño el contraste! — dijo con ligera ironía. — Ciertamente que por mi parte daría otra educación a mi hija, pero, como acabo de indicarle, los deseos de su madre son mandatos para mí. Elena fue educada también en un convento y les guar-





dó grande afición. ¡Dios haga que mi hija sea buena y humilde como ella era! — añadió con cierta expresión dolorosa en el semblante.

— Hace usted un sacrificio muy grande y muy laudable — dijo la condesa, — y al menos tendrá usted la satisfacción de saber que su hija está en buenas manos.

Inclinóse Carsten silenciosamente, y en aquel momento entró el capellán entregándole las cartas y recomendaciones que el director le había pedido.

— Nora — dijo entonces el director, — es hora de partir.

La niña, que se hallaba en la ventana con el muchacho, no oyó á su padre.

— Toma esto — le decía en aquel momento el muchacho, dándole un devocionario de pequeñas dimensiones, — toma esto como recuerdo de este día.

— Pon tu nombre dentro — dijo ella; — jamás lo olvidaré, puesto que has sido tan bueno para mí, pero de todas maneras me gustara leerlo en el libro. ... pon también la fecha.

El muchacho sacó un lápiz é hizo lo que ella le indicaba.

— ¡Oh, escribes mucho! — exclamó Nora, mirando por encima del hombro de Curt.

El muchacho le tapó apresuradamente la boca con la mano.

— No hables tan alto — dijo con cierta impaciencia. — ¿Puedes leerlo? Si acaso hazlo en voz baja.

— « Cuando los hombres se separan, se dicen hasta la vista, » — leyó Nora. — Es muy bonito!

— Bueno, pero no es necesario que se lo enseñes a nadie — le advirtió con infantil vergüenza al pensar que alguien podía leer la expresión de sus sentimientos.

— ¿Qué es lo que tú me darás como recuerdo? — preguntó Curt.

La niña estuvo un rato meditando, y luego, señalando su cabello negro, le contestó.

—¿Quieres esto? Mama se lo dió tambien a papá como recuerdo — añadió inocentemente.

El muchacho se echo á reir, y se sonrojó al mismo tiempo, pues a sus trece años no se le escapó lo arriesgado de la comparación.

Viendo su vacilacion, dijo ella entonces.

—No, toma esto; — y con un fuerte tirón arrancóse el corazon de perlas que llevaba colgado del cuello.

—¿El hermoso corazon que te regaló el emperador de Rusia?—dijo el con cierta vacilación.—Ciertamente no debes darmelo.

—¿Por que no? Te lo doy porque á nadie quiero tanto como a ti, si se exceptua a papa — dijo dandole un abrazo.

—¿No es verdad que no seras artista de circo?—dijole el con cierta ansiedad, colocando el corazon en la cadena del reloj.

—¡Nora! — grito de nuevo su padre;—ven, hija mia, es preciso que nos despidamos.

Nora tenia cogida aún la mano del muchacho al presentarse delante de la condesa. La niña sentia pocas simpatias por aquella figura imponente de frios rasgos, y por este motivo le dio la mano silenciosamente.

—¿No tienes nada que decir? — advirtióle su padre.

—Hasta la vista — dijo la niña, como si estas palabras hubiesen hallado eco en su corazon.

A la condesa le hizo una impresion extraña la respuesta de la niña. Quizas era aquello lo que menos deseaba, pero las palabras habian sonado con expresion carmosa en los labios de la niña, así fué que, levantandola en brazos, le dijo:

— Bueno, pues, hasta la vista, Dios haga que te encuentre buena y feliz!

—Y yo á ti —contestó la niña resueltamente.

En seguida desprendióse de los brazos de la condesa, y se precipitó llorando hacia Curt.

También el director quiso dar las gracias al muchacho, pero al intentar hacerlo faltóle la voz. Al muchacho le satisfizo mas el apretón de mano que le dió, tratándole como si fuera un hombre, que le hubieran satisfecho las mas elocuentes palabras.

Saludaronse de nuevo silenciosamente, y partieron padre é hija. Aquellas personas que una casualidad había reunido bajo cierto pié de intimidad, acababan de separarse quizas para siempre.

—Que hombre mas particular y qué vida mas accidental! —dijo la condesa, despues de una corta pausa dirigiéndose al capellan. —¿Qué sucesos pueden haberle conducido á adoptar esta profesión? Á juzgar por su educacion, hemos de suponer que nació en una situacion mucho mas elevada que la que ahora ocupa, y, sin embargo, parece que esta completamente identificado con esta vida. ¿Á dónde piensa llevar á su hija?

El capellan nombró uno de los mejores colegios de Bélgica.

—Pero, Dios mio, señor capellan —exclamó la condesa, —¿como se le ocurrió á usted indicarle este en el que unicamente se educan las hijas de las familias más principales?

—Precisamente el señor Carsten escogió este porque deseaba llevar á su hija á uno de los colegios mejor montados, importándole poco el precio. Parece que debe ser muy rico.

—Esto es lo de menos —dijo la condesa con impaciencia —lo que hay es que así destruya su porvenir. Despues de esta vida errante, ser educada en un convento en donde se la educara en otra atmósfera y adquirirá costumbres y sentira aspiraciones superio-

res en mucho á su situación, y luego tendra que volver a vivir en el círculo actual! Valia mas que no lo hubiese abandonado.

—A su madre le parecio que lo mas importante era el cuidar de la salud de su alma, y temía por ella si la dejaba desde ahora sometida a la nociva influencia de vida de circo, creyendo que una educación sólida y religiosa le serviría mas tarde de escudo protector.



—¡Ilusiones, querido mio, ilusiones! Lo que se lograra es que sea desgraciada, pues nunca encontrara terreno en donde poder echar raíces.

—Algo debe confiarse a la voluntad de Dios — dijo

con tranquilidad el capellan; — las flores de Dios en todas partes pueden vivir, y este es el único camino



que ha encontrado la madre en su afán de proteger a su hija.

« Las flores de Dios viven en todas partes » [estas palabras resonaron de un modo especial en el corazón

del muchacho, quien estaba pensando en su amiguita, y se habia sentido herido por las duras palabras de su madre, aunque sin saber por qué.

Desde aquella noche en que tuvo a la niña en brazos, y la madre le habia dado la bendición, le ocupaba la idea del porvenir de Nora, pareciendole que habia contraído cierta responsabilidad. Tenia ya edad suficiente para comprender las dificultades de su situación, y se apoderaba una ansiedad grande de su corazón al pensar cual seria su porvenir. Creia que estaba destinado a protegerla, a salvarla, y numerosos planes habian cruzado por su imaginación, habiendosele ocurrido la idea de pedir a su madre que se encargara completamente de ella y la educara con sus hijos. Pero no se atrevio a decirselo, porque temia que su madre se hubiera reido de aquel proyecto. «Las flores de Dios viven en todas partes,» esta idea le servia de consuelo ante su impotencia para hacer nada en su favor. A sus ojos habia aparecido como una pequeña y bonita flor.



III

HAN transcurrido diez años. En el patio de uno de los numerosos colegios de la capital de Bélgica, estaba jugueteando alrededor de una vetusta fuente un escuadrón de niñas. Era costumbre en el colegio, que, durante el descanso del medio-día, las colegialas fueran a buscar agua a la fuente, y aquel momento de libertad era muy deseado.

Había un ruido indescriptible, y las conversaciones y los gritos se entremezclaban de tal modo, que no podía distinguirse lo que se hablaba.

—Mirad—exclamó de repente una voz levantándose sobre las demás—mirad lo que se hace!—y la que así

hablaba, colocó con un esfuerzo violento el jarro lleno sobre su cabeza y echó a andar.

— ¡Rebeca en la fuente! ¡Rebeca en la fuente! — exclamaron varias voces. — Nora, pareces una imagen sacada de la Biblia ilustrada.

La comparacion no era impropia, pues la figura alta y esbelta de la niña, con vestidos oscuros, un pañuelo blanco arrollado a modo de turbante, la fisonomía de rasgos acentuados, aunque finos, y sus negras trenzas que caían a ambos lados del cuello, presentaban un conjunto que podía recordar a la elegida del patriarca.

— ¡No me ha caído ni una sola gota de agua! — exclamó con aire triunfante. — ¿Quién es capaz de hacer lo mismo?

Naturalmente, fueron varias las que intentaron hacerlo, escondiéndose de la hermana que se hallaba distraída en un rincón del patio, y mojándose la mayor parte la cabeza. La falta de atención de la hermana, hizo que algunas educandas más atrevidas quisieran hacer otro ensayo.

— ¡Lilly! — dijeron, dirigiéndose a una de las más jóvenes y que por su aire encogido se conocía que hacía poco tiempo que estaba en el establecimiento. — ¡Lilly, hoy hemos de entrar con los jarros puestos en la cabeza. Es preciso que lo pruebes... mira, así debes hacerlo.

— Yo no puedo, os aseguro que no puedo — replicó Lilly.

Pero sus compañeras habían formado un círculo a su alrededor, y una de ellas colocó el jarro lleno sobre la cabeza de la niña. La misma turbación hizo que la niña diera un paso en falso, y el jarro se vino al suelo, prorumpiendo Lilly en llanto, mientras que las que la rodeaban se echaron a reír.

— ¡Que se la bautice, que se la bautice! — exclamó una de las más atrevidas.

La proposición encontró aplauso general, y en el mismo momento empezaron a arrojar agua a la niña.

Pero entonces, la que había empezado el juego de los jarros, se declaró contra las agresoras y se colocó en actitud protectora ante Lilly.

—¿No os avergonzáis, grandullonas, de asustar así a esta pobre niña? — exclamó con voz fuerte. — Cuidado con echarle una gota más, pues sino ya me cuidare yo de vengarla.

—Esta Nora, siempre quiere mandar — replicaron algunas con insolencia — Adelante. Lilly esta ya completamente mojada, y por lo tanto puede continuar el bautizo.

Pero Nora tenía los movimientos más rápidos que sus compañeras, y antes de que las más tenaces pudieran continuar sus ataques, empezó a echar agua de modo que retrocedieron chillando y sacudiéndose, pero volvieron en seguida al ataque, de modo que se preparaba una guerra sino muy sangrienta, a lo menos muy mojada.

—Pero, señoritas, es así como deben portarse ustedes—dijo de pronto la hermana, cuya aproximación había pasado desapercibida en el calor del combate. —¿Quién ha empezado este juego tan impropio y salvaje? — añadió con severidad. — Lilly, ¿como se ha puesto usted! voy a dar queja a la superiora de la conducta de todas ustedes — Y al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada escudriñadora al círculo que la rodeaba, y en el que reinaba un profundo silencio. La mayor parte de las niñas procuraron retirarse al fondo, dando a sus fisonomías una expresión de inocencia, solo Nora permanecía en el sitio que ocupaba, con el jarro en la mano y sin cambiar de posición.

—¡Ah! usted ha sido, señorita Nora—dijo la hermana.—Era de esperar que su larga permanencia en esta

casa hubiera dado mejores frutos que el entregarse a estos juegos locos pero usted es incorregible Desde lejos he visto como ha sido usted la primera de levantar el jarro, y por lo tanto, es usted la autora de todo, y no me olvidare de decirselo a la superiora, cuya proteccion le da a usted tantas alas Las horas de recreo las pasara usted hoy en su cuarto, a fin de que tenga ocasion de meditar Usted, Lily, vaya inmediatamente a cambiarse de vestido, y las demas que tomen ejemplo a fin de que no se repita otra vez semejante escena.

La hermana hablo con sequedad, descargando todo su enfado en Nora, pues pertenecia a aquellas naturalezas mezquinas, que siempre echan la culpa a una sola persona y quieren hacerla responsable de todo.

El caracter independiente de Nora, y la preferencia que le demostraba la superiora, se le habian atragantado Nora acepto sin replicar el sermón no acudiendo a sus labios ni una sola disculpa, y contentandose con celar una mirada de desprecio al silencioso grupo pues ni una sola salio a su defensa Lleno el jarro nuevamente, y se dirigió al interior de la casa.

Las demas siguieron su ejemplo y algunas de las mas avisadas exclamaron:

—Hubiera más debido disculpar a Nora.

—Verdaderamente es la que tiene menos culpa —exclamó otra — Pero ¿por que no habia Lily?

—Lily habia —dijo una tercera con tono despreciativo.

—Bah! que importa! —exclamó la que habia empezado el bautizo — La superiora tampoco la castigara, puesto que siempre la toma bajo su proteccion. Creo que esto es debido a su origen misterioso, ninguna de nosotras sabemos de donde procede y su talento de representacion da mucho que sospechar.

Verdaderamente encuentro muy particular el

que se nos obligue a vivir en compañía de una persona de quien no se conocen los padres—dijo una muchacha larguirucha, flaca y de fisonomía avinagrada.

— Muchas veces valdria mas no saberlo — exclamó otra.

Todas se echaron a reir, pues les constaba que la que tanto se preocupaba de saber el origen de las demas, llevaba un nombre que no gozaba de muy buena reputación.

— Por mi parte — añadió la que habia hablado últimamente — me importa poco el saber de donde procede Nora — me basta con saber que es una de las mejores y mas inteligentes del colegio y en este momento su silencio nos ha salvado del castigo. Es para mi la amiga mas querida que tengo en el convento, cuidandome poco de que sea de alta extraccion o de bajo origen, pues ambas cosas son posibles.

La que hablaba era hija de un principe aleman, pero el mismo sentimiento de su nobleza la hacia hablar así.

En el entretanto, Nora podia meditar a sus anchas, pues mientras las demas alborotaban en el patio ella se hallaba sentada sola en su cuarto, contemplando los lejanos picos de los montes que aparecian en el horizonte.

Su cara revestia gran seriedad y su boca presentaba la expresion que tiene en los niños cuando estan tristes. Y, sin embargo, la soledad en que se hallaba no era el motivo de su tristeza, pues le gustaba estar sola, como les sucede a la mayor parte de las niñas de su edad. Quizas eran los lejanos montes los que producian aquel efecto, quizas su sangre circulaba demasiado inquieta por los estrechos muros de un convento, y sus pensamientos volaban fuera de aquellas sólidas paredes.

En aquel momento, una mano se colocó sobre su hombro y una cabecita blonda se acercó a la suya.

—¿Estas triste, Nora?—pregunto con voz tímida.—
Verdaderamente hice mal en dejarte castigar, después
que tu me habías protegido.



—¡Ah! eres tú, Lilly —exclamo Nora como despertando de un sueño — Tranquilízate, niña, pues el castigo no es tan malo — pero, ¿por qué no hablaste, corazón de liebre?

—No me atrevo nunca a hablar—replico la niña con aire de profundo desconsuelo —siempre tengo miedo. Y verdaderamente lo he sentido por ti, porque eres buena y siempre lo has sido mucho para mí.

Y al decir esto echó los brazos al cuello de Nora

Nora le dió un beso.

—Otra vez ya te atreveras a hablar—la dijo, tratando de consolarla. Pero de repente la miró con fijeza y añadió —Lilly, ya has llorado otra vez, ¿cómo eres aun tan llorona a los tres meses de estar aquí?

—Me es imposible dejar de hacerlo, pues no estoy a gusto aquí, siento nostalgia—contestó. —Pero tu tambien estas triste, Nora, y de seguro que tienes nostalgia aunque no quieres confesarlo.

—¿Nostalgia?—replicó Nora; —de ninguna manera, por el contrario, creo que tengo ganas de correr mundo. Hace diez años que estoy aquí, y esto me ha servido de patria, pero tengo deseos de irme. Descansaría ver otras personas y países distintos, montar de nuevo a caballo y recorrer el espacio.

—¿Por que no te vas a tu casa? Me parece que ya tienes edad para ello—añadió Lilly con todo el respeto que á sus quince años infundían los diez y siete años de Nora.

Nora se sonrojó ligeramente.

—No tengo patria—dijo temblando —mi madre ha muerto, y mi padre esta viajando.

—¿Quien es tu padre?—preguntó Lilly con curiosidad.

El rostro de Nora se cubrió de carmín. Nunca hablabla de su padre, y desde los sucesos acaecidos en Ginebra, una voz interior le aconsejaba no hablar de este asunto, y las maestras guardaban el mismo silencio. Tambien en esta ocasion dejó sin contestacion la pregunta, y aprovechando la entrada de una tercera persona como una interrupcion feliz, dirigióse a ella, exclamando:

—Ven, Isabel, las dos estamos muy melancólicas. Lilly padece nostalgia.

—Y Nora tiene ansia de ir errante por el mundo!—contestó la mas joven.

—¿Gana de andar por el mundo?—repuso la interpelada, que era precisamente la que poco antes había tomado la defensa de Nora.—no las tengo yo ciertamente. La tranquilidad de esta mansión, donde solo hay un camino y un fin, me gusta demasiado para separarme nunca con gusto de ella.

—Comprendo a lo que vas—repuso Nora—pero yo no soy como tú. Mis pensamientos se desparraman por toda la tierra y los tuyos suben a las alturas.

—Te siempre hablas bien—contestó Isabel en tono de broma.—Pero quien sabe lo que nos destina el porvenir, prescindiendo de nuestros propios deseos!

—¿El porvenir! mucho dar a para saber el que me está reservado—exclamó Nora.—pero lo veo tan oscuro, que no tengo el menor indicio de cual será mi vida.

—Pues yo ya lo sé—dijo tranquilamente Lilly.

—¿Tu lo sabes?—exclamaron las otras.

—Porque mi tía lo tiene todo dispuesto. Permaneceré aquí aun un año, y después volveré al lado de mi tía, y me casaré con mi primo.

Las dos jóvenes se echaron a reír.

—¿Te casarás con tu primo? ¿Lo sabes de cierto? ¿Le conoces?

—No hay para que reirse—replicó Lilly picada.—Papa lo desea casi a la hora de su muerte, y mi tía lo desea también—todo el mundo lo sabe.

—¿Quien es tu primo?—iba a preguntar Nora cuando llegó a su oído el sonido de una campana.

—La superiora te llama—dijo Isabel—y por cierto que la hora es rara! La hermana Barbara es vengativa, y será preciso que te defendamos.

—¿Quieres que vaya contigo y explique como pasaron las cosas?—dijo Lilly.

No, corazón tímido. No quiero obligarte a un sacrificio tan grande. Ya sabré defenderme yo misma—

exclamo Nora, al mismo tiempo que su semblante tomaba un aire de valor y de energia.—Me gusta luchar la batalla de la vida y prefiero la tempestad a la calma perpetua, y de seguro esta vez la hermana Barbara ha **preparado una tempestad.**

—Sin embargo, anda prevenida, pues la cosa podria tomar peor cariz de lo que tu esperas—dijo Isabel

Pero Nora salio riendo, y bajo precipitadamente la escalera. No obstante, al llegar frente de la puerta de la celda de la superiora, parose un momento para examinar su exterior, con el temor de un recluta, para ver si habia algo que pudiera contribuir a aumentar la tempestad, a cuyo encuentro iba con tanta audacia. Pero aquel dia no tenia motivos para temer la inspeccion de la superiora, pues esta se hallaba distraida en sus pensamientos. Nora la encontro sentada ante la mesa de escribir, teniendo una carta en la mano. La madre Sibila era una mujer pequena, endeble, cuyos ojos eran los unicos que revelaban que poseia la energia necesaria para el penoso cargo de superiora de un establecimiento tan importante como aquel. Apenas Nora hubo entrado, levantose, y cogiendola por ambas manos acercóla a sí.

—Hija mia—dijo con voz suave—en la vida hay momentos penosos que es preciso soportar con resignación.

Nora, que estaba muy lejos de esperar tales palabras, encontróse paralizada como si la hubiese herido **un rayo.**

—¡Mi padre, mi pobre padre!—exclamo llena de angustia.

—No, tranquilízate—dijo la monja rapidamente —tu padre esta sano y bueno. Me escribe que es muy feliz, pero al mismo tiempo me indica que te prepare para un suceso que va a ocurrir en breve.

Nora se hallaba confusa

— ¿Va a dejar su negocio? — pregunto, y un rayo de alegría iluminó su rostro.

La monja movió la cabeza negativamente.

— Hija mía — dijo, y parecía que las palabras sabían con pena de sus labios — hace ya largo tiempo que el Señor le arrebató a su esposa, tu madre. Con la ayuda de Dios, has encontrado aquí una nueva familia, y hemos hecho lo posible para sustituir el inapreciable amor de la que te dió el ser.

Nora besó la mano de la monja. La madre Sibila fue la primera que acogió a la huérfana, y en su regazo lloró Nora la pérdida de su madre y la separación forzosa de su padre, y desde aquella época un lazo interior la unía a aquella mujer que había procurado reemplazar a su madre en cuanto lo permitía la vida de un claustro.

— Tu padre ha permanecido mucho tiempo solo, muy solo, pues para atender a tu educación se separó de ti. Ahora desea crearse una nueva familia, dándotela también a ti — quiere casarse de nuevo, hija mía.

Nora se había quedado con los ojos desmesuradamente abiertos, y miraba a la monja con un aire tal, que parecía no comprender sus palabras.

— Quiere casarse otra vez — repitió la monja — y me dice que su prometida esposa es una señorita Emilia Laner.

Parecía que esta vez tampoco la joven había comprendido lo que se le acababa de decir, pues continuaba en su inmovilidad. Pero de repente se llevó las manos a los ojos y exhaló un gemido.

Sientate, hija mía — dijo con cariño la superiora, acercándole una silla y obligándola a sentarse a su lado.

Nora apoyó pesadamente la cabeza en su hombro. La inesperada noticia le había herido en lo más profundo del corazón.

Las relaciones de Nora con su padre habian sido siempre muy cariñosas, a pesar de que se veían poco. Varias veces al año se presentaba Carsten en el colegio, y su aspecto noble, y los inmensos regalos con que favorecía a Nora cada vez que iba al convento, causaban gran sensacion entre las educandas, de lo que Nora se mostraba muy orgullosa. Se habian escrito con frecuencia, y en sus cartas daba expansion a la parte más noble de su alma, como lo hacia antes con su esposa. Conservando siempre vivo en su imaginacion el retrato de su esposa, hablaba de ella a su hija como de una santa a quien amaba siempre, y de cuya perdida no se podia consolar. En sus escritos se veia su instruccion, su educacion, y Nora, que ya estaba en el caso de meditar sobre la existencia que llevaba se convencio pronto de que algun gran infortunio le había obligado a seguir aquel camino, y de que él sentia profundo dolor de verse en aquel estado. Hacia mucho tiempo que sonaba con consolarlo, animarlo con su cariño y hacerle la vida agradable. Estaba orgullosa pensando que era la única que le pertenecía y que tenía derecho a su amor. Y ahora todos sus planes quedaban destruidos, una persona extraña iba no solo a reemplazarla sino tambien a borrar de su memoria el recuerdo de su madre. La mutabilidad del amor tiene algo de horrible para la juventud. Su padre, que hasta entonces habia sido su ideal, perdio considerablemente a sus ojos. La juventud es cruel para lo que hiere sus sentimientos, pues no está a su alcance a cuantas circunstancias es necesario atenerse en las épocas posteriores de la vida antes de entregarse al impulso de los sentimientos.

La monja vió la expresion de amargura en la fisonomía de Nora y el horror con que rechazó la carta que ella le tendia.

—Niña—dijo, pasandole suavemente la mano por la

cabeza —no juzgues lo que no estás en el caso de poder comprender, tu no sabes lo que es la soledad en el otoño de la vida.

— Pero mi padre me tenía a mi ahora. ¿Hubiera ido con tanto gusto a su lado? — exclamó Nora —, Nunca hubiera esperado esto de él!

— ¿Y tu hubieras estado siempre a su lado? — preguntó la monja sonriendo y fijando en ella la mirada. Muchas veces los hijos se separan de sus padres.

La frente de Nora se cubrió de purpura y bajo los ojos, encontrándose sin saber que contestar.

Nadie tiene derecho a querer sujetar la felicidad de otro al modelo que uno se ha creado, esto es un terrible egoísmo — añadió la monja con seriedad — Toma este suceso como una disposición de Dios. Tu padre conía crearte con ello un nuevo hogar y te sacara de aquí, pocos meses después de su casamiento. Así es que nos vas a dejar pronto, y lo siento mucho.

Pero Nora no oyó estas últimas palabras, pues su pensamiento se hallaba fijo aun en el acontecimiento que le acababan de anunciar.

— Y la... la señorita — preguntó con voz apagada — ¿pertenece a la compañía?

Es dudoso que en la actualidad busque en otro círculo su compañera, y si bien no me lo dice, precisamente su silencio me lo hace suponer. En cambio me escribe que su bondad y su amabilidad no podrán menos de gustarte.

— ¡Oh! — exclamó Nora con expansión dolorosa — ¿esto más?

Y levantándose precipitadamente se arrojó en brazos de la superiora diciendo:

— ¡Oh! no me deje usted ir a su lado! ¿guardeme usted aquí, guardeme aquí!

Y un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos. La monja estrechó entre sus brazos a la joven tem-

blorosa, como si quisiera retenerla para siempre. ¿Salían aquellas palabras del fondo de su corazón, y era esta la expresión de sus deseos que explotaba de repente?

Aquella monja era persona muy grave y tenía muchos años de experiencia en su difícil cargo. Centenares de niñas habían entrado en el colegio, y después se habían despedido con las lágrimas en los ojos, y a pesar de que se interesaba por ellas según era su deber, los sentimientos individuales estaban adormecidos por la costumbre. Pero hay naturalezas privilegiadas que atraen las simpatías y que se siente el separarse de ellas. Tal era Nora.

La madre Sibila, la experimentada superiora del convento había tomado bajo su especial protección a aquella niña que le había sido confiada en circunstancias especiales. Con su penetración había procurado hacer menos notable la gran diferencia que existía entre su vida actual y la anterior, y la niña le había correspondido queriéndola mucho. El porvenir de Nora había hecho perder muchas horas de sueño a la monja, pues la joven no era una de aquellas personas que pasan desapercibidas en el mundo, y en todas partes encuentran un reducido lugar en donde viven silenciosas y sin que nadie repare en ellas. ¿Y en que mundo, en que atmósfera tenía que vivir Nora? — Nora se hallaba en la situación más difícil: sin raíces en ninguna clase social, sin apoyo y consuelo en ninguna parte. ¿Podríamos reprocharle a la monja el que deseara que la favorita de su corazón gozara para siempre de la paz de la mansión del Señor y quisiera conservar dentro de aquellos muros, que la protegían contra la tempestad, á su flor favorita?

Nunca sus labios habían pronunciado palabra alguna en dicho sentido: solo en sus rezos había expresado su deseo, pero al oír la apasionada exclamación de

Nora, apretola fuertemente entre sus brazos y dijo

—Si tal es tu deseo, quedate. ¿pero podras decidirte a vivir aquí con nosotras en Dios y para Dios? En verdad, aquí reina la paz, y seria para ti el puerto mas seguro contra las tempestades de la vida, y por este motivo veria con gran placer tu resolucion.

Al decir esto, hablaba con calor y entusiasmo, pero como tenia la cabeza de Nora apoyada en su regazo no podia ver el efecto que producian sus palabras. Durante largo rato permanecio Nora silenciosa, mas de repente levantó la cabeza.

—No! —dijo en voz baja, pero decidida —No, no podria yo permanecer aquí. Creo que solo el orgullo ha dictado mis anteriores palabras, pues precisamente no busco la paz y la tranquilidad. Me es imposible permanecer en el puerto, prefiero luchar con la tempestad y el peligro. He vivido gustosa aquí, pero no me diga que me quede... dejeme partir, déjeme partir.

En la cara de la superiora pintose el desencanto, y, sin embargo, no pudo menos de sonreír al oír las palabras que pronunciaba la joven.

—Vete, vete pues. Cada mortal sigue un camino distinto, y, sin embargo, todos pueden conducir al mismo punto. ¡Ojala que la lucha no sea demasiado violenta para ti! Te voy a perder tu anciana amiga se va a ver separada de ti, este es un nuevo sacrificio que el Señor exige de mí. Sin embargo, estes donde estes, nuestros corazones permaneceran unidos.

—¡Oh! que haré! —exclama Nora —todo me asusta.

—No quieras preverlo todo. Solo una cosa no has de olvidar, suceda lo que suceda, y es que el hijo no es nunca mas que el padre. Esta es la voluntad de Dios y el orden humano, y temendolo en cuenta no se ha perdido ninguna alma. Por lo demas, nuestra separacion no esta tan proxima, pues hasta dentro

de tres meses no te vendra a buscar tu padre Ahora marchate, la campana toca para el rezo de la tarde, y durante el rezo podras adquirir mejor la calma necesaria. Esta noche te dispenso de asistir a la cena comun, pues en las grandes excitaciones es preciso que el que las sufre permanezca solo. Ve, y contesta con amabilidad a la carta de tu padre, pues el por su parte siempre ha sido amable contigo.



Nora se retiró a su cuarto, y después de haber leído la carta de su padre acostose, procurando dar descanso

so a su cuerpo fatigado. Durante largo rato, paseó su mirada por la habitación, como despidiéndose de aquel seguro puerto en que había vivido hasta entonces.

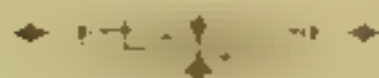
De repente, un paso ligero se acercó a la cama y un brazo cariñoso la cogió. Fra Isabel, que compartía el dormitorio con ella y otras compañeras.

—¿Ha sido muy fuerte?— preguntó en voz baja.

—¿El que?— contestó Nora, que había olvidado lo sucedido —No, no—dijo acordándose de repente —no se ha hablado de esto. Isabel me marchó pronto al lado de mi padre.

—¿Así, pues, ya se habrá colmado tu deseo de ir a países lejanos?— dijo riendo —¿por que lloras?

—Oh! Isabel, ruega a Dios que mi afición no se convierta en nostalgia. He deseado marcharme con demasiada impaciencia.



IV



AORRIA el mes de abril, el cielo estaba cubierto de nubes de color gris, y algunos copos de nieve revoloteaban en el aire. El viento era crudo, pero a intervalos podían verse pedazos de cielo azul entre las nubes. Los copos de nieve se derritían al caer, y gotas de agua brillantes como el cristal quedaban colgando de las hojas de los árboles. ¡Oh caprichoso mes de abril, que con aire cariñoso invita al hombre a dejar los abrigos de invierno e incita las plantas a florecer enga-

ñandolas, sin embargo, repetidas veces! Precisamente aque- día parecía querer tentar a todo el mundo para que saliera a respirar el aire de la primavera, y no obstante los charcos de agua que se vean por todas partes eran indicio claro de que había hecho mal tiempo, y el tono gris del cielo parecía querer indicar que la tempestad iba a repetirse.

Entre los paseantes, aparecía por todos lados la gorra multicolor de los estudiantes, y dominaba de tal modo, que se veía bien que estaba allí en su elemento natural, cubriendo la cabeza de las fisonomías burlescas y altaneras, propias de los estudiantes alemanes.

Verdaderamente, el abril y los estudiantes presentan en Alemania una originalidad que no se observa en otras partes. Aspero y rudo como el invierno, risuño y alegre como la primavera, anodino exteriormente y el interior lleno de fermentación, caprichoso y variable, tierno y entusiasta: tal es el abril de la Germania y tal es la juventud del estudiante alemán.

Y, sin embargo, el dorado vino, los sabrosos frutos y los árboles floridos son la recompensa de los que aman el abril, y de aquella alegre atmósfera estudiantil salen pensadores profundos, polemistas vigorosos, hombres en la completa acepción de la palabra. Singular analogía: los estudiantes han transportado la «vida universitaria» a aquellas regiones en donde el abril se muestra más poético. En el Rhin, a orillas del Neckar, del Lena y del Saale, es donde la existencia universitaria se desarrolla con mayor vigor.

Los jóvenes paseantes demostraban perfectamente la admiración que sentían por sí mismos y la estrecha unidad que reina entre los estudiantes. Se les veía formando grupos, hablando de sus intereses y discutiendo asuntos que eran un verdadero enigma para los transeúntes indiferentes, mientras que para los inicia-

dos era un lenguaje tradicional que se refería a las antiguas costumbres estudiantiles.

Uno de los grupos disolvi6se despues que los que lo componian se hubieron estrechado la mano, oyendose las palabras « Hôtel X, a las cuatro » y « Bol » que indicaban suficientemente las intenciones de aquellos amigos para la segunda mitad del día. Dos de los jóvenes se dirigieron cogidos del brazo a una alameda próxima. Formaban entre sí un contraste notable. Uno de ellos se distinguía por su gordura, que sin embargo no sentaba mal a su cara redonda, rubia y sonrosada, personificando la bondad alemana, sus ojos grises eran pequeños, pero de ellos salía una mirada penetrante y escudriñadora.

Su compañero tenía en altura lo que el otro en anchura, y a su lado parecía mas alto aun. Su fisonomía era tan movable como flemática la del otro, y los ojos eran la parte principal de la cara. Eran serios, profundos, brillantes como lo son los ojos que, sin tener una expresión determinada, revelan gran riqueza de ideas y de sentimientos. Su frente ancha, blanca y lisa, hacía suponer cierta inteligencia acompañada de sinceridad y franqueza. La parte inferior de la fisonomía carecía de interés, y sus labios indicaban mejor la bondad que la firmeza. La palabra del joven estaba en armonía con su exterior.

— ¡Creo verdaderamente que sólo aquí se vive! — dijo agitando su bastón en el aire. — ¡Qué movimiento, qué vida, que distracciones, que placeres! La naturaleza fascina y los hombres atraen. Se vive aquí tan aprisa, que apenas si hay tiempo para respirar, y, sin embargo, uno se siente crecer en medio de esta bendita libertad.

— Vosotros, los alemanes del Sud, pareceis chiquillos de la escuela en vuestra universidad — contestó el estudiante corpulento con el aire de desden con que

los alemanes del Norte tratan a los demás — Por otra parte, muchos se pierden aquí gracias a esta bendita libertad o sea gracias . . . a la cerveza y al vino.

— Guarda todas tus fuerzas para esta tarde, pues en el último *commerz* cierta *corra* (1) conocida mía, cayó pronto al suelo!

— Todos los principios son difíciles, pero la perseverancia obtiene siempre la victoria — contesto el otro riendo — Por otra parte, no soy aficionado a estas borracheras. Algunos conozco que no están nunca en ayunas...

— Y sin embargo esto es preferible a no experimentar nunca ninguna sacudida en este valle de lágrimas!

— contesto el gordo. — Si la borrachera no se sabía a la cabeza de ciertos individuos de vez en cuando, creo que la tendrían vacía . . . ¿Que proyectos tienes para las vacaciones de Pascua? ¿Cuándo vas a descansar de tus continuos estudios?

— No he tomado aún resolución alguna — contesto el alto y seco. — Se me ocurre una idea. Dahnow acompañame a mi país ven a visitar los sitios que tantas veces ha recorrido tu padre y en donde empezó la amistad de nuestras familias.

— Doyte las gracias por tu amable invitación; pero, hablandote con franqueza, preferiré ir allí en otoño, entonces te ayudare a matar liebres, ya que allí las cazas con tanta facilidad. ¿Te llama ya tu madre? — añadió fijando en él la mirada.

— A lo menos desea verme.

— Proposición contra proposición, Degenthal. Demos

(1) El *brass assen* es en la vida un versículo — *commerz* es el nombre de los estudiantes en el colegio de la corporación. Los estudiantes están a repases en cuartos, y a veces son los estudiantes de primer año. — (N. del T.)

una vuelta por el país del Neckar, he tratado de esto con algunos amigos.

— No esta mal pensado. Lo escribiré a mi familia.

— ¡Diablo! ,decidete una vez por ti mismo! —exclamó el gordo con aire incomodado. —¿ Estas pegado al delantal de tu madre?

Por el expresivo rostro de Degenthal pasó una nube de tristeza, carguando mas su elevada estatura, contestó:

— Piensa lo que quieras, pero a mi no me gusta este tono de desprecio con que habláis del hogar domestico, y que parece es costumbre general aqui.

— Tampoco me gusta a mi —replicó el otro— a pesar de que no soy bastante afortunado para poseer un hogar domestico. Pero advierte que un niño es un niño y un hombre un hombre, y que toda exageracion conduce al extremo opuesto de lo que se desea. Si ahora pides consejo por cualquier tontería, ¿a llegara en que no pediras consejo a tu madre para los asuntos serios? el hombre no sigue siempre los buenos consejos.

Estas palabras eran duras, pero verdaderas, por lo que Degenthal no replicó. La subordinacion a una voluntad exterior era para él un hábito que consideraba como el cumplimiento de un deber filial. Despues de un momento de reflexión, dijo:

— Casi toda mi educacion es obra de mi madre, y no quisiera oponerme nunca a sus deseos.

— ¿ Nunca? , Esto es absurdo! Dispensame si te hablo así, pero no deben proferirse frases que no se esta seguro de poder sostenerlas. Tu madre es una señora razonable que respetara tu voluntad como sabe apreciar la suya. Acostumbrala y acostumbrate tu mismo a una independencia que es inevitable. esto sera una ventaja para ti, y no perjudicara a tu madre.

Degenthal se calló, y mientras iba andando se entre

tenia en derribar con el bastón las flores que encontraba a su paso, parecía muy raro el oírse echar en cara lo que hasta entonces había considerado como una virtud. Su madre, como todas las que han educado solas a sus hijos, había ejercido hasta entonces un dominio absoluto sobre él. En aquella ocasión, Degenthal empezó a comprender por qué su preceptor había insistido tanto en la necesidad que tenía de cambiar de atmósfera. Como sucede siempre que nos apercibimos de que nos falta algo, cierto despecho se apoderó de su espíritu. Los dos amigos continuaron paseando en silencio, pues Dahnów no tenía costumbre de insistir en un asunto agotado.

De repente se pararon para colocarse a un lado del camino: el terreno arenoso les había impedido oír el ruido de un par de caballos que llegaban a galope, y les pasaron delante para desaparecer en seguida.

— ¡Caramba, qué caballos más preciosos! — dijo Dahnów entusiasmado. — en mi vida he visto otros iguales.

— ¡Y qué amazona! — añadió Degenthal —, Qué hermosa es! ¿Quién será?

— ¡Ah! si quiere que se la admire, es preciso que no siga montando ese caballo blanco, que es el animal más hermoso que he visto jamás!

— Esto es cuestión de gusto. Yo he olvidado el caballo blanco por la dama que le montaba. Tu, Dahnów, que conoces a toda la gente de este país, dime, ¿quién es? El jinete tiene una figura conocida y la amazona tiene el pelo negro.

— Te felicito por lo bien que has mirado. Desde ahora puedo asegurarte que no son del país, pues aquí no existen tales caballos. Indudablemente serán extranjeros, pues ahora hay muchos en la villa. Escucha, amigo mío, si quieres continuar siguiendo con los ojos a la bella desconocida, te abandonaré, hazme el favor de mirar al cielo.

— He de confesar que el tiempo se presenta amenazador—dijo Degenthal fijando su vista en una nube gris que prometía un fuerte chubasco —Si quieres creerme, apretemos el paso a fin de ponernos a cubierto cuanto antes.

— Corre cuanto quieras—respondió tranquilamente Dahnow.—por mi parte no quiero correr, pues lo único que se logra es perder el aliento mojándose del mismo modo. Con un solo placer me basta.

— En este caso, permíteme que te abandone a tu suerte. Mi aliento sabrá sostener la lucha con el huracán. Con que, a la vista, hasta las cuatro, si no has sido destruido por la lluvia, porque en cuanto a la su mersion estas protegido por tu corpulencia.

Y al decir esto, se alejó moviendo precipitadamente sus largas piernas.

Dahnow abrochó flemáticamente su sobretodo, pues el viento soplabá con rudeza. Al cabo de un momento empezó a caer nieve mezclada con granizo, pero el continuó avanzando lentamente con aire tranquilo. Al hallarse cerca ya de la población, encontró de nuevo los dos jinetes que también regresaban. De repente cayóse el sombrero de la amazona, yendo a parar al lado de Dahnow, quien se quedó admirado de la habilidad con que la amazona supo detener su caballo en medio de su carrera. Mas ágil de lo que podía esperarse de su volumen, corrió el estudiante detrás del sombrero, logrando darle alcance antes de que la dama hubiese tenido ocasión de apearse, y se acercó a ella con aire de triunfo, llevando en la mano al fugitivo, que devolvió a su propietaria.

Una manecita enguantada cogió el sombrero, y una cabeza rodeada de cabellos mojados se inclinó para darle las gracias, y un par de ojos azules brillantes, protegidos por pestañas negras, le dirigieron una mirada afable que llegó al corazón de Dahnow, a pesar

de llevar el sobretodo abrochado. Las palabras que acompañaron esta acción llevaron el huracán, y la joven, apenas se hubo puesto el sombrero, salió a galope para juntarse con el jinete que había continuado su camino hacia largo tiempo que se había perdido de vista, cuando el estudiante alcanzó las calles de la población.

— ¡En verdad que mi amigo tenía razón, pues es muy guapa! Si este chaparrón no me hubiese puesto en tan lamentable estado, de buena gana me iría por los hoteles para averiguar quiénes son estos extranjeros—dijo para sí Dahnnow.

— ¡Y bien! ¿No te has ahogado?—exclamó el conde Degenthal, en tono de broma, cuando encontró a su amigo a la puerta del hotel para donde se habían citado.

— Ya ves que no he sufrido esta desgracia. Por el contrario, he tenido un buen encuentro y he corrido aventuras.

— Los gordos siempre tienen suerte.

— En cambio vosotros los lebreles siempre correis fuera del camino. ¿Adivina a quién he visto? El verdadero método para adquirir relaciones nuevas, es prestar servicios de cumplido caballero.

— ¡La bella amazona! ¿Ha caído quizás de caballo? ¿La has salvado?

— Desgraciadamente no. Solo ha caído su sombrero.

— ¡Desgraciadamente, barbaro! Pero quién es?

— Su nombre no estaba escrito en el sombrero.

— ¡Entonces tu caballerosidad te ha servido de bien poco! Pero entremos, pues los demás aguardan hace rato.

Los estudiantes se habían citado para comer juntos en honor de un convidado que, durante algunos días, quería juzgar como «salvaje» de la vida de estudiante. Pronto reinó grande animación en uno de los extremos

de la mesa, oyendose fuertes carcajadas y animados discursos, interrumpidos por el estrépito causado por los tapones de las botellas de champaña.

Dahnow contó, con el tono chancero que le era habitual, su aventura de la mañana. Poseía en alto grado el *humor*, aquel don que una francesa de agudo ingenio ha definido «cualidad que poseen aquellos que no ríen nunca y siempre hacen reír a los demás». Su relación se vio interrumpida por frecuentes carcajadas, preguntas indiscretas y toda clase de suposiciones sobre quienes serían los extranjeros. De repente, Degenthal tocó con el codo á su amigo:

— Mira, allí está — dijo señalando a un extranjero que acababa de sentarse al otro extremo de la mesa. — Me parece que le conozco, su fisonomía no me es desconocida — añadió Degenthal reflexionando.

— Allí está nuestro héroe, pero sin ella — dijo Dahnow a sus vecinos — será un padre tirano o un marido celoso que quiere esconder su bella a los ojos de los profanos.

Todas las miradas se volvieron hacia el sitio que indicó.

— Comprendo bien que no nos enseñe su dama gratis — dijo el *salvaje* — Es Mr. Carsten, el célebre director de circo. Lo conozco perfectamente, pues lo he visto hace algunas semanas en W..., en donde daba representaciones.

— ¡Hurra por Mr. Carsten! Entonces, gordo, también nosotros tendremos el gusto de ver tu amazona.

— Tiene una esposa muy guapa, según dicen, probablemente será la que usted ha visto.

— No, no, sería Nora, Norita — exclamó Degenthal. — No sé cómo no la he reconocido en seguida. Es preciso que la vuelva á ver.

— ¡Nora, Norita! — repitió Dahnow con sorpresa. —

¡Diantre! Parece que estas muy adelantado en tus relaciones!

—Nora Carsten—repitió Degenthal sin reparar en las observaciones maliciosas de sus amigos...—Ahora comprendo por que su fisonomía me había llamado la atención. ¡Que guapa esta ahora!

—Parece que nuestro zorro se quiere enamorar—exclamaron algunos riendo—vamos, zorro, una «salamandra» a la salud de la bella princesa que acabas de recuperar. No creemos que sea tan tímida que no podamos trabar conocimiento con ella.

El tono chancero de sus amigos incomodó a Degenthal.

—Señores—observó con seriedad—mi madre conoció en otra ocasión, por casualidad, a la familia Carsten, entonces la señorita Carsten era muy joven, y como niños trabamos amistad. Esto es todo lo que hay.

Los convidados se miraron unos a otros con sorpresa. Uno de ellos, a quien el vino se le había subido a la cabeza, levantó su vaso y dijo:

A la salud de las bellas amigas de la infancia de nuestro zorro...

Los ojos de Degenthal se inyectaron de sangre e iba a contestar, pero Dahnow le hizo reparar que Mr. Carsten se levantaba de la mesa para marcharse. Degenthal levantose asimismo y fue a su encuentro.

—Señor director Carsten—dijo con voz conmovida—me permite usted que me haga presente a su memoria? Desde nuestro encuentro en Ginebra, no nos habíamos visto mas.

¡El conde Degenthal!.. —exclamó Carsten, mirándole con aire amistoso. —Conde Degenthal...—dijo por segunda vez—es para mí una verdadera sorpresa al mismo tiempo que un gran placer..

La intensidad del recuerdo le hizo enmudecer, y tendió sus dos manos que el joven estrechó con calor.

— Esta mañana le he visto a caballo —continuó Degenthal— y en seguida he reconocido su fisonomía.

— Desde aquella época ha nevado aquí —dijo el director sonriendo y llevándose la mano a la cabeza.— Verdaderamente no le habría reconocido a usted, señor conde, y puede usted tomar esto por un cumplido ¿Y la señora condesa, su madre de usted, como está? Le debo un eterno reconocimiento.

Y al decir esto su voz tembló de nuevo...

— Gracias a Dios, mi madre goza de perfecta salud. Hemos vivido siempre juntos en nuestras posesiones, y sólo me he separado de ella desde que estudio en la Universidad.

— ¿Ha querido usted respirar el aire del Rhin? La idea es excelente. ¿Su antiguo preceptor, el capellan, vive aún con ustedes? Tuvo la bondad de escribirme varias veces, pero mi vida errante me ha impedido contestarle con regularidad.

— Sí, el capellan vive aún, y esta en casa, no podríamos pasar sin este fiel amigo. Repetidas veces hemos pensado en usted y a menudo hemos hablado de los días que pasamos juntos en Suiza. ¿Era la señorita Nora la que le acompañaba a usted esta mañana? —preguntó Degenthal, ruborizándose como una niña.

— Sí, era mi hija—dijo el director.—Ha vuelto del colegio hace seis meses. Por fin me ha sido posible tenerla a mi lado, pues me he casado de nuevo..

Al pronunciar estas palabras notó el director la sorpresa que se manifestaba en el semblante de Degenthal, por lo que se detuvo y calló un breve rato.

— En nuestra vida agitada nos hace falta una familia, un *home*. Uno se hace viejo—dijo el director reanunciando la conversación.

— Entonces os deseo toda clase de felicidades—contestó Degenthal en tono afectuoso, como para hacerle

olvidar la emoción manifestada —¿Pero me será permitido volver a ver a la señorita Nora?

—, Si quiere usted hacernos este honor! . Por el momento estoy aquí, en el hotel, pero he alquilado una quinta, extramuros, en donde vivirán mi mujer y mi hija. Mi mujer necesita mucho cuidado, y mi hija no toma parte en mis tareas.

—¿Podré verla aquí?—dijo Degenthal con cierto afán.

—Como usted guste—dijo el director, quien parecía no querer facilitar en nada los deseos del joven.

—¿Y a qué hora les encontraré a todos ustedes en casa?—preguntó Degenthal.

—Mis asuntos me toman toda la mañana, pero las tardes que tengo libres las dedico a mi familia. Mañana es uno de estos días.

—Entonces ire mañana. Entre tanto, hagame usted el favor de presentar mis respetos a la señorita Nora—dijo Degenthal, dando un apretón de manos a Carsten.

—Mi hija se incomodaría si no le proporcionaba el placer de verle a usted. Ella y yo no hemos olvidado las muchas atenciones de usted, señor conde.

Durante esta conversación, los demás jóvenes habían estado mirando con atención a los dos interlocutores: el director, por su parte, no perdía de vista al grupo de los amigos de Degenthal.

—Me parece, señor conde, que entre los amigos de usted verá a un caballero a quien debo dar las gracias de parte de mi hija. Es aquel gordo, que está sentado en aquel rincón. ¿podrá usted hacerme el favor de presentarme a él?

—Mi amigo Dahnow, quien nos ha hablado de ustedes. Acérquemonos. Querido amigo, el señor director Carsten desea hablarte. El director Carsten, el barón Dahnow, de raza mecklemburguesa, algo robusto—dijo Degenthal riendo.

—Si no me equivoco, usted ha sido, señor baron, el que esta mañana ha prestado un servicio a mi hija—dijo el director con aquel aire de sencillez que distingue siempre al hombre de mundo.

—Desgraciadamente, caballero, mi fisico me impide siempre guardar el incognito, por lo que me es imposible disimular mi buena accion. Por otra parte, el favorecido por la suerte he sido yo, puesto que me ha cabido el placer de poder acudir en auxilio de una amazona tan hermosa—añadió Dahnow con galantería.

El director saludó.

—Si usted me lo permite—continuo el estudiante con la mayor calma—ire a recibir personalmente las gracias que cree deber darme su hija de usted, y por lo tanto pido, en virtud de mi noble accion, el mismo favor que acaba de conceder usted a mi amigo Degenthal.

—Ciertamente, a pesar de que mi mujer y mi hija viven muy retiradas, sera para mi un gran placer el recibir la visita de ustedes.

Locole ahora a Dahnow el hacer una reverencia

—Vamos, señor director, vengase usted con nosotros y beberemos una copa en honor de nuestro feliz encuentro—dijo Degenthal.

—A pesar de que aceptaria con muchísimo gusto la invitación de ustedes, mis ocupaciones me llaman ahora a otra parte. Además, mis cabellos grises me impiden el mezclarme con juvenes alegres. Me ha pasado ya la edad de poder dísfrutar de este placer. Ilagame usted pues el favor de dispensarme, señor conde

Y al decir estas palabras saludo a toda la reunion y se despidió de los dos amigos

—¡Que hombre mas hermoso y que aire tan distinguido!—dijo uno de los estudiantes siguiendole con la mirada.—Nadie adivinaria lo que es.

—Con el tiempo se habló mucho de él. Los unos lo tomaban por el hijo natural de una gran familia, los otros por un oficial cansado de la carrera, y otros por un judío educado en el «hamburg» americano.

—Gordo, ¿sabes que eres el hombre mas insolente de la tierra?—dijo otro.—¿A quien se le ocurre invitarse a si mismo? A lo menos hubieses tenido la amabilidad de comprendernos en tu invitacion y habriamos podido prestar nuestros respetos a la bella amazona.

—Una diputacion demasiado numerosa era superflua—dijo laconicamente Dahnow.

—Ah, ah! De todas maneras veremos a tu bella—dijo uno a quien el vino habia puesto un poco alegre.—Degenthal, tunante afortunado, a la salud de tu bella! No seas tan cruel que nos impidas verla! ¡A la salud de la señorita Carsten!

Degenthal se levanto con los ojos inyectados, y temblando la voz de emoción:

—Caballero—dijo—no tiene usted el derecho de pronunciar el nombre de una señorita. . .

Nadie oyó la continuacion, a pesar de que todas las miradas estaban dirigidas con sorpresa hacia el conde, pues en el mismo instante se oyó el ruido que hicieron al caer dos botellas que acababan de ponerse en la mesa. Este pequeño incidente causó gran revolucion entre las copas vecinas, cuyo contenido fué al suelo. Hubo un momento de gran confusion, pues todos se preguntaban la causa de aquel accidente y todos querian salvar su copa. Los criados acudieron para desembarazar la mesa y se interrumpió la discusion. Dahnow cogió a Degenthal por el brazo.

—Ven conmigo—dijo con seriedad—ya hay bastante. Un poco de aire fresco y un vaso de cerveza, despues de todo este ruido, nos sentaran bien. Ven antes de que los demas se aperciban.

Degenthal vaciló un instante, pero por fin se decidió a seguir a su amigo.

—Las botellas y las copas las pagarás tu—añadió Dahnnow con su tono seco habitual apenas hubieron salido del salón,—por mi parte, me basta el haberte prestado un favor rompiendo las.

—¿Lo has hecho adrede?—pregunto Degenthal sorprendido.

—¿De qué otro modo hubiera podido interrumpir tu oratoria? Una buena causa bien vale algunos vidrios rotos.

—¿Por que me has interrumpido?—añadió Degenthal con viveza —¿No es una falta de consideración el abusar públicamente del nombre de una dama? No se por que has querido impedirme el castigar a aquellos insolentes...

—En primer lugar, porque tratándose de personas bebidas, todas tus palabras eran inútiles, y después porque tengo suficiente experiencia para saber que el nombre de una dama, sea cual fuere su posición, no debe mezclarse jamás en disputas de estudiantes. ¿Crees tu que si por su causa tenias un duelo con este curlandes, seria esto de algun provecho para ella?

Degenthal se calló, pues conocia que su amigo tenia razón; pero irritado interiormente, dijo al cabo de un rato.

—¿Por que has recalcado las palabras «sea cual fuere su condición?»

—Porque la posición de su padre la expone a que se le tenga poca consideración.

—Pero ella no comparte la posición de su padre; desde su infancia la ha tenido separada de su negocio, educandola en uno de los colegios mejores de Belgica, su madre era una persona de gran distinción, a quien la mia cuidó en sus ultimos momentos, datando de

ahí nuestras relaciones. Su padre es bastante rico para dar una posición independiente a su hija

—A pesar de esto, la situación de la pobre joven debe ser muy difícil...—dijo Dahnöw.—¿Realmente iras á verla mañana?

—Ciertamente—respondió Degenthal—nada tiene esto de particular. Mi madre estará contenta de tener noticias de la pequeña Nora, por quien nos interesamos tanto entonces.

Dahnöw parecía dudar de que la condesa estuviera contenta.

—El asunto es complicado. Si yo tuviera aun madre, creo que le pediría consejo—dijo con el tono irónico con que hablaba casi siempre á su amigo





V

AJERANA a la poblacion, habia una elegante casa de campo, construida segun el gusto de los habitantes de las orillas del Rhin y rodeada de verdura, desapareciendo casi detras de la profusion de enredaderas que cubrian sus paredes. Estas habitaciones llamaban la atencion desde lejos, y casi todas se hallan situadas a orillas del camino real. De este modo los que las habitan no se separan mucho de sus negocios, no viendose obligados a sacrificarlos a las seducciones de

la horticultura. Desde las ventanas de la quinta se pueden contemplar el río y las verdes montañas, sin los cuales los romanos no sabrían vivir.

Carsten había instalado allí a su esposa y a su hija para todo el verano, y las había rodeado de aquel lujo exuberante que es indicio claro de una riqueza recientemente adquirida.

El advenedizo se rodea de lo superfluo, mientras que al heredero de una fortuna transmitida de padres a hijos, generalmente le gusta hacer solo los gastos necesarios. Las dos preocupaciones tienen disculpa al que ha adquirido la fortuna trabajando y sabe que puede aumentarla cada día: le es permitido ser muy liberal en el gasto, pues goza de los bienes en proporción a los esfuerzos que le ha costado adquirirlos. Muy distinto es cuando la fortuna nos ha sido transmitida como un legado, pues entorces se siente el deber de conservarla intacta, y la primera condición para obtenerlo es la prudencia. Por otra parte, el advenedizo debe demostrar su posición por medio de la pompa exterior, mientras que el que ya goza de una gran consideración, no tiene necesidad de este boato. Cuanto más dudosa es vuestra posición social, tanto más os veis obligados a desplegar un gran lujo, y el director Carsten había obrado según este principio, aunque de un modo inconsciente.

Nora se había sentado en un elegante *boudoir* contiguo al gran salón, y como desde allí se gozaba de un precioso panorama, aquel era su sitio favorito.

Era el mes de Mayo, y hacía ya seis meses que se había despedido de la dulce y tranquila vida del colegio. Cuantas imágenes habían cruzado por delante de sus ojos desde aquel día. Sonreía a su recuerdo porque ninguno de sus temores de entonces se había realizado, pareciéndole que solo contra las seducciones de su actual vida demasiado agradable debía pre-

venirse, pues contrastaba tanto con la vida formal de los años anteriores. Su padre la había recibido con gran cariño, y no pensaba sino en rodear a su hija de todas las comodidades y todas las distracciones imaginables. Nora encontró en su madrastra una mujer buena y amable, muy contenta de ser la esposa del director, pues era la más bonita, pero la menos habil de todas las artistas. El director, al casarse, había puesto por condición que su hija saliera del convento, pues quería volver a poseer lo que había tenido ya una vez, esto es, un hogar, un *home*, en medio de su vida errante. Teniendo ya cierta edad, no había querido ir a buscar esposa en otra esfera, sino que se había contentado con el excelente corazón y la buena reputación, relativamente rara, de la más modesta artista de su compañía.

El milia sabía que era interés suyo el mantener buenas relaciones con su hijastra, y por otra parte su bondad y su amabilidad natural le impulsaban a anticiparse a los deseos de Nora, quien se manifestaba agradecida a tanta cordialidad.

Por otra parte, la educación de Nora inspiraba cierto respeto a su madrastra, que en presencia de la joven se hallaba como encogida. Así es que todo iba bien en la casa bajo el punto de vista de Nora, a quien los numerosos viajes y su residencia en las grandes capitales habían ocupado suficientemente el espíritu para que no sintiera la necesidad de otras relaciones sociales, y el lujo de que se veía rodeada le daba la sensación agradable de una posición elevada.

Ahora, por primera vez, la familia se hallaba instalada gozando de la vida íntima. Todo tenía para Nora el atractivo de la novedad. Su madrastra le había abandonado de buen grado la administración de la casa, pues para ella hubiera sido demasiado pesada, y quería gozar en paz de la felicidad que la rodeaba. Nora,

que habia heredado en parte el talento organizador de su padre, acepto con placer aquel cargo, y se puso a trabajar con actividad para dar cierto tono al lujo que la rodeaba. El director raras veces aparecia en la quinta, pues su compañía trabajaba en las principales ciudades a orillas del Rhin, y su presencia era allí necesaria.

Toda la felicidad de Nora consistia en poseer un caballo, en poder montar, solo en esto dejo de obedecer los prudentes consejos de su piadosa amiga y maestra. Al contestar a la pintura entusiasta que Nora habia hecho de las bondades de su padre, entre las cuales se contaba el haberle regalado un caballo, dijole la superiora:

«¿No seria mejor, querida mia, que te abstuvieras completamente de este ejercicio, dada la posicion que ocupas?»

Por primera vez tiró la joven con despecho la carta de su amiga, teniendo los ojos bañados en lagrimas. Nora era digna hija de su padre, y desde su niñez habia descado ardientemente ensayar sus fuerzas, su habilidad y su valor en el animal favorito del autor de sus dias, y esta pasion habia ido creciendo a medida que se habia visto privada de aquel placer. A pesar de todo conocia la rectitud de las palabras de la religiosa, pero cuando tenemos un deseo, siempre hallamos medio de justificarlo a nuestros ojos.

«Déjeme usted este placer» escribió a Bruselas, pues es lo unico que me acerca a mi padre.»

La religiosa no contestó, exhalando un suspiro que naturalmente no llegaba oídos de Nora.

La joven tenia razon en decir que la equitacion la acercaba a su padre, pues este nunca admiraba tanto a su hija como cuando la veia a caballo, y reconocia que habia heredado su habilidad. Algunas veces podia leerse cierta pena en su fisonomia cuando contem-

plaba su agilidad y soltura, sin embargo, nunca hizo la menor observación.

Nora sentía gran satisfacción interior, como si de repente hubiese descubierto en su nueva vida un punto que hasta entonces se le hubiese presentado oscuro. ¿Por qué? Ella misma no hubiera sabido darse cuenta, pues experimentaba una alegría sin causa aparente, una de estas alegrías para las que no tenemos nombre. La imagen de esta satisfacción interior se reflejaba en su fisonomía, que revestía una expresión de frescura y felicidad sin mezcla. ¡Cuanto había trabajado desde por la mañana! A primera hora había dado un paseo a caballo, había atendido a las mil ocupaciones de su reducida casa y en aquel momento tenía ante sus ojos un libro francés que se esforzaba en leer, pues su corazón permanecía fiel a los consejos de los superiores y no descuidaba ninguno de los actos piadosos que tenía acostumbrados. Sin embargo, aquel hermoso día de mayo no era favorable al estudio que se había propuesto, pues a cada instante levantaba la cabeza para contemplar el alegre paisaje que se desarrollaba a su vista. De repente miró hacia abajo, y sus ojos brillaron al ver una visita que entraba.

— ¡Oh! ¡cuanto me alegro de que por fin haya venido usted, señor conde! — exclamó con alegría. — Es imposible hacer nada formal con este sol esplendido.

Y al decir esto cerró el libro y fue al encuentro del recién llegado.

— ¿Así, pues, puedo pasar adelante? — dijo el interpelado. — Pero si puedo entrar, de ninguna manera quiero arrojar a usted de su sitio favorito.

— Tiene usted razón. en ninguna parte se habla con mas comodidad que aquí — dijo ella volviendo a sentarse.

El joven se sentó enfrente. Por la sencillez de la re

cepcion y la soltura de ambos, se adivinaba facilmente que estas visitas eran habituales.

Y bien ¿en que punto os interrumpió el sol?—dijo adelantando la mano para coger el libro que ella le abandono sin esfuerzo. —, Que grave es! Me averguenza usted, señorita Nora, dedicandose a pensamientos tan graves.

— Es preciso tener un contrapeso—contestó ella con un ligero suspiro—y yo lo necesito mas que usted. La falta completa de ocupacion formal es lo unico que me atormenta. Dispénseme usted, pero usted mismo ha sido el que ha provocado esta revelacion.

Sus ojos azules se fijaron con tanta conchanza en el joven, que este se sintio conmovido.

— Las cosas graves no son mi especialidad—dijo con aire algo forzado. —Correr de aqui para alla entregado al *de la minute*, perder el tiempo, esta es mi vida actual. Si no se tratara de la vida de estudiante, que no se presenta mas que una vez, habria para tener remordimientos. ¿No piensa usted así, señorita Nora, usted que acaba de abandonar la vida de colegio? Tome usted aquí le traigo algo que armoniza mas con el sol de mayo. Usted se queja de falta de lectura. .

— ¿Me ha traido usted algo para leer?—dijo Nora en tono animado, mirando un libro con cantos dorados que el conde acababa de colgar delante de ella.— Solo tenia para leer mis libros de colegio, y no habia quien pudiera aconsejarme en la eleccion de otros nuevos. ¿Y este lo puedo leer?—dijo con aire de duda.

El joven no se rio de aquella pregunta inocente, pues sabia hasta donde se extienden los limites de una educacion prudente para las jóvenes. Así fue que la observacion mas ingeniosa no le hubiera complacido tanto como aquella delicadeza de conciencia, tan conforme con sus propios sentimientos.

— Mi propia madre le recomendará a usted esta

lectura—dijo.—Es una coleccion de nuestros mejores poetas alemanes. Vea usted, ¿conoce usted este pasaje?

Y leyó algunas estrofas.

Leia bien, y Nora escuchaba con tanto placer su voz como lo que le a. La juventud ama la melancolia, como la alegría la ancianidad. La naturaleza sensible de Nora y la sangre irlandesa que corría por sus venas, la llevaban a admirar todo lo que era imaginación, y su inteligencia cultivada le hacia encontrar en seguida todas las bellezas morales.

La palabra y el pensamiento se entremezclaban así corriendo de uno a otro como la chispa eléctrica. Mientras que estaban sentados allí, sus corazones latían con una agitacion desconocida, no sospechando que otro hechizo magico se extendia a su alrededor, hechizo mayor que la palabra del poeta y mas poderoso que el encanto del mes de mayo. Quizas el momento mas bello del primer amor es aquella reunion tan pura y tan inconsciente de dos almas que se quieren, en aquella edad feliz apenas se comprende que lo que atrae es la intensidad de la mirada, que lo que quema es el apretón de manos y que la palabra es lo que magnetiza. Posteriormente, ningún otro amor, aunque sea mas fiel, mas intenso, mas ardiente no nos eleva sobre la tierra, esto solo sucede con el primer rayo del primer amor, del que mas tarde nos acordamos con tanto placer.

Degenthal hacia algunas semanas que iba con frecuencia a la quinta, y lo hacia tan instintivamente, que no se daba cuenta del tiempo que pasaba en ella. Durante la primera visita, que con Dahnow habia hecho al director y su familia, Nora habia permanecido silenciosa y tímida, cosa que sucede con frecuencia cuando muchos años separan la infancia de la juventud, y que la antigua confianza separa en vez de reunir.

—No es mas que una colegiala—dijo Dahnnow algo chasqueado—que se echa el pelo sobre la frente para destigurarse, en verdad que no es una sirena temible. Ni siquiera se puede tener la tentacion de querer salvarla de la opresion de una madrastra tiranica, pues la señora Carsten es la personificacion de la bondad y hasta se diria que teme a su hijastra. En los tiempos igualitarios en que vivimos, hasta la sociedad de un artista de circo no ofrece ya nada de interesante, pues indudablemente se puede encontrar una joven mas linda en una sociedad mejor.

Poco despues Dahnnow tuvo que irse a su pais para atender a intereses de familia. Degenthal por su parte nada habia buscado de picante en la quinta Carsten, todos sus deseos eran volver a ver a aquella joven por quien tanto se habia interesado cuando niña, y cuyo porvenir le habia preocupado varias veces, no podia menos de acordarse que aquella niña le habia sido conocida momentaneamente cuando se hallaba al lado del lecho de muerte de su madre. Por otra parte, ahora encontraba en Nora todos los encantos de la naturaleza y, lo que le gustaba mas aun, es que poseia todo el atractivo, toda la gracia que da la buena educacion, aquella armonia perfecta que con justo motivo se llama el buen tono. Curt Degenthal habia sido educado casi siempre por mujeres, y vivia mucho en su sociedad, asi fue que en medio de su existencia de estudiante, estaba muy contento al hallar una mujer dotada de talento y que habia recibido una buena educacion. Gracias a la costumbre, gozaba de una gran libertad en sus relaciones con el sexo femenino, ni el ni Nora tenian conciencia de esta libertad, y no puede reprocharseles si se tiene en cuenta la condicion en que se hallaban colocados, pues aquel episodio de su niñez habia creado a sus ojos una especie de confraternidad que encontraban muy natural.

Madama Emilia, halagada por la visita de un joven noble, había tratado en un principio de tomar parte en la conversacion, pero las maneras de Degenthal le eran tan desconocidas, que no encontró placer ninguno en su trato, y pronto dejó que Nora y Curt hablaran solos.



No obstante, si alguien hubiese oído a aquellos dos jóvenes durante las largas horas de sus frecuentes entrevistas, se hubiera sorprendido de ver la dirección formal de su pensamiento. Como hemos indicado ya, la juventud busca la seriedad, y como los dos tenían una naturaleza meditabunda, procuraban aislarse de la frivolidad que les rodeaba acercándose uno a otro. El modo de pensar de Curt era el mismo en que había sido educada Nora; las costumbres de Curt eran las de los círculos de que había oído hablar Nora. Curt tenía a los ojos de Nora una gran superioridad, y era

que poseía una fe firme, un espíritu entusiasta y un corazón piadoso, sin exterioridades, pero sabiendo exponer con facilidad y franqueza sus sentimientos cuando lo consideraba necesario. Acostumbrada a la vida en común del colegio, Nora sentía profundamente el hallarse sola bajo el punto de vista religioso. Su madre,stra pertenecía a otra religión, y los principios piadosos que su madre había inculcado en el corazón de su padre habían desaparecido hacia largo tiempo. Nora nutría la esperanza de reconquistar para la fe a aquel padre a quien tanto quería, pero el día del triunfo estaba aun muy lejano, así es que era para ella un consuelo el ver que Curt coincidía con ella en este punto. Degenthal había tomado por lo serio la obligación de ser siempre un sosten, un protector para ella. Muchas veces pensaba en el porvenir, del que Nora no hablaba nunca, pero pronto desechaba aquella idea para vivir solo de lo presente. Había escrito inmediatamente a su madre explicándola cuando y cómo había encontrado a Nora, pero como al parecer la señora Degenthal no había prestado atención alguna a aquel asunto, no le habló mas de sus visitas a la quinta.

Sucesivamente se presentaron otras visitas, y Nora no se dio en que se trataba solo de hombres, en su mayoría estudiantes. Es circunstancia propia de la libertad dorada, pero peligrosa, de la vida de los estudiantes, el que tenga entrada en todas las sociedades, no manteniéndose siempre en los límites de la buena educación.

A madama Elmira le gustaba rodearse de un círculo de adoradores, en cuyo honor pudiera lucir sus galas, y por su parte el director no estaba disgustado de encontrar gente en su casa cuando regresaba a ella.

En las fiestas públicas, ya se tratara de conciertos o de teatros, que gustaban mucho a madama Elmira, no

había que buscarse jamás a Nora, pues bastó una mirada severa que le dirigió Curt una vez que la madrastra invitó en su presencia a la joven, para que esta no quisiera aceptar nunca. Le gustaba hacer expediciones acuáticas, recorrer la campiña en carruaje, a caballo ó a pie, y varios jóvenes la acompañaban, observándose un convenio tacito, y era que nunca Nora tomaba parte en aquellas excursiones cuando no iba Curt, quien ejercía sobre ella un derecho de protección fraternal. Nora se sentía tranquila cuando él se hallaba a su lado, pues creía, no sin razón, que su presencia daba cierto tono a toda la sociedad. Efectivamente, la actitud seria y respetuosa de Curt con aquellos señores, imponía a sus compañeros.

Así pasaron varias semanas, y muchas visitas sucedieron a aquella de que hemos hablado: visitas llenas de un entusiasmo puro e inocente.

Uno de los últimos días del mes de Mayo, una alegre comitiva andaba por el pintoresco camino que conduce al antiguo Rolandseck. Madama Emilia, cubierta la cabeza con un pequeño sombrero negro adornado con una pluma encarnada, mostraba la coquetería necesaria para atraer a su alrededor a los jóvenes excursionistas. Sus respuestas atrevidas, su risa alegre y estrepitosa y su pequeña nariz arremangada, producían bastante efecto, aunque alguna vez traspasaran los límites del buen tono. No le gustaba representar siempre la dama matrona, y por lo tanto no le incomodaba el que su hijastra se adelantara, procurando ella, por el contrario, hacer su marcha mas lenta.

Curt iba al lado de Nora, y, siguiendo su costumbre, estaban abstraídos en una conversacion muy formal. Nora andaba aprisa, pues le gustaba gozar de las vistas bellas sin que vinieran a distraerla. Pronto hubieron llegado ambos jóvenes a la cima, desde la que se ve correr el tumultuoso río y se goza del panorama de

los montes, del bosque, del de las poblaciones de los alrededores.

Sin embargo, en aquella ocasión los ojos de Curt no contemplaban el bello paisaje sino que estaban fijados



con atención en su compañera, que estaba tranquilamente apoyada en la derruida muralla. Nora había conservado la sencillez del colegio, y su ligero vestido de entretiempo era modesto y sin pretensiones, y sencillo era asimismo el sombrero que protegía su cabeza, y tapaba casi completamente la famosa cabellera rizada en que se había tejido el barón Dahnów.

Nora era hermosa, pero tenía aquella hermosura primitiva é inconsciente que huye de las miradas en vez de atraerlas y esta cerrada como el boton de una rosa.

Curt no sabia explicarse aquella actitud meditabunda. De repente, sintió como un escalofrio al apercibirse de que una lagrima se escapaba de los negros ojos de Nora, y se deslizaba silenciosamente por su mejilla.

—¡Nora!—exclamó con cierto temor, inclinándose hacia la joven.

Mírole ella con los ojos humedos aun, pero con la sonrisa en los labios.

—Estaba pensando en aquel convento de alla bajo, con aquella cruz, que me recordaba el colegio y evocaba recuerdos para mí tan gratos, que en aquel momento hubiera querido estar allí. ¿No es magnifico amar así a Dios solo, hasta el punto de no poder dar el corazon a otro que a El? Tengo una amiga que ha experimentado esta alegria y otra que gozara de ella. Yo digo con todas mis fuerzas, con toda mi alma y de todo corazon nada hay mas bello ni mas envidiable en el mundo.

Su voz tenía el acento de una sinceridad profunda, y en sus ojos se leía el deseo ardiente de que acababa de hablar. Curt estaba vivamente conmovido de verla en aquel estado.

—¿Pero, señorita Nora! . . usted...—exclamó Curt fuera de sí.

—Quizas seria mi felicidad —dijo ella a media voz, con una expresion de profunda tristeza.

En el mismo instante se oyeron las voces de las demas excursionistas que se acercaban, Nora se separo de Curt y fue al encuentro de su madrastra. Hicieronle varias preguntas sobre la rapidez de su marcha, a la que contestó con la seguridad y la gracia de una persona acostumbrada al mando. Los expedicionarios,

algo cansados, se sentaron sobre la yerba y las piedras, al redor de las antiguas ruinas. Se bebió vino de mayo y se canto. En el valle, se oye a intervalos una orquesta campestre y alegres cantos, rui los armoniosos que se extienden por la atmósfera serena del delicioso valle del Rhin.

Solo Curt estaba silencioso. Las ultimas palabras de Nora habian perturbado su corazon y suscitado en él un mundo de pensamientos que no podia apartar de su mente. Así pues, el convento era el objeto de sus ardientes deseos? Tal era, pues, el motivo de su gran tranquilidad, vivia ya por encima de las miserias del mundo? Curt habia oido decir repetidas veces que las verdades mas alegres eran generalmente las que con mayor facilidad tomaban tal resolucion. ¿Y por que no se alegraba de ellas? ¿Verá quizás, como Nora acababa de decirlo, lo mejor que ella podia hacer el puerto mas seguro contra los peligros de su posicion en el mundo? Pero esta idea suscitaba internamente a Curt. ¿Aquella amable joven debia retirarse del mundo porque este no le ofrecia seguridad alguna? ¿Debia enterrarse dentro de las murallas de un convento, porque no habia era sitio para ella en la sociedad? Curt tenia gran respeto por la vocacion y la vida religiosa, pero creia que Nora. He aqui por que hablaba de los «fríos muros del convento» y de que Nora se iba a enterrar allí. Finalmente, la idea de que escogia la vida constrictal para ponerse a abrigo de las dificultades de su posicion actual concluyo por dominar en su espíritu perturbado.

Atravesaron el Rhin, y Nora se instaló frente de Curt en la barquilla. Se habia quitado el sombrero y puesto un pañuelo en la cabeza. Tenia las manos cruzadas sobre

10. Un *maim* y no el *maim*, porque solamente en mayo en algunas plantas que crecen en dicho mes.

las rodillas, y fácilmente hubiera podido leerse en su cara una melancolía profunda, a la que se prestaban perfectamente la calma de la noche, el claro de luna y el movimiento acompasado de los remos. A Curt le hacía ya el efecto de una religiosa, y en su actitud encontraba la confirmación de sus propios pensamientos, pues en su fisonomía creía distinguir el espíritu de sacrificio y la resignación. Oprimiose su corazón y el movimiento de este comunicose a los labios.

—No vaya usted al convento, Nora, no vaya usted! —dijo en voz baja inclinándose hacia ella.

Nora levantó la frente con cierta sorpresa. Pero en el corazón de las jóvenes hay un suspiro diminuto que les dice cuanto tiene el poder de atormentar a un hombre. Miróle sonriendo, y dijo:

—¿Por qué no? ¿No es la más bella de las vocaciones?

Callóse Curt, creyendo que acababa de cometer una torpeza. Así fue que se alegró cuando el bote llegó a la orilla, y se apresuró a despedirse de la comitiva, pretextando un violento dolor de cabeza, cosa de la que no dudaron sus amigos, gracias al profundo silencio que había guardado antes de marcharse.

La agitación de su pensamiento le acompañó en sus ensueños, viendo a Nora detrás de ventanas enrejadas, tenía la idea de que solo él podía salvarla, pero no sabía cómo. Quizas hubiera dormido mejor, si hubiese podido saber que Nora permaneció mucho tiempo despierta, con la cara encendida y los ojos abiertos, repitiéndose esta frase:

—¿Por qué no quiere que entre en el convento, el que es tan religioso?



VI

DAHNOW estaba de regreso despues de tres meses de ausencia.

—¿En dónde esta Degenthal?—dijo al ver que no se hallaba entre los amigos que le deseaban la bienvenida.

—; Ah, ah! Degenthal—contestó uno riendo y encojiendose de hombros.—Degenthal tiene otras ocupaciones; nosotros apenas le vemos.

—¡ Oh amor, amor, tu imperio es tan magico, tan

magico!—canto otro con aire patético, llevándose las manos al corazón.

—¿Que es, pues, lo que tiene este muchacho?—dijo Dahnów con cierta impaciencia.—¿Que tenéis contra él?

—Nosotros, nada. El parece que tendra algo contra nosotros, pues se deja ver raramente. Quizas son los estudios que le hacen invisible probablemente estudia las bellas artes en la quinta...

—Vamos—dijo un westfaliano—sois peores que una reunion de mujeres viejas. Degenthal ha estado siempre con nosotros, excepto en estos últimos tiempos, y por otra parte, alguno de vosotros va también a la quinta. ¿No se puede mirar pues a una joven sin que las malas lenguas tengan que murmurar?

—Esto depende de la manera como se la mira—dijo uno de ellos riendo.—Degenthal goza de este placer de un modo... fundamental.

—Vamos, he ahí otra exageracion. Hace algunos dias que ha emprendido un viaje por las orillas del Rhin. a no ser así, de seguro que estaría aquí, pues muchas veces ha preguntado por ti, Dahnów.

Dahnów respiró con mas libertad. Desde su marcha, nada habia sabido de Degenthal, y aunque entre jóvenes es comun la pereza en escribirse, Dahnów sentia cierto presentimiento desagradable al oír las alusiones que acababan de hacerle. No preguntó pues nada mas, pero al despedirse de sus amigos que le habian ofrecido una sencilla fiesta en celebracion de su regreso, acompañole un momento el westfaliano.

—Clemente—dijo despues de una pausa—tú que eres intimo de Degenthal y que vuestros padres habian estado muy relacionados, podrias decirle algo, pues si bien he interrumpido a nuestros camaradas, debo decirte que tampoco me gusta a mí el saber que siempre esta en la quinta y ver que se ha retirado completamente de la sociedad.

—¿En qué quinta?—preguntó Dahnnow

—Pues, en la que vive la familia del director del Circo, y verdaderamente no es aquella una sociedad para él, aunque gasten lujo, la joven es muy bonita, he tenido ocasión de verla pasar varias veces a caballo, y verdaderamente sería lastima que Degenthal se dejara coger en sus redes.

—¡Ah! ¡bah!—contestó Dahnnow —¿no es mas que esto? Hace mucho tiempo que conoce esta familia, creo que la joven por circunstancias casuales ha vivido algún tiempo con los Degenthal, pues la condesa conocía a su madre... Es una amistad de la infancia.

—Me haces gracia con tus amistades de la infancia. Cuando se pone el fuego en contacto de la estopa, se inflama—replicó el prudente westfaliano.—Lo que yo te digo, ha sucedido a personas mas listas que Degenthal. Créeme, avísalo.

—¿Has ido tú tambien?

—No; aunque algunos de los nuestros van. Dicese que los Carsten son personas honradas y buenas, no quiero hablar mal de ellas, ni tampoco de la joven. Pero en nuestro país, a todos nos gusta permanecer en nuestra clase, y así no suceden tonterias. En cuanto a las visitas de Degenthal, no puede resultar nada bueno de ellas; solo conseguira hacerla y hacerse desgraciado.

El westfaliano no tenía la costumbre de hablar tanto tiempo, pero el entusiasmo de la conversacion le había dado cierta elocuencia.

—¡Ah! ¡bah!—exclamó de nuevo Dahnnow.—Vosotros los vestfalianos estais siempre hermeticamente encerrados en vuestro círculo, pero no puede exigirse lo mismo de todo el mundo.

—Pues hasta ahora no nos ha causado perjuicio alguno—murmuro el vestfaliano,—haz lo que quieras, pues yo ya te he advertido.

—Veremos—replicó con calma Dahnow.—Degenthal ya sabe lo que se hace.

El vestfaliano dio media vuelta y se marchó.

Sin embargo, Dahnow no estaba tan tranquilo como quería aparentar. «De todas maneras vigilaré al muchacho—se dijo.—pues en realidad posee las cualidades necesarias para hacer tonterías duraderas, es demasiado bueno para ser ligero, y demasiado entusiasta para ser siempre razonable.»

Costóle en un principio algún trabajo a Dahnow el vigilar a su amigo, pues no podía verlo. Cada vez que intentó penetrar en su habitación, obtuvo solo la respuesta: «No está en casa.»—«Quizas se ha ido a viajar,» dijo el gordo para consolarse, pero a pesar de todo decidió convencerse por sí mismo, yendo a la quinta Carsten. La visita que hiciera, estaba plenamente justificada por sus relaciones anteriores con el director del Circo, así, pues, una tarde puso su plan en ejecución, y se dirigió hacia la quinta. Recibióle la directora con mucha amabilidad, y se informó muy afectuosamente de su país y de sus viajes. Como galante caballero, dejó pasar sin observación algunas equivocaciones geográficas de madama Emilia, y pronto encarriló la locuacidad de su interlocutora. Sin embargo, esta se obstinó en hacerle toda clase de preguntas sin dejarse escudriñar por su parte. En vano los pequeños ojos grises de Dahnow habían inspeccionado las habitaciones hasta que, a través de los grandes cristales de la galería, divisó en el jardín dos formas humanas que se paseaban, pareciendo sumidas en una conversación profunda. La directora siguió su mirada y dijo:

—A propósito, su amigo de usted está aquí, y sin duda estará muy contento de volverle a ver. Verdaderamente es un joven muy formal. yo, siempre huyo de las conversaciones que tiene con mi hija. ¿Quiere

usted que hagamos entrar a estos jóvenes eruditos—dijo con cierto aire de coquetería—o bien les dejaremos entregados a su grave conversacion?

Se conocia que no le hubiera disgustado haber continuado a solas con el baron, pero este manifestó cortesmente el deseo de saludar a la señorita Nora, por lo que la directora se asomó a la ventana y llamó a los dos jóvenes. Ahora—se dijo ella—la conversacion va a ser muy formal, y, por lo tanto, es ocasion de escaparse.

—Senor baron—dijo en alta voz—espero que tendremos el placer de ver a usted con frecuencia durante la temporada.

Y al decir esto, retiróse por una puerta mientras su hijastra entraba por otra.

La fisonomía de Degenthal expresó mas bien la sorpresa que el placer, cuando se vio en frente de su amigo, pero Dahnow, distraído con Nora, no se apercibió de ello. La joven le saludó con mucha amabilidad. ¿Que le habia sucedido, pues, durante su ausencia? No era ya aquella joven erguida y fria que habia clasificado entre las mujeres vulgares, sino que ahora se le aparecia bajo mejor aspecto. ¿Por que? ¿Era un ligero vestido de verano el que le procuraba estas ventajas? ¿Procedía su prestigio de aquella masa de cabellos negros que dejaban libre la frente para caer en espesos bucles sobre su gracioso cuello? Cada linea de su actitud, cada plegue de su vestido manifestaba el deseo de agradar. Sus ojos brillaban con tanta intensidad, su sonrisa era tan dulce, que Dahnow no se acordaba de haberse encontrado nunca frente a frente de una beldad tan encantadora.

—¿Por fin estas de vuelta?—dijo Degenthal, poniendo su mano sobre el hombro de su amigo—, Verdaderamente no hubiera adivinado el objeto con que nos llamaban!

— Por fin de vuelta...—repitió Dahnów—me parece, sin embargo, que estos tres meses te han parecido cortos. . Es preciso confesar que no te has apercibido de mi ausencia .. (y su mirada iba de su amigo a Nora, mirada maliciosa, que animaba su fisonomía a pesar de su silencio). ¿No has encontrado en tu casa una verdadera colección de mis tarjetas? Hace ocho días que en vano intento verte.

— ¿Es cierto? —exclamó Degenthal, con aire distraído, pues parecía que toda su atención estaba fija en Nora, que entonces se dirigía a la ventana.—He estado ausente algunos días por negocios, y no sabía que tú estuvieses de vuelta.

— He tenido ocasión de observar que sabes pasar perfectamente sin mí y sin tener noticias mías, queriendo ¿Que es lo que han tramado ustedes todo el verano, señorita Nora, que pueda excusar el silencio de mi amigo? ¿O bien le han absorbido tanto sus estudios que también la ha descuidado a usted?

— ¡Oh, no! —contestó calurosamente Nora—el conde Degenthal ha sido para nosotros un fiel amigo. Ha venido casi cada día, y no se cómo hubieramos pasado el tiempo sin su compañía...

Al decir esto, reparó que la mirada de Dahnów estaba fija en ella, y sin querer se ruborizó ligeramente.

— En este país tan bonito, el verano me ha pasado como un sueño—añadió echando atrás la cabeza.

— ¿Por que como un sueño? —preguntó con cierta impaciencia.

— Porque pronto vamos a abandonar este pabellón y entonces las cosas irán de otro modo—dijo en tono de disgusto.

Degenthal la miró con aire de interrogación, y parecía que tenía una pregunta en los labios. En cuanto a Dahnów, empezó a encontrarse incomodo, pues conocía que estaba de más en aquella sociedad de dos. Sin

embargo, Degenthal se levanto de repente con aire disgustado :

— Aun tendras mucho que contarme sobre tu viaje, y por desgracia no puedo pasar mas tiempo aquí... Señorita Nora, tenga usted la bondad de saludar en mi nombre a su señora madre . Dahnow, amigo mio, ya te volveré a ver sino hoy mismo, mañana , entonces me contarás todas tus aventuras.

Dahnow también se habia levantado involuntariamente é iba precisamente a abrir la boca para decir a Degenthal que le acompañaría, pero este ultimo tenia ya el sombrero en la mano. Durante un momento, la pequeña mano de Nora descanso en la suya...

— Puedo volver aún uno de estos dias ¿no es verdad ? Pues no creo que se marchen ustedes tan precipitadamente.

Y al decir esto desapareció, diciendo adios a Dahnow.

Este se quedó un momento perplejo ante aquella desaparición subita, pues se habia propuesto aprovechar la ocasion para hablar con seriedad de lo que le preocupaba, y veia que le escapaba su amigo.

Los detalles de su viaje, del que aun no habia dicho una palabra, parecia que tampoco interesaban a su linda interlocutora que, por el momento, estaba distraída, pues sus miradas estaban fijas en el jardin por donde habia desaparecido Curt. Difícilmente hubiera podido adivinarse si era por inadvertencia que apretaba tan fuertemente contra sus labios el ramo de claveles rojos que habia traído del jardin ; se hubiera dicho que queria absorber todo el perfume. Clemente Dahnow hubiera debido ocuparse en cosas mas serias, pero en aquel momento se limitaba a desear haber sido él el dador de aquel ramo que estaba en contacto directo con los rojos labios de la hermosa joven.

Dos horas despues, Dahnow se paseaba aun, muy agitado, en su cuarto. Era un verdadero habitante del

Norte, y, por lo tanto, le gustaba concentrar dentro de cuatro paredes los pensamientos que le ocupaban, así como al meridional le gusta pasearlos al aire libre.



Además, los cuatro muros de Dahnow tenían todo el confort de que se rodea la gente del Norte, aun durante los años que pasan en la Universidad. Hasta entonces había hecho sus estudios muellemente tendido en una otomana y fumando un cigarro, pero en aquel momento toda su calma y su buen humor parecían haberle abandonado, y no sabía permanecer quieto á pesar del calor del día.

—Es preciso hacer algo —se decía constantemente, —esto no tiene sentido común, es imposible dejar desarrollar tales ideas en la cabeza de este muchacho;

no puede pensar en casarse con ella, y, sin embargo, tampoco puede hacerla desgraciada. merece una paliza este mozo que se lanza a tal aventura, pues es un insensato. Es preciso hacer algo...

A pesar de repetir varias veces esta afirmación, no sabía que hacerse, aunque siempre se acercaba a su pupitre como si fuera su centro de acción.

—Es preciso decirselo a su madre, es un deber de amigo, quizá podre remediarlo todo aún. lle aquí lo que se saca—añadió con aire furioso—en dejar que las mujeres se mezclen en la educación de los muchachos, pues la primer mujer que se presenta hace de ellos lo que quiere.

A pesar de todo, Dahnów no podía menos de reconocer que Nora era hermosa.

—Podría figurar entre las mas bellas... En verdad que sería capaz de hacer perder la cabeza a un filósofo. Razón de mas, pues no tiene ningún derecho de hacer desgraciada a esta joven, ya que su condición no le permita casarse con ella. Es absolutamente preciso que avise a su madre. Es para mí un deber de conciencia. Creo que lo mejor sería que ella lo llamara a pretexto de negocios, pues los entusiastas como él olvidan pronto. Su madre no me perdonaría nunca que yo, su amigo mas íntimo, no la avisara. ¡La condesa madre política de la hija de un artista de circo!

El barón Dahnów se decidió por fin a sentarse a su mesa de escribir aunque exhalando un profundo suspiro. La pluma permaneció algún tiempo inmóvil entre sus dedos, pero por fin empezó a trazar sobre el papel unos caracteres finos y diminutos. En pocos instantes las carillas quedaron llenas.

Al concluir la última línea tiró la pluma como si le quemara los dedos, y exclamó

—¡Diantre! ¡Esto es una denuncia! Pero una vez que estaba resuelto a hacerla, no debía quedarme en

mitad del camino, y además el otro interesado debe conocer también el punto en que están las cosas. La dulce esperanza que alimenta el joven conde y de la que al parecer participa la madrastra, debe ahogarse en su origen. Por otra parte, el padre me gusto mucho, y también el tiene el derecho de poner a su hija al abrigo de la dura experiencia.

Hechas estas reflexiones, cogió Dahnnow la pluma para escribir una segunda carta, que le pareció tan difícil como la primera. Una vez hubo terminado su rudo trabajo, cerró sus cartas con una prisa que no era habitual en él, y las entregó a su criado con orden de llevarlas inmediatamente a su destino.

Sentóse entonces en el más cómodo de sus sillones, y encendió uno de sus mejores cigarros.

—O he de poder poco, ó mañana sonsaco á mi amigo y, después de hacerle confesar lo que le pasa, le digo lo que sobre ello pienso. He de meterlo en vereda.

tal fue su última resolución aquel día.

Los propósitos que se hacen con referencia á otra persona, no se realizan siempre exactamente. El joven conde no se presentó al día siguiente, y como las cartas habían partido definitivamente para su destino, el ardiente celo de Dahnnow se calmó un poco pensando que de todas maneras haría entrar en razón á su amigo.

Pasáronse algunos días, y Degenthal no se presentaba, por lo que Dahnnow, algo inquieto, decidió filosóficamente que si la montaña no iba á Mahoma, Mahoma debía ir hacia la montaña. Dirigióse, pues, á la casa de su amigo, penetrando fácilmente, puesto que todas las puertas estaban abiertas. Degenthal estaba sentado delante de la ventana abierta, y con la cabeza apoyada en la mano como un hombre que domina alguna pena. Al oír ruido de pasos, volvióse y miró á

su amigo con aire de interrogación, pero de repente arrojóse en sus brazos.

—¡ Ah! eres tu el primero que vienes a felicitarme, amigo mío! No quiero ocultarte nada, Clemente. Es mia. Me lo ha confesado, desde su niñez es mio su corazón. Soy muy feliz en haber salido por fin de dudas, y que todo esté arreglado.

—¿ Qué es lo que esta arreglado? ¿ Entre quién? ¿ Estas loco? ¿ De qué declaración hablas?—pregunto Dahnnow, separandose un poco de su amigo.

— Sí; estoy loco de felicidad—exclamó Curt, cuyos ojos brillaron como un relampago. —¿ De qué declaración hablo? Pero que, ¿ no has sospechado nada? ¿ No te has apercebido de nada? Naturalmente, hablo de Nora. ¿ Has visto nunca una criatura mas adorable? ¿ Conoces un sér mas simpatico, mas encantador que ella? Y sin embargo es mía...

—¿ Pero estas ciego y loco hasta el punto de no ver en que mal paso te has metido?—dijo Dahnnow. —¿ Quieres que te diga lo que pienso? Pues no tienes derecho á buscar el amor de una joven que de ninguna manera puede ser tu esposa, siendo tu el conde Degenthal y ella la hija de un artista, de un director de circo ¿ Has perdido el sentido común?

Degenthal echó un paso atras al oir aquellas palabras.

—¿ No quieres dejarme ser feliz a lo menos una hora? —exclamó con amargura. — Sé todo lo que va a suceder, pero he querido a lo menos ser feliz durante un día... Hasta esta mañana no nos hemos explicado, y te aseguro que he pasado por una prueba penosa.

— Á lo menos has necesitado tiempo para cometer esta locura—murmuró Dahnnow, dejandose caer en una silla.

Pero Degenthal al parecer no le oyó.

—Creía que eran otros sus deseos—dijo separando

los cabellos de su frente y volviendo a apoyarse en el borde de la ventana.—Creía que tenía otra vocación contra la cual no me hubiera atrevido a luchar ..

Dahnów se sonreía con aire trémulo.

—Sí, sobre todo en estos últimos tiempos en que parecía aislarse, y se me presentaba mas fría, mas reservada. Pero era solo porque temía descubrir su amor—dijo con aire radiante—El temor de que sintiera vocación para la vida religiosa me ha impulsado a hablarle, pues hacía tiempo que mi corazón reconocía que solo Nora podía hacer mi felicidad—si este temor no me hubiese contenido, hace tiempo ya que hubiera tomado una resolución y hubiera ahorrado a **Nora la amargura de la duda.**

—¿En verdad que no te comprendo—contesto Dahnów impacientado—¿Cómo puedes obrar de un modo **tan contrario a tus principios?**

—¿Principios?—exclamó Degenthal—Hay una cosa que en todas épocas ha sido mas fuerte que los principios, y es el amor, y cuando el amor no nos conduce ni al mal ni a la vulgaridad, no hay necesidad de luchar con nuestros principios. En esto se ve bien un designio de la Providencia, pues Nora me ha sido confiada cuando niña en el instante mismo en que quedaba huérfana—su madre me ha bendecido, y desde aquel instante me he creído responsable de ella y de su porvenir—Aquel momento fue también decisivo para su educación, pues no pertenece a la clase en que la casualidad la ha colocado. Tal como es ahora, es digna de la mejor posición. Te digo que lo tengo todo previsto. ¿Me tomas quizás por un tunante y crees que no tenía una idea fija cuando he procurado ganar un corazón?

—Y tu madre—dijo laconicamente Dahnów.

—Verdaderamente mi madre es el obstáculo mas difícil de vencer, y por ella he luchado tanto tiempo

conmigo mismo; pero si bien hubiera podido sacrificarle mi felicidad, de ninguna manera quiero sacrificarle la de Nora. Cuando mi madre la haya visto y la conozca bien, se convencerá de que solo es un nombre el que nos separa.

—Es probable que ella haya formado otros planes mas conformes con vuestra posición social.

—No he de permitir que nadie disponga de mi porvenir—dijo secamente Degenthal.—Si mi madre no podía vencer todas las dificultades, entonces cedería mis derechos de progeneritura a mi hermano, y me contentaré con un dote. Nora se merece esto y mucho mas.

—Curt, por Dios, reflexiona lo que haces—exclamó Dahnow.—No cedas a un momento de entusiasmo y de pasión. Acepta un consejo razonable.

—Estoy dispuesto a escucharte, pues por mas que creas lo contrario, estoy muy tranquilo—contestó Curt sentandose enfrente de su amigo.

Dahnow, que queria cumplir su deber hasta el fin y que habia tenido tiempo para recobrar la calma, expuso a su amigo todo lo que humanamente puede decirse en tales circunstancias. Dijo todo lo que tenia que decir, y como no se acostumbra a decir, pues habló con sencillez y sin exageracion, fue breve, a pesar de que dijo todo lo que habia que decir. Y no obstante, sus consejos obtuvieron el resultado acostumbrado, cayeron como una gota de agua sobre un hierro ardiente, que hace cierta impresion, pero no apaga nada.

—Lo he previsto todo y vencere todos los obstaculos—fue la respuesta invariable de Degenthal, respuesta que se da siempre en tales casos.

—¿Como te arreglaras con su padre?—preguntó Dahnow.

—Como era natural, le he escrito en seguida, pues como puedes suponer. Nora no le hubiera callado este suceso.

—Lo ha previsto todo—se dijo Dahnnow.

Pero se tranquilizó algo pensando que él, por su parte, ya había prevenido al director.

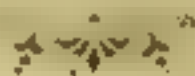
—Vamos—le dijo Degenthal—se bueno y felicítame

—No puedo felicitarte por tal locura—le dijo Dahnnow con tono aspe o—por mas poetica que quieres presentarmela. Lleva a cabo lo que has determinado, pero no esperes nunca mi consentimiento.

A pesar de la dureza de estas palabras, se dieron un cordial apretón de manos al separarse.

Dahnnow era joven tambien, y si bien habia calificado de tontería la resolucion de su amigo, su imaginación le representaba aquel momento afortunado en que el hombre saborea la felicidad y lleva muy facilmente el peso de la vida.

— ¡Dichoso muchacho!—tenia intencion de exclamar pero en seguida pensaba — ¡Pero es una locura, una insensatez!... Bah, bah, que se arreglen como puedan, pues por mi parte no quiero mezclarme mas en este asunto.





VII

Pocos días después de la conversación que acabamos de relatar, Degenthal invadió una mañana el cuarto de dormir de Dahnow, a pesar de las protestas de su criado. Dahnow iba a apoyarlas cuando vió a Degenthal palido y temblando.

— Lee esto—dijo con aire febril, y tendiendo a Dahnow una carta arrugada, cuyo exterior mostraba claramente el efecto que su contenido había hecho en el lector.

Dahnow leyó con calma la carta que acababan de entregarle y que tenía la firma de Carsten.

« Dándole a usted las gracias (decía), señor conde, por el honor que nos hace a nuestra hija y a mí por la petición que me hizo usted ayer, me veo en el sensible caso de responderle con una negativa formal. No dudo que la voluntad de usted sea hacerla feliz, pero nunca

obtendra usted el consentimiento de su familia para esta union, y poniendome en su lugar debo darles la razón, pues nuestra respectiva situacion en el mundo



es muy distinta. Por mi parte, tampoco consentiria nunca que mi hija se enlazase con una familia en la que no fuese bien recibida. Usted mismo, señor conde, en la agitacion del primer momento no ha reflexionado en la importancia del paso que acaba de dar. Mi hija

comprende perfectamente lo fundado de mis razones, y no quiero hacerle a usted un cargo de haberle arrancado una promesa antes de saber mis intenciones sobre este asunto, pues no he de mostrarme demasiado rígido con los corazones jóvenes. No obstante, he de deplorar el no haber sabido hasta ahora lo que pasaba, y le ruego que respete usted mi resolución, y no procure apartar a mi hija de un sacrificio que ya le ha costado bastante hacer. No intente usted permanecer mas tiempo en un país que, por nuestra parte, abandonaremos pronto.

«Algún día me dará usted las gracias por el disgusto que hoy voy a causarle. Mande usted, etc., etc.»

— He aquí un hombre razonable y sensato—dijo Dahnów desde el fondo de su alma.

Pero aun antes de que estas palabras salieran de sus labios, Degenthal las habia adivinado, y echandole una mirada irritada, le dijo con ironía

— Por supuesto que tu encuentras todo esto excelente conforme con tu modo de pensar, y no consideras lo que esto puede costarnos a ambos. Es preciso que la hayan atormentado mucho para arrancarle tal decisión—exclamó dejandose caer en una silla y cubriéndose la cara con las manos.

Dahnów estaba conmovido.

— ¡Pobre chico!—exclamó con tono compasivo tomándole una mano, pero interiormente pensaba — ¡Pobre muchacha!

— Lee esto también—dijole Degenthal, tendiéndole una segunda carta.

Una mano de mujer habia trazado sobre el papel estas palabras.

«Era un bello sueño, pero irrealizable, es mejor que nos separemos. Adios, sea usted feliz y que Dios le acompañe. *Nora*.»

Dahnów suspiró, pues una voz interior le decía

— Tu tienes en parte la culpa de lo que pasa, y quizás la causa única de este disgusto.

Durante algunos momentos, ambos amigos guardaron profundo silencio, pero cuanto mas reflexionaba Dahnów, tanto mas se decía:

— Bah, Nora es muy joven aun, pronto olvidara y otros la consolaran.

— Escucha—dijo al cabo de un buen rato Degenthal—tambien he recibido otra noticia, y por esto te he venido a molestar. Podrias hacerme un gran favor: mi madre me escribio ayer que iba a venir y no he podido comprender cuando, pues mis preocupaciones actuales me distraen demasiado, y como quizas tendré que marcharme, no podre recibirla. ¿Querrias hacerme el favor de ir a saludarla a la estacion, ya que yo no podré ir?

Dahnów se vio obligado a leer la tercera misiva.

— Tu madre no viene aqui: no hace mas que pasar, pues va al colegio de B... para recoger a tu prima, pero conta encontrarte en la estacion, y que la acompañes a B...

— Me es imposible ahora—dijo Degenthal.

— Si te rechusas este obsequio a tu madre, lo va a sentir mucho.

— ¡Oh no!—replico Degenthal—puesto que ya habra recibido mi carta explicandose lo todo.

— No creo que tenga tiempo de haber recibido tu carta—dijo Dahnów, convencido de que la condesa se habia puesto inmediatamente en camino despues de haber recibido la suya, a fin de llevarse consigo a su hijo, y por lo tanto la de este debia haberla encontrado ausente ya.—En todo caso, espero que no la contrariaras inutilmente, pues si antes no comprendia la absoluta dependencia con que estabas respecto de ella, tampoco puedo hacerme cargo de que ahora no respetes sus intenciones.

—Veremos—dijo Degenthal, que no quería decidirse de repente.—De todas maneras, procura estar en la estación y allí nos encontraremos si puedo ir.

Marchose Degenthal y Dahnów, después de haber metido su cabeza en un cubo de agua fría, se puso una bata y un fez y se preparaba a almorzar cuando se presentó un nuevo huésped en su habitación. El estudiante lo examinó con atención, y vio que era un hombre alto, delgado y cuyo traje negro dejaba adivinar que se trataba de un sacerdote.

Soy el capellán..., el antiguo preceptor del conde Degenthal—dijo el extranjero.—Usted sin duda habrá oído pronunciar mi nombre por el conde Curt, de quien sé que es usted el mejor amigo, señor barón.

Dahnów había oído hablar a Curt con elogio de aquel digno sacerdote, y por lo tanto le recibió cordialmente.

—¿Usted adivinara sin duda el motivo que me obliga a venir a molestarle?—continuó diciendo el sacerdote.—En primer lugar, vengo a darle las gracias de parte de la condesa por el gran favor que les ha hecho a ella y á su hijo con su carta.

—No creo que él me diera las gracias si lo supiera—observó melancólicamente Dahnów.—Dudo si se obra bien al mezclarse en los asuntos de los demás, pues más fácilmente se les hace desgraciados que dichosos.—añadió con aire preocupado.

¿Como está el asunto?—preguntó el capellán sin pararse en la observación de Dahnów.

—Ni bien ni mal, esto depende de como se mira la cuestión.

Y entonces Dahnów contó los acontecimientos que habían sucedido poco antes.

—Naturalmente, mi amigo no piensa de ningún modo en abandonar la partida, y si la señora condesa cree obtener algo discutiendo con su hijo se engaña, pues entonces éste se escapara.

—¿Piensa usted que se trata de una intriga de familia, que desea apoderarse del joven conde? ¿Cual es su opinion de usted acerca de la joven?—pregunto el sacerdote, descoso de ver claro en el asunto.

—Con unos ojos como los suyos no se tiene necesidad de intrigar para apoderarse de sus adoradores—dijo Dahnow en el mismo tono aspero.—Le dire a usted con franqueza, señor capellan, si yo me hubiese enamorado de ella, creo que no la abandonaria por nada, pues es una joven ideal, tal como todos los hombres desearian encontrar una. Pero esto no es de su competencia —añadió sonriendo Dahnow, que habia olvidado que se hallaba en presencia de un extraño. (Cuando Dahnow reía, su fisionomia era tan simpatica que alejaba las impresiones desagradables.)

—Cuando niña, era ya muy linda y muy despejada —observó el eclesiastico, respondiendo a las ideas expresadas por Dahnow —En atencion a la última voluntad de su madre, me tomo gran interes por esta niña y seria para mí muy triste el pensar que la educación que con tanto trabajo le hemos dado, le sirviera solo para hacerla mas apta para una intriga, como supone la señora condesa.

—¿Y por que ha de haber intriga? Las mujeres siempre quieren complicar las cosas. ¿Cree usted que estas cosas necesitan tanta preparacion y rodeos? ¿Hay nada mas natural que un joven se enamore de una mujer bella y graciosa? Si no fuese por la posicion de su padre, creo que deberia felicitarse a Curt por su eleccion y desearle un dichoso porvenir. Comprendo que todo esto disgusta a la condesa .. Por mi parte, le aseguro a usted que no me mezclare en el asunto.

El capellan miró con atencion al joven y parecia haberse formado una opinion, pues una ligera sonrisa paso por sus labios mientras Dahnow miraba por la

ventana y parecia completamente absorbido por sus pensamientos.

—Dada la situación actual, creo que, por el momento, nada tenemos que hacer, pues el padre ha cortado por lo sano impidiendo toda negociacion ulterior. Es, pues, preferible dejar que las cosas sigan su curso natural. La señora condesa confia en que el conde Curt no permitira que vaya sola a B., instandole ella para que la acompañe. Por lo demas, otra sociedad y otras ocupaciones calmaran con el tiempo esta pasión y curaran su pena.

—¿Usted cree esto?—dijo Dahnow, volviendose con aire incomodado.—Debe usted tener bien pobre idea del amor, ya que toma usted las cosas tan ligeramente.

—Usted mismo acaba de decir que esto no era de mi competencia—replico inmediatamente el capellan sonriendo.—Sin embargo, conozco muchos ejemplos que podria citar en apoyo de mi opinion, pues ¿que seria de nosotros si las impresiones de la juventud fuesen indestructibles? Usted mismo, señor barón, ¿no lo decia usted asi en su carta a la condesa?

Dahnow se quedó callado, pues se encontro preso en sus propias redes, y el capellan sin darle tiempo de reflexionar, añadió:

—La señora condesa llevo anoche a C..., con el ultimo tren, y esta mañana me ha enviado a fin de que me diese usted los datos mas precisos sobre este asunto—esto debe servirme de excusa por haberle molestado tan temprano. La condesa espera tener una contestacion al medio día, y me gustaria poderla tranquilizar por el momento. Esta tarde continuara su viaje y espera encontrar a su hijo en la estacion.

—No se forme usted ilusiones sobre esto, pues, a pesar de que le he rogado mucho, no he podido obtener una respuesta afirmativa. En la actualidad es capaz de cualquier cosa. Permitame usted ahora que

le haga observar que ha salido usted de C... en el primer tren de hoy, habiendo llegado allí en el último de ayer, y que esta rapidez apenas le habra dado tiempo para atender a las necesidades del cuerpo. Estoy persuadido de que ha almorzado usted muy poco ¿me permite usted, pues, que le ofrezca un pequeño refrigerio?

El capellán encontró la proposición muy razonable y la aceptó.

La excitación del joven no parecía serle incomprendible, a pesar de que aquel hubiese dudado de su competencia.

Dahnów, que poseía una bodega y las echaba de inteligente en el arte culinario, hizo señal a su criado y pronto hubo improvisado un almuerzo.

Terminado este, el capellán se despidió cordialmente del joven quedándole en que Dahnów iría a la estación.

Por la tarde, a la hora indicada, presentose allí el barón, y en el mismo instante en que el tren llegaba, apareció Curt en traje de viaje y con un reducido saco en la mano.

—Voy a acompañar a mi madre —dijo a Dahnów— pero regresare pasado mañana y contio encontrarte aquí.

Entró en seguida en el coche, presentando a Dahnów a la condesa, quien le hizo un cordial recibimiento, y poco despues partió el tren.

—Hasta pasado mañana —exclamó Curt desde la ventanilla como si hubiera querido enterar a su madre de un modo indirecto, de su resolución.

—La mamá tiene un aire muy decidido— se dijo Dahnów al regresar a la población. —No me gustaria partir peras con ella. Lo mejor seria que la primita fuese bella como un querubín, pues los soñadores como Curt son capaces de todo, a pesar de que el muchacho tiene mas voluntad de lo que yo sospechaba.

¡Pobre Nora! Pero el capellan tiene razon; seria muy terrible que las impresiones de la juventud fuesen indestructibles—añadio Dahnow suspirando.—¡En fin! lo he puesto sano y salvo en manos de su madre. No quiero hacer ya nada más.





VIII

PUESTO EN SUS MANOS Dahnnow había definido perfectamente el deseo de la condesa. Como todas las mujeres que toman la

dirección de un asunto, la condesa atribuía todas las dificultades de la ocasión presente a la imprudencia de haber abandonado, aunque por poco tiempo, la dirección de la vida de su hijo.

Curt había sido enviado a la Universidad por consejo del capellán, que quería darle cierta independencia, y contra la voluntad de la condesa, quien al fin había cedido, pero ahora casi se alegraba de lo sucedido, puesto que era porque no se había seguido su opinión.

Al recibir la carta de Dahnnow, decidió intervenir activa e inmediatamente, según era su costumbre en todo. Siguiendo el consejo del barón, determinó llevarse a su hijo, y para dar un pretexto a su viaje determinó sacar a su sobrina del colegio. En su interior pensaba que la joven animaría su casa, y que más

tarde encontrar a ocasión de ir a la residencia a fin de distraer a su hijo.

No obstante, como era una mujer inteligente, durante el viaje nada dijo de sus proyectos, su sola preocupación era no perder de vista a su hijo, pues temía que se le escapara.

Al día siguiente de haber llegado al término de su viaje, rogó a Curt que le acompañara al colegio para sacar a la niña Lilly.

Aunque Curt no tenía muchos deseos de hacerlo, cedió, acompañándola hasta la puerta del convento, pensando en dejarla allí, pero su madre le pidió que entrara, que la superiora era amiga y parienta suya, y tenía deseos de presentarle a su hijo. Curt cedió de nuevo, y atravesando un patio entraron en el edificio principal. La religiosa portera les introdujo en un locutorio diciéndoles que iba a avisar a la superiora. La condesa se sentó en un sofá, y Curt examinó con aire distraído algunos cuadros que adornaban las paredes del cuarto. Madre e hijo tenían el corazón demasiado oprimido para entablar una conversación. Al poco rato, presentóse de nuevo la portera para anunciar que la superiora llegaría en segunda. Al salir del locutorio alguien la detuvo en la puerta, y una voz debió pedir hablar con la superiora.

—No, señorita, no suba usted, pues la madre superiora va a venir aquí al momento, y si usted subía no la encontraría ya. Tenga usted la bondad de esperar un poco en el locutorio.

—Solo quiero decirle una palabra—replicó la interlocutora, y se oyó el crujir de una falda—pero aquí hay otras personas—dijo echando una mirada al locutorio desde la puerta.

El conde Curt se había sobresaltado al oír aquella voz, y volviéndose precipitadamente, su mirada se encontró con la de la recién llegada.

—, Nora, Nora!—exclamo precipitandose hacia ella —, no quiero que te quedes aqui, no tienes ningun derecho a estar aqui! No dejare que te sepultes en vida. Reclamare ante todos los tribunales humanos contra esta violencia. Eres mia, tu misma me lo has dicho.

Al oir aquellos gritos, la condesa se levanto asustada, y volviendose vió en el dintel de la puerta a una joven que su hijo tenia cogida apasionadamente por la mano; vió asimismo el movimiento que hizo la joven para arrancarse a aquella dulce presion y huir de la habitacion, pero sus fuerzas le abandonaron y cayo desvanecida al pie de la puerta. Curt la tomo en brazos:

—Vaya usted en seguida a avisar a la superiora—dijo a la portera, asustada por aquella escena,—vaya usted aprisa y traigame usted algo para reanimar a esta joven, pues ya ve usted que se ha desmayado. Es mi prometida y tengo derecho a asistirle.

Cogio entonces a Nora y la transportó al sofa, que su madre abandonó instintivamente. La religiosa desapareció. Una escena de tal naturaleza nunca se habia visto dentro del convento, pero la religiosa comprendio con su corazón de mujer a aquellos novios y los compadeció sinceramente.

Curt se habia arrodillado a los pies de Nora y la llamaba con los nombres mas tiernos, suplicandole que le dijera por que le habia abandonado. Al poco rato abrieronse los ojos de la joven, recobrando poco a poco las fuerzas.

—Curt.. —exclamo con tierna voz, reflejo de los sentimientos de su alma, pero de repente levanto la cabeza, pues habia visto que la madre miraba a su hijo con ojos de desesperacion. Curt volviose tambien

—Madre —dijo— aqui esta Nora que me habia sido arrebatada. Tu misma has hecho que la encontrara.

Difícilmente hubieras podido figurartela tal cual es, así Dios ha querido que la encontraras aquí para que pudieras ver que es digna de ti. Te había escrito una carta contándotelo todo, pero ahora sólo nos resta pedir tu bendición.

— Recibi tu carta—dijo fríamente la condesa—pero hay locuras que no merecen contestación.

— Madre —exclamó Curt con viveza—esta locura, como tu la llamas, es la única alegría de mi vida, y lo daría todo para obtener tal felicidad.

— Basta ya de este asunto, no me gusta discutir negocios de familia delante de personas extrañas.

Y al decir esto, volvióse la condesa, pues la superiora acababa de entrar en el locutorio y contemplaba con aire sorprendido aquel grupo. Apenas Nora la hubo apercibido, cuando se levantó y arrojose llorando en sus brazos.

— ¿Qué tienes, hija mía?—dijo la religiosa con dulzura.

Curt tomó la palabra, dominado de fuerte emoción.

— Madre superiora—dijo—esta joven está aquí contra su voluntad, y aunque hubiese venido voluntariamente, no debe usted creerla ni aceptar sus votos, pues la han hecho prisionera para que viniera. No es esta su vocación, ella misma me ha dicho que su corazón me pertenecía, y me ha dado su palabra. ¡Nora, es imposible que niegues esto!

— ¿Quien había de retenerla, de votos y de vocación?—preguntó la religiosa con tranquilidad.—Esta joven ha venido aquí con su padre porque durante diez años se ha educado en este colegio, sólo ha venido por algunos días y tiene intención de partir mañana.

— ¡No, Nora, no quiero que te vayas, es imposible que me seas infiel! ¡Tan poco puede resistir tu amor! ¡Es tan débil que no puede esperar un poco!—dijo Curt casi fuera de sí.

— Señor conde—observó la religiosa con severidad—mientras esta joven este aquí, no puedo tolerar que use usted semejante lenguaje con ella, no se hasta que punto tiene usted derecho para hablar de esta manera, y no debo juzgar los motivos que han sido causa de su separacion. Esto debe usted arreglarlo con el padre de la joven, y con su familia de usted—dijo mirando con intencion a la condesa, que se hallaba en frente de ella con aire desconsolado.—Nora, hija mía—añadió—creo que haras bien en subir arriba si te hallas con fuerzas para ello.

Nora obedeció, pero antes de marcharse se paro un momento y volviéndose:

— Senora condesa—dijo con voz afectada—nunca hubiera creído que fuera tan doloroso el volvernos a ver. Usted que ha sido tan buena para la madre moribunda, no sea usted dura para la hija que toda la vida le guardara a usted un eterno reconocimiento. Me es muy penoso el ser para usted causa de disgusto.

La condesa se hallaba demasiado agitada y desesperada para entender una sola palabra de lo que Nora le habia dicho, y replico friamente

—Ha cogido usted tan bien a mi hijo en sus redes, que poco le importara saber si este asunto me aflige ó no.

Nora se irguio con dignidad.

—El es quien me ha buscado, y si hoy nos hemos vuelto a ver ha sido contra mi voluntad. Es completamente libre—dijo friamente y con un tono que obligo a la condesa a levantar la cabeza, pues ante su actitud seria y altiva y ante su mirada, comprendió la locura de su hijo.

— Madre—dijo éste completamente fuera de sí—por piedad no te opongas a nuestra felicidad, pues así como sé suplicar, tambien sabre obrar.. Nora, una palabra.

Y quiso precipitarse hacia ella, pero la religiosa se lo impidió.

— Vaya usted a hablar con su padre, o hable usted con ella en su presencia, por mi parte, no puedo permitirle una palabra mas—dijo la superiora con tono resuelto.—Segun tengo entendido, el señor Carsten esta alojado en el hotel P..

Curt interiormente con la mirada la dulce fisonomía de la religiosa su corazón la consideraba como una aliada.

— Si es usted la amiga maternal de quien Nora me ha hablado tantas veces, haga usted el favor de decirle a mi madre que es una hija digna de ella.

— En verdad, posee todas las cualidades de corazón y de talento que exige una posición de esta naturaleza—contestó la superiora,—pero en la vida hay circunstancias contra las que el hombre no deberia luchar nunca, pues lo siente mas o menos tarde. Hubiera sido mejor que no se hubiesen ustedes vuelto a ver.

— Pero es la Providencia la que lo ha querido—dijo por tercera vez Curt.

— Con la verdad cabemos de providencial lo que nos es agradable, mientras que, por regla general, solo es una prueba—contestó la religiosa con calma.

— No puedo permanecer aqui mas tiempo—dijo la condesa con valentia.—Que me busquen un coche para irme.

La religiosa fue a llamar, pero Curt se ofreció para ir a buscar un coche.

Apenas hubo salido de la habitacion cuando la condesa se dejó caer en el sofa, con desaliento.

— Clotilde—dijo la superiora hablandole con el mismo cariño que en su juventud.—Clotilde, comprendo perfectamente tu aflicción, pero para consolarte debo decirte que tu hija ha hecho una eleccion digna de ella. He educado a Nora desde la mas tierna infancia, y sabe Dios que si la joven hubiese nacido en otra posición, nunca hubiera podido escoger mejor. Ya se que es

contra tus principios, como es opuesto a los míos, el admitir un elemento extraño en la familia, pues raras veces da buenos resultados, pero existen excepciones, y dados el carácter de Nora y de tu hijo, hemos de creer que no se trata de una pasión pasajera sino de una de aquellas inclinaciones puras y profundas, que solo nacen en corazones jóvenes y no corrompidos. Precisamente la diferencia de posición es la que ha aumentado y robustecido su mutua inclinación, puesto que tu hijo ha luchado mucho antes de saltar un abismo que veía tan bien como tú. Querer romper un amor real y verdadero sin causa muy grave, es muy peligroso, pues los corazones jóvenes se preocupan muy poco de los principios.

—Nunca cambiaré de modo de pensar—dijo la condesa con firmeza—y menos aún tratándose de una locura estúpida ó de una intriga indigna, el obrar así es mi deber.

—Los deberes que nos creamos nosotros mismos nos parecen siempre los más importantes. y la felicidad de los demás no está siempre acorde con nuestros propios deseos. Clotilde, no seas cruel, pues podrías perder un hijo en vez de ganar una hija.

—No hablemos más de este asunto—interrumpió con impaciencia la condesa,—nunca dejo que se influya en mis resoluciones. Por otra parte, deseo que mi sobrina no sepa nada de esto, pues es demasiado joven. Esta tarde enviare a mi capellán para que se la lleve, pues yo me encuentro demasiada afectada para hacerlo. **No le digas que he venido.**

La superiora se lo prometió, y en aquel momento Curt entró para anunciar que el coche esperaba a la puerta, y si bien su madre no aceptó su brazo para ir hasta el carruaje, el conde subió con ella. La madre y el hijo permanecieron silenciosos hasta que llegaron al hotel. Curt ayudó a su madre a bajar, pero no la

acompañó sino que dando una nueva dirección al cochero, entro otra vez en el coche que inmediatamente se puso en marcha.

—¿A donde ha ido el conde?—pregunto la condesa al criado que estaba á su lado.

—Al hotel P...—fué la contestación.

La condesa suspiró, pues habia comprendido a que iba su hijo.



IX

DESPUÉS de la escena de la mañana, Nora se había encerrado en su cuarto, que era precisamente el mismo que ocupaba cuando colegiala, y se hallaba entregada a sus pensamientos.

Las palabras de la condesa le recordaban lo que le

había dicho su padre al querer decidirla a romper con Curt:

—Creeran que lo hemos atraído por medios indignos, que lo tienes atado con tu belleza, y que quieres aprovecharte de su juventud y de su inexperiencia para hacerte una posición, y se sospechara que hemos aprovechado un momento de distracción del conde para arrancarle su palabra de honor.

Al oírle, la joven suplicó a su padre que le escribiera desengañándolo, y añadió:

—Partamos en seguida, padre, pues no quiero verle más. Enviame lejos, al país de mi madre, al otro lado del Océano, a fin de que no pueda creer que he querido apoderarme de él.

El director también estaba convencido de que lo mejor era marcharse del país, pero, para que la marcha no fuera demasiado repentina, había propuesto a Nora el pasar unos días en el colegio donde había sido educada, proposición que Nora aceptó con placer.

La superiora recibió a su antigua discípula con gran alegría, y sintiendo el triste desenlace que ya había previsto, aprobó a Nora que fuera a visitar a los parientes de su madre, pero el director no consentía en aquella separación, y este fue el motivo de que se encontraran los dos amantes, pues si hubieran pasado algunos días más, quizás se hubieran visto separados para siempre.

Nora, que estaba ya resignada, al oír lo que le dijo Curt sintiose de nuevo agitada, y ahora, en la soledad, no podía menos de pensar en sus palabras: «¿Tan poco vale tu amor que no puede resistir el menor obstáculo?»

—¿Qué hare?—se dijo.—Voy a renunciar a su amor y huir de él, o bien luchar a su lado?

Había pasado ya el medio-día, y Nora que no había querido bajar a comer cuando se lo advirtieron, se

vio interrumpida en sus reflexiones por la voz de una monja que le anuncio haberse recibido una carta para ella. Mil emociones agitaron su corazon al cogerla, pero el sobre estaba escrito por una mano desconocida.

Al abrirla, vio en seguida que era de la madre de Curt.

La condesa, como lo hemos hecho notar, era una de aquellas naturalezas superiores que obran en seguida la rapidez en la accion les hace mas soportable el dolor. Al volver a la fonda, lo primero que se le ocurrio fué preguntarse lo que debia hacer. Estaba convencida de que su hijo no escucharia sus consejos en aquella ocasion, pero recordaba el retrato que su amiga le habia hecho de la joven, y se dijo que si era noble y bien educada, no debía desear formar parte de una familia que la rechazaba, y debia estar dispuesta a sacrificar su amor a la felicidad de Curt. Decidiose, pues, la condesa a escribir a Nora, haciendo un llamamiento a su corazón, a su dignidad y a su buen juicio.

He aqui lo que leia Nora con los ojos encendidos

«No me arrebate usted a mi hijo, no se interponga entre la madre y el hijo, cosa que haria usted si el no respetase mi voluntad, y aunque mi autoridad fuera suficiente para impedirle contraer una union imposible, seria usted un instrumento de division, pues el no me lo perdonaria nunca. Me han dicho que tiene usted un corazon noble y generoso, reflexione usted, pues, y se convencera de que esta union no puede hacer la felicidad de mi hijo. Las mujeres somos capaces de todos los sacrificios, y si el oye de su boca de usted que su amor no *quiere* romper los obstaculos que los separan, entonces se calmaran su corazon y su amor propio, que estan atados por un sentimiento de honor. Si me atiende usted, mi respeto y mi gratitud serán ilimitados.»

Sería difícil explicar por que la condesa, que no que-

ria sacrificar nada por su parte, exigia un sacrificio tan inmenso de Nora. Esta leyó dos veces la carta y al hacerse cargo de lo que exigia de ella la condesa, se levanto bruscamente, y despertandose en ella la naturaleza apasionada de su padre, cogio la pluma y escribió á la condesa:

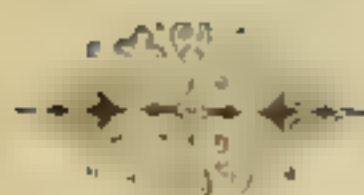
« Su hijo de usted es libre hoy como lo era ayer. Mi padre ha sido el que ha rehusado dar su consentimiento, y yo obedecere siempre a mi padre. No dire una palabra, ni dare un paso para llamar a su hijo, por el contrario, seguire huyendo de el como hasta aqui. Pero no faltare a la verdad, y seria una mentira el retirar la promesa que le hice de quererle siempre. No quiero separarme de el con la mentira en los labios, la mentira no ha calmado nunca ningun dolor ni ha sido causa de felicidad. Hagase la voluntad de Dios, pero mi amor es bastante fuerte para esperar y perseverar. »

Esta carta fué entregada inmediatamente a la persona que aguardaba la contestacion, y Nora volvio a sumergirse en sus pensamientos, hasta que su fiel amiga vino a sacarla de aquel estado.

La madre Sibila tomó entre sus manos la cabeza ardorosa de la joven, y con su tranquila mirada fija en sus ojos brillantes y calenturientos, escuchó las explicaciones de Nora.

— Si has obrado bien o mal? Niña, el amor terrenal no es ni una virtud ni un vicio. Ningun deber te obligaba a hacer el sacrificio que queria imponerte, pero ten presente una cosa que no hay nada grandioso ni extraordinario en lucha de un amor mundano, pues esto lo han hecho las personas mas debiles. El amor es la flor mas bella que Dios ha puesto en el camino de la vida pero para aspirar su perfume es preciso rozarse con las espinas que a veces son muy dolorosas para el corazon humano. Quiza Dios ha permitido esto

para ponerte en guardia contra otros escollos y otros hechos — dijo la religiosa. — Por segunda vez has escogido la lucha en vez de la paz y el descanso. Dios quiera que todo concluya bien, hija mía





X

QUANDO la condesa recibió la carta de Nora, sonrióse. «Ya me lo pensaba», fueron las únicas palabras que pronunció. También ella permaneció muchas horas sola, pues su hijo no había vuelto, y había mandado al capellán al convento no solo para ir a buscar a Lilly, sino también para que viera las curiosidades de la ciudad, pues la condesa, después de lo sucedido, no se hallaba en disposición de conversar con su sobrina.

Las horas que paso sola no fueron inutilles para ella, pues reflexiono que valia mas no oponerse absolutamente, a fin de que su hijo no tomara resoluciones extremas.

—Es preciso que se deje un juguete a los niños, pues de lo contrario se vuelven insoportables.

Á la hora de la comida, presentose el capellan con Lilly. La condesa la examinó con atencion, pues hacia largo tiempo que no la había visto, pero su fisonomia era poco agradable y poco expresiva, y la condesa se volvió impaciente, pues otro de sus calculos habia salido fallido. Involuntariamente comparola con la figura imponente de Nora, y no pudo menos de exhalar un suspiro.

Precisamente en el momento en que iban a sentarse a la mesa, presentose Curt, con aire sofocado y cansado, pero algo mas tranquilo tambien. La recepcion que le hizo su madre fué fria y silenciosa, a pesar de que él le cogió la mano con cierto calor y se la besó. Durante la comida, busco con frecuencia la mirada de su madre, como esperando ocasion oportuna para hablarle, pero la condesa no quiso prestarse a ello, y, apenas hubo concluido la comida, retirase llevandose consigo al capellan. Curt se quedo un momento vacilando sobre si seguirla ó no a su madre, pero por fin se decidió a retirarse, y, despues de haber deseado «buenas noches a su prima», se fué tambien a su cuarto.

Al día siguiente temprano, parose un coche ante el hotel P. y bajó de él el capellan, quien hizo que avisaran su presencia al director Carsten. El director estaba escribiendo cuando le fue anunciado el huesped, y en seguida lo abandono todo para ir a su encuentro. Al cabo de doce años, volvian a encontrarse frente a frente aquellos dos hombres. El artista de circo estrechó la mano del sacerdote.

—Los años no pasan para usted, señor capellan—dijo Carsten con sorpresa.

Y efectivamente, la tranquilidad y la paz de su espíritu le rejuvenecían tanto, como la seriedad de su profesión le hacía aparecer mas viejo anteriormente.

—Viene usted como embajador—dijo el director riendo,—el encuentro casual ha renovado un proceso que yo creía haber terminado felizmente. Digale usted a la condesa que no fué mi deseo ni mi voluntad, y que de seguro no lo ha sentido tanto ella como yo. Debi haber sido mas precavido, pero la educación que dimos a la niña no podía producir otra cosa.. Siempre se sentira atraída hacia aquellas clases, pero yo consideré que el abismo era demasiado profundo para que se pudiera pensar en salvarlo

—Vengo como mediador—dijo el capellan.—¿El conde Curt estuvo aquí ayer?

—Varias veces, puesto que al principio no me encontré en casa. Repitiome su demanda, y yo le di la misma contestación. El joven conde ha defendido con entusiasmo su causa y creo en la nobleza de sus propósitos, en la profundidad de sus sentimientos, como en los de mi hija, verdaderamente, es duro deber destruir las esperanzas de estos dos jovenes. Nora tiene la naturaleza de su madre y sabe querer, indudablemente sera muy desgraciada, y es mi hija única.

Y al decir esto empezó a pasear con cierta agitacion, parandose de repente ante el capellan

—El orgullo es una cosa especial, pero usted bajo su punto de vista dira que nos debemos inclinar ante él. Se lo repito, es mi única hija, y Dios sabe que haría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz. ¿Cree usted que la condesa se prestaría a un arreglo?

—Precisamente yo vengo con proposiciones—dijo el capellan.—Tambien la condesa ha reflexionado que quizas no era factible el ir contra la corriente, y estoy

comisionado para ver si usted y su hija aceptan las condiciones con las que la condesa daría su consentimiento.

— Veamos —dijo el director, dejándose caer en una silla —hable usted. Precisamente estaba yo escribiendo las mías—añadió poniendo su mano sobre una hoja de papel escrita que se hallaba encima de la mesa.

La condesa no negara su consentimiento si los jóvenes prueban, durante dos años, la fidelidad en sus resoluciones, y desea que durante este tiempo ni se vean ni estén en relaciones epistolares sino en casos excepcionales. Hasta el termino de este plazo, sus relaciones deben ser un secreto para todo el mundo. Si los jóvenes observan rigurosamente estas condiciones, la condesa se considerará ligada por su palabra, y recibirá como hija a la señorita Nora, pero si se falta en algo a estas condiciones, se considerará perfectamente libre.

El director había escuchado sin interrumpir; pero cuando el capellán concluyó, dijo después de unos minutos de silencio.

— La condesa espera que con el transcurso del tiempo cambie el estado de las cosas, y quizás yo pienso lo mismo al aceptar tales condiciones. Verdaderamente los jóvenes deben sujetarse a una prueba, y esta no es exagerada para una elección tan extraordinaria. Lengua usted la bondad de decir a la condesa que comprendo sus intenciones y participo de sus esperanzas.

De repente levantóse y repitió su paseo.

— Quiero ayudar a los jóvenes, y salvar una dificultad que existe aunque la condesa no me habla de ella. Sé cuál es la situación del joven conde y cuantos inconvenientes tiene para él el no casarse con su prima. Pero mi hija puede indemnizarle de los perjuicios que esto le ocasione. Dígame usted, pues, a la condesa que mi hija no necesitaba pescar a un conde, pues muchos

se darian por muy satisfechos con alcanzarla. Este es su dote el día que se case.

Y al decir esto, volvía a indicar el papel que habia escrito.

Sorprendido por lo subido de la cantidad, echo el capellan un paso atras, y el director le dijo riendo:

— El capital de mi primera mujer se ha cuadiuplicado, y la mitad de lo adquirido pertenece a Nora. La condesa puede enterarse en las casas donde tengo depositados mis intereses. Pero como se que no basta un puente dorado para salvar las distancias, digale usted ademas a la condesa, que mi hija tiene derecho de llevar otro nombre que el que yo uso, y es quizas demasiado conocido. Puede volver a tomar el nombre de su abuelo, que pertenecia a la antigua nobleza francesa, como lo prueban los papeles que tengo a su disposición. Asi quedara completamente separada de mi, pero su pobre madre tambien se desprendio de todo para seguirme, y no puedo echarsele en cara a mi hija.

El capellan le tendio las manos diciendo:

— Mucho hace usted para facilitar el asunto, y crea usted que, tanto la condesa como el conde Curt, agradecerán sus esfuerzos.

Despidióse el capellan, y aunque sorprendido de lo mucho que habia hecho Carsten parecio le que no lo encontraba a la misma altura que cuando se vieron por primera vez.

— Ningun hombre puede escapar a la influencia de los elementos que le rodean—pensó—Dios haga que la pobre joven encuentre pronto el puerto donde refugiarse.

Curt habia pasado una mala noche, pues no pudo realizar su deseo de suplicar nuevamente el consentimiento a su madre, por fin a la excitacion siguiose un sueño pesado, y cuando el conde despertó, hallóse con

la sorprendente noticia de que su madre y su prima habían partido ya.

La explicación dióselo el capellán, quien al mismo tiempo le habló de la resolución de la condesa y de las condiciones que imponía. Curt no quedó muy satisfecho, pues comprendió que se le concedía como se da un juguete a un niño que lo exige con tenacidad.

Por la tarde fue a ver al director para cambiar su palabra con la de Nora, y en la antesala encontró algunos hombres estrafalariamente vestidos, que ofrecían sus servicios al director. Uno de ellos, despedíase en aquel momento del señor Carsten, y Curt tuvo ocasión de oír cómo el director aseguraba que tenía un gran placer en tenerlo en la compañía.

Los ojos penetrantes de aquel hombre, cuya fisonomía era bella a pesar de que no podía negar su origen semítico, se fijaron investigadores en el joven conde, temiendo quizás que fuera alguien que quisiera contratarse, pero la mirada orgullosa y fría de Curt, y el recibimiento ceremonioso que le hizo el director, parecieron tranquilizarle.

El director llevó a Curt a otra habitación, y se disculpó por haberle hecho esperar.

Inclinóse Curt, pero por primera vez se le presentó claro de qué sociedad iba a sacar a Nora, y tomó la resolución de no dejar que pasara allí los dos años.

En aquel momento presentose Nora, quien apenas había podido convencerse del cambio inesperado de las cosas, y aceptó los dos años de prueba. « Aunque hubiesen sido veinte », dijeron su boca y sus ojos al mismo tiempo. Dos años son muy poco cuando tenemos delante toda la vida.

Después de un rato de conversación, en que ambos amantes olvidaron todas sus preocupaciones, despedíase Curt pero prometiendo volver, puesto que quería pasar tres días al lado de su prometida antes de

empezar el periodo de prueba, que iba pasar al lado de su madre, para ver de reconquistar su corazon e inclinarla favorablemente hacia Nora.

Por lo que se refiere a esta, hubiera querido separarla inmediatamente de su padre, pero el amor filial de Nora se oponía a esta resolucion. El director fue quien se encargó de arreglar este asunto. Hacía ya largo tiempo que deseaba tener una residencia fija en algun punto, principalmente entonces que su mujer iba a verse con nuevos deberes. Pensó, pues, en comprar una quinta en los alrededores de alguna ciudad bonita, y allí podía estarse Nora bien con su madrastra, bien con una aya, si la primera queria volver a acompañar a su marido. Esta proposicion fué aceptada unánimemente, y los amantes se separaron llenos de esperanzas.





XI

ALGUNOS meses después, la condesa y su familia fijaron su residencia en la capital. Era la primera vez que, desde que había enviudado, consentía en abandonar la vida tranquila del campo. El mundo se explicaba aquel paso por la presencia de Lilly, que debía hacer su entrada en el mundo, y por la resolución de Curt de seguir la carrera diplomática.

Verdaderamente la condesa habia decidido a su hijo a que siguiera aquella carrera a fin de obligarle a residir en la capital, y Curt, por su parte, se avino a ello con la esperanza de ser enviado a algun punto en el extranjero donde pasaria el tiempo de prueba.

El salon de la condesa fue pronto muy celebrado, pues el brillo de su nombre antiguo y sus numerosas relaciones ejercian una atraccion aumentada por la presencia de una heredera joven y bonita, y del heredero de un mayorazgo que, segun las ideas admitidas, debia casarse pronto.

Los ultimos dias de carnaval dio la condesa una reunion a la que asistio toda la *high life*. El conde Curt hacia los honores al lado de su madre con la amabilidad que le era natural, pero al mismo tiempo con la calma que se experimenta cuando se halla ante un publico que nos es indiferente.

—¿Que caballero mas distinguido es su hijo de usted, condesa!—dijo un anciano, antiguo diplomatico y al mismo tiempo autoridad en los asuntos mundanos, en verdad que este joven se distingue por sus maneras, su inteligencia y su aire elegante, debe ser el orgullo de una madre...

Inclinose la condesa, lisonjeada con el cumplido, pero la expresion de su fisonomia demostraba que no estaba conforme con las ultimas palabras de su interlocutor.

El diplomatico noto aquella expresion, pues era hombre habil, perspicaz y curioso, que le gustaba enterarse de todo.

—Su hijo de usted nos abandona pronto—dijo fijando una mirada investigadora en la condesa—y de seguro que todas estas damas lo sentirán, a pesar de que les ha opuesto un corazon de marmol; ninguna puede alabarse de haberle conquistado.

—Es aun muy joven para casarse—replico la con-

desa con tono indiferente :—pero ya que esta usted al corriente de todo, ¿no podría usted decirme a donde piensan mandar á mi hijo?

Estas últimas palabras fueron dichas con tono de inquietud.

—Es un secreto diplomático—dijo el anciano riendo;—por lo demás, temería darle una mala noche, pues las mamás no gustan oír hablar de separación.

—Vamos, dígamelo usted—dijo con cierta impaciencia la condesa.—¿Es quizás a la Alemania del Norte?

—Precisamente al extremo opuesto, a Turquía. Sin embargo, cualquiera señora amable puede usar su influencia para hacer cambiar este destino, pues los agregados no son personajes tan importantes que dependa de ellos la salvación del Estado ..

—¿Y por que?—contestó rápidamente la condesa—precisamente el ministro nuestro allí, el barón X, es muy amigo de la familia.

Levantose entonces la condesa para saludar a algunos recién llegados, y el anciano la miro y murmuró entre dientes :

—Una verdadera Semíramis. Pero quisiera saber por que desea enviar tan lejos a su primogénito. ¡Oh, las mujeres, las mujeres!

En aquel momento presentóse en los salones el barón Dahnów, que acababa de llegar a la capital, y se habia visto sorprendido por una invitación amable de la condesa. Curt abandono precipitadamente a su prima con quien estaba bailando, y fue a su encuentro.

—Me parece que no eres muy amable con tu prima—dijo Dahnów mientras Curt le conducía a una habitación inmediata.—¿No estabas bailando con ella cuando llegué?

—Ah, bah! entre parientes no hay necesidad de cumplidos. Pero dime, Dahnów, ¿cómo es que llegas precisamente a fines del carnaval?

—He querido hacer un corto viaje antes de ponerme a estudiar para examinarme. Me parece que, con el tiempo, tu prima sera muy bonita, pues tiene unas facciones muy expresivas.

—¿Te parece? Es muy posible, pero pertenece a aquella categoria de mujeres que no existen para mí.

—En cambio tú existes para ella, pues he visto la expresion de tristeza que tenia su fisonomía cuando la has abandonado bruscamente.

—Tonterias que le han metido en la cabeza cuando era una niña, pero yo tengo un talisman—dijo enseñando un medallón en el que se veía el retrato de una hermosa joven.

—Muy hermosa en verdad—observo Dahnow,—cuando vi que no me decia nada y te marchabas tan precipitadamente, creí que todo habia concluido. ¿Pien-
sas conseguir tu propósito?

—Sí, porque depende de que cumplamos las condiciones que nos impuso mi madre.

—¿Y dónde se halla ahora?

—Cerca de D., en una quinta que su padre ha comprado recientemente, allí pasara los dos años prescritos, pues no queria yo que continuara siguiendo a la compañía—dijo con tono agitado.

Dahnow lo miro con aire preocupado.

—Sabes que...—dijo.

Pero se paró bruscamente y mudó de conversacion.

—A propósito, ¿cuales son tus planes? Se que piensas dedicarte a la vida diplomatica; ¿pero permanecerás aquí?

—No, me van a agregar a una embajada.

—Vuelvete, Curt—dijo Dahnow—pues uno de los lacayos espera con impaciencia que te dignes mirarle.

—Es para la cena—dijo Degenthal,—como aqui no conoces a nadie, te encargo que acompañes a mi prima.

—No tengas cuidado, ya sabré ingeniarme.

Y efectivamente, cuando Degenthal volvió a reunirse con él, lo halló al lado de una de las jóvenes más celebradas de aquella temporada, rogándole que bailara con él.

—Condesa Hedwigia—dijo Degenthal riendo—mi amigo es un hipócrita y le suplico que como castigo le conceda varias vueltas de wals, pues es de la misma opinión de los turcos, que preheren ver bailar a entregarse á trabajo tan pesado.

—Entonces ya se por que ha venido ahora el barón Dahnow—observó uno de los jóvenes—pues que acaban de llegar de su país unos artistas celebres en dicho arte, aunque hemos de confesar que saltan más que bailan. ¿Saben ustedes que el director Carsten va a establecer aquí un circo para hacernos más corta la Cuaresma?

Como en aquella ocasión todas las miradas estaban fijas en el barón, nadie se apercibió de la impresión que hizo aquella noticia en Degenthal.

—Se dice que Carsten tiene una hija muy guapa, que llama mucho la atención—dijo otro.—Parece que el otoño pasado no se hablaba de otra cosa a orillas del Rhin, contemos en que también tendremos ocasión de admirarla en el circo.

—Nora Carsten no trabaja nunca—dijo tranquilamente Lilly con dulce voz—ni se ha presentado en público ni se presentará. Durante un año hemos estado juntas en el colegio, y era la más bonita y la más amable de las colegialas, principalmente para nosotras las nuevas.

—Pero, condesa, esto es muy interesante. una bonita artista ecuestre que sale del convento. .

—Ella no ha sido nunca artista ecuestre—replicó Lilly con tono incomodado—su madre no ha querido que lo fuera, y por esto su padre, que es muy rico, la hizo educar en un convento.

—¿Qué tal es? ¿Donde vive?—dijo la condesa Hedwigia con curiosidad.

—Es la mujer mas hermosa que conozco—dijo Lilly mirando a la condesa.—En cuanto a donde vive ahora, lo ignoro, aunque creo que esta con su padre, a quien quiere entrañablemente. Lo que se es que nunca hara nada que nosotros no hicieramos, pues es muy buena, muy religiosa y esta muy bien educada.

Desde aquel momento, Degenthal estuvo muy amable con su prima, tanto, que la madre de Curt no podia dar credito a sus ojos, y, no sabiendo que eran las historias de colegio de Lilly lo que tanto interesaba a Curt, interpreto de otro modo su asiduidad, así, fue que, buscando al ex diplomático, le dijo con tono amable:

—¿Puedo hacer uso del derecho que tienen las mujeres de ser volubles?

—Un poco de inconstancia os acercara a nosotros, los mortales—contestó el anciano en tono galante.

—La Turquía esta muy lejos, y su clima me preocupa—dijo la condesa.—No podria obtener una próroga, usted que es hombre tan influyente?

—Siempre estoy al servicio de las damas—contestó el anciano inclinándose.—Por otra parte, el barón de X puede tomar cualquiera otro agregado.

Curt, por su parte, despues de haber entregado su pareja a otro, se entregó a las reflexiones que le sugeria la noticia de la llegada de Carsten, y por primera vez se alegró de la habilidad de su madre, que le procuraba una larga ausencia, y penso informarse al dia siguiente de la apertura del circo, a fin de pedir que se precipitara su marcha.

Al dia siguiente, puso en practica su proyecto yendo a caballo hacia donde se montaba el circo, pero allí, en vez de encontrar al director, vio a aquel hombre de aspecto sombrío que habia hallado en casa del

director en B... Estaba muy orgulloso de hacer las veces de inspector en jefe, e importuno a Degenthal con toda clase de preguntas, ofreciéndose finalmente para acompañarle al hotel donde se hallaba Carsten en aquella ocasión enfermo. El extranjero quedó muy sorprendido al ver que Curt rehusó sus ofrecimientos.

Curt luchó consigo mismo sobre si debía o no visitar al director, pareciéndole muy duro el dejar de hacerlo estando enfermo. Finalmente, se decidió a ir hacia el hotel sin apercibirse de que el inspector le iba siguiendo los pasos. Recibieronle en uno de los cuartos contiguos al del enfermo y cuya puerta estaba entreabierta, apercibiendo la sombra de una mujer que estaba junto a la ventana y que él tomó por la esposa del director.

Al ruido que hizo al entrar, volvióse la sombra dejando escapar un grito de alegría.

—¡Curt, Curt!—exclamó arrojándose en sus brazos.

El tono con que respondió diciendo «¡Nora, tu aquí!» demostraba mas sorpresa que alegría, y en su fisonomía podía leerse fácilmente que estaba disgustado.

Miróle la joven con sorpresa, y dijo

—¿Como puedes sentir que nos hayamos vuelto a ver? Esto no es contrario a nuestros compromisos, pues es efecto de la casualidad.

—¿Pero cómo es que estas aquí?—preguntó el muy agitado.—¿Sabes que no me gusta saber que vas con la compañía y que quiero que permanezcas en la quinta?

—Mi padre estaba enfermo y nos han llamado por telegrafo.

—Sin embargo, espero que partiras cuanto antes.

—En seguida que pueda—dijo ella con dulzura.

—Por mi parte, también marchó y me alegro de poder anunciarte que voy lejos y por mucho tiempo.

—¿Quieres partir?—exclamo ella, y sus bellos ojos le miraron con inquietud.—Curt, quieren separarte de mí, no tienen bastante con impedir que nos veamos, sino que quieren poner distancia entre nosotros.

Curt se inclinó hacia ella y separandola los cabellos de la frente, le dijo:

—No seas niña, Nora; ¿unas leguas mas o menos van a concluir con nuestro amor?

Nora iba a contestar, cuando Curt se volvió mirando hacia la puerta con ojos irritados. Allí estaba el hombre del circo con una sarcástica sonrisa.

—El señor director suplica a la señorita Nora que pase inmediatamente a su lado ..

Y despues de haber pronunciado estas palabras desapareció.

Curt se mordió los labios.

—¿Quien es este hombre insoportable?—pregunto irritado —Tiene el aspecto de un espia.

—Es el señor Landolfo, el primer intendente de mi padre—contestó ella rapidamente,—tambien me es odioso, porque es muy insinuante y se cree superior a los otros. Mi padre le considera bastante porque vale mucho para el negocio. Me voy a ver a mi padre—añadió—¿quieres venir?

—Ahora no—dijo el joven—pero ya volvere antes de marcharme.

Retirose entonces Curt, sin reparar en unos ojos negros que le iban siguiendo mientras bajaba por la escalera.

—Dime, querida—dijo el señor Landolfo a la camarera—¿cómo se llama este caballero que se ha hecho anunciar al director?

—Aquí tiene usted su tarjeta—contestó la camarera.—la señora directora me ha dicho que se la entregara a la señorita, pero el caballero ya habra entrado.

—Ah, ah'—exclamo murmurando—he aquí por qué

la señorita es tan orgullosa, porque tiene un conde que le hace la corte. Espera, querido amigo, me parece que voy a servir a tu familia un plato de mi gusto.

El mismo día la condesa encontró entre las cartas que le habían entregado, una de mano desconocida, pero escrita en papel muy elegante, que contenía lo siguiente:

«Un buen amigo le advierte que su hijo se ha encontrado esta mañana en un hotel con la señorita Nora Carsten, hija del director del circo. Si quiere usted prevenir una intriga, es preciso que se apresure usted, pues se emplean todos los medios para atraerlo y hacer publicas sus relaciones. No tengo otro medio para prevenir a usted.»

La condesa se puso furiosa al leer aquellas líneas, pues el golpe era inesperado. Como siempre había sospechado de aquella familia, creyo sin vacilar lo que se le decía, y tomando inmediatamente una resolución, según su costumbre, escribió al ex-diplomatico suplicándole que precipitara la marcha de su hijo, pues que el menor retraso le sería muy perjudicial. No se explicaba en la carta, pero en lo que decía había suficiente para que aquel hombre de mundo pudiera imaginar de qué se trataba.

— ¡Ah, ah! ya sé de qué se trata — dijo. — ¿Quién lo hubiera creído de un joven tan formal? pero tienen razón en decir que las aguas tranquilas son profundas. He aquí por qué su madre deseaba que se marchara.

El ex-diplomatico quería acreditarse siempre de que era persona influyente, así fué que a pesar de lo avanzado de la hora cogió un coche y fué a ver a un amigo, saliendo complacido, pues se iba con la seguridad de que se satisfarían los deseos de la condesa.

Al día siguiente por la mañana, a primera hora, el conde Curt recibió un aviso para que pasara a Pera

como agregado, y se le advertía que fuera a recoger sus despachos. Curt no se sorprendió de su nombramiento, y atribuyó la prontitud con que fue hecho a necesidades del servicio. Si no hubiese estado tan preocupado, probablemente le hubiera llamado la atención lo poco que impresionaba a su madre la próxima partida.

La fisonomía de Lilly era la que manifestaba mas asombro y tristeza. No había que pensar en escribir a Nora ni advertirla de otro modo, pues debía marchar en seguida. Al poco rato hallóse en el tren que, de minuto en minuto, ponía más distancias entre él y Nora.





XII

HACÍA un mes que Curt se hallaba en Constantinopla y apenas había tenido ocasión de reflexionar sobre los sucesos pasados, tanto le absorbían las novedades que le rodeaban, cuando una carta de Dahnow vino á sorprenderle.

«Dispensame si me mezclo en tus asuntos—escribía categoricamente el gordo barón—pero no puedo consentir en que hagas desgraciada a una pobre criatura a

quien has prometido amor y fidelidad. No puedo apreciar que razones te han obligado a partir tan precipitadamente; pero me parece que estas razones no deberías haberlas ocultado a la que tenía derecho a conocerlas. No tengo necesidad de decirte que ha aguardado durante varias semanas una explicación, y tu deberías saber mejor que yo lo que sufre un corazón tan tierno de semejante proceder. No creo que haya sido una satisfacción para ella el saber por mi conducto que habías llegado a buen puerto, pues creo que hubiera sido más consolador para ella el pensar que la enfermedad había sido causa de tu silencio. Me parece que cumples demasiado estrictamente las condiciones que impuso tu madre. Carsten, su esposa y su hija se marchan mañana, pues la enfermedad del director les ha retenido hasta ahora. Por mi parte, me voy también mañana, y si quieres escribirme, envíame las cartas a mi país.»

Aquella carta no dejaba nada que desear respecto de la claridad. Curt no tenía necesidad de más explicaciones, puesto que reconocía perfectamente su falta. Las cuatro semanas que le habían parecido tan cortas, oprimían ahora su corazón. Aún recordaba las palabras de Nora: «No te vayas al extranjero! quieren separarte de mí.» y él, en vez de contestar, había partido. Y ¿por qué se había marchado? ¿Cuál era la causa de aquel precipitado viaje? Ahora lo veía bien claro: el llamamiento repentino del ministro, la alegría de la condesa al recibir aquella noticia y la tranquilidad con que lo vio marchar, y finalmente la sorpresa de su jefe cuando se le presentó, todo respondía a la idea que había expresado Nora: «querían separarlos,» y lo habían logrado. Su madre había precipitado su partida para separarlo de su amor. Comprendió por fin aquel propósito egoísta, y se desesperó al ver que se había realizado. Pero el amor se despertó en el con

gran violencia. ¿Habían creído vencerlo? ¿Esperaban inutilizar su resistencia de un modo indirecto? Pues pronto verían que se habían equivocado. Comprendía que debía dar una reparación a Nora, y probarle que sabría burlar los planes de los que querían separarlos. ¡Una carta! esto era muy poco y además podía extrañarse. De repente se estremeció de alegría, pues le había ocurrido una gran idea, y echando a un lado la carta de Dahnöw cogió con prisa un itinerario de ferro-carriles.

Al día siguiente, su criado entregó una carta al jefe de la legación, en la que se le decía que Curt estaba enfermo y que el médico le había ordenado que pasara algunos días en cama.

—Nosotros, los alemanes, siempre somos imprudentes—murmuró el anciano diplomático después de haber leído la carta.—¿Por qué no tomó sus precauciones contra el calor de este país? ¿Y pensar que este joven me ha sido recomendado! Es preciso que vaya a verle...

.....
Habían pasado algunos días. El sol de la primavera inundaba las paredes de un palacio colocado entre varias quintas, en las cercanías de una capital alemana. Los extranjeros, al pasar, fijaban sus ojos en aquel edificio, adquirido hacia poco tiempo por una celebridad europea, el director de circo, Carsten. En una de las galerías de aquel elegante palacio se veía sentada una joven con aire meditabundo.

Nora, pues era ella, estaba reflexionando sobre el inexplicable silencio de Curt, y, por más que no quería sospechar de él, la duda se apoderaba de su corazón; quería pensar sólo en su amor, pero la melancolía se infiltraba en su alma.

Es verdad que habían acordado dos años de separación, y aquel plazo en un principio le pareció muy

corto, pero ahora, a los seis meses de estar separados, le parecia que se habia abierto un abismo entre los dos, abismo cada vez mas profundo y mas difícil de saltar. Algunas veces habia esperado que la casualidad que los reunio una vez, volveria a servirles, pero sus esperanzas hasta entonces no se habian realizado. .

Sumergida en sus pensamientos, no oyó el ruido de un coche que se paró ante la verja que separaba el palacio de la via publica, ni vio que un hombre salia precipitadamente de el, escuchando apenas al cochero que le indicaba el camino de la casa.

—¿Que prisa lleva!—dijo el cochero, echando una mirada de satisfaccion a la moneda que acababa de darle. —Que me ahorquen si éste no va a ver a la dama de sus pensamientos, pues solo en este caso se apresuran tanto y son tan generosos.

Mientras el cochero hacia esta reflexion, el joven habia llegado a la puerta de las habitaciones. Su fisonomia fatigada, el desorden de sus cabellos y el desaliño de su traje demostraban claramente que aquel hombre habia viajado varios dias sin parar. A pesar de esto, su mirada era brillante y alegre y parecia buscar algo con avidez, hasta que por ultimo vio a la joven que estaba en la galeria. Sus labios exhalaban un grito de alegria y en un momento subio la escalera de piedra.

—Nora, Nora!—exclamo tendiendole los brazos.

Ella le miro un momento con aire asombrado, como si no diera credito a sus ojos, pero por fin se precipito en sus brazos con una exclamacion de alegría.

Difícil seria dar cuenta de todo lo que se dijeron en aquellos momentos de expansion, pues se cruzaban las preguntas y las exclamaciones sin esperar el uno la respuesta del otro.

Un poco mas calmados ya, contóle Degenthal a quien debian el placer de verse a ver. Nora le contó que, efectivamente, Dahnów habia sido muy amable

para con ella, pero que en la actualidad no sabia dónde se hallaba.

Hacia algunos dias que Curt estaba de regreso de su insensata expedición cuando se presentó a su jefe el conde X, ministro de S. M. Imperial y Real diciendole que estaba ya completamente restablecido y le daba las gracias por el interés que se había tomado informandose cada dia del estado de su salud.

—¿Esta usted completamente restablecido? —le dijo el anciano diplomatico mirandole con fijeza.

—, Perfectamente, excelentísimo señor, muchas gracias! Estoy mucho mejor que antes.

—Pues por mi parte encuentro que tiene usted el aire fatigado. . Le felicito a usted por tener un criado fiel y vigilante, era imposible llegar hasta usted, y esto que yo mismo fui a su casa. Por su parte, el médico tampoco soltó una sola palabra.

—Usia ha sido demasiado amable —dijo el joven lleno de confusion. — El medico habia...

Levantose entonces el ministro, y poniendo su mano sobre la espalda de su interlocutor, le dijo con sonrisa sardónica:

—En diplomacia, es usted aún aprendiz, amigo mío. Las intrigas que usted frague, son de una trama muy burda, y su fisonomia de usted descubre lo que usted no quiere decir. ¿A que baños le ha llevado el vapor de Trieste?

Curt quedose sofocado y silencioso. Su jefe, después de dar algunas vueltas por la habitacion, parose ante el y le dijo:

—Joven, no pierda usted su tiempo y su juventud en relaciones indignas.

Curt irguió la cabeza.

— Señor Ministro —dijo— de mi viaje dependia la felicidad de alguien a quien respeto y amo.

El conde X le miró aun con mayor fijeza.

—Tengo muy buena opinion de usted. pero me han dicho que estaba usted en peligro de echar a perder su porvenir. La pureza de su mirada me convence, pero creo que no es usted de aquellos hombres que vencen todos los obstaculos perezera usted en la lucha.



XIII

DESDE aquel día, cambió Nora completamente de humor, viviendo abstraída en su felicidad de tal modo, que no se apercibió de las preocupaciones que anublaban la frente de su padre, a quien ni siquiera había sacado de la tristeza el nacimiento tanto tiempo esperado de un hijo.

Nora había acogido con júbilo la noticia, pues se de-

cía «este niño será el consuelo de mi padre si algún día tengo que separarme de él.»

Carsten, en los últimos tiempos, había pasado muy pocos ratos al lado de su familia, pues tuvo necesidad de ocuparse mucho en los asuntos de su compañía, y las horas libres las pasaba con Landolfo, que era su favorito, y que poco a poco había conseguido que el director le abandonara insensiblemente la administración de sus intereses.

Hacia algunos meses que se habían ido complicando sus asuntos de una manera deplorable. Hasta entonces, Carsten no tuvo rival en su profesión, y había ganado muchísimo dinero, lo que le permitía desplegar un gran lujo, pero en el último invierno se vio por primera vez frente a frente de un rival que trabajó con todas sus fuerzas para eclipsar su fama y atraer al público a su circo. El competidor de Carsten debía disponer de un gran capital, pues los medios empleados y la esplendidez de la representación debían costarle muchísimo dinero. La novedad atrae siempre, por lo que Carsten no tardó mucho en apercibirse que se eclipsaba su estrella, que disminuía su antigua reputación, y resultaba un gran déficit en su caja. Los mejores artistas le abandonaron para irse con su rival, que les ofrecía más crecidos sueldos, de modo que su personal era muy reducido. Finalmente, una nueva complicación vino a aumentar sus apuros: el banquero que guardaba sus ahorros había quebrado, gracias a una serie de especulaciones desgraciadas.

Uno de aquellos días se hallaba en el salón, rodeado de su familia, cuando llegó Landolfo, siendo muy bien recibido por el director y por su esposa; en cambio Nora le hizo un saludo muy frío y se levantó al momento para retirarse. Landolfo se mordió los labios de despecho, pues, a pesar de que no ignoraba sus relaciones con el conde Degenthal, acariciaba la idea de

hacerla suya por un medio u otro, valiendose de la influencia que tenia con el director y de la situacion apurada del mismo. Palido de colera, se hizo a un lado para dejarle libre el paso de la puerta, y la miro con ojos que parecian querer devorarla; pero Nora ni siquiera le dirigió la vista. El director también vió con disgusto la conducta de su hija, y para que no se notara tanto, se levantó tambien, y dijo

—No, Landolfo, venga usted a mi cuarto: es mejor que tratemos nuestros asuntos solos, pues las mujeres no entienden nada en esto.

—Es verdad, las mujeres no gustan de los hombres de negocios, a pesar de las utilidades que sacan de ellos —dijo Landolfo en voz alta é inteligible, a fin de que llegase á oídos de Nora.

—Pero yo los aprecio —dijo la directora, que estaba comiendo. —Carsten, espero que volveras con el señor Landolfo.

—Venga usted —dijo con impaciencia el director, llevandose consigo a Landolfo y bajando con él al salón de fumar, que se hallaba en el piso inferior. —¿Qué noticias me trae usted? —dijo apenas hubieron cerrado la puerta.

—Aquí tiene usted varias cartas —dijo Landolfo, tirando un paquete de cartas encima de la mesa.

—¿Y el banquero? —preguntó en seguida Carsten.

—Grandes perdidas, a lo menos las dos terceras partes del capital.

—¿Dos terceras partes! Esto es la ruina.

—Una sola temporada buena le realzaría a usted otra vez —dijo tranquilamente Landolfo.

—¿Y de dónde saco yo ahora una buena temporada? Creo que mi rival se propone volverme loco. Es indudable que tiene varios empresarios, pues un hombre solo no podría hacer frente a tales gastos.

—¿Que noticias hay de la compañía?—preguntó Landolfo.

El director se encogió de hombros.

—Los clowns se quedan con nosotros, pero es preciso aumentar sus sueldos. Mlle. Elisa, mi primera amazona, se retira, y no sé cómo reemplazarla.

—Contrate usted otra, Mlle. Elisa no era ya ninguna novedad.

—¿Contratar otra?—exclamo el director.—¿Pero donde la encontrare ahora? Vamos, esto es la ruina, y yo no podré soportarla.

—Si usted quiere, puede evitar perfectamente la ruina.

—Yo!—exclamo el director mirandole con aire asombrado.—¿Tiene usted algun plan? Expliquese usted.

—La señorita Nora —dijo Landolfo con la cara vuelta del otro lado y muy ocupado en liar un cigarro— la señorita Nora es la mejor amazona que yo conozco. Mlle. Elisa no tiene comparación alguna con ella. Créame usted, haga usted debutar a la señorita Nora, y la victoria será para usted.

El director estuvo a punto de caerse de asombro.

—Mi hija no monta a caballo en público—dijo después de una pausa.

Landolfo permaneció silencioso.

—Su madre no lo ha permitido jamas.

—Las circunstancias cambian las cosas—murmuró Landolfo.

—Nora no lo hara nunca—dijo Carsten.

—La señorita Nora es muy buena, sabe cuales son sus deberes filiales, y evitara la ruina de su padre.

El pobre director sentia que un sudor frio inundaba su frente.

—Mi hija tiene otros deberes—replicó.—esta comprometida con el conde Degenthal, quien tiene mi palabra.

— ¡Bah! ¿con el joven conde austriaco? Hasta ahora esta noticia no es oficial.

— Durante dos años no se le puede dar publicidad —añadió brevemente el director.

— Seamos sinceros —dijo Landolfo, poniendo familiarmente la mano sobre el hombro del director — estas historias son muy conocidas: Le ama quizás, pero no se casa.

— Tengo al conde por un hombre de honor—dijo el director, frunciendo el entrecejo.

— Yo también...—contestó Landolfo—pero es muy joven. Sea usted justo, señor director, bajo el punto de vista del conde, esto es una locura, y las locuras no duran ni tres días en el hombre más tenaz.

— Mi hija no cederá de modo alguno—observó el director.

— El deber filial lo determinará—contestó friamente Landolfo.—De todas maneras, aguarde hasta mañana, reflexione usted, pues la casa no nos va a caer encima. Tenemos aún tres meses de crédito; y si las cosas llegan al extremo, la señorita Nora no será una hija desnaturalizada. Pruebela usted y lo verá...

Encendió otro cigarro, y pidiendo permiso para retirarse, se marchó, dejando solo al director.

¿No era natural que la hija salvase al padre? Este pensamiento atormentaba a Carsten. Es verdad que había prometido a su esposa darle una educación esmerada, pero había cumplido su promesa y las circunstancias cambian las cosas, como había dicho Landolfo. Un instante tuvo la idea de venderlo todo y retirarse: pero hubiera tenido que sufrir grandes pérdidas, se quedaría casi sin nada y se vería vencido por su rival...

— La dejaré en completa libertad—se dijo—la expondre el estado de los asuntos y ella hará lo que quiera... Pero no, no; no le quiero decir nada—pensaba después.

Y así pasó una noche de insomnio.



XIV

Al día siguiente, al levantarse Nora, no vió a su familia en el salón, que era donde se reunía por la mañana, y suponiendo que su madrastra estaba en el jardín, pensó en ir a la biblioteca a saludar a su padre, pero al entrar se quedó sorprendida. Su padre estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos, y muy agitado. En la mesa había un papel desplegado, y en el suelo un sobre verde, signo evidente de que se trataba de un telegrama y de noticias graves. Nora

quería mucho a su padre y deploraba su aflicción, así fué que procuró consolarle con toda clase de caricias y palabras afectuosas. El director se conmovió ante aquellas pruebas de afecto: pero por mas que le suplicó, Nora no quiso decirle la causa de su aflicción.

De repente, como si tuviera una inspiracion, volvió la cabeza y dijo:

— Vete, vete, no pertences ya a tu padre, y nada podrías hacer por mí.

Los ojos de Nora se llenaron de lagrimas, y suplico nuevamente a su padre que se lo explicara todo.

Carsten habia perdido la casi totalidad de su fortuna, y un hombre en su situacion acoge cualquiera esperanza.

— Si alguien puede salvarme, eres tú—dijo con voz conmovida.

— ¿Yo?—replicó Nora sorprendida, pero de repente se acordó de lo que le habia dejado su madre, y le dijo — Si se trata de la fortuna de mi madre, no sé cómo puedes dudar de que esta a tu disposición.

— Esto no me sacara de apuros, pues todo esta perdido.

Ella le miró con asombro ¿era posible que hubiese dispuesto de lo que era propio exclusivo de su hija? ¿Era esta la causa de su turbación? La juventud es generosa, y Nora lo era mas que nadie; así fué que abrazando á su padre:

— No te apures, papa, todo lo mio es tuyo. ¿En qué puedo ayudarte ahora?—le dijo.

— Tu casamiento con el conde se ha hecho imposible, pues no podre entregarte el dote que prometí.

— Padre—dijo Nora conmovida—Curt me ama lo suficiente para no dejarme por este motivo.

— Pero su familia se opondrá ahora con mayor tenacidad, y no creo que soporte tantos sacrificios.

— ¡Oh, padre, padre!—exclamó la pobre joven—

¿por qué me atormentas así? Dime en qué puedo ayudarte. Te aseguro que nunca me casare con Curt si esto debe hacerle desgraciado. Dime que es lo que puedo hacer por ti.

El director dio algunas vueltas por la habitación y dijo:

—Salva a tu padre de la ruina. Trabaja como tu padre, y nuestro circo se vera lleno, pues posees grandes cualidades. En poco tiempo recuperaria lo perdido.

Nora lo miraba como si le hablase un lenguaje incomprensible.

—Tu eres la primera artista ecuestre del mundo. La naturaleza te ha destinado a este arte. Tu belleza y tu atrevimiento llenaran al mundo de admiración.

Nora pareció haber comprendido de repente.

—¡No, nunca, nunca! —exclamó escondiendo su cara entre las manos.—¡Es imposible!

—Pues esto es lo unico que podria salvarme—dijo Carsten rechazando a su hija con severidad.—Lo demas no son mas que palabras inutilles. Vete, conserva tu orgullo y abandona a tu padre a su triste destino.

—Padre, haré algo mejor que esto. He aprendido mucho y podre buscarme una posición, todo lo que gane será para ti.

—¿Y de que me servirán las cuatro monedas que ganes? Dejate de razonamientos inutilles.

—¡Oh! acuerdate de que mi madre no lo quiso nunca—repitió Nora.

—Tu madre lo hubiera hecho todo por mí, no le hubiera importado un sacrificio mas o menos. Rompió con todo el mundo para irse conmigo, para aceptar esta posición que tú desdeñas con tanto orgullo. Además, el deseo de tu madre expresado en ocasion muy diferente ¿es mas poderoso que el evitar un bochorno á tu padre?

Nora habia caído de rodillas ante su padre. Su pobre

corazón no podía ya mas, pero una voz interior le decía que resistiera.

— No, prefiero morir, prefiero morir—murmuró con voz débil.

—¿Y si yo te lo suplico? ¿Si te digo que estoy completamente perdido, si me niegas lo que te pido?—exclamo Carsten con voz apagada.

— ¡No, prefiero morir, prehero morir!—exclamo ella fuera de sí.

— Si, es preferible morir a humillar tu orgullo; quizás tengas razón.

Y sin añadir una palabra saliose de la biblioteca.





XV

NORA no había reparado en que estuviera sola. Con la cabeza apoyada en la mano, permaneció inmóvil, presa de profundo marasmo. ¿Cuanto tiempo permaneció en esta situación? Ni ella misma lo sabía, se esforzaba en recordar lo que le había dicho su padre y todo le parecía oscuro, increíble, incomprensible. Solo una cosa se presentaba clara en su mente, y es que resistiría a todas las exigencias y no se rebajaría hasta aquel punto.

Sentía cierta amargura contra su padre, que le pedía una cosa imposible, y se preguntaba quien podía haberle metido aquella idea en la cabeza, quien le podía haber dado tan malos consejos. Un instinto secreto le advertía que Landolfo debía ser el autor de aquella intriga. Parecióle que aquel suceso excusaba el que infringiera las condiciones impuestas, y así fue que se dirigió a su cuarto con la intención de escribir a Curt.

Apenas había empezado, cuando llamaron violentamente a la puerta, y antes de que hubiese tenido tiempo para levantarse, entro Landolfo.

— ¡Señorita Nora... usted aquí! — dijo con agitación.
— ¿Donde está su señor padre?

Nora se irguió con orgullo y recibió con mucha frialdad al recién llegado, pero este insistió en su pregunta:

— ¿Donde está su señor padre? Cuando yo le dejé estaba muy excitado ¿le ha tranquilizado usted?

Nora se contentó con mover negativamente la cabeza.

De repente, saliendo de su preocupación, dijo

— **Creo que está en el jardín.**

— ¿En el jardín? ¿Que tenía que hacer allí? Yo estaba hablando con la directora mientras él lo hacía con usted, y ahora no le encontramos en ninguna parte. Nunca hubiera creído que una hija abandonase a su padre en tal ocasión. Usted será responsable de las consecuencias — dijo friamente Landolfo.

Nora, sin oír sus últimas palabras, salió precipitadamente hacia el jardín, a cuya puerta encontró a la directora llena de inquietud.

Nora se acordó en aquel momento de sus últimas palabras: «**Es preferible morir,**» y echó a correr por el jardín con la velocidad de un ciervo, llamando a su padre por todas partes. En el momento que se hallaba para-

da a la entrada de un camino que vadeaba un canal algo profundo, alcanzóla Landolfo, quien le dijo casi sin aliento:

—¿Cree usted formalmente que su padre ha marchado a la población?

—Es muy posible, pues aquí hay un sendero que acorta el camino.

Pero de repente sus piernas flaquearon como si le hubiera caído un gran peso encima, todas sus fuerzas estaban concentradas en los ojos, que se hallaban desmesuradamente dilatados.

—No pase usted adelante, señorita Nora—dijo Landolfo deteniéndola por el brazo—este no es sitio para usted.

Pero Nora, desprendiéndose violentamente, echó a correr con todas sus fuerzas. ¿Que era lo que había visto? Un cuerpo humano medio sumergido en el agua, cuya cabeza solo estaba apoyada en el borde. Un movimiento cualquiera y las aguas, que eran algo caudalosas, hubieran arrastrado el cuerpo inerte. ¿Había intentado vadear el canal y había resbalado? ¿Había sido atacado de un vertigo? ¡O bien su voluntad le había impulsado a poner término a su existencia y el cielo le había impedido dar el último paso hacia el abismo!

Nora se abrazó al cuerpo de su padre, que no daba ningún signo de vida. Landolfo hizo cargo en seguida de la situación, y con una fuerza increíble y una gran habilidad logró sacar el cuerpo a la orilla.

—No está muerto—dijo después de haber puesto su mano sobre el pecho del director—es un simple desvanecimiento. Desate usted el lazo de la corbata mientras yo voy a buscar socorro.

Nora comprendió apenas lo que le decía Landolfo, contentándose con tener a su padre entre sus brazos y murmurar:

—,Padre, padre ! Vuelve en ti y hare todo lo que me pides.

Landolfo volvió con los medios necesarios para trasladar al director.

Habia dicho a la directora que su marido se habia herido en un pie y era necesario una camilla para transportarle. Lo levantaron suavemente y lo llevaron a la casa.

Siguieron horas de angustia hasta que llegó el médico, quien declaró que el director habia tenido un ligero ataque cerebral, agravado por su larga permanencia en el agua. Durante algunos días su estado fue grave, y Nora sorprendió a todo el mundo por la fuerza y energía que desplegó en la asistencia de su padre. No le dejó ni de día ni de noche, y apenas Carsten recobró el conocimiento, se arrodilló a los pies de la cama y renovó la promesa que le habia hecho. El enfermo miró a su hija con expresion de incredulidad y como queriendo interrogarla, despues esparcióse la alegría por su semblante y abrazó tiernamente a la joven.

—,Es decir que no lo he soñado, que no es ninguna fantasia de mi imaginacion ! Nora, Nora, tu salvas a tu padre, le devuelves tu corazon que habian querido arrebatarte...

— Todo lo sacrificaré por ti—dijo Nora suspirando.

Y por el tono con que pronunció estas palabras era fácil ver el dolor que agobiaba su alma.

El director, fatigado por las pocas palabras que acababa de pronunciar, dejó caer su cabeza sobre la almohada adormeciéndose. En su sueño murmuró aun:

—No, Landolfo, no lo hara, no lo hara.

—Si lo hara—dijo Nora con firmeza.

Y al pronunciar estas palabras se levantó, y habiendo llamado a alguien para que se encargara del cui-

dato de su padre, abandono precipitadamente aquella habitacion en la que habia permanecido varios días, y se volvió a la suya. A pesar de que sus ojos estaban irritados por tan largas vigiliass, y aunque sus miembros estaban paralizados por la fatiga, se sentó para escribir. ¿Que era lo que escribia? Una exposicion clara y rapida de todas las circunstancias que le habían obligado a poner en ejecucion su terrible proyecto. Le parecía que escribia para otra persona, pues su pena era demasiado grande para que pudiera darse clara cuenta de lo sucedido. Las últimas palabras de despidó la volvieron a la triste realidad, pues solo entonces pudo hacerse cargo del abismo que les iba a separar para siempre. Ni un solo momento le vino al pensamiento la idea de considerarse aun ligada a Curt



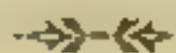
«Me separo de ti como una moribunda... Una moribunda que no tiene ya ninguna esperanza. Me seria imposible aceptar tu mano aunque me ofrecieras au-

xilio. Si hubieses estado aquí, quizá hubieras encontrado medio de sacarme de este horroroso abismo. He escuchado solo la voz del deber, y si me equivoco, s.rvame para hacerme perdonar el sacrificio que hago hoy. ¡A Dios, Curt, que el Señor te bendiga!

Escapósele la pluma de la mano y su cabeza se inclinó fatigada, permaneciendo en esta actitud hasta que fueron a llamarla en nombre de su padre.

¿Donde enviar aquella carta? La última vez que se vieron con Curt, acordaron cumplir escrupulosamente las condiciones impuestas, y no hacer absolutamente nada que las infringiera; así fue que no se dieron dirección alguna para escribirse. Nora no quería que su carta fuese a parar a manos extrañas.

—La enviare a su madre—se dijo—y ésta se encargara de que llegue a su destino. No importa que la lea .. Precisamente esto es lo que me había pedido .





XVI

LANDOLFO había conseguido su objeto mas pronto de lo que esperaba, a pesar de que en el telégrama había exagerado el mal estado de los negocios, á fin de excitar al director para que obligara a Nora á hacer lo que el le había indicado. En un principio le

impresiono algo el caracter tragico que habia tomado el asunto, pero, poco delicado por naturaleza, se calmo pronto, felicitandose por el buen exito de su artificio. Estaba firmemente persuadido de que solo el *debut* de Nora podia salvar a Carsten de la ruina, y ademas confiaba en que una vez la joven se hubiese acostumbrado a aquella vida, podria el llegar a ser yerno del director. Toda su preocupacion por el momento era preparar las cosas de modo que el publico empezara a interesarse ya en la nueva debutante, y sin embargo esta no tuviera motivo para resentirse y se volviese atras.

Nora se hallaba aun a la cabecera de la cama de su padre, cuando ya todos los periódicos, especialmente los de la poblacion en que debia debutar, se ocupaban de ella. Ora hablaban de su belleza y de su educacion, ora publicaban mil historias fantasticas sobre los motivos que la habian obligado a adoptar aquel genero de vida, de tal modo que el publico llegó casi a penetrar completamente aquel misterio, sabiendo el nombre de las personas interesadas y creyendo por fin que se trataba de una novia abandonada, de una hija heroica, de una artista apasionada.

Como puede suponerse, Landolfo no se olvido de enviar a la condesa todo lo que se publicaba acerca de Nora. La condesa hacia mucho tiempo que habia recibido la carta dirigida a su hijo, pero indignada de ver que queria infringir sus mandatos, determinó no enviarla. Al recibir los periódicos comprendió que la carta debia tener relacion con aquel asunto, pero aún entonces quiso guardarla hasta que pudiera procurarse una prueba de que era verdad lo que se anunciaba.

Carsten se restablecio mucho mas pronto de lo que se creia, pues la sola idea de que su hija iba a seguir su arte le restauraba las fuerzas. Tres semanas antes

del día fijado, cubrieronse las calles de la capital con colosales anuncios participando la llegada del famoso circo Carsten y el debut de la nueva artista ecuestre Mlle. Nora Carsten.

La condesa, a pesar de estar prevenida, palideció al recibir aquel anuncio por el mismo conducto que había recibido los periodicos, y sintió cierta compasión por la pobre joven. Comprendió que debía haber pasado algo extraordinario para que Nora tomase aquella resolución. Pero era demasiado tarde y tenía ya en su mano la prueba de que no se trataba de murmuraciones. Creyó la condesa que ya había llegado la ocasión de remitir la carta, a la que añadió los periodicos y el famoso programa, poniendole algunas líneas de su mano:

« Querido hijo (le escribía), no puedo ocultarte lo que aquí todo el mundo sabe, aunque te quite una ilusión que tu madre no ha compartido nunca. Enganarse en su confianza en los hombres es el privilegio de las almas puras y nobles. y doy gracias a Dios que esto haya sucedido en tiempo oportuno. Ven a mis brazos, pues nadie mejor que tu madre podrá consolarte »

La condesa había arreglado el paquete de tal modo, que su carta estaba en el fondo y por lo tanto debía ser leída en último lugar.

Mientras el paquetito tomaba el camino de Constantinopla, Nora, que hasta el último momento había aguardado una carta de Curt, hacia su primera salida en el Circo y arrebatava al publico, que no recordaba haber asistido a un triunfo igual.

La superiora del convento, a quien había participado su resolución, le escribió una carta muy tierna

« Hija mia (le escribía), el Señor te conduce por caminos extraordinarios. una intencion noble y pura santifica muchas cosas y un gran sacrificio explica tu resolución, que de otro modo apareceria incomprensi-

ble. Quizas este camino que aparece como mas peligroso, sera mas feliz para ti que el que nosotros deseabamos. Querida mia, sea cual fuere tu porvenir, siempre estare contigo, mi pensamiento te acompañara por todas partes y ruego a Dios que te bendiga y te proteja.»

Nora fijó su atención en el párrafo que decía •Una intención noble y pura santifica, un gran sacrificio lo explica todo.• Y pensó que Curt probablemente sería de la misma opinion y le conservaria su amor.

Mientras que en su patria acaecian estos sucesos, Curt se estaba tranquilamente en el extranjero gozando de todos los placeres que le ofrecia su posición, entreteniendo al propio tiempo en estudiar el país y los habitantes de Oriente, visitando las principales ciudades. De vuelta de una de sus excursiones, se presentó a su jefe, y este le entregó un paquete que acababa de llegar por el correo.

— Aquí tiene usted todo un volumen—dijo el ministro, riendo al entregarle el paquete, cuya dirección estaba escrita de mano de la condesa.—La juventud se alegra pronto en cambio nosotros los ancianos tememos siempre, pues la vida trae muy pocas cosas agradables. Pero vaya usted, amigo mio, a estudiar la crónica de su patria.

Curt salió, y a la puerta de la legación se encontró con un francés, amigo suyo, agregado a la legación francesa, quien le acompañó hasta su casa.

Apercibiéndose entonces el francés del paquete, y con la galanteria propia de su nación, dijo

— ¿Cartas de su país? dispense usted que le haya interrumpido, querido conde, pero puede usted leerlas mientras yo examino las plantas de su jardín.

Y al decir esto, salió por una puertecilla en comunicación con uno de aquellos patios interiores que tienen todas las casas de Efra y convidan al reposo por la

frescura que en ellos reina, en oposición al calor de las calles.

—Mi madre quiere hacer de mí un periodista, según parece —dijo Curt alegremente.— Venga usted acá, querido vizconde, en el paquete sólo hay retajos de periódicos y anuncios. ¿Que querra decir todo esto?

El vizconde estaba ocupado examinando una flor, así fué que no contestó inmediatamente a la invitación de su amigo. De repente un grito le obligó a volver la cabeza, y a través de los cristales de la puerta, vió a Curt sentado cerca de la mesa, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y dominado por una violenta agitación; la carta estaba abierta a sus pies y su mano estrujaba un periódico.

— ¿Conde, por el amor de Dios, que tiene usted? —dijo el francés acercándosele.

— Un poco de dolor de cabeza, un vertigo —respondió Curt, con voz apagada —agua... un poco de agua.

El vizconde se apresuró a mojar un pañuelo en la fuente y hacer con él una compresa para colocarlo en la cabeza del enfermo. Para todo esto no necesitó mas de un minuto, pero a su vuelta yá habían desaparecido los retazos de periódicos que estaban esparcidos encima de la mesa.

— Me ha dado un violento dolor de cabeza—dijo Curt pasando la mano por la frente mientras su amigo le iba renovando las compresas.—La última excursion que he hecho, ha agotado mis fuerzas.

El vizconde, como persona cortés, no replicó, a pesar de que no podía menos de observar que Curt no tenía el aire de un hombre fatigado cuando él lo vió a su vuelta de la expedición; creía, pues, que aquella excitación debía atribuirse a una mala noticia.

— Le quema a usted la frente—añadió el vizconde despues de una larga pausa.—Creo que le conviene a

usted el descanso y que se llame a un medico, pues con este clima no puede jugarse.

— ¡Oh, creo que estoy ya mucho mejor¹—dijo Curt levantandose fatigosamente —¿En este pais la calentura va acompañada de delirio?

— Esto depende de las circunstancias, pero espero que no llegara usted a este extremo, si es usted prudente.

— Quizás una buena calentura me sería útil—dijo Curt.—Dispenseme usted, vizconde, pero hoy no estoy muy bien... No creo que sea necesario un medico, pero sí que le agradecería se sirviera usted alejar las visitas, no puedo soportarlas cuando estoy enfermo.

— Como usted quiera... Pero permitame usted de todas maneras que le mande un medico.

El francés cogio su sombrero y se dispuso a ir a buscar al medico, pero apenas habia dado algunos pasos, cuando oyo que le llamaban, volvióse y vio a Curt que procuraba alcanzarlo, teniendo una carta en la mano.

— Querido amigo—dijole Degenthal— puede usted hacerme un gran favor. Esta carta debe ser devuelta por el proximo correo, va dirigida a mi... a mi primo y sin duda me la han mandado por equivocación, sirvase usted darla á correos.

En el sobre se le an las palabras «Devuélvase a Alemania.» El vizconde prometio cumplir el encargo y reitero a su amigo el consejo de que descansara. El vizconde se fijo en la letra del sobre, que evidentemente era escrita por mano de mujer, y movio la cabeza.

— Si no hay en todo esto alguna bella dama, me dejo cortar la cabeza. Y en verdad que su mensaje no ha sido muy bien recibido, pues ni siquiera lo ha abierto. Los hombres no deberían abandonarse así a un momento de impaciencia; quien sabe si algun día sentira el no haber abierto esta carta!

Cuando Nora esperaba con tanta impaciencia el tener carta de Curt, poco sospechó que su carta estaba en poder de la condesa, y ahora ésta encontró su castigo, pues también estuvo esperando día tras otro el tener carta de su hijo, pero el tiempo pasaba sin que Curt diera señal de vida. Escribióle varias veces, y se perdía en conjeturas sobre la causa de aquel silencio obstinado.

Por fin llegó una carta, pero no de su hijo sino del jefe de la legación, quien le hablaba con todas las precauciones de la enfermedad de su hijo, atribuyéndola a las fatigas de los viajes. Pero la madre compulsó las fechas y vió que el primer día de la enfermedad de su hijo coincidía con la recepción de su paquete, por lo que tomó la resolución de volar a su lado; pero al continuar la lectura de la carta, vió que tenía que renunciar a su proyecto, puesto que así se lo pedía su hijo, escudado en el parecer de los médicos, que habían ordenado el descanso absoluto y que se le evitaran emociones vivas.

Pasaronse así muchas semanas. El amable vizconde, que pasaba todas sus horas libres junto al lecho del enfermo, daba a la madre noticias de su hijo, pero parecía que la enfermedad estaba siempre en el mismo punto. Una grande apatía e indiferencia había reemplazado a la violenta fiebre cerebral que le había atacado. Ni hablaba de nada, ni preguntaba por nadie, ni se cuidaba de asunto alguno. Los mejores médicos le habían visto, y todos estaban acordes en ordenar un cambio de aires, pero la debilidad del enfermo había hecho aplazar el cumplimiento de lo ordenado. Por fin, a últimos del verano llegó la noticia de que Curt se hallaba algo mas reforzado é iba a emprender un viaje, y el vizconde, que era quien escribía, le decía con las frases mas amables, que su amigo no podía aun sostener la pluma, pero que se había decidido a

emprender un viaje, yendo primero a Grecia y después a Sicilia para pasar el invierno en el Sud de Francia.



«Acercándose siempre a su patria y al corazón de su madre». Al final de la carta iba una lista de los banqueros a quienes la condesa debía mandar fondos.

Al leer aquellas líneas, cayó una lagrima de los ojos de la condesa y un dardo pareció atravesar el corazón

de aquella madre que durante toda su vida tanto había querido a su hijo. En su interior repetía la frase de su amiga la superiora «Podría perder un hijo en vez de ganar una hija.» Pero la condesa no era mujer para pararse ante tales consideraciones, pues había creído obrar según su conciencia y se dijo «suceda lo que suceda, resistiré esta prueba.»

Por entonces recibió la condesa una carta de la madre Sibila en la que le decía «Tengo que darte una explicación acerca de una persona que hubiera debido estar muy cerca de ti si su destino fatal no le hubiese obligado a seguir tan triste profesión. Por amor filial ha hecho un gran sacrificio que de seguro Dios le tendrá en cuenta en su misericordia infinita. ¡No la juzgues, y suplica a tu hijo que haga lo mismo! La idea de que no había dado su corazón a una persona indigna de él, de que no se ha hecho traición a su amor, dulcificará sin duda la amargura de la separación. La Providencia lo ha querido así, pero ambos jóvenes tendrán que apurar un caliz muy amargo.»

La condesa arrojó la carta con despecho. Esta buena Sibila ha perdido la cabeza, su afección por Nora la vuelve loca. Ahora que está en vísperas de curarse completamente, sería una locura el recordarle lo pasado. Es particular cómo las personas se vuelven poco prácticas cuando se retiran del mundo. ¡Pobre Sibila, qué ideas tan románticas...!»

La condesa, como más práctica, arrojó la carta al fuego, y sin embargo entonces aquella carta hubiera podido realizar sus más caros deseos; hacerle recuperar el corazón de su hijo!



XVII

HABÍAN transcurrido algunos años. Lilly, la pequeña Lilly de rubicunda faz, había llegado a su mayor edad y era por lo tanto dueña de su fortuna. Hasta entonces había estado bajo la protección de la condesa, quien deseaba conservarla a su lado hasta el día que escogiera otro protector. Pero Lilly, la rica heredera, había rechazado todas las peticiones que se le habían hecho de su mano, con gran satisfacción de su tía, que no había olvidado del todo su antiguo ideal y creía firmemente que la joven participaba de su modo de pensar. El lector puede, pues, figurarse cual sería la sorpresa de la madre de Curt cuando su sobrina le anunció que iba a vivir en sus tierras bajo

la protección de una anciana parienta. Las tierras de Lilly se hallaban a una jornada de las de la condesa y muy cerca de la capital austriaca. La condesa preguntóse en vano cual era la causa de aquella resolución, que no podía impedir, y vió partir a la joven con harto sentimiento.

Lilly estaba dotada de cierta tenacidad, y desde la rápida partida de su primo guardaba cierta prevención contra su tía, no porque creyera que lo había alejado por su causa, pues demasiado sabia las intenciones de la condesa, pero tenía el presentimiento de que esta había querido arreglar a su gusto el porvenir de su hijo, y que Curt era desgraciado desde entonces. Lilly sentía un afecto sincero por su primo, lo consideraba casi como propiedad suya y tenía la convicción íntima de que Curt debía apreciar sus cualidades. Teniendo esta convicción, no le importaba esperar, y como un sentimiento inexplicable le decía que al residir en casa de la madre contribuiría a alejar al hijo, en seguida que pudo hacer valer su voluntad, aprovechó la ocasión para marcharse.

En este momento hallabase muy conmovida, pues acababa de recibir una carta de su tía, en que le participaba que, por fin, Curt se había decidido a regresar a su casa, y que teniendo que pasar por las tierras de su prima, iría a saludarla. Al leer esto, los ojos de Lilly brillaron de alegría, y apresurose a tomar todas las disposiciones para recibir bien a huesped tan querido. Cada vez que daba una orden, repetía: «porque mi primo Curt puede llegar de un momento a otro.»

¿Su primo Curt? ¿Que había sido de él desde el día en que su madre le había arrancado bruscamente del corazón el amor y la fidelidad? Nunca había podido explicarse lo que sintió al recibir el programa en el que estaba escrito en gruesos caracteres el nombre de Nora. Una tempestad repentina había agitado su cora-

zón, amenazando destruir su inteligencia. Aquel paso brusco desde las esferas mas altas al abismo mas profundo, hizo experimentar a Curt todo lo que un hombre puede sentir de colera, desprecio y orgullo herido. Con gran esfuerzo pudo contener delante de su amigo la explosión de su dolor, pero apenas éste hubo salido pensó en destruir las pruebas de aquel ultraje, de aquella decepcion, de aquel desencanto, y al ir a ponerlo en practica encontró la carta de Nora cuya escritura reconoció perfectamente. En el primer arrebató quiso tambien destruirla, pero después se le ocurrió que la mejor venganza sería devolverla sin haberla leído.

Esto fue lo último que hizo con pleno conocimiento, pues cuando el doctor llegó, encontró a Curt tendido en el suelo sin sentidos, y durante semanas y meses permaneció en un estado de semi-atontamiento. Habia sufrido tanto, que nada le interesaba ya, y los medicos se preguntaban a que debia atribuirse aquella apatia profunda que aminoraba cada dia sus fuerzas.

Algunos meses despues, su amigo trató de distraerle llevandole algunos periodicos ilustrados, y realmente Curt parecia animarse con su lectura, pero uno de ellos hablaba de una nueva celebridad, la señorita Carsten, y apenas Curt habia fijado la vista en el papel cuando sus ojos se cerraron y la cabeza cayó hacia atras. Curt dijo que era un exceso de fatiga, pero durante la noche fue atacado de nuevo por el mal que tanto le habia hecho sufrir, y los medicos no supieron cómo explicarse aquella recaída. Las consecuencias fueron peores que la primera vez, y a pesar de que la juventud del enfermo triunfó de la enfermedad, le quedó una apatia tan profunda que parecia sumergido en un letargo.

Los médicos, habiendo agotado todos los recursos del arte, le ordenaron el cambio de aires. «A cualquier

parte, excepto a mi país», tal fue la contestación de Curt. Degenthal no acusaba a su madre, pero la mano que nos ha entregado un mensaje de desgracias nos causa pena. Decíase que la condesa debía haberse alegrado, pues había sido buen profeta; pero la humanidad no puede transigir con los agoreros de desgracias y menos aun cuando el pronóstico se realiza.

Curt viajó, visitó todos los sitios que le habían indicado, y después de una ausencia de tres años regresó a su patria, cediendo a las repetidas instancias de su madre, que contaba que la vida de familia le haría feliz y se ocuparía con interés en las propiedades heredadas de su padre.

Una tarde, en una estación de la frontera occidental de Alemania, iba a salir uno de aquellos trenes que unen entre sí los polos de la civilización, y que circulan con tal rapidez, que parece que lo que hallan por el camino no merece la menor detención. El tren venía de la capital francesa y se dirigía a la metrópoli austriaca, y por esto la parada fue muy corta. Presentose un joven, quien pidió al conductor un cupé de primera clase, pero cuando este accedió a la demanda, el viajero, viendo que había otras personas en el departamento a que se le invitaba a subir, preguntó:

—¿No hay ningún cupé libre?

A pesar de la moneda que acompañó la petición, el conductor dijo:

—Es imposible, los demás cupés están mas ocupados aún.

El joven subió entonces al cupé, en cuyo interior se hallaban dos señoras. Una de ellas, la que estaba frente a frente, tenía ya cierta edad, y por la manera como iba vestida, conoció Curt que se trataba de una camarera. Su cabeza grande y de bastas facciones se apoyaba en los almohadones del coche, la mujer dormía

profundamente, roncando a mas y mejor. La otra viajera se hallaba en el otro extremo del carruaje, y como estaba oscureciendo, Curt no pudo distinguir bien su



fisionomía, viendo solo que se hallaba rodeada de todo el confort de una mujer elegante. Dos manos aristocráticas, cubiertas por fino guante, descansaban sobre su falda de seda oscura, y su cabeza estaba cubierta de blondas negras.

Hacía largo rato que el tren se había puesto en marcha, rozando velozmente bosques y arbustos, pueblecitos y ciudades, y atravesando colinas, rocas y arroyos. La locomotora corría con velocidad vertiginosa, como si le faltara tiempo para verlo todo.

Por fin la maquina disminuyó su fuerza y el tren hizo alto.

El conductor anuncio la estación B..., nombre de una universidad alemana del Rhin. La camarera continuó durmiendo, pero los dos jovenes, al oir pronunciar aquel nombre, salieron del ensueño en que se hallaban sumergidos, y se levantaron instintivamente encontrandose frente a frente. La luz de la lampara ilumino su fisonomia y sus ojos se encontraron. Ambos palidiecieron y pareció que queria salir un grito de sus labios. Un solo momento hubiera bastado para que se enlazaran sus manos y un rayo de alegría brillara en sus rostros, pero enrojecióse la frente de la joven y una nube oscurecio la fisonomia del caballero, apretaronse sus labios, y el rayo de luz fué reemplazado por un frio glacial. . . ambos volvieron a su sitio silenciosos, desconocidos como antes...

El tren partió de nuevo con gran velocidad, y un grupo de estudiantes que pasaba acompañole con su alegre gritería. Los dos viajeros del cupe continuaron inmóviles, sus ojos no se buscaban ya, por el contrario, miraban por la ventanilla y parecían admirar una visión.

Su felicidad ha desaparecido con la misma rapidez que el humo de la maquina. ¿Es este aquel paisaje que oyo sus confidencias? ¿Es aquel el rio que tan felices les habia visto un día de verano?

Una lagrima brillo en los ojos de Nora al recuerdo del pasado que con tanto vigor se despertaba en su corazon, y que por fuerza debia encontrar eco en el de Curt, mirele ella con ojos suplicantes, llenos de amor, pero el se hallaba absorbido en sus pensamientos y parecia ignorar absolutamente que estuviese a su lado. El corazon de Nora se replegó y sofocó aquel sentimiento hijo de un amor verdadero. entonces se acordó de aquella carta que le habia sido devuelta sin

haber sido leída, carta que aparecía como un muro entre los dos!...

¿Y él que pensaba? Una vez había cogido uno de aquellos trenes rápidos sin fijarse en la fatiga ni la distancia, a fin de poder ver a la dama de sus pensamientos y pasar algunas horas a su lado. Y ahora aquella misma persona que había ido a ver, pasando por todo, se hallaba a su lado, casi sola con él. ¿Qué no hubiera dado en otro tiempo para conseguir aquello mismo que hoy veía con indiferencia! Curt no pudo menos de volver a mirarla, de fijarse en su bonito semblante, pero se acordó que la última vez que lo había visto era en una ilustración. ¡Nora se había convertido en una celebridad de Circo!

Curt cerró los ojos para no verla más, pues temía su atracción.

El tren avanzaba rápidamente. Hace largo rato que se encuentran en un llano, desaparecido a lo lejos el paisaje que tantos recuerdos conservaba... Ha pasado la noche, el tren marcha sin parar, tal va su pensamiento. Interiormente se hacían mil preguntas uno respecto de otro, que, como es natural, quedaban sin contestación.

—«¿Cuanto tarda en bajar!» — se decía ella. Y él —«¿No ha llegado aún Nora al termino de su viaje?»

Por fin paro el tren y el conductor nombró una de las ciudades de la Alemania del Sud. La joven se levantó asustada. El trayecto le había parecido largo y sin embargo sorprendiela la llegada. La camarera se levanto y recogió todos los enseres de viaje. Nora se volvió maquinalmente, viendose obligada a pasar por delante del joven. Su mirada se fijo en él durante un instante, pero no parecía asustada como antes; en sus ojos podía leerse una desesperación sombría, y su semblante era excesivamente pálido.

Curt levantose a ofrecerle la mano para bajar del

carruaje. pero en el mismo instante se presentó un caballero a recibir a Nora, quien contestó con frialdad a sus ofrecimientos.

Curt se quedó solo y en aquel momento se presentó el conductor, quien acordandose de que Degenthal le habia dado una buena propina, le dijo

—Ha tenido usted una compañera de viaje muy bonita. Aquí es muy conocida, pues es la hija del director Carsten, que llegó anteayer en un tren especial. ¿Desea usted una taza de café? Hace frío, mucho frío —añadió el empleado viendo la palidez de Curt.

Degenthal rehusó sus ofrecimientos, y sin añadir palabra alguna apoyó su cabeza en los almohadones, como si quisiera descansar, por lo que el conductor abandonó el departamento, buscando viajeros mas comunicativos.

El sol habia hecho mas de la mitad de su carrera cuando el viajero llegó a su destino. En seguida que hubo bajado del tren, un pequeño *groom* le acompañó a un carruaje cuyos caballos estaban impacientes para ponerse en marcha.

Aquel día Lilly se habia preguntado mas de veinte veces «¿vendrá o no vendrá?» y otras tantas miraba por la ventana para ver si descubria el carruaje. De repente se oyó un ruido sordo que anunció la llegada del huésped tan deseado. Lilly corrió al salón para hacer a su primo los honores de su casa, pero en vez de presentarse Curt, se presentó el *groom* que le dijo

—El señor conde le suplica se sirva dispensarle, pues le ha fatigado tanto el viaje, que ha tenido que retirarse a su habitación. Dentro de un rato se tomara la libertad de venir á saludarla.



XVIII

Hemos tenido un compañero muy poco comunicativo—observo la vieja Ana, restregándose los ojos, al sentarse con Nora en el coche de Carsten.—Nora, creo que estas helada—añadió arropandola solícita con una manta de viaje.—He aquí lo que se saca de viajar tan precipitadamente. gracias a Dios que hemos llegado al punto de nuestro destino, pues mis pobres huesos no podían mas.

En aquel instante el coche se paro ante una de las mejores fondas de la poblacion, y el mismo individuo que habia ido a saludarla a la estacion, la esperaba para decirle:

—El señor director llegó anoche y todo esta preparado para pasado mañana, si no se halla usted demasiado fatigada.

En apariencia Nora no le habia oído, pues despues de saludarle ligeramente con la cabeza, subió la escalera sin ocuparse mas de su presencia.

—Parece que la señorita esta de mal humor—murmuró Landolfo.—Ya llegara día que le quitare todo este orgullo. . . Si no me engaño, he visto al conde dentro del cupé, pero no creo que se hubiesen dado cita y en todo caso de nada le serviría, pues ya he arreglado las cosas de manera que ella no pueda reconquistar su corazón. Sin duda es esta la causa de su enojo.

En esto, la anciana criada habia ayudado a la joven a desnudarse y la habia acostado, pero viendo su obstinado silencio, abandono la habitacion murmurando:

—Esta continua agitación concluirá con su vida, como acabo con la de su madre. ¡Pobre señorita!

Por fin Nora estaba sola. Ordinariamente la fatiga concluye por traer el sueño, pero para Nora el sueño era imposible. Le parecia oír aún el silbido de la locomotora y el ruido de los coches; constantemente veía ante sí a Curt silencioso, frío e impassible..... Tres años hacia que Nora habia debutado, cumpliendose los calculos de Landolfo. La belleza y la habilidad de Nora habian realzado la reputación del director, y bastaba que en el programa hubiese el nombre de Nora para que el circo tuviese un lleno completo. Poco a poco la joven se habia ido acostumbrando a su nuevo genero de vida. La profesion no le era antipatica, pues

había heredado de su padre la afición a aquella clase de ejercicios, y tenía un verdadero placer en perfeccionar sus estudios ecuestres. El presentarse ante el público era ya un hábito para ella y no le producía emoción alguna, y aceptaba con indiferencia los entusiasmas aplausos que acompañaban todos sus ejercicios.

Su padre había procurado no herir su susceptibilidad, no la hacía alternar con los de su compañía, y ante el público se presentaba siempre a su lado. Al principio creyó buenamente que no podría soportar su situación y que se moriría, pero la juventud lo resiste todo.

Lo que le causó mayor dolor fue el que le devolvieran su carta sin haberla abierto, pero como los numerosos timbres que llevaba ocultaban la letra de Curt, creyó que este no la había recibido. Esta idea la consolaba y alimentaba la esperanza de que algún día tendría ocasión de entregársela en manos propias y justificarse a sus ojos. Durante todo aquel tiempo, Nora vivió completamente retraída y sin hacer caso alguno de los numerosos jóvenes que la perseguían con sus declaraciones y sus regalos, que rehusaba siempre.

Así había sido hasta entonces. Pero el encuentro que había tenido en el ferro-carril había desvanecido sus ilusiones y destruido su última esperanza. ¡Verse abandonada, despreciada por el! Expulsada del corazón de quien lo había sido todo para ella, por quien todo lo hubiera dado! ¡Es decir que no había sabido excusarla, disculparla! En medio de su dolor, experimentaba un sentimiento de rebelión contra la injusticia de que era víctima. ¡Pues que! ¿no era digna de que se le hablara, de que se la mirara? ¿No había faltado él, por su parte, al juramento que hizo de salvar á Nora de la peligrosa situación en que se encontraba, y ser su guía, su sosten? ¿Qué se habían hecho

aquellas promesas? La había abandonado a la primera ocasión. ¿Pero no temía ella en parte la culpa devolviéndole tan pronto su palabra? Esta circunstancia él la había aprovechado, para abandonarla, dejarla al borde del abismo, mientras que él recobraba su libertad. Ella, en cambio, lo había sacrificado todo a aquella sombra de amor, ¿pero debía continuar haciéndolo? ¿Debía verse privada de gozar de las alegrías de la vida? Su sangre ardiente se sublevaba, su corazón abandonado le pedía el olvido y aspiraba a algo que pudiera llenar aquel vacío. Quería gozar de la vida.

Después de la tempestad viene la calma. Cuando Nora se levantó, su fisonomía tenía otra expresión; sus ojos brillaban y la vida rebosaba en su semblante. Estaba ocupada en trenzar sus cabellos, cuando llamaron a la puerta y le entregaron un ramillete precioso.

El primer impulso de Nora fue arrojarlo como lo hacía generalmente con todos, y mayormente sabiendo que aquel era regalo de un príncipe que hacía varios meses la perseguía con sus obsequios. Pero después reflexionó y se lo quedó, diciendo

— Puedo tenerlos todos rendidos a mis pies si quiero. Con una mirada, con un signo, los esclavizo y está en mi mano el hacerlos desgraciados como yo. Quiero demostrarle que no tengo más que tender la mano para obtener lo que él no quiere darme.

Pocas horas después, presentóse Nora a su padre con el fin de recibir instrucciones para el día siguiente, y Carsten se sorprendió de encontrarla tan dócil a sus deseos.

Pronto no se habló de otra cosa en la ciudad que de la hermosa Carsten, quien parecía haber abandonado la seriedad y la rigidez que la distinguían antes. La mayoría de los espectadores atribuía aquel cambio a una excursión que la artista había hecho por Francia é In-

glaterra. Nora tomaba parte en ciertos ejercicios arriesgados y en espectáculos teatrales, entre ellos una escena original y complicada que era un verdadero triunfo para ella. Tratabase de una escena sacada de la historia de Libuna, la bella reina de Bohemia que también odiaba a los hombres: tratabase de un combate de las amazonas con los hombres que las resistían, representación que permitía presentar un numeroso personal y que terminaba con la victoria de las amazonas, la caza de los fugitivos y finalmente la lucha de la bella Libuna con el valiente Charka, en que la primera, después de haber herido mortalmente a su enemigo, cae ella misma expirante. De todas partes acudía la gente para ver lo admirable que estaba la hermosa Carsten en el papel de Libuna.

Algunas semanas después, despidióse el circo Carsten de aquella ciudad, y siguiendo la costumbre de los años anteriores, fue a dar algunas representaciones en la capital austriaca, en donde era esperado con impaciencia.

El día de la inauguración, todas las personas notables de la capital se dieron cita en el circo. La compañía era brillante, y Libuna llamó la atención por su gracia y su belleza al presentarse rodeada de las amazonas. Montaba un soberbio caballo de raza, fiero y fogoso, una coraza dorada aprisionaba su esbelto cuerpo, y en su cabeza brillaba un casco de plata, que dejaba al descubierto su bella fisonomía y su magnífica cabellera negra.

En verdad que era espectáculo sorprendente la lucha entre jinetes tan hábiles y que con tanta maestría dominaban sus caballos; pero a pesar de ello, casi todas las miradas se fijaban solo en la bella Libuna, que se distinguía entre todos. La escena se hizo más dramática cuando los guerreros y las amazonas se retiraron; había llegado el momento en que el

ultimo guerrero se pone frente a frente de Libuna, rodeada de las amazonas triunfantes. La reina va a arrojarle una flecha, pero se detiene y echa una mirada de triunfo a su alrededor. Sus ojos se fijaron un instante en un grupo de espectadores y se quedó como petrificada. En vano su adversario se defiende con valor aguardando el golpe mortal, ella parece no verlo, palidece y un temblor subito se apodera de ella. Una de las amazonas le dice algo al oído para recordarle la situación, y entonces Nora, como si saliera de un ensueño, tarda un momento en hacerse cargo de lo que se exige de ella, pero por fin termina la representación. Afortunadamente, esta exigía que al dar el golpe fatal cayera desvanecida en brazos de sus compañeras, pues la pobre Nora no podía sostenerse ya y ni siquiera oyó los frenéticos aplausos de los espectadores.

En el sitio en donde se habia fijado tanto rato la mirada de Nora, hallabase, rodeado de varios oficiales, un eclesiástico, que se ocupaba solo del espectáculo sin sospechar de que él por su parte, era objeto de la atención de la artista.

—Vamos, señor capellan, veo que no encuentra usted malas todas nuestras diversiones—dijo un oficial alto y seco acariciandose la barba.—¿Es para ver esta maravilla que ha venido usted, o a que debemos agradecer el gusto de verle a usted en la capital? Este año la condesa nos ha tenido algo olvidados.

—La enfermedad y la ausencia de su hijo la tenían preocupada, y esto le ha impedido frecuentar la sociedad. Por el momento estoy de paso para ir a encontrar al conde Degenthal, quien ha tenido una recaída en la quinta de su prima la condesa Lilly, en Gerhltz.

—¿Es decir que el conde ha regresado ya de sus insensatos viajes?—replico el oficial con viveza.—¿Y esta en Gerhltz? Supongo que su madre no tendra nada

que decir en contra de esta reclusión. ¿Pero qué es lo que tiene?

— Las fiebres producidas por el clima de Oriente, han atacado su sistema nervioso. Hasta ahora no se ha restablecido completamente del ataque cerebral que tuvo en Pera. Posteriormente creímos que la enfermedad había sido vencida por completo, pero la fatiga del último viaje produjo una recaída.

— Esto es muy triste—dijo el oficial—pero mala ocurrencia tuvo su madre al enviarlo tan lejos. De sobras se todos los medios que empleó para conseguir su objeto. ¿Y todo para qué? ¿Esta mejor ahora?

— Sí; esta en vías de curación, y como ha manifestado el deseo de verme, por esto me he puesto en camino. Mañana estare a su lado. La condesa esta allí hace algunas semanas.

— Por mi parte tambien ire uno de estos días a saludarlo. ¿Y el conde Nicolas, dónde esta?

— Esta en el regimiento. Estos ultimos años se ha desarrollado mucho y esta hecho un buen mozo.

— Pero nunca valdra lo que su hermano, lastima seria que Curt no se restableciera. Pero vamonos, señor capellan, pues ya casi no queda nadie en el circo.

El grupo de oficiales les acompañó.

— ¡Que hermosa es esta mujer!—dijo uno de ellos.
— Y ademas es una amazona incomparable, muchas veces la hemos visto, capitan, pero nunca como hoy. Ha hecho grandes progresos.

— Lo dudo—dijo el capitan en tono seco—antes me gustaba mas. Entonces se olvidaba completamente de ella para ocuparse solo del caballo, y ahora hace como todas, que solo se ocupan de ellas. Pero, fijese usted, baron, ¿no es aquel el principe H?? Dicese que sigue siempre a la compañía para tener el gusto de verla.

— Sí, es aquel caballero, en traje de paisano y la cabeza calva. Se cuentan cosas inverosimiles de los sa-

crificios que ha hecho para agradar a esta sirena, pero todos sus esfuerzos han sido inútiles. Se dice que Nora está comprometida con el administrador de su padre, y su novio la vigila con ojos de lince.

El capellan exhaló un ligero suspiro

—Señor cura—dijo el capitán—vengase usted con nosotros y tomara algun refresco, pues hace un calor tropical.

—Se lo agradezco infinito —contestó el eclesiastico—pero por hoy he dedicado ya bastante tiempo a diversiones mundanas. Mañana quiero salir temprano para Gørhlitz; ya nos veremos allí.

Y se separaron dandose un afectuoso apretón de manos.





XIX

Al día siguiente, muy temprano, entregaron una carta a Nora pidiéndole contestación. La pobre joven había pasado muy mala noche, y se hallaba sentada al escritorio trazando algunas líneas que rompía apenas había empezado. El billete que le habían entregado era simplemente una tarjeta de visita en la que se leían algunas palabras por las que el autor pedía que se le recibiera, y aunque Nora vaciló un momento, por fin contestó con la afirmativa.

El capellan, pues era el quien habia escrito la esquelá, se presentó al instante. Al entrar, tendió su mano a Nora y la miró con aire grave y dulce a la vez.



El corazon de la joven se oprimió al volver a encontrar a aquel amigo que le recordaba su juventud.

—Vea usted cómo me vuelve a ver—dijo con tristeza—una artista de circo a pesar de todo.

Y sin querer se le saltaron las lagrimas.

—; Benditas sean estas lagrimas!—dijo el capellan. —Querida niña, doy gracias a Dios de que esto sea un verdadero sacrificio para usted, pues ayer llegue a figurarme que se había acostumbrado ya.

—¡Ojala que hubiese sido así!—dijo Nora con amargura.—Si yo pudiera olvidar lo pasado... Tengo todo lo necesario para ser dichosa riqueza, libertad, hermosura, todo lo que la vida puede ofrecer de mas tentador. ¿Por que, pues, me ha de atormentar aún tanto aquel sentimiento que quisiera olvidar? Y precisamente le veo a usted cuando la lucha es mas viva. ¡Deje usted que siga sin reparo el camino emprendido, quizás entonces sere menos desgraciada! ¡Oh! ¿por qué ha venido usted?

Al decir esto hablaba con volubilidad, hasta con dureza, como dominada por grande excitacion.

—¿Por que he venido? Para cumplir la promesa que hice a su moribunda madre. ¿No le prometí ser para su hija un amigo, un consejero? Ojala que hubiese podido aconsejarla cuando tomó este camino en donde tantas otras se han perdido ó han sido desgraciadas.

—En cambio hay otros que no han sido desgraciados, sino que han procurado olvidar y despreciar lo que les parecia digno de ser olvidado y despreciado.

—Nadie puede saber lo que sufre su proximo—dijo con dulzura el capellan.—(Quizá se ha engañado respecto de usted como usted se ha engañado respecto de el. Todo ha sucedido quizá para hacer que usted llegara al puerto por otros caminos.

—Lo que es ahora, es completamente imposible que alcance el puerto. Todo ha concluido—dijo ella con desesperación.

—Es posible que no alcance usted el fin que se propuso, pero yo hablo de otro al que se puede llegar por varios caminos .. Especialmente por los caminos

que adoptamos sacrificandonos ¿No ha sido esto para usted un sacrificio, y no es este el mejor camino para alcanzar el cielo?

—¿Cree usted que el camino que he adoptado a la fuerza, sera el mas corto para llegar al punto final? —pregunto Nora con aire desdenoso.

—No hay posicion que no podamos santificar —replico el capellan —cuanto mayor es la tentacion, mas bella es la victoria

—¿Cree usted que es facil resistir la tentación? Mire usted —dijo indicandole los numerosos ramos y coronas que le arrojaron el día anterior —mire usted —añadió mostrandole una infinidad de billetes perfumados. —¿Cree usted que esto no llega algun día a causar impresion, a halagarnos? ¿Cree usted que es facil permanecer fria é indiferente ante tales triunfos, sobre todo cuando se sabe que nada hay que esperar por otro lado? Desde que he perdido la ultima ilusion, desde que se que me desprecia, el alma me exige una compensacion y tengo ganas de gozar de la vida. Ya se que es facil que me pierda como se han perdido otras pero quiero amar la vida, quiero gozar de ella como lo han hecho antes que yo personas que valian mas, y como lo haran despues muchas otras.

El capellan dejo pasar sin contestacion estas palabras apasionadas, y refiriendose al primer punto que habían tratado dijo:

—El amor de un hombre es una ancora engañosa. Pero ¿como sabe usted que la desprecia?

La sangre se subio a la cabeza de Nora, y las palabras que queria pronunciar no pudieron salir de sus labios, acercose a la ventana y respiró el aire frio que penetraba por la misma.

—¿Ha tenido usted alguna noticia de él? —insistió el capellan.

—Hace algunas semanas sali en el express de París.

En el mismo departamento había un viajero que no me reconoció.

El capellán se sobresaltó.

—¿Hicieron ustedes el mismo camino?

Nora hizo un gesto afirmativo, y un temblor nervioso agitó su cuerpo al recuerdo de lo que había sucedido.

El capellán se explicó entonces la recaída de Curt... ¿Era prudente que diera esperanza alguna a aquel pobre corazón? La verdad pudo más en él que la prudencia, y además la misericordia exigía que no se prive a un corazón herido de lo que puede curarlo y que no se rehuse a un alma afligida el balsamo del consuelo.

El espíritu recto y probo del capellán siguió el consejo de su conciencia.

—El conde Degenthal cayó enfermo después de aquel viaje, y ahora voy a encontrarle, pues desde entonces no ha podido abandonar la casa de su prima.

Nora, altamente sorprendida, exclamó:

—¿Ha estado gravemente enfermo?

—Ha sido una recaída de su antigua enfermedad. El médico no sabe a qué atribuir esta excitación de su sistema nervioso.

—¿Una recaída... de una enfermedad antigua? ¿Qué quiere usted decir con esto?

—¿No está usted enterada de lo ocurrido?

—¿Yo? No he sabido sino que estaba agregado a una embajada lejana...

—Pues hace tres años, la noticia de lo que había sucedido le sorprendió de tal manera, que estuvo enfermo teniendo que guardar cama.

A continuación el capellán contó lo que sabía de Curt, y Nora lo escuchó silenciosa.

—¡Oh Dios mío! —dijo lentamente— enfermo y delicado durante tantos años...

Enfermo por culpa suya. En su desconsuelo, Nora solo habia pensado en sí, sin preocuparse un solo instante de lo que podía haber sufrido Curt. La naturaleza mas sensible de este no habia podido soportar el golpe con la misma facilidad que Nora, y sin embargo la joven casi lo habia odiado por su aparente indiferencia. Así los sufrimientos morales habian agotado sus fuerzas físicas, mientras ella, Nora, habia conservado todas las fuerzas de la salud y de la juventud.

— ¡Oh Dios mío! — exclamo — esto es horrible, nunca me hubiera figurado tal cosa.

— Siempre nos preocupamos exclusivamente de nuestro dolor, sin pensar nunca en el de los demás, especialmente cuando nos creemos injuriados por ellos.

— ¡Señor capellan! ¡señor capellan! no es mía la culpa, usted no sabe cual ha sido la causa de que tomara esta determinacion. Apenas podría explicarselo a usted, pero en tiempo oportuno escribi a Curt participandole la causa de esta resolucion, y el me ha juzgado sin oírme, me ha devuelto mi carta sin leerla.

— ¿No la leyo? Pues sin duda sabria su resolucion de usted por otro conducto y esto habra sido la causa de su enfermedad, pues tenia en usted una confianza ilimitada. ¿Quiere usted explicarmelo todo, Nora? — dijo el eclesiastico con seriedad.

— No tengo inconveniente, pero como confesion, pues en el asunto estan interesadas otras personas.

Arrodillose, pues, como si tuviera una falta grave que confesar, y le conto con los detalles mas completos lo que habia sucedido desde el dia en que el honor y la vida de su padre se habian visto expuestos, narrando la atrozagonia que se habia apoderado de ella al prestar el juramento que se le habia exigido.

El capellan escuchola sin interrumpirla. Como la habia conocido siempre formal y reflexiva, su imagina-

ción había buscado mil pretextos para disculparla, pero nunca hubiera sospechado la inmensidad de la lucha y del sacrificio que se había impuesto. Sintió una compasión profunda por aquella alma escogida que había tenido el valor de realizar aquel acto heroico, que hacía que solo encontrase desprecio por todas partes.

—¿He obrado mal así? Por Dios no me culpe usted, pues he sufrido tanto, al tener que destruir yo misma mi porvenir.



—Dios me libre de culparla a usted, pobre niña—dijo el eclesiástico conmovido.—Verdaderamente no sé lo que hubiera podido aconsejar a usted en aquel momento; pero se ve bien claro que el amor filial y el espíritu de sacrificio son los que la han llevado a tal resolución. Quiera Dios bendecirla y recompensarla. La vida ha sido mas cruel para usted de lo que su madre hubiera podido imaginar...; ha tenido usted que abandonarlo y sacrificarlo todo para salvar a su padre.

—Pero ¿lo he salvado?—preguntó ella con voz débil.—¿Lo he salvado? He aquí una pregunta que me

repito siempre. Desgraciadamente, no puedo decir todo lo que pienso de algún tiempo a esta parte, y esto que he procurado cerrar los ojos... He intentado vivir indiferente a todo, pues lo pasado me martiriza; pero este Landolfo es un genio malvolo que nos persigue a todos y domina completamente a mi padre. Mi pobre padre no es hoy día lo que era antes—añadió sonrojándose.—Esta clase de vida rebaja todos los caracteres. Si yo no hubiese hecho el sacrificio, de seguro que se hubiera visto obligado a abandonar los negocios.

—Usted ha creído obrar bien y esto le basta a Dios y a su conciencia de usted, no se preocupe usted mas de este asunto. Pero ahora que los asuntos de su padre marchan prósperamente, ¿no podría usted retirarse?

—De ninguna manera. Mi padre asegura que el público solo se presenta para verme a mí, y dice que no ha recuperado aun lo que habia perdido. Por otra parte, Landolfo procura que mi padre no gane todo lo que debería ganar.

—¿Y es este el amigo que tiene su padre de usted? ¿No la tratan á usted bien?

—No es esto lo que he querido decir—replicó Nora sonriendo tristemente.—me tratan muy bien, me adulan, me acarician porque me necesitan. Pero la persona de quien acabo de hablar, tiene formado un plan en contra mia, y este es el motivo porque procura enredar los negocios de mi padre que de por sí no estan ya muy claros, de modo que a fuerza de enredos, de astucia y de lisonjas ha logrado dominarle completamente. Conmigo no puede nada y por esto a un plan sucede otro; usted no puede formarse idea de las intrigas que se forman en esta casa. Mi deber es no abandonar a mi padre en esta situacion

—¿No podría usted tener una explicación con su padre?—añadió el capellan.

— Imposible—replicó Nora —no poseo mas que indicios y mi padre no me creería.

— Nora—dijo el capellan con tono grave, despues de una pausa—cumpla usted pues su deber por duro que le parezca, ya que su cumplimiento hace feliz y ayuda a atravesar valerosamente los escollos de la vida; pero fortalezca usted su corazón contra los peligros que se le presentaran en su existencia y sea usted fuerte y arrojada en todas las luchas. Quizas esta usted destinada a ser el angel guardian de su padre. Crea usted que Dios no la abandonara. El me ha guiado hacia aqui en el momento en que parecia usted querer naufragar.

— ¿Pero durara esto mucho tiempo? ¿Cree usted que siempre podre resistir victoriosamente?

— Mientras Dios quiera. ¿No puede la Providencia vencer en un instante todas las dificultades que hoy nos parecen insuperables?

El capellan se levanto para despedirse.

— Sí; verdaderamente la Providencia le ha traído a usted a mi lado cuando estaba al borde del abismo. ¡Ayudeme usted para que no sucumba!

En aquel momento llamaron a la puerta, y al decir Nora: «adelante», entró el director.

— ¡Parece que tienes visitas!...—exclamó con aire sorprendido.— ¡Ah! es usted, señor capellán. ¿que es lo que le trae a usted por aca?... Me alegro mucho de verle.

Al decir esto le tendió la mano, pero en el tono de las palabras y en lo encogido de sus movimientos podia verse facilmente que semejante visita no era muy de su agrado. El capellan lo encontro muy diferente de la última vez en que lo habia visto; habia engordado, y tenía el rostro abotargado al parecer, habiendole abandonado la circunspeccion de otros tiempos. Llamóle tanto mas la atencion aquel cambio, cuanto

su hija, seria y grave, hacia gran contraste al lado de Carsten. Notabase bien que Nora no podía esperar consejo y ayuda de su padre.

— Temo que el haber visto a usted, señor capellan, habra agitado a mi hija—dijo el director mirando a Nora con desconfianza.—Todo ha sucedido como lo habian previsto las cabezas prudentes y experimentadas.. —añadio, volviendose hacia el capellan.—Es preciso que la juventud aprenda en la escuela de la experiencia.. Mi hija es feliz ahora, y de seguro le ha dicho a usted que esta vida no es tan terrible como ella se habia figurado. Todo el mundo ha acudido para verla.

— El emperador de Rusia tuvo razon— dijo el capellan mirando á Nora.

— Sí, ha eclipsado completamente a su padre—continúo sonriendo el director—pero es una princesa mimada.

Carsten tenia un aire vano al decir esto, y su fisonomia estaba muy animada, de modo que el capellan tuvo cierta sospecha. En realidad, Alfredo habia almorzado con Landolfo, y este, despues de hacerle beber muchas copas de Jerez, le anunció la visita del capellan a su hija, aconsejandole que fuera a interrumpir su coloquio, pues el cura persuadiria a Nora a que dejase su profesion.

— El principe ha venido a preguntar por tí, y nos ha propuesto una excursion al campo...

— Gracias, papa. Ya sabes que no acepto nunca invitaciones de esta clase, asi, espero que habras contestado negativamente.

— ¿Y por qué no puedes ir acompañada de tus padres? Precisamente ahora empezabas a mostrarte mas razonable. Espero, señor capellan, que no ha vuelto usted a hacer de ella una monja. Esta vocación no conviene a todo el mundo, y sobre todo no armoniza con nuestro oficio.

—Creo, caballero, que en esto tiene razón la señorita Nora. Una joven en su situación no es nunca bastante reservada.

—¡Bah, bah! sobre todo no le meta usted estas ideas en la cabeza, señor capellan; harta es su altivez natural, y me lo echara todo a perder.

—Si crees esto, papa, estoy muy dispuesta a retirarme—dijo Nora con calma;—ya sabes que no me gusta este género de vida, y de sobras encontrare otra posición con que ganarme la subsistencia.

—Vea usted lo caprichosa que es—dijo Carsten acariciándola —de sobras sabe que no podemos pasarnos sin ella.

Nora, que se hallaba humillada por aquella escena, tendió la mano al capellan y le dijo tristemente

—Le estamos haciendo perder a usted un tiempo precioso, doyle un millón de gracias por su amable visita, que me ha hecho un gran bien. Tenga usted confianza en mí, pues haré lo posible para luchar y vencer.

—La Providencia velara por usted. Quizas he aumentado su pesar relatándole hechos que usted ignoraba; pero espero que todo ello le servira de escudo contra un peligro mayor que las penas del corazón.

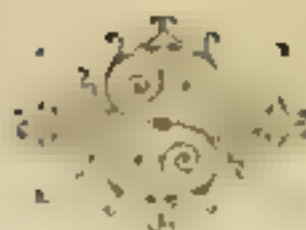
—Y no me lo habra usted dado en vano, hoy ha puesto usted nuevas armas en mis manos

El capellan se marchó muy conmovido, pues aquella joven se le presentaba mas huertana que cuando la conocio niña. Apenas salio del cuarto, cuando Nora fué tras de él:

—Permitame usted aun una suplica..... No se olvide usted de participarme cómo sigue, pero no le diga usted ni una palabra de mí, pues sólo serviría para hacerle sufrir más.

El capellan al retirarse iba pensando en el heroismo de que es capaz el corazón de la mujer que ama. has

ta el punto de preferir el erróneo juicio de los demás, a causar una nueva pena al ser amado. Pero a Nora no le costaba el ser heroica desde que supo lo que Curt había sufrido por ella.





XX

LA alegría que habia experimentado Lilly a la llegada de su primo, fué de corta duración, pues Curt se puso enfermo de tal modo, que hubo necesidad de llamar al medico, y Lilly telegrafió a su tia. La condesa llegó al día siguiente, y el volver á ver a su hijo fué para ella mas penoso que lo habia sido su ausencia.

Curt estaba pálido, flaco, sin expresión en los ojos, en una palabra, se veía que su organismo había recibido uno de aquellos golpes que debilitan al hombre



física y moralmente. Pero a la condesa no le gustaba volver a lo pasado, pues creía que no había hecho más que cumplir con su deber, olvidándose quizás de que «se cumple siempre mejor un deber que uno mismo se haya impuesto». Atribuía aquella enfermedad al clima, a las cabalas de ciertas personas y a la debilidad de

su hijo; se consolaba fácilmente diciendo que de otro modo hubieran ido las cosas si se hubiese dejado guiar por ella en vez de verse abandonado a sí mismo, y se prometía usar en adelante de gran vigilancia para evitarle los recuerdos de los tiempos pasados.

El capellán, que era el único que conocía los motivos de la recaída de Curt, no los mencionó, pues era de distinta opinión que la condesa, y creía que ciertos sentimientos valía más dejarlos desarrollarse en silencio, que estimularlos continuamente.

Curt entró en convalecencia en el mes de Setiembre. El sol de otoño, que es tan brillante pero no tan ardiente como el del verano, iluminaba los jardines del palacio de Gerhlitz. Curt pasaba muchas horas contemplando aquel esplendido paisaje, pero la calma exterior de la naturaleza no disminuía en nada la lucha que sostenía en su interior y que su encuentro con Nora había reavivado. Sus sentimientos variaban continuamente; unas veces el amor se despertaba violento, otra vez su voluntad trataba de destruirlo; en ocasiones sentía remordimientos por haberla condenado sin oírle. La postración de sus fuerzas le impedía tener ideas claras y precisas, y por más que hacía no lograba encontrar descanso. En vano quería olvidar, pues el olvido es independiente de nuestra voluntad, y cuando más lo buscamos lo encontramos menos.

La presencia de Lilly era la única que no le causaba pena; por el contrario, parecía hallar cierto placer en ella. Curt notó que su prima había cambiado bastante, y en beneficio suyo, desde la última vez que la viera. Se había desarrollado, su talle era gracioso; su cara, antes redonda, ovalose y perfeccionaronse sus rasgos, y al reír marcabanse dos graciosos hoyuelos en sus mejillas. Lilly reía a menudo, pero silenciosamente, a su manera, desde que tenía a su primo por huésped.

Curt admiraba la expresion tranquila y simpatica del rostro de su prima, y la admiraba como mujer hacendosa al verla ocuparse con mucho metodo de los mil quehaceres domesticos. Cuando su primo la



llamaba e interrumpia sus ocupaciones, contestaba con celeridad y alegria a su llamamiento, sentandose gozosa a su lado y entablado una conversacion que, aunque fuera insignificante, no disgustaba a Curt.

En el estado de debilidad en que se hallaba, se le habia prohibido fatigarse o excitarse, y muy a menudo

había pensado, viendo a Lilly: «debe ser muy agradable estar al lado de una persona tan tranquila y a la que se le puedan confiar todos los cuidados, todos los pequeños deberes que impone la vida.»

A medida que avanzaba el restablecimiento de Curt, la vida iba haciéndose mas animada en Goerhlitz. La presencia de Degenthal sirvió de pretexto a muchos de los nobles vecinos para venir a saludar a la castellana. De esta manera se formó una tarde una pequeña reunión de personas en el jardín de la casa. Entre los huéspedes hallabase aquel capitán que estuvo con el sacerdote en la función del Circo. Hay días que se prestan mas a la alegría que otros, y aquel era uno de ellos, de modo que las personas reunidas en el parque, estaban muy animadas, y la castellana de Goerhlitz, tan silenciosa y reservada ordinariamente, en aquel momento era el centro de la animación. Con su traje azul celeste y sus lazos azules en la cabeza, parecía una flor que acababa de abrirse. La felicidad y el amor le daban una expresión que no se le había visto nunca. Jamas le habían faltado admiradores, pero en aquella ocasión era el punto a donde se dirigían todas las miradas. Lilly aceptaba con indiferencia el homenaje de sus adoradores, pues para ella sólo un hombre era digno de atención, y Curt no rechazaba la mirada de aquellos ojos que sólo en él se fijaban. ¿Que hombre hay que no sienta halagado su orgullo cuando se ve preferido a los demás?

—¿Todos rindiendo tributo a la belleza?—dijo el capellán acercándose al grupo.

—Querido capellán—replicó el oficial—ha perdido usted el derecho de sermonearnos desde que se apresuró usted tanto hace pocos días en ir a admirar «la belleza á la moda.»

—¿Que quiere usted decir con esto?—preguntó el capellán algo sorprendido.

—Vamos, vamos, no se haga usted el desentendido. ¿Por qué dijo usted que no podía estar mas tiempo con nosotros, y despues hizo pasar una tarjeta a la bella de las bellas? Poco sospechaba usted, señor capellan, que yo estaba allí cuando se hizo anunciar en la fonda... Espero, sin embargo, que no habra sido usted demasiado severo con la bella dama, pues el circo Carsten nada sería sin ella.

—Oh! ¿Alude usted a la visita que hice a la señorita Nora Carsten? —replicó el capellan, algo disgustado por el tono ligero de su interlocutor. —Fui a verla porque la conozco desde su tierna infancia.

Sobresaltóse Curt al oír aquellas palabras, y permaneció inmóvil en la posición que ocupaba, como si no hubiese oído. La condesa, que no se hallaba lejos del grupo, levanto la cabeza como si no quisiera dar crédito á sus oídos.

—Verdaderamente hay que confesar —dijo el capitán— que difícilmente puede verse algo mas bello que esta joven montada a caballo, ni existe otra amazona de mas fuerza. Degenthal, ¿no la ha visto usted nunca, no la ha encontrado en sus viajes?

—No —contestó Curt con sequedad.

—Pues vaya usted a verla, porque vale la pena. Es una verdadera maravilla, y hasta este digno eclesiástico quedó entusiasmado.

—Mas que entusiasmo sentí compasión —replicó el capellan —El destino cruel la ha obligado a adoptar esta profesión, pues la pobre habia sido educada para otro género de vida.

—Curt —interrumpió la condesa con cierta acritud— empieza a hacer fresco y es una imprudencia que permanezcas mas tiempo aquí. ¿Quieres retirarte?

El conde no contestó, pareciendo que no había oído la pregunta. Pusose el sombrero de paja y se lo echó á los ojos, a fin de que no pudiese verse su fisonomía.

El capitán no se dió por satisfecho, sino que continuó sus preguntas.

—¿Por qué dice usted, señor capellán, que el destino la ha obligado a dedicarse al circo? ¿No es por ventura hija de su padre? ¿Y por que no ha de seguir la misma profesión?

—Dicese que esta prometida al bello Landolfo, al administrador de su padre—interrumpió una voz.

—Y también se decía que tomaba parte en los ejercicios del circo para complacerle—añadió un tercero.

—Todo esto son rumores sin fundamento—replicó el capellán.

—Sin embargo, hace tiempo se habló de una pequeña novela; pero el recuerdo es vago, y no puedo precisar los detalles.

—Al público siempre le gusta murmurar, y muchas veces sin fundamento. Debo decir que he visto con pena que la señorita Nora adoptara tal resolución, pero en la vida hay circunstancias difíciles de vencer. Solo puedo decir que Nora Carsten merece todo mi respeto.

—Pero Curt—repitió la condesa, con sequedad é impaciencia—tienes muy poco juicio en querer estar con este tiempo al aire libre. ¿No ves que va cayendo humedad? ¿Como quieres ponerte completamente bueno, si cometes tales imprudencias?

—Es que quizás no veía la necesidad de moverme—dijo Curt levantándose.

Pero no pasó de la puerta de entrada, pues le era imposible dejar de oír aquella conversación.

—También yo he conocido mucho a Nora Carsten—dijo Lilly—y debo añadir que la quiero mucho, pues hemos estado juntas en el colegio. Cuando me anunciaron que iba a presentarse al público, no quise creerlo; por mi parte, estoy convencida de lo que ha dicho el señor capellán. es preciso que existan moti-

vos muy poderosos, que nosotros ignoramos, para que haya adoptado esta profesion. Quizas su padre se ha arruinado.

—A lo menos no lo parece, condesa, pues el circo Carsten hace muy buenos negocios.

—¿Pues cual sera el motivo?—dijo Lilly con aire pensativo.—¡Pobre Nora!

—Si se ha educado como usted dice, condesa, verdaderamente su destino es muy triste—dijo un anciano.—Verse excluida de los circulos del buen tono, sera para ella una pena terrible.

—¡Pobre Nora! ¡pobre Nora!—repitió Lilly.

Al pronunciar esta palabra, volviose y vió a su tia que miraba a Curt con agitacion, y creyendo adivinar su pensamiento, dijo:

—Creo que haríamos bien en abandonar este sitio, pues la temperatura se va haciendo desagradable. Curt, vamos al salon, alli estaremos mejor.

Al oir las palabras de la dueña de la casa, todos se levantaron y se dirigieron al indicado punto, pero aquella interrupcion entrio algo la alegria de aquella sociedad, sobre todo cuando vieron las miradas de la condesa fijadas con inquietud en el semblante pálido de Curt, quien se habia dejado caer silenciosamente en un sofa. Las vistas se fueron retirando sucesivamente, a fin de no cansar al convalesciente. En el momento en que el capitan se retiraba, acercósele Lilly y le dijo en voz baja:

—¿El circo Carsten permanecera aun mucho tiempo aqui?

—Si no estoy mal informado, partira en breve pero si usted lo desea, me informaré.

—No, gracias me basta con saber que esta aun aqui.

El capitan, viendo que no preguntaba nada mas, saludó y retiróse.

—Pero, señor capellan —dijo la condesa muy excitada —¿cómo ha podido cometer usted la imprudencia de sostener una conversacion sobre este asunto, y refrescar los recuerdos de mi hijo?

—Creo que estos recuerdos no han estado nunca adormecidos, sino que, por el contrario, son la causa de sus sufrimientos.

—Bah! —respondio la condesa —la enfermedad es debida al alma. Por el momento se trata de evitar todos los recuerdos referentes a lo sucedido, y por esto me he alegrado de su ausencia. A fuerza de prudencia, he evitado hasta ahora la mas insignificante evocación del pasado.

—Señora condesa, el esfuerzo del hombre es muy poca cosa. El conde y la señorita Nora se han vuelto a ver.

—Por el amor de Dios ¿cómo ha podido ser esto?

—Efecto de la pura casualidad. Viajaron juntos en un cupé, y ésta fué la causa de la recaída del joven conde. Ya ve usted si estos recuerdos estaban muy apagados cuando han obrado con tal energia.

—¡Dios mio, Dios mio! —exclamo la condesa. —Todo esto ha cambiado cuando empezaba a tener esperanzas, cuando creia factible su enlace con su prima.

—Es preferible no formar planes, señora condesa, creame usted. Confie usted en la Providencia, que cuidara de arreglarlo todo bien. En cuanto a la señorita Nora, puede usted tranquilizarse, pues hace tiempo que ha abandonado toda esperanza.

—Si a lo menos no hubiese usted interrumpido a aquellos senores... pues hubiera sido bueno que Curt oyera lo que de ella se cuenta.

—Pero hubiera sido una mentira, y las mentiras no aprovechan nunca —dijo el capellan con voz firme, aunque tranquila. —Mi deber es defender siempre la verdad.

—¿Pero tenia usted necesidad de entrar nuevamente

en relaciones con aquella familia? Estaba yo tan contenta al considerar que se habia roto todo lazo de unión entre unos y otros...

—No se trataba de una visita pura y simple—contestó el capellan—se trataba de un alma, y este es el deber de mi ministerio. Veia que aquella pobre joven se hallaba muy apurada por la desgracia y la pena, y que estaba dispuesta a arrojarse al abismo abierto ante ella. Quise ayudarla y consolarla, como prometí hacerlo a su madre moribunda. Con el auxilio de Dios, creo que si no la he salvado, la he socorrido al menos.

—Pero continúa presentandose en el circo—dijo la condesa con ironía.—Desde un principio me presumí que no podia salir nada bueno de todo aquello .. aunque crea usted otra cosa. ¿Pero qué haremos de mi pobre hijo? Si a lo menos hubiese continuado una temporada en el extranjero...

—No haga usted nada, condesa—replicó el capellan en tono decidido.—Este asunto ha costado ya la salud de su hijo, y ha echado a perder su porvenir. ¡A veces, queriendo prevenir un mal, ocasionamos otro mayor!

La condesa, sin embargo, no se dio por convencida.





XXI

No podré pues gozar ya de tranquilidad'—se decía Curt al día siguiente, al encontrarse en su sitio favorito, algo mas cansado y mas abatido que el día anterior. La brisa fresca del otoño era impotente para calmar el ardor de su cabeza. ¿Qué significaban aquellas alabanzas irónicas que evocaba el solo nombre de Nora, y a qué era debida la sincera compasion, la fiel amistad que sentía el capellan por la artista? El sacerdote habia hablado de un destino fatal que habia obligado a la joven a adoptar aquel genero de vida. ¿Cual era la solución de aquel enigma?...

¿Pero no habia rechazado el mismo la explicación que habian querido darle? ¿No la habia juzgado quizas injustamente? ¿Y por qué no habia pedido una explicación al que parecia conocer los hechos a fondo?

¿Existía pues una causa capaz de disminuir la culpa de Nora, que había ultrajado su amor y roto la palabra empeñada en el preciso momento en que él acababa de darle pruebas de su fidelidad? Cuando se acordaba de los tiempos felices en que se habían declarado su mutuo amor, parecía que el corazón quería saltarse del pecho, y se juraba que nunca más querría oír su nombre y que no escucharía explicación alguna, pero apenas había formulado este propósito, cuando su corazón le decía — Eres injusto, pues no tienes motivos para obrar de esta manera.

Un leve ruido le saco de su meditación, y levantando los ojos vio a Lilly que estaba a su lado. Sentóse ella silenciosamente, y durante un rato nada se dijeron, pues parecía que ambos estaban preocupados. Por fin Lilly tomó la palabra:

— ¿Curt, querrías... concederme algunas horas... acompañarme para hacer un paseo .. sin tu madre?

Estas fueron las palabras que a duras penas pronunció la joven.

Curt quedó más sorprendido que satisfecho de aquella proposición.

— ¿Un paseo contigo? ¿a dónde? Ya sabes, querida prima, que todo ejercicio me fatiga.

Lilly esperaba otra respuesta, y en su fisonomía pudo leerse el disgusto que experimentaba.

— Creía que un paseo con este tiempo tan hermoso te hubiera probado — dijo ella. — Pero, naturalmente, si crees que te ha de fatigar, no insisto.

Y al decir esto, dio algunos pasos atrás como para retirarse. Pero nadie es impunemente huésped de una persona buena y amable que ha desempeñado con celo el papel de enfermera, para negarle después friamente la primera petición que nos dirige. Curt había visto la expresión de desencanto de la joven, y sentía la contestación que le había dado. No le quedaba otro

recurso, para reparar la falta cometida, que ponerse a la completa disposición de su prima.

—Crèeme, que el paseo te probara—le repitió, aunque sin decirle dónde pensaba llevarlo.—Debes seguirme con toda confianza y hacer todo lo que te pida; en una palabra, ponerte completamente a mi disposición. Después te lo explicare todo.

La condesa quedó algo sorprendida del plan de Lilly, y del silencio que guardaba respecto del objeto de su excursion, por otra parte, creía que aquella expedición infringía las leyes de la etiqueta, pero no quiso mostrarse rigurosa y echar a perder la ocasión de que los jóvenes intimaran entre sí. Así fué que dio su consentimiento conociendo el caracter poco excéntrico de su sobrina, tenía plena confianza en ella. Lilly, preocupada completamente por el paseo, respiró con libertad al verse en el carruaje, al lado de su primo.

—Ahora voy á decirte a donde vamos—dijo Lilly algo mohina, al ver que su primo no hacia pregunta alguna.—Iremos a la ciudad, pero no en ferro-carril, pues sería lastima con un tiempo tan esplendido; pasaremos el día allí, y despues volveremos en ferro-carril, teniendo tiempo sobrado para hacer lo que deseo. ¿Te parece bien mi plan?

Curt hizo un signo de aprobacion con la cabeza, pues realmente prefería aprovechar aquel hermoso día, á pasarlo a solas con la condesa.

En menos de dos horas llegaron a la ciudad, y los caballos se pararon ante el hotel que Lilly tenía en la población. Allí entregaron un papel a la joven, quien dirigiendose a su primo dijo

—¿Curt, estas bastante descansado para acompañarme á donde dice este billete?

Curt echó una mirada distraída al papel, y ofreció el brazo a su prima, tratando al propio tiempo de orientarse. Marchaba silenciosamente recordando el

dia en que vio casualmente a Nora en aquellos alrededores, y ella le habia pedido que no se marchara al extranjero. ¿No habia tenido razón con lo que dijo entonces? ¿No habrian pasado las cosas de otro modo si la hubiese atendido en vez de abandonarla?

—Ya hemos llegado —dijo de repente Lilly al llegar frente a una gran fonda. —Es preciso que hable aquí con una persona, puedes irte a dar un paseo y volver dentro de media hora.

—Pero... ¿debo permitirte que acudas así a una cita? Creo que como primo tengo el derecho de oponerme.

—Los primos no tienen el derecho de prohibir —dijo Lilly riendo. —Ya veras, Curt, como lo encontraras todo muy conforme cuando una tarde te lo cuente. Pero ahora no puedo decirte nada. Hazme el favor de volver dentro de media hora corta, y veras cómo soy exacta.

Curt, lo mismo que su madre, tenia muy buena opinión de Lilly y sabia ademas que la exactitud era una de sus cualidades principales; así fué que no quiso contrariarla y se entretuvo en pasar el tiempo curioseando por las calles inmediatas a la fonda. A la hora indicada, vió salir el velo azul de Lilly y corrió a tomarla otra vez bajo su protección.

—Ya ha terminado la gran conspiración —dijo irónicamente, pero al mirarla se quedó sorprendido de ver en su cara señales evidentes de que habia llorado.

—¿Que te pasa, Lilly? ¿Por qué lloras? —dijo con aire de profunda compasión.

Pero a pesar de que tenia los ojos humedados aun, sonriose la joven, y dijo con voz tranquila.

—Ahora voy a contartelo todo, pues has sido muy amable en hacer todo lo que te pedia sin preguntar nada. He venido aquí para visitar a Nora Carsten.

—¿Nora Carsten, la del circo?

—¿Lo encuentras extraordinario? Te consta que la he conocido en el colegio y la quería mas que a ninguna otra, pues era la mejor, la mas religiosa y la mas amable. Muchos castigos me había evitado, me ha consolado varias veces y se esforzó en hacerme llevar la vida del colegio, así es que le prometí no olvidarla nunca, y no creo sea excusa suficiente para faltar a mi promesa el que se haya visto obligada a trabajar en el circo. De seguro que su padre la ha obligado a seguir esta profesión porque era la suya. Cuando supe ayer que estaba aquí por poco tiempo, inmediatamente tome la resolución de ir a verla, pues quien sabe si jamás volveré a tener ocasión de hacerlo. Por otra parte, he creído que le sería agradable ver que, a pesar de todo, la quería, y en realidad encuentro muy vergonzoso que se abandone a las personas porque hayan descendido en su posición social. Mi tía quizás no hubiera consentido en que hiciera esta visita, y por esto no he pedido su permiso, quizás tú también me hubieras hecho objeciones, y éste ha sido el motivo de que nada te dijera antes. ¿Pero no es verdad que tengo razón y no estas enfadado conmigo?

—Cierto que no. Dios bendiga tu buen corazón y tu buen propósito, y aunque te hayas engañado respecto de Nora, no te faltara recompensa.

—¡Oh! ¿Qué contenta estoy de que no estés enfadado conmigo! Lo que diga mi tía, me importa muy poco, pero si tú me hubieses regañado, lo habría sentido... Creo que no voy engañada respecto de Nora, es aún la misma Nora buena y piadosa de otra época... el capellán mismo lo dijo ayer. La pobre es muy desgraciada. Hoy mismo debe dar otra representación... esto es horroroso, ¿no es verdad?... Me ha preguntado por ti y por mi tía. ¿Te acuerdas de ella, no es verdad? La conociste en Suiza cuando era aun niña; pero

no ha querido que te llamara y te hiciera entrar

Lilly hubiera podido continuar mucho mas tiempo sin que su primo la interrumpiera, pues estaba preocupado con otras ideas. Por segunda vez se hallaba Nora en su camino... ¿debía dejar pasar aquella ocasión?...

Los dos jóvenes llegaron al hotel de Lilly

—¿Puedes aguardarme aquí algunos instantes?—dijo Curt.—He encontrado un amigo en la calle y he prometido volverle a ver. Tenemos aun una hora disponible.

—Haz lo que gustes—respondió Lilly—te aguardare aquí. Pero, por Dios, no hagas que perdamos el tren.

Curt estaba ya en la calle. ¿Donde iba? ¿Qué quería? Él mismo no se daba cuenta de ello; sólo tenía fija la idea de aprovechar la ocasión.

—Conde Degenthal—exclamó Nora cuando el joven se precipitó apasionadamente hacia ella—conde Degenthal, ningún derecho tiene usted ya para entrar aquí.

Y al decir esto quiso levantarse altiva y fria, pero la naturaleza pudo mas que su voluntad y se volvió a dejar caer temblando en la silla.

—¡Ningún derecho ya!—dijo el tomándole la mano a la fuerza.—¿Quien me ha robado este derecho? ¿Quien ha despreciado un amor pronto a cualquier sacrificio? ¿Quien ha roto mi fidelidad? ¿Quién ha faltado a las promesas mas sagradas? Y todo ello por una debilidad despreciable ó por un orgullo mal entendido.

—Curt, Curt, es imposible que creas lo que acabas de decir, tu sabes que mi felicidad consistía en aquel amor

—, Tu amor! ¡ Tu amor que no ha sabido resistir el mas corto plazo! ¡ Tu amor que se ha extinguido del modo más lastimoso!

Estas palabras despertaron toda la altivez de Nora. Levantose, pues, palida pero resuelta y dijo



Pierluigi Fois

—No tienes el derecho de juzgarme, pues todo te lo había confiado y no has querido escucharme. Has rechazado las explicaciones cuando quise dartelas.

Curt no supo que contestar, y al ver ante sí a Nora tan seria y tan sincera, sintió que su cólera y su amargura desaparecían para hacer lugar a la llama ardiente que hacia largo tiempo estaba comprimida dentro de su corazón.

—¡Nora, Nora!—exclamó—¿por que has hecho esto? ¿Crees que no he sufrido? Mirame y dime si no me encuentras cambiado. Ya ves si me ha costado, y dime cuando merecí que me trataras de este modo.

—Perdóname, perdóname, pues no ha sido culpa mía. ¡Oh! ¿por qué no he perdido yo mi salud en vez de perder tú la tuya?

—¿Crees tú que me ha importado la vida una vez se hubo destruido mi felicidad? Y sin embargo, Nora... dame la explicación del enigma

Callóse, viéndose sin fuerzas para añadir una palabra más.

—Es demasiado tarde—exclamó ella con aflicción—no tiene ya remedio.

Y al decir esto puso a sollozar.

—Todo puede arreglarse—dijo él—pues para el amor, nunca es demasiado tarde

—Sí, sí; la desgracia me persigue.. ya no puedes salvarme... tú mismo lo has dicho; todo lo que habíamos ideado, está destruido. Conozco que ahora no soy digna de ti... Curt, Curt, vete, dejame .. ¡Por qué has venido!

—Para recobrar lo que un ciego dolor me había hecho perder. Mi corazón no ha encontrado descanso desde el día que viajamos juntos. ¡Y decir que ambos hemos dejado pasar aquella ocasión! Aprovechemos ahora la que se nos ofrece: es preciso que me des una explicación; no quiero que haya mas secretos entre

nosotros. Tú sabes que lo eres todo para mí, y a pesar de cuanto han hecho para romper los lazos que nos unían, a pesar del mundo, he de hacerles ver que me perteneces exclusivamente. ¡Habla, Nora, habla por Dios!

—Tú no debes ... tu no puedes... es demasiado tarde.

Al mismo tiempo sobresaltose Nora, y añadió

—Alguien se acerca... de seguro que es aquel hombre odioso... Vete, Curt, ya te lo explicare todo, pero no ahora.

—¿Por qué?—quiso preguntarle el

Pero antes de que pudiera hacer esta pregunta, llamaron a la puerta y entro Landolfo. Una risa satanica aparecio en sus labios al ver a los dos jóvenes.

—¿Usted aqui, conde Degenthal?—dijo con ironia.

—Señorita Nora, venia a buscarla para la representación; es tarde ya.

— Muchas gracias—dijo Nora con frialdad,—ya vendra a buscarme mi padre.

—Precisamente su padre es quien me envia. Si hubiese sabido que tenia una visita tan agradable, me hubiera guardado muy bien de venir a molestarla. Quizas preferiria usted no montar hoy a caballo, ¿quiere usted que lo proponga a su señor padre?

—Me basto yo para pedir a mi padre lo que quiera —dijo Nora, y despues, volviéndose al conde — Conde Degenthal, ha llegado el momento de separarnos

— Me marcho porque ha pasado el tiempo que tenia disponible, pero volvere pronto. Es preciso que tengamos una extensa explicacion, y por lo tanto volveré uno de estos días.

Landolfo rió se ironicamente, y Nora hizo como si no lo advirtiera, pues no queria tener cuestión alguna con aquel individuo, pero hizo un movimiento como si quisiera retener a Curt.

Degenthal salio precipitadamente, y para llegar mas pronto al hotel de Lilly, cogió un coche. A pesar de que no sabia nada aun, a pesar de que ninguna explicación habia mediado entre ellos, le pareció haberse quitado un gran peso del corazon. Había vuelto a ver a Nora, le habia hablado y le parecia que habían desaparecido las barreras que los separaban. Curt leyó en sus ojos que solo un destino adverso pudo obligarla a seguir aquella carrera peligrosa que ella habia considerado como un «sacrificio.» Estaba convencido de que un deber mal comprendido era el que impulso a Nora a seguir aquella senda. ¿Debía rechazarla por ello? No; en otra epoca quiso salvarla y tambien lo haría ahora; parecia que Nora estaba aun bajo su proteccion como cuando era niña. El amor le quito todos los escrúpulos, y se prometió volver al cabo de algunos dias, como lo anunciara.

Al entrar en la habitacion de su prima, hallóla conversando con un caballero grueso, en traje de viaje muy claro y un inmenso panama en la mano. Su cara curtida por el sol volviose hacia el que entraba.

— ¡Dahnow, eres tu! — exclamó Curt reconociendo a su amigo y tendiendole la mano. — ¿De dónde vienes?

— De hacer un pequeño viaje trasatlantico, que ha durado tres años, y despues de haber hablado con varias lumbreras de la ciencia a fin de sacar partido de mis extraordinarios conocimientos, he determinado venir a verte antes de volver a mi pais. Afortunadamente, he tenido la ocurrencia de venir a informarme aquí, y la condesa Lilly ha tenido la bondad de anunciarme tu presencia en su casa. Nada bueno me han contado respecto de ti; segun parecer, has estado enfermo, aunque a decir verdad te encuentro mas restablecido de lo que supone tu amable enfermera—dijo Dahnow, mirando el rostro de Curt, al que la emoción habia dado vivos colores.

—¿Tienes calentura?—dijo Lilly sorprendida del cambio verificado en la fisonomía de Curt.—Sería muy sensible que el paseo te hubiese perjudicado, pues tendría remordimientos toda mi vida.

—No te alarmes, querida prima—dijo sentándose a su lado en el sofá—precisamente has tenido una idea magnífica, y no puedes imaginarte lo agradecido que te estoy, y lo bien que me ha sentado este paseo. Querido Dahnow, no puedes figurarte la bondad que encierra el corazón de mi prima. Los hombres no comprendemos ni la bondad ni la fidelidad,* somos unos verdaderos barbaros.

Curt, al decir esto, quería referirse a la fidelidad que Lilly había guardado a Nora, a quien, gracias a ella, pudo ver de nuevo.

—No digas tonterías—interrumpió Lilly poniéndose colorada.

—Sin embargo, crea usted, condesa, que ha hablado con franqueza y sinceridad—añadió Dahnow mirándolos, y al mismo tiempo murmuró para sí —La desgracia me persigue. Vuelvo del Ecuador, después de tres años de ausencia y lo encuentro lo mismo que lo deje, esto es, ocupado en hacer una declaración amorosa. Parece que ha olvidado completamente a la pobre Nora, se conoce que la carta que le escribí, no ha producido grandes resultados. Quizas ha sido mejor así; dichoso el que es capaz de tanta filosofía. Los soñadores como el siempre deben soñar en alguien... ¿Pero qué se habra hecho Nora?

Y se quedó pensativo.

Respondiendo a la instancia de Lilly, se comprometió a ir a Gerblitz a hacerles una visita.

Curt se despidió de él diciéndole

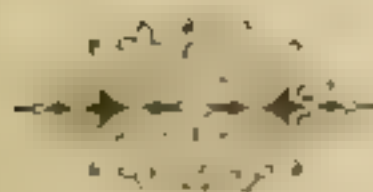
—Ven, pues tengo algo importante que comunicarte.

—¿Como si no lo hubiese adivinado! —murmuró el barón.

— Gracias a Dios que te ha probado el paseo — dijo Lilly mirando con inquietud a su primo, —tienes el aire mas animado. Hazme el favor de no hablar del objeto de nuestra excursion, y permiteme que te de las gracias por haberme acompañado.

—No, yo soy quien debo dartelas—respondio Curt. —Lo que has hecho hoy, prueba tu buen corazón; Lilly, dentro de algunos dias tambien te confiaré algo, y cuento entonces con tu bondad.

Algo mas quiso añadir, pero Lilly desapareció.





XXII

DENTRO de algunos días el hombre es aficionado a esta manera de contar el tiempo, porque tiene algo de tranquilizador, como si pudiera disponerse de él a voluntad, y no obstante, el día mas cercano es tan oscuro para nosotros como el mas lejano porvenir.

—Dentro de algunos días— repetía Nora, y aunque contestó: «es demasiado tarde», su corazón palpitaba lleno de esperanza. Había vuelto, quería volver, y aunque en un principio su voz temblara de colera

y la interrogara como un juez, el amor hab'a vencido. Sin embargo, Nora no queria esperar, decíase que seria energica y que no aceptaria sacrificio alguno de Curt, y que su felicidad habia sido destruida para siempre. Pero la fe en el porvenir es tan poderosa en los corazones juvenes, que Nora se alegraba al pensar que por fin podria abrir su corazon a Curt, y que no tendria que temer las investigaciones del joven.

—Dentro de algunos dias—repetia asimismo Curt, y rechazaba las dudas que le sugerian el temor, el orgullo y la desconfianza, una vez hubo pasado la excitacion del primer momento. Su plan estaba trazado ya—no permitiria que le arrebataran de nuevo a su amor.

—Dentro de algunos dias—decia Lilly al descansar su rubia cabeza en la almohada, mientras que su corazon se llenaba de esperanzas.—Cuando me pertenezca, le cuidare tanto, que se curara pronto, ahora ya esta mucho mejor—se dijo con orgullo.—Todas las mujeres creen encontrar la felicidad en el amor, solo que unas dicen «Cuando sera mio» y otras «Cuando sere suya», pequeña diferencia en verdad, pero harto caracteristica. Lilly era de las que comprenden la felicidad diciendo «Cuando sera mio.»

Dos dias despues del viaje de Curt y de Lilly a la capital, no se hablaba de otra cosa en ella que de un escandaloso suceso. Naturalmente, como sucede en tales casos, todos querian conocer los detalles mejor que nadie. Tratabase de personas conocidas, de las que se habia hablado mucho. Debía verificarse en el circo Carsten la funcion anunciada con tanto bombo. El publico estaba esperando que empezara el espectáculo, cuando se anuncio que la función no podia verificarse por una grave indisposicion del director. El desorden y la agitacion de los artistas, la desapari-

ción de Landolfo, que hacía mucho tiempo reemplazaba al director, y mil pequeños detalles e incidentes dieron lugar a mil suposiciones maliciosas. Pronto circulo el rumor de que Carsten habia sufrido un ataque de apoplegia, consecuencia de haber sabido que su hija habia escapado con su administrador. Esta historia tomaba un caracter mas o menos tragico, segun el grupo en que se discutia: unos decian que no era la hija sino la esposa del director la que se habia fugado, pero esta variante no encontraba mucho crédito, visto que madama Carsten era una belleza agostada, mientras que Nora y Landolfo estaban en la flor de la juventud. La prensa relato la historia con todos sus detalles, y no se comprendia la causa de la fuga, puesto que nada se oponia a su union. Posteriormente se dijo que el administrador habia abusado de la confianza que en el tenia el director, y habia cometido algunas defraudaciones. Algunos de los concurrentes asiduos del Circo, se dirigieron a la fonda donde vivia Carsten y su familia para obtener mas detalles; pero sus pasos fueron inútiles, pues la familia no recibia a nadie. Supose, sin embargo, que el médico habia juzgado muy grave el estado del enfermo; el mayordomo solo pudo decir que en los ultimos tiempos ocurrieron disputas de familia, y una de las camareras presenciò una escena violenta entre el director y su hija. Finalmente, el portero explicò que una de las señoras, en traje de viaje, entro en un coche con Landolfo, pero que esto no le llamo la atención, pues no era la primera vez que sucedia. Por la tarde, el director se sintió indispuesto y llamaron al medico. Esto es todo lo que podian decir, pues ni siquiera los criados de la fonda eran admitidos en las habitaciones del director. Por otra parte, nadie se habia cuidado de perseguir a los fugitivos. Las ultimas noticias procedentes del medico eran de que la

esposa y no la hija fue quien se habia fugado; pero esto no podia admitirse, pues no era concebible que abandonara a su hijo, niño de pocos años.

Esta historia hubiera sido olvidada pronto, como lo son las noticias de sensacion publicadas por los periodicos, si de repente no se hubiesen publicado detalles que interesaban a la alta sociedad. Uno de los periodicos mas importantes hablaba sin embozo de las relaciones romanticas que existian hacia tres años entre la bella Nora y un conde austriaco, cuyo nombre se dejaba comprender. El noticiero parecia bien enterado del asunto: decia que el padre de Nora habia favorecido aquellos amores, a pesar de la oposicion de la familia D^{...}, que se habia esforzado en arrancar al joven conde de las garras de aquellos saltimbanquis, mandandolo al extranjero con una mision diplomatica. El director Carsten habia hecho lo posible para comprometer al joven favoreciendo las entrevistas de ambos, pero habiendose negado terminantemente la familia D^{...} en consentir en el enlace, el director obligó a su hija a que tomara parte en las funciones del circo. No se sabe si por culpa de la infidelidad del conde ó por ligereza de la joven, ésta hizo caso del administrador de su padre, y contrajo un matrimonio secreto con él. Pasados algunos años, presentose de nuevo el conde para reclamar el premio de su constancia. Carsten, deseoso de que su hija se enlazara con familia tan aristocratica, riñó con Landolfo y le dió el despido; pero este, valiéndose de sus derechos, arrebató a la fuerza a su esposa, sin preocuparse del consentimiento de Nora.

Historia tan confusa, y en la que iba mezclado el nombre de una de las mejores familias de la nobleza, fue pasto de las conversaciones durante muchos dias, dando lugar a toda clase de conjeturas, de comentarios, de calumnias, de habladurias, etc. Entonces se

comprendió la desaparición y la reaparición del conde y los rumores que en otra época habían corrido á orillas del Rhin. Las madres que habían querido enlazar sus hijas con el conde, comprendían ahora su actitud reservada; las jóvenes a las que se les había citado a Curt como modelo, reían de su decepción y se burlaban de la pobre Nora; y los ancianos se preguntaban que era lo que podía esperarse de la nueva generación, cuando un joven perteneciente a la alta nobleza se habla comprometido de aquel modo. El mundo toma a menudo las cosas a la ligera, y se muestra benevolo mientras ignora la verdad, pero se venga con tanto mayor encono cuando descubre un secreto. Decíase que su madre era digna de compasión, y hasta los mas incredulos empezaban a sospechar que había algo de verdad en todo aquello.

En el círculo de la familia, en Gœrhlitz, aquella historia hizo el efecto de un rayo. La condesa habla leído en su periodico la fuga de Landolfo y de Nora, y sin demostrar sorpresa la paso a Lilly

—Espero que esto te servira de lección, y que otra vez no tendras tan buena opinión de Nora.

—Lo que dice aquí no es verdad; Nora es demasiado buena y demasiado religiosa para haber hecho esto. Lo niego rotundamente.

—Querida niña, los años pasan y todo cambia con el tiempo.

—Pero Nora no ha cambiado—exclamó Lilly;—su padre la ha obligado a seguir su profesion, y se que esto le ha costado muchas lagrimas.

—¿Y cómo sabes todo esto?—dijo la condesa mirandola con severidad.

Lilly se puso colorada, pero levantando la vista y fijándola á su vez en su tía dijo:

—Porque he vuelto a verla apenas hace ocho dias. Unicamente para visitarla, salí el otro dia con Curt.

— ¡Con Curt! ¿te ha acompañado el a verla?— dijo la condesa sin aliento.

Lilly vacilo algo al ver la angustia de su tia.

— No he ido con Curt, le pedi solo que me acompañase para no confiar mi proyecto a la señorita Richthoven. Solo despues de haber hecho la visita, dije a Curt a quien habia visto, y no me contesto otra cosa sino que habia obrado muy bien.

— ¿Es decir que el no la vió?— dijo la condesa en tono mas amable.

— Me acompañó hasta la puerta de la fonda sin saber dònde iba.

La condesa no replicó nada. ¿Tenia razon el capellan al decir que todas sus precauciones serian superfluas? Sin embargo, se dijo, no puedo evitar que mi hijo sepa esto, pues si bien hubiese querido impedir todo recuerdo de lo pasado, creo que en la ocasión presente mejor es abrirle los ojos, así fue que mando el periódico a la habitacion de su hijo con la seguridad de que lo leería inmediatamente.

Intil seria explicar lo que sufrió Curt al leer aquella noticia, cuando hac a poco que habia gozado un momento de paz y de felicidad. Miró el periódico y sus labios se crisparon, no supo decir como Lilly «esto no es verdad,» pues su confianza en Nora habia pasado por sendas pruebas, y durante mucho tiempo habia dudado de su amor. En un instante, levantose ante el el fantasma de una nueva traición, y esto en el preciso momento en que su corazon nutría una nueva fe y una nueva esperanza. ¡Pobre Curt!

Le habian hecho traicion por segunda vez. ¿Era esta la solucion del enigma? ¿Era esta la contestación a su pregunta? «Es demasiado tarde, demasiado tarde», estas eran las unicas palabras que habia oído a Nora. ¿Era este el motivo porque era demasiado tarde? Con sus propios ojos habia visto entrar aquel individuo,

que sin duda tenía derecho para ello, había visto su mirada irónica, su fría sonrisa y la fisonomía pálida y temblorosa de la pobre Nora. Ahora lo veía todo claro.

¡Pobre Curt, que acababa de abandonarse de nuevo a toda la violencia de su pasión! El, que había jurado realzar a la joven como se realza una joya, una joya que conserva siempre su valor aunque caiga en manos del vulgo. El, que por segunda vez había renunciado por ella a sus principios acerca de la jerarquía social, exponiéndose a ser objeto de burla para la sociedad, y todo ¿por qué? porque creía a Nora digna de cualquier sacrificio, y por segunda vez era víctima de una traición miserable. La única idea que se presentaba clara a su mente era la necesidad de ocultar su afrenta y su pesar. Le parecía que cualquiera podía leer en su frente lo que había sufrido su corazón, y que todos tenían derecho a reírse de su credulidad y de su debilidad. La mirada de su madre era la que temía más.

Cuando la condesa preguntó por él, Curt no se hallaba ya en Gœrhitz. Uno de los criados le dijo que el joven donde había tenido que ausentarse por un asunto urgente y que no volvería hasta pasados algunos días. La condesa temió de nuevo haber obrado con demasiada precipitación, y Lilly también se quedó pensativa, como si hubiese adivinado la causa de la marcha de su primo.

Una prueba más dura aguardaba a la condesa. El ex-diplomático se presentó repentinamente en Gœrhitz y pidió una conferencia particular con la condesa. El anciano continuaba aficionado a la actividad y a ocuparse de los asuntos difíciles. El artículo que había arrastrado por el lodo el nombre de Degenthal, le había causado mucha pena, y como amigo y consejero de la condesa deseaba hablar con ella de aquel asunto. La condesa se exasperó al oír las palabras del diplomático; y al leer el artículo del periódico, hubiera que-

rido responder con una negativa rotunda; pero después de lo que le había dicho Lilly, no podía negar que su hijo había estado en la capital aquel día, y que a la primera noticia del suceso se había marchado sin que se supiera donde. Quizas las cosas estaban mas complicadas aún de lo que ella suponía, pues entonces le parec a posible todo. El anciano quedóse pensativo; como buen amigo de la familia, hubiera querido quitar importancia al escandalo y arreglar las cosas de un modo favorable, pero el conde Curt había sido muy imprudente.

—He aquí las consecuencias de los pasos inconsiderados de los jóvenes independientes—dijo la condesa aquella misma tarde a Lilly, tratando de desahogar su mal humor.

Contóle entonces las últimas noticias y le dió a leer los periodicos, y en la amargura de su dolor no hizo gracia de detalle alguno, sin tener en cuenta los sentimientos de Lilly, que escuchaba tranquilamente a su tía.

—Todo esto no es verdad—dijo finalmente Lilly;—ni Curt ni Nora son capaces de obrar así, y se ve bien claro que el artículo ha sido escrito por alguien que quiere perjudicarles.

—Dios te bendiga—exclamo la condesa, a quien exasperaba la calma de Lilly.

La condesa creía conocer mejor el mundo y los hombres, y decía que todo aquello era posible. Pero por primera vez en su vida no supo qué hacer.

Lilly reflexionó largo rato. Sabía que Curt quería a Nora, y aquel era el motivo de que tuviera tal pesar y hubiese estado enfermo. Nora era tan hermosa y tan buena a los ojos de Lilly, que esta comprendió perfectamente el desconsuelo de Curt. Ahora es completamente imposible que se case con ella y quizas por esto se había marchado. Determinó consultar con

el capellan para saber qué era lo que podría hacerse. Él conocía a ambos, estaba enterado de su historia y sabía que, desde su vuelta, Curt no había abandonado a Goerhlitz y, por consiguiente, el artículo del periodico no decía la verdad. Resolvió pues escribir al capellan a fin de que él lo arreglara del mejor modo posible. Con el instinto de un corazón que ama, había adivinado que Curt había buscado la soledad, queriendo ocultarse a la mirada del mundo, despues de lo que había pasado.—Yo hubiera obrado del mismo modo, se dijo Lilly, alegrándose a la idea de que Curt había querido confiárselo todo.

Escribió, pues, al capellan, mandandole ademas el periodico y las cartas que se habían recibido para Curt, y cuando su carta hubo partido, la tranquilidad reinó nuevamente en su espíritu, a pesar de que temia aún que Curt se marchara de nuevo a pais extranjero.

El amor de Lilly había acertado.

Como el ciervo herido se retira a la espesura, así Curt había ido a refugiarse a la casa paterna, cuya soledad le atrajo. A su paso por la capital, se preguntó si debía hacer algunas investigaciones; sin embargo, la noticia había sido dada con mucha precisión, y Nora era una persona harto conocida para que se la confundiera con otra. El corazón de Curt deseaba saber la verdad por otros conductos, pero sus ojos habían leído la fatal noticia y ademas había oído «el demasiado tarde» de Nora. Lo que él había tomado por amor, por fidelidad, no había sido mas que arrepentimiento, la última chispa del amor pasado.—Demasiado pronto me ha dado la explicacion pedida—se dijo Curt con una amarga sonrisa en los labios; y continuó su camino.

Los criados se quedaron sorprendidos al ver llegar solo al joven conde. La única explicacion que dió de su llegada, fué que quería evitar toda clase de fiesta y

algazara. El capellan preocupóse asimismo, pero la carta de Lilly le explicó pronto el enigma; lo mismo que ella, no creia una sola palabra de lo que se decia, pero conocia el mundo lo suficiente para saber cuales serian las consecuencias de aquel escandalo que debía producir una impresion penosa difícil de borrar. El digno sacerdote se decidió a abandonar su silencio y entro en la habitacion de Curt, que encontro como de costumbre en actitud meditabunda. El capellan le entregó las cartas que le mandaban de Gerhlitz, y Curt las dejó a un lado con aire indiferente, guardando sólo una en cuyo sobre reconoció la letra de Dahnow. Al propio tiempo miró con aire inquieto al sacerdote, pues le pareció leer algo extraordinario en su fisonomía. El capellan, sin decirle una palabra, le entregó el artículo del periódico y la carta de Lilly, pues creyó que aquella era el mejor medio para calmarle. Curt echó una mirada al periódico y la copa de la amargura demasiado llena rebosó, dando lugar a un acceso de colera raro en su temperamento. Cogió el periódico, lo estrujo, y después de pisotearlo dijo lleno de ira:

— Me esta muy bien, el que se acerca al carbón, se tizna las manos. En mi locura tome un leño carcomido por una piedra preciosa. Me esta muy bien, el que trata con la canalla, debe ser considerado como canalla. Y todo por un par de ojos hermosos. Vamos, capellan, burlese usted de mí, riase usted de mí como de seguro lo hace todo el mundo. Pero no se ría usted, capellan, pues tambien usted ha sido engañado; no hace mucho que hablaba usted de aprecio, de consideración...

Y se echó á reir como un loco.

—Curt—dijo el capellan—¿que hay de verdad en esto? ¿Ha vuelto usted a ver a Nora ó no?... Declaro que la pobre joven es tan inocente como usted mismo.

—¡Inocente, cuando ella misma me ha dicho que era demasiado tarde!

—¿Es decir que la ha vuelto usted a ver?

—Sí, la ví poco despues que Lilly. Quise saber si la había juzgado mal; he querido salvarla si era tiempo aún. En aquel momento lo hubiera aceptado todo, pues me parecía pura é inocente. ¡Oh Dios mío! ¡cuan insensato fui en quererla tanto!—añadió con acento de dolor.

—¿Y aquel individuo le encontró a usted allí?—dijo con dulzura el capellan.—Entonces todo se explica. Este artículo ha sido escrito por una mano malevola, inspirada por los celos. Dígame usted, Curt, ¿cómo la encontró usted?

Curt le contó brevemente lo que había pasado en su entrevista.

—¿Ella misma le dijo a usted que era demasiado tarde? ¿Le prometio a usted una explicacion y le dejó partir? Mucho ha debido sufrir la pobre chica en la entrevista.

—Todo era fingimiento—exclamo Curt con amargura.—Ha desempeñado muy bien su papel, mi madre tenía razon en decir que su educacion solo le serviría para ser mas intrigante.

—No sea usted injusto. Sea usted mas comedido en su odio que lo fue en su amor—añadió con severidad el capellan —difícilmente podemos apreciar los hechos desde aquí; muchas veces nos equivocamos creyendo juzgar racionalmente.

El capellan no dijo nada mas, pues ni quería reanimar el amor que notaba aún en el corazón de Curt, ni envenenar su justa cólera.

—Lea usted esta carta de su prima—dijo despues de un momento de silencio.—Luego trataremos de lo que hay que hacer para rechazar estas calumnias.

—He aquí mi reputacion perdida—dijo Curt en un nuevo acceso de cólera.

Un hombre difícilmente aguanta una injuria por insignificante que sea, y por otra parte Curt conocía demasiado la sociedad para ignorar la molestia que experimentaría y de la manera que en lo porvenir le juzgarían sus iguales.

—¡Pobre madre mia!—exclamó con el acento del dolor y del orgullo herido.—He aquí lo que he ganado no siguiendo tus consejos.

—Solo es usted culpable de haber dado oídos a calumnias—añadió tranquilamente el capellán.—Durante cierto tiempo no vaya usted a la capital, excusándose con su estado enfermizo, y pronto se olvidarán estas habladurias como se olvida todo con el tiempo. Por mi parte, dare algunos pasos y probaré que todos los hechos narrados en el periódico son falsedades. Tengo la seguridad completa de que el individuo que vio usted al final de su conversación con Nora, es el autor de este artículo. ¡Pobre joven!

El capellán dió un profundo suspiro pensando en las circunstancias que le había proporcionado un destino tan adverso, habiendo entrado en la vida bajo tan favorables auspicios. A pesar de todo, fundaba grandes esperanzas en la confianza que la joven tenía en él y en el motivo puro y desinteresado que le había decidido a entrar en aquella vida tan odiada, sabía el sacrificio que había sido para ella el tomar aquella decisión, y se decía que un sacrificio voluntario de aquella naturaleza no podía ser debido a un corazón depravado. Estaba persuadido de que todas las relaciones que se hacían de aquel hecho no eran mas que falsedades. Existen senderos oscuros que parece separan de la felicidad terrenal, pero si no conducen a aquel fin, guían a la salud eterna.

—Sea cual fuere el sendero, las flores de Dios en todas partes crecen—se decía a si mismo.

Curt continuaba combatiendo con encontrados sen-

timientos, luchando unas veces con su corazón y dudando otras. ; Pensaba por una parte en la afección que Nora había tenido por él en otra época ó en la inocencia y pureza que respiraban las palabras que le había dirigido la joven en su última entrevista; entonces le asaltaba el temor de equivocarse. Sin embargo, su decisión estaba tomada; quería alimentar su resentimiento y libertar así su corazón



Tomó la carta de su prima, y leyendola, notó mas el sentimiento de que estaban impregnadas aquellas líneas y que hacia largo tiempo le era conocido «Aque-lla por quien me sacrifique, se dijo, sólo me ha dado desengaños, ingratitud é inconstancia, mientras que encontraba todo lo contrario en aquella en quien apenas había fijado la atención.» La imagen de su prima presentose afectuosa al espíritu de Curt, aquella vida dulce y tranquila, aquel pasado sin tacha comparados con la vida tempestuosa de la otra, con aquella agitación, cuyo final debía ser la perdición, ofrecia un notable contraste. Curt estaba fatigado de aquella lucha

continua y tenía ganas de entrar en el puerto donde pudiera gozar de un descanso relativo, sin decepciones...

Maquinalmente abrió la carta de Dahnow, que, con gran sorpresa, vio que estaba fechada en el Norte de Alemania:

«Estas líneas (escribía su amigo) me excusarán de no haber cumplido mi promesa de ir a veros. Hazme el favor de transmitir mis excusas a tu preciosa prima, aunque supongo que no os habreis apercibido de mi ausencia, pues si no me engaño, os hallais en aquella disposicion de espíritu en que a uno no le hacen falta semejantes visitas. Permiteme que, a título de antiguo amigo sea el primero en felicitarte sinceramente. Cuando se presume que un hombre tiene todas las garantías para ser feliz, aquel es el momento oportuno de felicitarle. Y no se puede dudar que vosotros seréis felices. Aplaudo tu decision, porque la vida es muy triste cuando no se pueden atenuar los disgustos que nos ocasionan, y gozar las alegrías que nos ofrecen. Aguardando que me anuncies oficialmente la noticia y asegurandote que me intereso vivamente por todo lo que a ti se refiere, me repito tuyo afectísimo.—*Dahnow.*»

La carta fue como el complemento de las ideas de Curt. Delante de él se presentaba una perspectiva risueña, pues sabía que Lilly no vacilaría; por otra parte, sus esponsales con Lilly serian la contestación mas categorica a los rumores que circulaban sobre él.

Durante la noche Curt reflexiono sobre ello, y al día siguiente el capellan recibió de manos del ayuda de camara del conde, un billete que decia lo siguiente:

«Salgo para Gærhlitz... quizás después iré al extranjero, pero esto se ha de decidir en Gærhlitz. En todo caso, recibira usted noticias mias dentro de pocos días. Ruegue usted por mí.—D.»



XXIII

MIENTRAS tenían lugar estos acontecimientos, una joven palida estaba sentada a la cabecera de la cama de su padre, tendido sin conocimiento a consecuencia de un ataque cerebral, y solo se movía a intervalos para ir a consolar a un niño de corta edad que se hallaba en una habitación vecina y que no cesaba de gritar :

—¿Cuándo volverá mamá?

Nora había tenido un presentimiento de la catástrofe: había visto los preliminares y había comprendido en seguida el juego criminal del culpable: ligereza y pasión por un lado y por el otro el vil cálculo y una ruin venganza.

Landolfo no había podido realizar su plan de casarse con Nora para ser el yerno y el heredero de Carsten, gracias a las negativas reiteradas y energicas de la joven. Nora solo tenía una imagen en su corazón, y por otra parte sentía una antipatía invencible por Landolfo, pues estaba convencida que a las intrigas de aquel individuo se debía el que se hubiese visto obligada a aquel oficio. Habiendo fracasado su proyecto, Landolfo odiaba no solo a Nora, si que también al director, que suponía de acuerdo con su hija, pues esta, amenazando a su padre con no montar más a caballo, obtuvo de él que prohibiera a Landolfo que siguiera importunándola. El administrador, para mortificar a Nora, empezó a hacer la corte a la esposa del director, y esta, coqueta como era, se sintió muy orgullosa de haber arrebatado una conquista a su hijastra. Por otra parte, madama Carsten estaba fatigada de la vida uniforme y monótona que llevaba, pues había cesado el lujo que desplegara en un principio, los reveses de fortuna la habían obligado a vivir modestamente, con mucha economía, y la directora se indemnizaba volviendo a la libertad de costumbres de su juventud. Landolfo formó entonces un nuevo plan de intrigas, pues sabía que conquistando a la directora, esta sería un instrumento dócil en sus manos.

Carsten, absorbido por los negocios, no vió nada, por otra parte. Landolfo había establecido sus baterías con mucha habilidad, estimulando la pasión del director por las bebidas fuertes. Hacía mucho tiempo que la dirección de los negocios estaba en manos de

Landolfo, en quien Carsten tenía absoluta confianza a pesar de las advertencias de Nora y de varios miembros de la compañía.

Las alusiones que hizo Nora al hablar con el capellán, se referían todas a aquellos hechos que aumentaban la repugnancia que le causaba su profesión. Viendo que su padre no le atendía a pesar de sus advertencias para que vigilara a Landolfo, sino que, por el contrario, sus avisos solo servían para dar lugar a querellas de familia, la pobre Nora se resignó a cerrar los ojos y dejar que las cosas siguieran su triste curso.

La realización del plan de Landolfo se precipitó gracias á la reaparición de Curt. Las palabras que este último había pronunciado, hicieron sospechar a Landolfo que iba a producir una crisis de familia y consideró perdidas las esperanzas que había fundado en el tiempo; escuchando solo su odio y sus intereses, y creyendo que las irregularidades que había cometido no podían permanecer ocultas mucho tiempo, creyó que la mejor manera de evitar su castigo era arrebatár la esposa del director, pues conocía el orgullo de Carsten y sabía que todo lo soportaría antes que consentir que la justicia se ocupase en un asunto privado de familia. Poco le costó convencer a la esposa culpable, y después de haber cogido todo el dinero que pudieron, se escaparon, no sin que antes Landolfo diera a luz falsas noticias cambiando el nombre de las personas, y también su mano escribió el famoso artículo que tanto daño produjo.

Nora había tenido aquel día una violenta escena con su padre, que supo por Landolfo la visita de Curt, y la emoción le impidió presentarse al público, viniendo su ausencia a confirmar los rumores. Al caer de la tarde, hallabase en su habitación, cuando oyó un gran ruido en el cuarto contiguo; dirigióse allí asustada y encontró a su padre tendido en el suelo sin conocimiento y

con una carta en la mano. Habia ido a buscar a su esposa para la representacion, y el portero le dijo que una de los señoras ya habia salido en coche con Lan-



dolfo. Sorprendido dirigióse a la habitación de madama Carsten y allí encontró al niño que dormía tranquilamente, pero no a su esposa, mientras que los cajones y los armarios estaban abiertos y vacíos. De repente sus ojos se fijaron en una carta que se hallaba colocada en la mesa de modo que llamara la atención, cogióla y leyó que como su corazón no podía soportar el abandono en que la tenía, se arrojaba en brazos de un verdadero amor, la cadena que le había impuesto, oprimía su talento de artista y quería ir donde fue-

se apreciada en su valor ;... que podía guardar el niño y darle todo lo que se había olvidado de dar a la madre. El director apenas pudo leer la carta, pero una



Mariano F. S.

cosa aparecía clara y es que le habían hecho traición. Sobrevinóle entonces un nuevo ataque nervioso y en aquel estado le encontro su hija.

Nora comprendió en seguida lo que había pasado, y antes de pedir auxilio destruyó el fatal billete, causa

primera del accidente de su padre. Creyendo que la crisis sería pasajera, no dejó entrar a nadie cerca del enfermo, excepto a la anciana criada y al médico, y solo al ver la fisonomía inquieta de este comprendió toda la extensión de su desgracia.

Los primeros días se pasaron en cruel expectación, y Nora rodeó a su padre de solícitos cuidados, pero su amor filial no pudo impedir los resultados materiales de la catástrofe. La enfermedad de Carsten y la desaparición de Landolfo desorganizaron completamente la compañía; y Nora, para impedir algo el desorden, anunció la enfermedad de su padre y confió en su nombre la administración de los negocios al individuo más antiguo de la compañía. Pero el director interino pronto se vió rodeado de dificultades, pues se hicieron evidentes los desfalcos de Landolfo y el descontento y la desconfianza se introdujeron en la compañía, a cuyos individuos se pagaban los sueldos **con mucha irregularidad.**

Nora, por su parte, se hallaba muy apurada, pues se sentía incapaz de sobrellevar aquella carga, previendo una catástrofe inminente. A pesar de todo, no olvidaba la promesa que se le había hecho: «Dentro de algunos días», y sin embargo ya habían transcurrido muchos y no había recibido noticia alguna, pero era posible que le hubiese mandado algún mensaje que no hubiese llegado a sus manos a causa del desorden que había a su alrededor. Pidió a la camarera las tarjetas de los que habían ido a informarse, pero solo leyó nombres indiferentes. Por un momento pensó en dirigirse al capellán, pero su altivez la retuvo, pues quería evitar el menor paso que pudiera acercarle a la familia Degenthal. Un día latió su corazón de contento cuando le anunciaron una visita, pero pronto se desengañó leyendo en la tarjeta otro nombre del que esperaba.

«Baron Dahnow!». Nora tuvo que hacer un esfuer-

zo de memoria para acordarse del grueso baron de Mecklemburgo, y casi estuvo a punto de negarse a recibirle, pero cambió de modo de pensar al leer en la tarjeta algunas líneas escritas con lapiz: «Si la señorita Nora tiene necesidad de consejos y apoyo, un antiguo conocido se atreve a ofrecerle sus servicios.»

Aunque había experimentado un desengaño, aquellas palabras llegaron a su corazón; pues Nora tenía necesidad de apoyo. Hallose ya medio tranquilizada al ver a su lado a aquel hombre robusto, cuya frente severa indicaba gran energía, capaz de resistir todas las complicaciones y de hacer frente a todas las intrigas, y cuyos ojos penetrantes parecían tener el don de atravesar todos los laberintos. Nora estaba tan preocupada, que no reparó en la emoción que agitaba la fisonomía de Dahnow, que ordinariamente era la misma calma. A la pregunta de Nora acerca de la manera cómo había sabido las dificultades que la abrumaban, contestó diciendo que se había enterado de la grave enfermedad del señor Carsten y que había querido cumplir su deber de amigo poniéndose a la disposición de la joven. Difícil le hubiera sido exponer el verdadero motivo de su visita; los diarios del Norte le dieron las últimas noticias sobre Nora en el preciso momento en que preguntaba qué había sido de ella, no sabiendo qué era lo que entre la joven y Curt había pasado.

La relación de los últimos sucesos le sorprendió mucho y produjo grande agitación en aquella naturaleza ordinariamente tan tranquila; y aunque la cosa le parecía inexplicable, estaba convencido de que Nora era inocente, calificó de «soberana mentira» la fuga de la joven y se decidió a ir a W.... para hacer investigaciones. Con la perspicacia y la perseverancia que le eran características, supo el verdadero estado de las cosas y se alegró en silencio

Sentado al lado de Nora, se hizo dar una corta explicación del estado de los negocios y prometió a la joven ponerse en relaciones con un abogado hábil para arreglarlo todo.

Nora le dijo con voz temblorosa:

—Sobre todo, que el mundo no se entere de estos sucesos.

Y al ver la cara sorprendida de Dahnow, añadió:

—¿Es que el mundo está ya enterado de lo sucedido?

Dahnow excusó la publicidad con la gran fama de su padre.

—¿Pero que es lo que se dice?

—Se han confundido las personas. Se ha creído... como había el niño de por medio...

—¡Oh Dios mío—dijo Nora,—se ha creído quizás que era yo!

—Las noticias de los periódicos son tan engañadoras...

—Es preciso que se rectifique la noticia — dijo Nora con desesperación—, pero ya no servirá de nada!

—Hare todo lo que pueda para que la verdad triunfe — dijo Dahnow,—procurare que su nombre de usted quede libre de toda mancha.

Y cumplió su palabra. Pocos días después todos los periódicos dieron una explicación clara y precisa, hablando de la presencia de Nora a la cabecera de la cama de su padre. Pero Nora tenía razón: ¿de que servía ya una rectificación que todo el mundo leía con indiferencia?

Poco importaba ya al público que fuera la esposa ó la hija del director la que se había fugado, pues la novedad de la historia había pasado ya. En Gærhlitz no se leían ya los periódicos por miedo de encontrar en ellos otra noticia desagradable y se evitaba con cuidado todo lo que podía hacer referencia a los recientes

episodios. Además, todos estaban ocupados en un suceso de familia algo inesperado, sobre todo por parte de la condesa.

La figura de Lilly resplandecía de gozo, pues aquel día se habían celebrado sus esponsales con su primo Curt y no les faltaban felicitaciones a pesar de que en voz baja se murmuraba de aquel suceso.

Dahnow tomó a pechos los intereses de Nora y le aconsejó que liquidara el haber de su padre y se pusiera el producto a manos de un tutor. La enfermedad de Carsten parecía querer prolongarse y Dahnow creyó que lo mas sencillo era trasladarlo a la capital del Norte de Alemania. Nora fué de su opinión, pues si bien en un principio había pensado que su hermano continuara el negocio de su padre, tuvo que renunciar a aquella idea en atención a los muchos años que había que esperar, atendida la corta edad del niño.

Nora se encontró libre mas pronto de lo que hubiera podido creer nunca y solo sentia una cosa y era abandonar a W..... en donde lo había visto por ultima vez y le había prometido que volvería. Tenía necesidad de volverle a ver y quería explicarle lo que una vez le había dicho en la carta que el le devolvió desde Oriente. Nora buscó la carta y la puso en sitio que fuera facil dar con ella...

Hacia muchos días que la carta había sido colocada en aquel sitio y Curt no se presentaba. Nora tuvo terribles presentimientos. ¿Quizas sus palabras le habían lastimado? ¿Habrían llegado a sus oídos aquellas horribles calumnias?

Nora continuaba esperando y así se pasaron varias semanas. Dahnow la visitaba casi cada día; pero a pesar de saber su amistad con los Degenthal, nunca se atrevió a preguntarla. Por fin, un día, cuando Dahnow

se presentó para acordar el día de la marcha, Nora le hizo temblando la pregunta.

—¿Hace mucho tiempo que no ha tenido usted noticias del conde Curt Degenthal?

El joven palideció; hacia muchas semanas que esperaba y temía aquella pregunta; pero afectando asimismo indiferencia, dijo que Degenthal estaba bueno, que hacia poco tiempo le había visto y le había encontrado perfectamente restablecido. Se creía que una corta residencia en el mediodía le robustecería, y por esto iba a partir con su joven esposa, pues estaba a punto de casarse con su prima.

¡Ya estaba dicho! La frente del barón estaba llena de un sudor frío y su mirada fija en el suelo para no encontrar la de su interlocutora. Esta no dijo una palabra ni exhaló un suspiro. Reinó luego profundo silencio.

Al cabo de un rato, dijo Nora

—Es preciso que vaya al lado de mi padre.

Y al decir esto sus ojos brillaban de una manera extraña, estaba livida y temblaban sus labios. Quiso marchar y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. Dahnow se levantó precipitadamente para sostenerla, pero ella le dijo:

—No es nada... Las vigiliass me han fatigado un poco. Dahnow la miró silenciosamente.

—Baron—dijo ella—dígame usted la verdad, ¿podían creerse aquellos falsos rumores?...

—Todo ha pasado de manera que podía tomarse por la realidad.

—Pero usted—añadió Nora con impaciencia—¿como sabía usted que aquellos rumores eran falsos?

—Sencillamente porque la conocia a usted—dijo Dahnow con voz temblorosa.

Y cogió el sombrero marchandose precipitadamente Nora apenas advirtió la salida de Dahnow.

—Simplemente porque la conocía—se repetía a sí misma.—Y el lo había creído todo—exclamó llorando.

Con la ingratitud natural en un corazón ocupado sólo en su amor, no se acordó ni un momento del que tenía en ella tan noble confianza, pensando sólo en el que era causa de sus sufrimientos.

—Lo ha creído todo.. Quisiera morirme...

El barón Dahnnow se paseaba aún al anochecer, y debía tener mucho calor interiormente, pues no advertía lo frío que era el relente.

—¡Le ama aun!—se decía repetidas veces.—Le ama hoy y le amara aunque la abandone veinte veces. ¿No lo he dicho y repetido que la haría desgraciada? Pero precisamente las muchachas se enamoran de estos que hoy se apasionan por una cosa y mañana por otra; como si supiera esta clase de gente lo que es amor.

El barón se retiró a su casa para descansar, pero por mas que hizo no pudo tranquilizarse ni dormir, así fué que cogió su poeta favorito, Goethe, y se abismó tanto en la lectura, que las velas estaban casi consumidas. Finalmente, después de hojear mucho, paróse en «Goetz de Berlichingen». «Una muchacha que ha tenido un amor desgraciado, acepta con facilidad una proposición de casamiento;» esto hace decir el gran poeta al aspero Liakingen de su dulce María, con mayor sentido practico que concepción ideal.

¿Había estado buscando Dahnnow aquella cita? Como si ya hubiese leído bastante, dejó caer el libro y cerró los ojos. Su sueño debió ser feliz, pues sus labios sonreían mientras dormía.





XXIV

NORA sintió mas aquel desengaño que el sacrificio anterior, pues de una renuncia voluntaria a que se le hubiese olvidado completamente y aun se hubiese sustituido su amor por otro, mediaba gran distancia. Afortunadamente, estaba muy ocupada al lado de su padre, que era una verdadera ruina, con imposibilidad absoluta de sus miembros, y pensando y hablando con extrema dificultad.

En una de sus horas libres escribió a la religiosa
«Ahora envidio la paz de que gozan ustedes. ¿Qué he hecho yo para que mi amor me cause solo penas y

mi sacrificio, que me lo costo todo, nada haya salvado? De buena gana iría ahora a enterrar mi corazón entre ustedes, para que nadie notara que vivía aún.»

La madre Sibila le contestó inmediatamente

«Hija mia, un convento no es un cementerio, y para renunciar a todo se necesita un corazón vivaz y energético. Así como en otro tiempo no quisiste quedarte con nosotras, ahora yo no te admitiría si quisieras venir.

«¿No escogiste la lucha? ¿No preferiste el amor? Hoy como entonces no repruebo tu elección, pues el hombre tiene derecho a los goces y las penas de la vida, y tenías derecho a combatir por lo que tu corazón deseaba. Pero tu ya sabías que debías sostener grandes luchas y que el resultado era dudoso. Aceptaste el amor con los dolores que le acompañan. ¿De qué te quejas pues ahora? ¿Ha estado el Señor severo contigo? Te ha hecho probar las diferentes fases de la vida; te ha dejado disfrutar del amor. ¿Has olvidado ya las horas que te parecieron llenas de felicidad? Hoy mismo en medio de tu profundo dolor te pregunto ¿Querías borrar de tu vida aquella época? ¿Querías no haber sentido lo que sentiste?

«Niña! mucho mas podías haber sufrido en las tempestades de la vida. Da gracias al Señor que ha dejado la bondad en tu alma. Si a ello contribuyó tu amor terrenal, yo me alegro que lo hayas sentido y sé por que te ha sido enviado, así como tú algún día comprenderas por qué se te exigió su sacrificio. Ve en todo la mano de Dios que esta encima de ambos. Despues de las muchas pruebas que has tenido de su fidelidad, ¿por qué quieres acusarle ahora? Cree que es un acto de la Providencia que esta por encima de la voluntad humana. A los ojos de Dios son muy poca cosa las pasiones humanas, y, por consiguiente, no hemos de creer que su satisfacción es el unico objeto de la vida.»

En ese estado pasó el invierno, y Nora no se opuso ya a trasladarse al Norte, pero el director no se hallaba aún en situación de emprender el viaje. Dahnow estaba ya en la capital a fin de liquidarlo todo y preparar la vivienda de Carsten. Seguía activa correspondencia con Nora, so pretexto de consultarla, y la pobre joven, en su soledad, hallaba un verdadero consuelo en las cartas del barón.

Había empezado ya la primavera, cuando se hizo el traslado. Dahnow alquiló una quinta a las puertas de la capital, y su espíritu práctico había hecho todo lo posible para que pudiera vivirse en ella cómodamente. En el semblante de Nora brilló un rayo de alegría cuando vió su nueva habitación, en la que sabía no debía penetrar ningún elemento extraño. El director por su parte apenas pareció notar el cambio, pues si bien se hallaba restablecido hasta el punto de haber recuperado los movimientos, su inteligencia se hallaba aún oscurecida. Tranquilo y silencioso, pasaba largas horas sin moverse, ó bien se dedicaba al cultivo del jardincito, ocupación que parecía causarle gran placer. Nunca hablaba de los últimos sucesos, y cuando Nora le habló con grandes precauciones de la disolución de la compañía, contestóle únicamente:

— Elena lo ha deseado siempre.

Muchas veces su espíritu retrocedía á aquellos tiempos, y hablaba con Nora como si fuera su madre.

Nunca nombraba a su segunda mujer y tampoco preguntaba por el chiquillo.

El barón Dahnow, que no perdonaba medio de hacer llevadera su suerte a Nora, le conservó el caballo que estaba acostumbrada a montar, y aunque ella quiso que se vendiera para ahorrar su manutención, Dahnow, con el derecho que le daba el ser entonces su administrador, se negó rotundamente á ello. Nora aprovechaba las primeras horas de la mañana para salir, y

buscaba los caminos menos frecuentados para no llamar la atención. Si a pesar de ello, encontraba algunas veces un jinete solitario, le permitía que la acompañase, y esta era la mejor recompensa para Dahnnow de todas las molestias que se había tomado. Su presencia no la molestaba en lo mas mínimo, pues el barón tenía la rara cualidad de adaptarse al modo de ser de los demás. Nora se encontraba bien a su lado, y así como antes sus cartas, ahora sus visitas eran el único accidente de sus monotonos días. Aunque se hallaba demasiado preocupada para apreciar en todo su valor los cuidados de Dahnnow, le estaba agradecida por ellos y apreciaba su conversacion, pues el baron Dahnnow hablaba bien y con facilidad, y, por otra parte, le interesaban a ella mucho las noticias que el barón le daba acerca de la patria de su madre.

Pero a pesar de que Nora no le ocultaba el placer que le causaban sus visitas, y a pesar de que se acordaba muchas veces de las palabras de Lickingen, paso la primavera y despues el verano, y sucediòle el otoño sin que Dahnnow tuviese valor de poner en practica la sentencia del caballero.

Usandose en sus estudios científicos, se había establecido por completo en la capital, y cuando sus conocidos se extrañaban de que pasara allí el ardoroso verano, contesteles que el sol de los tropicos le había endurecido.

¿Estaba Nora tan ensimismada aún, que no notaba lo que pasaba en el corazón de Dahnnow? Sea como fuere, el caso es que se asusto el dia que la tremenda palabra salio de sus labios y le ofrecio todo lo que un hombre puede ofrecer a la mujer que quiere. Pero solo el asombro y el temor hablaron en los ojos de Nora. «Su posicion que la apartaba de la sociedad...» Dahnnow se rió por unica respuesta. «La religion que los dividia...» Prometio le solemnemente que respetaria sus creen-

cias. «Su pobre padre que la necesitaba, su hermanito que estaba abandonado...» y despues le habló de la amistad que era tan bella y tan fiel, de sus estudios científicos, en una palabra, uso todos los medios y todas las adulaciones que emplea el que trata de dar una negativa.

Dahnow la escuchó sin interrumpirla, y al ver que su mirada se fijaba en él con angustia, como si temiera perder el último amigo que le quedaba, convenciéndose de que no se había borrado aun el antiguo recuerdo, y como era hombre paciente, determino aguardar.

—Hagase usted cargo de que no he dicho nada— dijo el barón.

Y Nora le tendio la mano como dandole las gracias.

Dahnow continuó visitando a Nora como antes, y durante las largas veladas de invierno entretuvo al director hablandole de sus viajes o jugando con él al dominó, conto cuentos a cual mas raro y divertido al niño, y a Nora le llevó libros y obras de arte a proposito para levantar su animo.

Con el tiempo fue recobrandose Nora de su antiguo dolor, y Dahnow tuvo ocasión de pasar muy buenos ratos a su lado; pues gracias a su educacion, poseia Nora conocimientos extraordinarios.

A pesar de todo el placer que Dahnow gozaba a su lado, ó quizas a consecuencia del mismo, vino un dia en que el barón perdio la tranquilidad.

—Me es imposible continuar viniendo—dijo con voz apagada.

Y se levanto para marcharse, sin añadir una palabra.

Nora se precipito como si quisiera detenerle, pero de repente se detuvo poniendo la mano en el corazon, como si quisiera examinar sus latidos. Finalmente, volvió a sentarse con calma, pues consideraba que no tenia derecho a unir la vida de Dahnow a la suya, ya que nada absolutamente sentia por él

Quizas Dahnow habia esperado que Nora le llamara, quizas creyó que tendria ocasion de combatir de nuevo sus excusas, pero no sucedio así.



En poco tiempo cambió tanto el barón, que sus amigos le aconsejaron seriamente que mudara de clima. sus hermanos le indicaron que lo mejor era casarse, pues al lado de una mujer cuidadosa olvidaria los inconvenientes del clima, pero una de sus hermanas,

que tenía numerosa prole, dijo que no era necesario que todo el mundo se casara y que hacía tiempo que se veía que su hermano Clemente no quería hacerlo, y, por lo tanto, debía dejarsele que viviera a su gusto, con tal que no se fuera nuevamente al otro lado del mar.

Dahnöw, a pesar de que tenía hechos algunos preparativos, no se fue; pues hasta el amor no correspondido tiene cierta influencia magnética que nos impide alejarnos del objeto amado.

En la habitación de Carsten reinaba un silencio extraordinario desde la marcha del barón, y los días se seguían sin variación unos a otros. Pasó el verano y presentóse nuevamente el otoño, y Nora no pudo desconocer que menguaban las fuerzas de su padre, pero, en cambio, la disminución de la salud física restableció algo el equilibrio intelectual, y Nora poco a poco fue dirigiendo su pensamiento hacia el cielo.

Un día manifestó el deseo de ver a un religioso, y viendo que Nora le daba un beso en la frente, como agradecida a aquella demanda, le dijo sonriendo

—Las mujeres concluís siempre por triunfar, y del errante director de circo haras aún un hombre devoto. Primeramente tu madre y después tú... Si yo hubiese seguido en todo los consejos de Elena, de seguro que hubiera sido otro hombre y tú no hubieras tenido que pagar las consecuencias. He malogrado tu felicidad, pues de otra manera hubieran ido las cosas sin mi terquedad. Pero dime una cosa ¿lo he soñado ó bien volvió á verte?

—Sí, sí vino—dijo Nora.

—¿Y por qué no se quedó?—preguntó el anciano.

—Una mala inteligencia...—dijo Nora en voz baja.—Pero tampoco hubiera podido ser... Es mejor así.

—¡Pobre hija mía!—dijo Carsten.—Y el otro ¿que se ha hecho? Ya sabes de quien quiero hablar, de aquel

gordo que venia a menudo en el invierno. Entonces no podia yo reflexionar porque me dolia la cabeza, pero me acuerdo de que venia casi cada dia y de seguro que no era por mi. ¿Por qué no viene ya? ¿Lo has despedido?



—Deja que permanezca a tu lado, querido papa— dijo Nora,—solo a tu lado hallo consuelo.

El anciano movio la cabeza en signo de descontento.

—Pero quizas yo no estare mucho tiempo a tu lado. Era un hombre bueno, Nora, y un corazon fiel. Hubiera sido para mi un gran consuelo el no dejarte sola.

—Deja que las cosas marchen como Dios lo tiene dispuesto—dijo Nora,—tambien por esta parte habia graves inconvenientes.

—Es verdad, siempre seras la hija del director de circo, que en ninguna parte puede echar raices.

—Sí—dijo ella;—hay un sitio donde a nadie se pregunta quien es ni de donde viene... y si lo que uno piensa hacer para alcanzar un fin elevado. Quizas el Señor me destina allí, a pesar de que todavia no lo veo claro.

—No te comprendo muy bien, pero haz lo que quieras, pues mis consejos bastante te han perjudicado. Oyeme ahora, antes de morir, quisiera ver al capellan... ya sabes cual quiero decir el que ayudó a morir a mi esposa. La ultima vez que le vi, no me porté bien con el, pero creo que me perdonara. Tambien quiero hablarle del niño, para que me diga de que manera puedo salvarle de las garras de los hombres... sobre todo de sus garras—repitió, y sus dientes rechinaron.—Pero tambien con ellos quiero morir en paz. Nora, cuando yo ya no exista, puedes escribir a su madre diciendo que la he perdonado. . Tambien a el le perdono—añadió despues de una pausa—pues una vez me salvo, y quizas la maldad que cometió despues me ha evitado perjuicios mayores.

—Sí—dijo Nora —mas ha valido así.

Desde aquella conversacion, reinó la mayor intimidad entre padre é hija; y cuando llegaron sus últimos días, se presentó el capellan que no vaciló un momento en acceder a la petición de Nora. Las últimas palabras de Alfredo Carsten, así como en otro tiempo las de Elena, fueron para recomendarle a su hija.

Escudado en la recomendacion de su padre, preguntole el capellan a Nora qué era lo que pensaba hacer. Nora, que acababa de recibir una carta, dirole despues de leerla:

—Esta carta podria contestar a su pregunta de un modo muy facil. No puede usted figurarse qué tesoro de noble amor y fidelidad contiene.

—¿Del barón Dahnów?—preguntó el capellan, y en el tono de su voz se notaba cierta intranquilidad.

—Sí—contestó ella—del barón Dahnow, que ha sabido la enfermedad de mi padre y que me ofrece su proteccion si quiero aceptar su nombre y su mano.



—Es una noble oferta, digna de su noble caracter—dijo el capellan—lastima que...

—No tema usted—dijo Nora ;—mas siempre es un consuelo verse apreciada así, bien que el arbol a quien la tempestad ha tronchado su tallo, no da otro nuevo, tampoco se muere, sino que se extiende y da mayor sombra.

—Y no obstante—dijo el capellan—hubiera sido un consuelo el dejarla en puerto seguro.

—¿Cree usted que el Señor no me dara aún energía y fuerzas para combatir?

—¿Y éste? —preguntó el capellán indicando el niño.

—Le llevaré al otro lado del Océano, cerca de los parientes de mi madre. Allí se podrá atender mejor que aquí a su porvenir y también yo encontraré campo para mi actividad, desde que oí las narraciones del barón Dahnów, deseo ir al nuevo mundo, en donde faltan elementos que combatan por el Señor.

El capellán le tendió la mano, y dijo:

—Por tercera vez escoge usted la lucha y el combate en vez de la tranquilidad, el Señor la proteja.

Poco tiempo despues, hallabase en un pueblo del Sud de Alemania un matrimonio joven. La esposa contemplaba encantada a un tierno vástago de pocos meses que les había nacido en Italia; mientras que el esposo, que parecía algo aburrido de las mil atenciones que la madre prodigaba al pequenuelo, aprovechaba un momento de libertad para ir a contemplar el panorama que se presentaba a la vista. Al poco rato, fijose su atención en otro turista que se presentaba de espalda y cuya figura y aire le parecían conocidos. Aproximose algo y dijo por fin: —¿Eres tú ó no eres tú? Dahnów, casi puedes viajar de incógnito con lo que has enflaquecido. ¡Cuanto me alegro de verte!

—Ah, eres tú Degenthal—contestó el otro volviéndose, pero sin que se notara alegría en el tono de su voz.

—Sí; yo que regreso, después de tres años de ausencia, con mi mujer y un hijo; un niño muy robusto.— ¿Pero qué tienes? ¿Qué te sucede? —añadió sorprendido al ver la expresión de la fisonomía de Dahnów.

—Que acabo de recibir calabazas por tercera vez—dijo Dahnów, metiéndose en el bolsillo una carta que hasta entonces había tenido en la mano.

—, Calabazas tu... uno de los mejores partidos ' imposible... ¿de quién?

— De Nora Carsten—dijo Dahnow mirando con cierto encono a su amigo. — De Nora — repitió — aquel a quien pertenecía la perla, la dejó en el polvo... y ninguna otra mano puede apoderarse de ella.

—, De Nora Carsten — repitió Degenthal — la que con Landolfo!...

— Esto era fácil de creer para el que le convenia creerlo — dijo Dahnow volviendole la espalda.

Pero Degenthal le tiró violentamente del brazo.

—¿Que era fácil de creer? ¿Que quieres decir? ¿Que no era verdad?

— La mentira mas villana del mundo fue suponer que aquella pobre joven huyera con aquel infame. Al que pudo creerlo le convendría creerlo, y si no lo sabes te lo dire ahora. Su madrastra y no ella, huyó con Landolfo, abandonando al esposo y al hijo, y para tener mayor libertad y vengarse de Nora, hicieron correr la noticia de que era ella la que se habia fugado.

—, Imposible! — dijo Degenthal —, imposible! Con mis propios ojos vi...

— Leíste lo que yo habia leído — dijo Dahnow en tono irónico, —pero yo, que nunca me acerqué a ella, que no trate de introducirme en su corazón, que no la di a entender con frases buccas que valia mucho para mí y que queria protegerla y salvarla, yo... no lo creí y buscando e indagando, pronto supe la verdad. Y tú... ¿no te lo advertí que tu pasion cedería ante los obstaculos? aprovechaste la ocasión de retirarte. ¿Sabes como la encontré?... a la cabecera de su padre enfermo, sola, abandonada. Hice por ella todo lo que un hombre puede hacer por la mujer que mas aprecia, pero nada pude conseguir, pues siempre te ha sido fiel... ¿Desprecio al hombre que destruye así la felicidad de una mujer!

Y escapándose de las manos de Degenthal, penetró en la fonda.

Degenthal quedó solo. Ni con una exclamación había interrumpido el violento discurso de Dahnow, pero ahora el dolor se abrió paso a través de sus labios. ¿Era el aguijón de la verdad que le oprimía el corazón? «Facil de creer para el que le conviniese creerlo.» ¿Le había convenido a él el creerlo?

Hacia largo rato que había salido la luna y empezaba a desaparecer por detras de la cumbre de las montañas, y Degenthal continuaba aun en el mismo sitio, cuando sintió que se apoyaba una mano en su hombro. Ten a a Dahnow delante de sí, y ambos estaban muy palidos, no siendo quizás toda culpa de la luna.

—Degenthal—dijo con gravedad—vengo a despedirme de ti y deja que borre el rencor que hayan podido producir mis anteriores palabras. Fue una falta en mí el perturbar tu felicidad, pero hay momentos en que el hombre se vuelve una fera. No hablemos mas sobre este asunto, pues de nada sirven nuestras palabras. Todo ha sucedido como debió suceder, quizás es mejor así.

—¿Dónde esta?—preguntó Degenthal.

—Carsten ha muerto y ella se ira a la patria de su madre—dijo Dahnow;—dejemos ya este asunto. No quise separarme enemistado de ti, pues salgo esta misma noche. Adios, Curt, se feliz con la que Dios te ha dado.

—¿A dónde vas?—preguntó Degenthal.

—¿A dónde?—dijo Dahnow—al hombre que no tiene hogar doméstico todo le es patria, pero es posible que algun dia me retire al punto que me vió nacer.

—¿Pero qué será de ti?

—Primeramente la desesperación de las que quieran conquistarme, y después una esperanza para mis sobrinos.

Y realmente, después que hubo viajado aún durante algunos años, retiróse Dahnów á su país, y dedicóse con celo á sus estudios científicos.

Su casa era un modelo de comodidad y allí se pasaba casi todo el tiempo. Según había prometido, todos los planes para conquistar su corazón fracasaron completamente.

La esperanza de sus sobrinos parecía ya asegurada, cuando de repente se presentó en su casa un joven americano que llevaba un nombre de la antigua nobleza de Francia y se estableció en ella. Quería visitar la Alemania, pero por el momento se estableció allí pasando semanas y meses. Era el favorito del amo de la casa, lo que puso en cuidado á los parientes, hasta que supieron que el joven americano poseía grandes propiedades en su país.

Clemente Dahnów lo atendía en todo, á pesar de que perturbaba el orden de su casa y solo mostraba afición á sus perros y sus caballos. Quizas era esto debido á una carta de recomendación que le había entregado, quizás al nombre que acudía con frecuencia á sus labios cuando hablaba de la que había guiado sus pasos desde la mas tierna infancia .. quizás había en su fisonomía rasgos que recordaran algo al barón.



XXV

HABÍAN transcurrido muchos años. El jardín de la hermosa quinta de Goerblitz estaba lleno de hombres, mujeres y niños, cuyos gritos de alegría se mezclaban con el sonido de la música. Se celebraba una fiesta de familia, el aniversario del nacimiento del amo de la casa, del anciano señor, como se llamaba al conde Degenthal, desde que su primogénito se había casado y tenía hijos.

Curt y Lilly habían permanecido fieles a Gœrhitz, donde se establecieron a su regreso del viaje de bodas, pues Curt no quería arrebatarse a su madre la administración de sus bienes, y Lilly prefería también llevar el cetro de sus propias tierras, y cuando la mucha edad de la condesa le impidió continuar con la administración de los negocios, el hijo mayor de Curt tenía ya edad suficiente para poder encargarse de ella.

La anciana condesa tuvo aun ocasión de ver realizados todos sus deseos. Su hijo se había casado con la rica heredera que ella le había destinado desde su niñez. El matrimonio había sido muy feliz, puesto que Curt rodeaba a su esposa de las atenciones más delicadas y habían tenido una numerosa familia. Las riquezas de Lilly dieron al nombre de Degenthal un esplendor que quizás nunca había alcanzado, y la anciana condesa tuvo aun la orgullosa satisfacción de ver enlazados sus nietos con las familias más principales. Pero a pesar de todo, tenía la condesa una espina en el corazón que la hacía sufrir tanto más, en cuanto le era imposible quejarse.

Lilly había arrebatado completamente a la condesa el hijo favorito. Solo las naturalezas elevadas saben compartir tanto los bienes materiales como los ideales, y Lilly no pertenecía a aquellas. El amor de su marido y el de sus hijos debía ser exclusivamente suyo, ninguna otra influencia, ningún otro corazón podía tener parte en ello. Es verdad que a sabiendas no hacía ningún feo a la condesa, pero no simpatizaba con ella, y como sabía que la madre había tenido gran influencia sobre el hijo, había procurado separarlos con la habilidad que es propia de las mujeres, para impedir que continuara el mismo estado de cosas. Curt dejó hacer, y la condesa hallóse muy sola en sus últimos años.

Es muy posible que en las horas que pasaba solita-

ria, se presentara a su imaginacion la imagen de aquella joven que tanto habia querido conquistar su amor maternal. «Una hija digna de ti por su corazón y su talento,» habia dicho la monja, y, verdaderamente,



cuando el capellan le contó la historia de Nora, no habia podido menos de admirar el heroismo con que la hija del director de circo habia sabido cumplir lo que creia su deber.

Su corazón de madre apreciaba en mucho aquel sacrificio filial y no podia menos de creer que a su lado

hubiera encontrado mayor cariño del que le demostraban entonces. Á pesar de todo, no sentía ningún remordimiento, pues creía haber obrado en conciencia, y hasta su muerte le pareció que lo obtenido era lo mejor.

Lilly había cambiado poco con el transcurso de los años. Curt le pertenecía para siempre y esto le bastaba, distrayéndose además en la vida exterior que era un campo de batalla.

Hoy cogida al brazo de su primogénito, cuyo semblante se parecía mucho al de su madre, era completamente feliz. Solo para él tenía ojos y oídos, para escuchar sus planes y oír su opinión acerca de las mejoras que quería hacer, respetando ya en él al futuro poseedor. Los demás hijos también se parecían a la madre, excepto el segundo que había sacado los ojos castaños del padre y su espíritu inclinado á las cosas superiores. Á los diez y ocho años había determinado vivir sólo para el servicio de Dios, entrando en una orden monástica y dedicándose a las misiones.

Degenthal se había separado de él con pena, pero respetaba hasta el escrupulo las inclinaciones de sus hijos. Lilly por su parte se había consolado pronto de la resolución de su hijo segundo, y en secreto tuvo cierta satisfacción al ver que los bienes que le había destinado pasarían al primogénito.

El Padre Degenthal hacía años ya que se hallaba separado de la casa paterna; su carrera le había llevado al nuevo mundo. Pero su corazón estaba unido con los suyos y desde lejos tomaba parte en sus tristezas y alegrías. En esta ocasión escribió una larga carta á su padre.

Curt se había retirado de la compañía de sus hijos y nietos para leer en la soledad la carta de su hijo predilecto. Sentóse al lado de la ventana de su cuarto, desde donde apenas se oía el ruido de la gente, y además

gozaba de mucha luz, cosa que ya le era necesaria para poder leer. Con asombro halló dentro de la carta de su hijo otra cerrada sin dirección alguna, y la dejó á un lado para buscar la explicación en la de su hijo.

La lectura de aquella misiva animó su semblante de un modo que no le era natural, enrojeciéndose su frente como en los buenos tiempos de su juventud. Con una rapidez extraordinaria para su edad dejó a un lado la carta de su hijo para coger la otra cuyo sobre rompió. Al hacerlo se esparcieron por el suelo varios retazos de periódicos, sin que él lo reparase, pues cogió enseguida un escrito que habia en el interior del sobre. El billete debía haber hecho en otra época un largo viaje, pues estaba lleno el sobre de timbres de correos. La dirección, si bien estaba medio borrada, se veía que había sido escrita por mano de mujer y debajo de la misma se hallaban algunas palabras que él conocia perfectamente, pues las habia escrito la primera vez que aquella carta llegó a su poder.

Habían pasado muchos años desde que en la amargura de su dolor y de su ira había devuelto aquella carta que contenía el secreto cuya ignorancia había destruido su felicidad. Su mano temblaba al abrirla y sus ojos se humedecieron al leer las palabras que en otro tiempo le había escrito un corazón angustiado, palabras que contaban el sacrificio que había hecho el amor filial, palabras que debían ser un adios, y no obstante parecían una petición de auxilio.

La cabeza del anciano cayó sobre su pecho como si se hubiese renovado en su corazón el dolor de aquella época, haciendo el amargo descubrimiento de cuan facilmente se había dejado engañar por las apariencias. Es verdad que le acudió el pensamiento de lo muy culpables que eran los que habían contribuido al engaño, pero ¿podria acusar a nadie cuando él mismo había faltado?

Despertóse en el el antiguo amor con toda su violencia, viendo ante sus ojos el gracioso cuerpo de Nora tal como era en los años de su juventud. ¿Le miraban de nuevo aquellos profundos ojos azules, por los cuales ningún sacrificio le parecía demasiado grande, estando dispuesto a darle todo por ella? ¿Se acordaba de la época en que sin atender a la posición ni al tiempo, había corrido a encontrarla para estar solo unos minutos con ella? ¿O la veía cuando se presentó llena de dolor delante de él y había tenido ocasión de leer la pureza en su frente y el amor en sus ojos queriendo aún luchar por ella, si bien abandonó enseguida el combate dejándola por segunda vez sin protección? ¡Fácil de creer a quien le conviniera, había dicho el barón Dahnöw!

El dolor más profundo que puede sentir un hombre oprimió su corazón y en medio de sus remordimientos vino aún a sus labios el nombre que hacía largos años no había pronunciado — Nora, Nora », exclamó como si hubiese querido resucitar la juventud, la vida y el amor.

En el mismo instante oyó llamar a la ventana y despertó sobresaltado de sus ensueños. Era un niño que estaba cogido de los hierros de la ventana y le dijo con voz angustiosa:

— Abuelo, te gemo, si no me voy a caer, hace rato ya que llamo y no me has oído.

Levantóse Curt precipitadamente y sacó de la embarazosa situación en que se había colocado al niño, quien esperaba un buen regaño por haber tomado aquel camino peligroso, pero a su lado había desaparecido el peso que oprimía el pecho del anciano. El que tenía en sus brazos era el hijo de su hijo, el mensajero del presente que rompía el lazo del pasado. «El hijo de mi hijo», repitió, y se encontró muy viejo. ¿Que podía importarle ya el recuerdo de un

amor del que le separaban dos generaciones? Con el niño en brazos, miró hacia el grupo que se hallaba a su vista. La mujer que había estado siempre fiel y amorosa a su lado, los hijos que ella le había dado y que llevaban con honra y orgullo su nombre, el hogar doméstico que tan bello se presentaba a sus ojos ¿no eran nada para él? ¿Debia quejarse del destino que tanto le había dado? Pero, a pesar suyo, su imaginacion colocó al lado de aquel grupo la pálida imagen de una felicidad destruida. Ella había temido que encerrarse en los muros de un convento, tal como él había temido en su juventud y había querido evitar. ¿Había sido tan espinoso su camino que ni por un momento había podido descansar en sus lindes? ¿Era un corazón lastimado que le acusaba?

Curt apartó los ojos de aquel cuadro de felicidad para volver a coger la carta que le hablaba de los sueños de su juventud, de un amor perdido, pero conservó al niño en su regazo, como si con él quisiera desterrar las ideas sombrías. Su hijo le escribía lo siguiente:

«Quiero hablarte de una aventura, querido padre, cuya explicacion creo que conoceras mejor que yo, a pesar de todo el interes que ha despertado en mí. La carta adjunta, que me fue confiada para ti, te lo explicara todo y te dira de quien hablo. Debo coger el asunto algo atras. .

«Tu sabes que nuestra mision es aún muy moderna aquí y nos ayuda mucho en nuestros trabajos un convento de religiosas que hace largos años esta establecido en el país.

«Se me ha contado que la superiora que lo ha fundado tuvo que luchar con grandes dificultades, dandose á conocer como una de esas monjas de grandes cualidades que la orden envía siempre a los puntos mas difíciles por su talento organizador. Se dice que era hija

de este país, en donde ahora hacia diez años que trabajaba en la educación de los niños, propagación del catolicismo, y el cuidado de los enfermos; en una palabra, en todos los deberes de la caridad cristiana. Asi



es que fue para mí un gran placer el día que me enviaron a aquel convento para asuntos de mi profesión. Hice que me anunciaran: pero la portera, que era francesa, destruyó mi nombre como sólo es capaz de hacerlo una lengua francesa. Apenas me encontré delante de la superiora, que era una figura majestuosa, sin

dejarme tiempo para cumplir mi encargo, me dijo en aleman castizo: «Usted es un Degenthal, pues de otra manera sería imposible una semejanza tan extraordinaria. Tiene usted los ojos y la frente de su padre y también el metal de su voz. A su padre de usted lo he tratado mucho—añadió al ver mi sorpresa:—¿Vive aún?»

«Tú puedes suponer con qué alegría le contesté afirmativamente, pues es muy agradable encontrar en países remotos quien nos hable de los nuestros. Tuve que hablarle de ti, de mi madre, de mis hermanos, etc. Parece que ha conocido a todos los ancianos de la familia, habiendome también preguntado por la abuela, el capellán y varios otros; pero lo que mas le interesaba era que hablara de ti y de tu vida y de tus bondades. Le pregunté si tenía algún encargo para ti y en nombre de quién debía hacerlo, pero me contestó negativamente, diciendo que apenas te acordarías de ella. «Nosotras, las monjas, nos apartamos tanto del mundo, que hasta el nombre mudamos; así pues, tendria que volver muy atras y darle muchas explicaciones para que se acordara de mí. De todos modos, me he alegrado de ver á usted y espero que tendremos ocasión de vernos repetidas veces, ya que trabajamos en el mismo círculo.»

»Su lenguaje, sus maneras, su actitud me hicieron suponer que en otro tiempo había pertenecido á las altas clases de la sociedad. Quizas tú sepas quién es. Posteriormente tuve ocasión de encontrarme repetidas veces con ella, y esto solo hizo aumentar mi admiración por aquella mujer extraordinaria. Esto pasó en el invierno anterior.

»En la primavera desarrollóse aquí una de aquellas epidemias que visitan con frecuencia este país, y estas son épocas en que necesitamos todas nuestras fuerzas. La venerable monja prestó grandes servicios persona-

les, y por la habilidad con que organizó la asistencia, los pobres y los enfermos la consideraban como una santa, y se tenían por salvados al verla penetrar en el umbral de sus casas. De otros puntos visitados asimismo por la epidemia, la llamaron para que organizara los trabajos de socorro, yendo continuamente de un punto á otro.

«Por el mal estado de los caminos hacía casi siempre sus viajes á caballo, y habiéndola encontrado muchas veces, quede sorprendido del valor y seguridad con que montaba, extraordinarios en su profesión y á su edad. A una observación que le hice en este sentido, contestóme riendo que estaba acostumbrada desde su niñez — y ahora á lo menos me ha servido de algo, añadió.» Por entonces se me envió en misión y permanecí algunos meses ausente, á mi vuelta encontré que la epidemia había cedido mucho, pero supe con dolor que el exceso de fatiga había atropellado á la superiora y que esta se hallaba enferma. Poco tiempo después me dijeron que debía hablarle, y en seguida me presenté, siendo recibido con su habitual amabilidad, pero me sorprendió la grande alteración de su fisonomía.

«Se hallaba recostada en una butaca, en el jardín, y tenía á su lado á una hermana.

«— Ya ve usted cómo estoy y cómo me veo obligada á dejarme cuidar — dijo. — Pero no crea el Padre Degenthal que le llamo para que me preste sus auxilios espirituales, pues es demasiado joven para mí — dijo con el tono de broma que le era propio. — Pero tengo que pedirle un favor, aunque por ello me acuse usted de inconsecuencia. ¿Quiere usted aceptar un encargo para su padre? Hace muchos años que nos conocimos por una casualidad, y tanto él como su abuela de usted se portaron muy bien con mis padres y conmigo. Posteriormente se enfriaron nuestras relaciones no por nuestra culpa, sino por falta de tiempo para explicar-

nos, y no quisiera despedirme del mundo sin haber esclarecido este asunto. La inesperada presencia de usted es providencial. suplicole, pues, que se sirva entregar a su padre el adjunto paquete, y una vez lo haya leído es fácil que juzgue de otro modo que lo hizo anteriormente.

»Su voz tenía una expresión de tristeza al decir esto, y pareció que se hallaba afectada por poderosos recuerdos, pues permaneció silenciosa como si hubiese olvidado mi presencia. De repente fijó en mí sus ojos con la cordialidad acostumbrada, y me dijo:

»— Vea usted como una anciana religiosa esta sujeta aun a los sentimientos terrenales y se ocupa en ellos en los últimos días de su vida. Usted, en su juventud, lo encontrara raro, pero el hombre es hombre hasta el último suspiro en sus sentimientos e ideas. Esto solo lo conocemos cuando nos hacemos viejos, entonces se nos presenta vivaz ante los ojos lo que hemos visto en nuestra juventud, a pesar del largo tiempo transcurrido.

»Salude usted también a su madre de mi parte; ambas fuimos compañeras de colegio. Hace mucho tiempo sabía que sería feliz. En una ocasión me dió pruebas de grande amistad, que yo no he olvidado nunca, y Dios se lo ha premiado por medio de la felicidad que la ha dado. Pero yo también he sido feliz, muy feliz, añadio, dígaselo usted así a su padre. La vida que me dió el Señor era bella, y tal la he encontrado hasta el fin. Muy grato fue para mí lo que me dió en mi juventud, y ciertamente ha sido mejor que las cosas fueran como han ido. Cada uno de nosotros ha visto cumplido su destino mucho mejor que si se hubiese resuelto según nuestros deseos. El Señor no deja ningún dolor sin consuelo, y no se olvida de mandarnos a todos un rayo de luz. Bello fue que inclinara mi corazón a servirle a él solo y buscara un gran centro

de actividad para ser útil a muchos, bello que diera una patria a quien carecia de ella. Bello es también que hoy me lo envíe a usted como despido. Me he alegrado mucho de verle, y usted, por su parte, alegrese de que el Señor le haya llamado tan joven a tan alto destino; nosotros, los corazones rebeldes, seguimos primero otros caminos.

«—Pero la perfección es mayor; cuanto más se ha de luchar, mas es el mérito—exclamé involuntariamente.

«—¿Lo cree usted así?—me replicó riendo.—Esto sería un consuelo para los que hemos tardado mucho, pero tiene usted razón: todos los males que el Señor nos manda, tienen su objeto. Pero ahora cuénteme usted en qué se ocupa; estoy tan fatigada de no hacer nada, que oigo hablar con gusto de la actividad de los demás.

«Accedí a sus deseos y le expliqué el resultado de mis viajes y los progresos que habíamos hecho y de lo que quedaba aún por hacer. Escuchóme con gran atención, y muchas veces me pidió explicaciones ó me dió consejos con una animación y una claridad, que se veía que su espíritu no sufría de la debilidad del cuerpo.

«—Esto no lo vere yo—me dijo al hablarle de algunos proyectos para lo porvenir—pues me quieren enviar a la casa matriz por causa de mi salud, y no tendré mas remedio que resignarme, a pesar de que esto será un gran sacrificio para mí el abandonar mi obra. Pero como ya he dicho antes, no puedo echar raíces en ninguna parte, pues hasta mi muerte andaré siempre errante; y sin embargo, con placer me hubiera quedado aquí, que es la patria de mi madre.

«Se había concluido el tiempo que yo tenía disponible, y me vi obligado a partir, pero no sin pedirle permiso para visitarla de nuevo. Quedóse un momento silenciosa, y por fin dijo:

«—No, no ; deje usted que nos despidamos, querido amigo. Su carrera necesita todo su tiempo, y por mi parte también debo aprovechar los pocos días que me restan de vida. Por despedida acepte usted la bendición de una anciana, para usted, para él y para toda su familia. Mi madre bendijo asimismo a su padre de usted antes de morir, y yo lo hago también con el mismo fervor. Indudablemente fue un beneficio que nuestros caminos se cruzaran entonces.

• Estas fueron las últimas palabras que oí de sus labios, y cada una de ellas se grabó en mi corazón. Desde aquella época no la vi más, a pesar de que no salió para Francia, pues se cumplió su deseo de descansar en el país de su madre. La enfermedad que produjeron las fatigas excesivas hizo tales progresos, que sobrevino la muerte antes de que tuviese ocasión de embarcarse. Pocas semanas después de nuestra entrevista, falleció con harto sentimiento de todos los que la habían conocido.

• Sus hijas espirituales perdieron en ella una verdadera madre; las huérfanas, los pobres, los enfermos confiados a su protección, la lloraron de veras. Sus últimos servicios eran tan recientes, que las autoridades tanto civiles como eclesiásticas se acordaron en tributarle toda clase de honores. Aunque en el mundo hubiese ocupado un lugar preferente, no hubiera podido ser mas célebre de que lo fué siendo una humilde religiosa. Y para darte a ti, que la has conocido en otro tiempo, una idea de su actividad y de lo bienquista que era de todo el mundo, te mando algunos periódicos que hablaron de ella después de su muerte. Por mi parte, nunca la olvidaré, pues es una felicidad haber tratado a persona de una naturaleza tan enérgica cuyo corazón estaba unido aún a la tierra mientras su alma pertenecía al cielo.»

Esto es lo que escribía el hijo con el entusiasmo de

la juventud, y al leerlo el anciano se encontró el corazón mas desahogado. No, la imagen de aquella vida no era ningún pálido fantasma que se presentase amenazador. Aquella vida que tan provechosa había sido, que tan activa se había mostrado y que había encontrado hermosa la tierra hasta el último suspiro, no era un porvenir destruido que exigiera de él la felicidad perdida.

Pensó entonces que el error que les había separado, no era simplemente un error sino disposición de Dios, hecho providencial que el hombre con sus facultades limitadas no tiene ocasión de comprender.

El niño que tenía en brazos le había estado mirando con impaciencia, y viendo que su abuelo tenía fija aún la vista en los papeles, le tiró de la ropa diciéndole

—¿No has concluido aun, abuelo?

—Sí; ya he concluido—dijo el anciano—como todo se concluye en este mundo—juventud, amor y vida. Pero ha sido un buen final.

No podía aun decir como ella «ha sido mejor así», pero decía «tambien ha ido bien así.»

Al levantarse le pareció que se había quitado un gran peso de encima. Nora había tenido razón al decir que su último saludo le haría bien.

El pequeñuelo vio con sorpresa como su abuelo reunía con gran cuidado todos aquellos papeles esparcidos y los encerraba en uno de los cajones del escritorio, del que saco un pequeño corazón adornado con perlas que colocó de nuevo en la cadena de su reloj, en donde una mano infantil lo había colocado en otro tiempo. Nora había sido fiel a sus recuerdos hasta su último suspiro, y él, volviéndose niño otra vez, quiso no serlo menos.

En aquel momento se oyó ruido de pasos y de voces hacia la puerta, y todo el escuadrón de seres queridos invadió el aposento.

—Ya que no basta un mensajero, hemos venido todos a buscarte, papa—exclamaron.—No queremos que Ricardo te absorba completamente con su largo escrito.



La esposa se le acercó, y reparando en su emoción le dijo con afecto:

—¿Vienen buenas noticias en la carta?

—Ricardo me habla de alguien de quien no esperaba ya tener noticias, me manda un saludo de despedida. En cambio, nosotros—dijo estrechando a su esposa contra su pecho—si Dios quiere, permaneceremos

aún mucho tiempo felices y unidos; Dios nos ha favorecido mucho y ha hecho que todo terminara bien...

Nora, la hija del director de circo, te saluda por última vez, en vida fue algo mas que feliz, fué una santa.

¡Las flores de Dios en todas partes viven!

FIN

INDICE

CAPITULUS	PAG.
PROLOGO	v
I.	17
II.	35
III	61
IV	77
V	93
VI.	109
VII	123
VIII.	133
IX.	141
X.	147
XI.	153
XII.	165
XIII.	171
XIV.	177
XV.	181
XVI	187
XVII.	197
XVIII.	205
XIX	213
XX	215
XXI	235
XXII	249
XXIII.	263
XXIV.	275
XXV	289

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



3721452255

